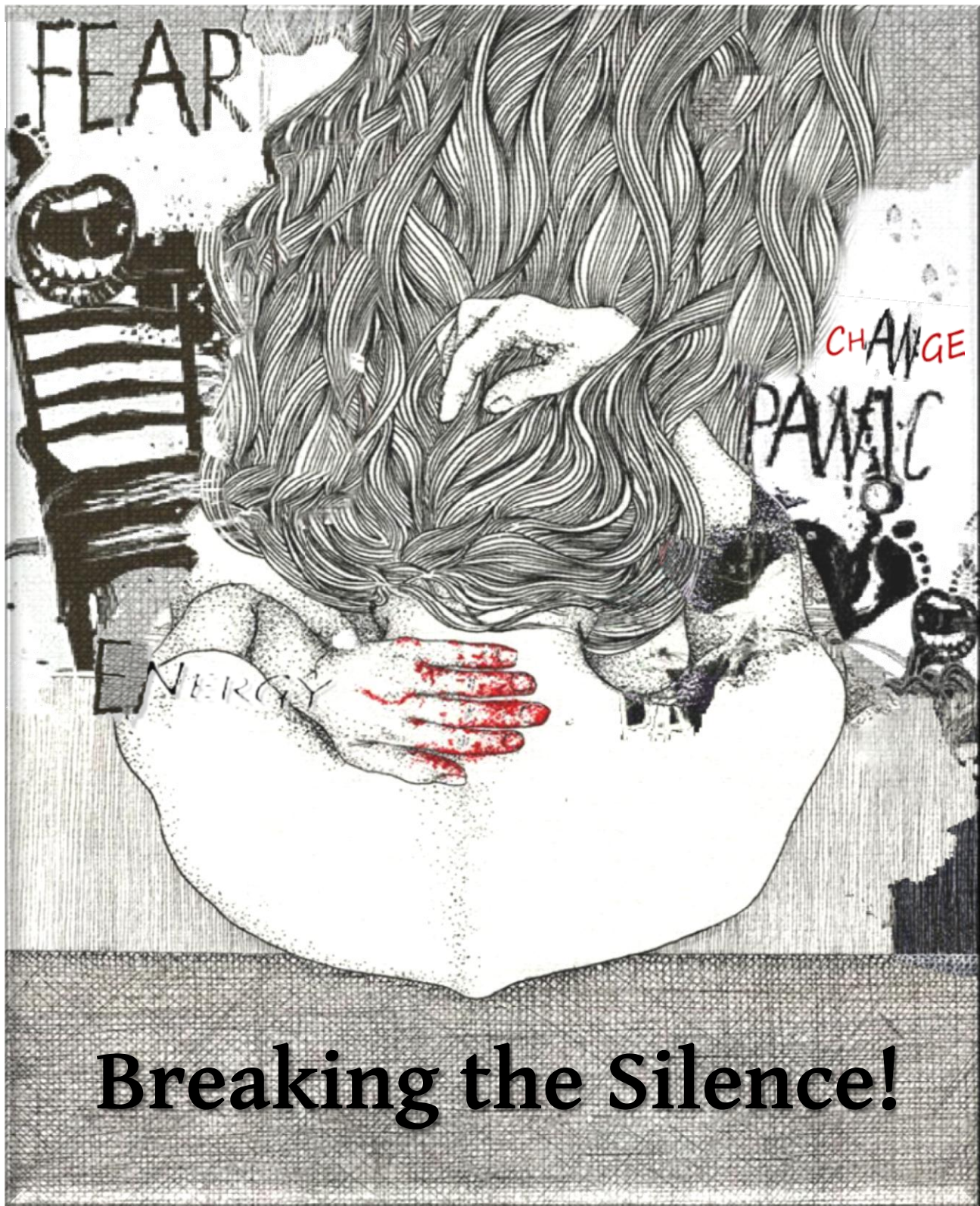




Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

Breaking the Silence!



Breaking the Silence!

Afrontamiento y Regulación Emocional en
Violencia de Género

Alicia Puente Martínez

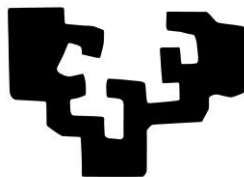
2017

Alicia Puente
2017



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

ALICIA PUENTE MARTÍNEZ

"Breaking the Silence!"

**Afrontamiento y Regulación Emocional en Violencia de
Género**

Supervisors: Darío Páez¹ y Silvia Ubillos Landa²

¹University of the Basque Country UPV/EHU, ²University of Burgos, UBU.

2017

The drawings on chapter cover page are by **Daniela García**

© **2017** Alicia Puente

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced or transmitted in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopy, recording, or any information storage or retrieval system, without permission in writing from the author.

A mis padres, Alfonso
y en memoria de mis abuelos.

Agradecimientos

Me gustaría empezar mencionando a las personas sin las cuales este trabajo no hubiese sido posible. Primero nombrar a mis directores de tesis. Darío, gracias por darme la oportunidad de empezar este proyecto, por darme el lugar que necesitaba y apoyarme cuando decidí empezar esta aventura. Silvia, eres tan parte como yo de todo lo que este trabajo representa. Admiro a la persona que me ha guiado durante estos años, su pasión, respeto y dedicación con cada trabajo que comienza. Gracias también por tu apoyo cuando las cosas eran difíciles de explicar y afrontar. Por tu cariño, motivación y alegría, que me han ayudado a aprender, avanzar y a dar todo de mí en esta tesis. Las dos juntas guardamos momentos inolvidables!.

Gracias también a Nekane Basabe por tu apoyo a través del Grupo de Investigación. A Randy Larsen y Zvezdana Prizmic, por acogerme en el Emotion and Human Values Lab y por la confianza, el cariño y el tiempo que habéis dedicado a enseñarme un poco más acerca de las emociones y la investigación. También a Ines y a Loli Alonso, por ayudarme a lo largo de este proceso.

Quiero recordar a dos personas en especial que me han acompañado estos años. Gonzalo, compañero gracias por tu apoyo en este tiempo. Tengo tantos recuerdos contigo!. Gracias por las discusiones y por esas vueltas de silla y de cabeza que finalmente acababan con un fuerte abrazo. También gracias a Anna por tu apoyo, por

ser generosa con lo que sabes y compartir conmigo días de fiesta y fuegos artificiales. También a todos mis compañeros/as, que me han acompañado en este largo proceso. Carolina y Gabriela por llenar cada hora de oficina con vuestras buenas palabras. También a mi amigo Hiram. Jota, "Thousands of candles can be lighted from a single candle, and the life of the candle will not be shortened". A Lander por tu ayuda cuando cuando era difícil dar pequeños pasos. Marcela, gracias por tu apoyo en estos últimos tiempos. Ha sido importante que estuvieses ahí!. Larraitz por tus ganas de luchar. Manu, por tu cariño. Mikel, Anderson, Magda, gracias por los momentos que habéis compartido conmigo. Al resto de compañeros/as, los que estáis y para aquellos que han pasado por mi vida en este tiempo, gracias.

Hoy especialmente también recuerdo a mi familia y a los que se han ido recientemente y soñaban con acompañarme en este día. "Tienes que ser valiente" me decía mi abuelo con esa gran experiencia que mostraba de sus viajes por la vida. Gracias por no permitirme dejar sin hacer lo que por miedo a veces parecía un imposible. De ti he aprendido a ver como una meta cada uno de los inalcanzables. Abuela, tu también me dejaste en este tiempo, gracias por tus palabras y consejos. Gracias por transmitirme la serenidad, la fortaleza y la capacidad para esperar cuando todo parecía precipitarse. Os echo mucho de menos abuelos, cada día, cada momento que os recuerdo y nombro, y sin embargo de vosotros está toda mi vida llena!.

A mis padres, gracias por enseñarme cuál es el valor del esfuerzo y la constancia. Por permanecer a mi lado cuando yo sólo tenía la voluntad de empezar algo nuevo. Gracias mamá y papá por dejar de hacer para que yo "pudiese llegar a ser". Por


mostrarme la importancia de tratar con cariño y generosidad a las personas que pasan por mi vida y enseñarme a ser capaz de ver lo mejor de ellos/as para poder darles lo mejor de mí. Ahora entiendo mejor por qué esto es tan importante!. Sólo soy el reflejo de vuestro trabajo, perseverancia y forma de amar. También recuerdo a mis hermanos y cuñadas, que han vivido a mi lado cada parte de este trabajo y sentido cada una de las emociones que por mí pasaban. Somos fuertes porque estamos unidos/as y hay lazos no se pueden quebrarse, eso nos han enseñado. Gracias también por esa pequeña luz que habéis encendido en mi vida, con mi pequeño Eduardo. Cuánta falta me ha hecho para quitarle a todo un poco de importancia!. Y como no, a tí Alfonso, mi amor, gracias porque has sabido estar a mi lado, aplaudir mis éxitos y apoyarme en los fracasos, siendo siempre el que ocupas el lugar más importante y sin embargo dejándome el primer plano dentro del escenario. No ha sido fácil, sin embargo nosotros juntos somos el mayor triunfo, tú eres mi gran éxito

A mis amigas, Mari, Esther, Eva y Miren, por vuestra ayuda y recordarme que todos los caminos son más fáciles cuando estamos juntas. Mari, quiero dar las gracias a tu padre, Juan Antonio Casas. Gracias por la confianza y por abrirme las puertas de vuestra casa y vuestra vida. Él también es participe de este trabajo y está en todo lo que tú eres amiga mía!. También a Cristina, gracias por tu ayuda en este proceso y por todos los días de la vida que tenemos y que hemos disfrutado juntas. Desde este lado del mundo sé que compartes conmigo la alegría de este día.

Me gustaría recordar a todas las organizaciones colaboradoras en este estudio que cada día trabajan para ayudar a las víctimas. Por último, a todas las mujeres que

han participado en este estudio. Desde luego sin ellas este trabajo no sería posible. Gracias por abrirme las puertas de vuestra casa y por darme la oportunidad de conocer vuestra historia de vida y superación. Desafortunadamente, una de las mujeres fue asesinada por violencia de género durante la realización de este estudio. Esta tesis también representa a las mujeres que han muerto y nos muestra la parte más cruel de la realidad.

This work was supported by the Spanish Ministry of Science and Innovation [PSI2014-51923-P]; the University of the Basque Country [grant number IT-666-13 and UFI 11/04]; and Research Personnel Education and Training Program scholarship granted by the University of Basque Country to Alicia Puente (PIF/UPV/12/226).

A watercolor splash in shades of blue and purple, with a human eye visible in the lower-left corner. The splash is composed of various sized droplets and blotches, creating a textured, organic form. The eye is partially obscured by the watercolor, looking towards the right.

*Sometimes I hear my voice and,
it is been here silent all this years*

Anonymous

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	3
Sección 1. Factores de riesgo asociados a la violencia en la pareja.....	9
Sección 2. The victim offender overlap effect.....	16
Sección 3. Afrontamiento y regulación emocional en violencia de género	24
CÁPITULO 1. Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes.....	53
CHAPTER 2. The victim-offender overlap: the symmetric pattern in situational couple violence in a community sample.....	87
CHAPTER 3. Confirmatory factor structure of affect regulation and its association with hedonic and psychological well-being	119
CAPÍTULO 4: Strength to survive! Factores de protección y seguridad en violencia de género.	151
CHAPTER 5: Emotion regulation effectiveness: the mediation of response focused emotional strategies in gender violence	241
CHAPTER 6. Mouth wide shut! Strategies of female sex workers for coping with intimate partner violence	291
DISCUSIÓN	323

Sección 1. Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la pareja íntima	323
Sección 2. The victim-offender overlap	333
Sección 3. Afrontamiento y regulación emocional en víctimas de violencia de género.....	338
Implicaciones prácticas	364
“Dando voz a las víctimas”	370
REFERENCIAS.....	375



INTRODUCCIÓN

INTRODUCCIÓN

El estudio de la regulación emocional es objeto de gran interés en la psicología y en las ciencias sociales en general (Gross, 1998; 2015; Lazarus y Folkman, 1984; Larsen y Prizmic, 2004; Parkinson y Totterdell, 1999; Vohs y Baumeister, 2016). También la violencia de género es uno de los temas que actualmente más preocupación genera en nuestra sociedad ya que es la causa de muerte de muchas mujeres. El uso de las estrategias específicas de regulación emocional puede jugar un papel importante en el inicio y mantenimiento de la relación violenta, como han demostrado algunas investigaciones (Fleming y Resick, 2016; Murray, King, Crowe y Flasch, 2015; Waldrop y Resick, 2004).

La violencia contra la pareja íntima (VPI) es el equivalente en español del término anglosajón Intimate Partner Violence (IPV) y corresponde a la violencia que se ejerce sobre la mujer en el seno de la pareja. En España, para referirnos a la VPI, se ha generalizado el término Violencia de Género, que es tal y como lo recoge la Ley 1/2004 de medidas para combatir la violencia de género. La VPI es un conjunto complejo de distintos tipos de comportamientos violentos, actitudes, sentimientos, prácticas, vivencias y estilos de relación

entre miembros de una pareja (o expareja) íntima que produce daños, malestar y pérdidas personales graves a la víctima. La VPI no es sólo un sinónimo de agresión física sobre la pareja, es un patrón de conductas violentas y coercitivas que incluye los actos de violencia física contra la pareja, pero también el maltrato y abuso psicológico, las agresiones sexuales, el aislamiento y control social, el acoso sistemático y amenazante, la intimidación, la coacción, la humillación, la extorsión económica y las amenazas más diversas.

A nivel internacional, según la Organización Mundial de la Salud (2016), la violencia contra la mujer es un problema de salud pública, además de una violación a los derechos humanos, indicando que una de cada tres mujeres (30%) en el mundo han sufrido violencia de género de tipo física o sexual por parte de su pareja o expareja en algún momento de su vida, y el 38% de los asesinatos de mujeres que se producen en el mundo son cometidos por su pareja o expareja masculina.

En España, según el Ministerio de Igualdad y Servicios Sociales, el número de mujeres asesinadas por sus parejas hasta la fecha es de 16 víctimas, la mitad entre 21 y 40 años. Entre el año 2013-2016 hay un promedio de 53 víctimas mortales por violencia de género (2016 N= 44; 2015 N=60; 2014 y 2013 con N= 54 víctimas mujeres cada año). Según la última macro encuesta de Violencia Contra la Mujer (2015), realizada en España con más de 10000 entrevistas, se encontró que el 10,3% de las mujeres residentes en España de 16 o más años ha sufrido violencia física, el 8,1% ha sufrido violencia sexual, el 25,4% violencia

psicológica de control, el 21,9% violencia psicológica emocional y el 10,8% violencia económica por parte de alguna pareja o expareja en algún momento de su vida.

Estructura

El núcleo central de esta tesis consiste en seis capítulos empíricos que se organizan en torno a tres secciones de preguntas de investigación relacionadas con cuestiones de importancia social. Se analizan múltiples perspectivas teóricas y métodos de análisis en relación a los objetivos y las hipótesis especificadas en cada capítulo. La Figura 1 es una representación visual de los elementos bajo estudio en este trabajo, agrupados en las tres secciones propuestas.

La sección 1 se refiere a un examen de los factores de riesgo relacionados con la VPI, teniendo en cuenta la teoría socio ecológica propuesta por Stith, Smith, Penn, Ward y Tritt (2004), que agrupa y define el nivel de relevancia de cada uno de los factores en distintos niveles (**Capítulo 1**).

En la sección 2, a partir de la revisión realizada, se analizan las características que permiten diferenciar la violencia de tipo situacional con el terrorismo íntimo o violencia de género. Se analiza el concepto de “overlap” o patrón de simetría de género, teniendo en cuenta los antecedentes (causas) y consecuencias de la violencia dentro de las relaciones íntimas. Este término se utiliza para estudiar la superposición en los patrones de conducta violenta dentro de la pareja. Este trabajo parte de la hipótesis de Johnson y Ferraro

(2000). Se trabaja con una muestra aleatoria y representativa de la población general de la Comunidad Autónoma Vasca (**Capítulo 2**).

En una tercera sección, formada por tres capítulos, el objetivo central es investigar los procesos psicológicos que subyacen a la regulación emocional y afrontamiento en situaciones de violencia género, incluyendo diferentes escenarios o contextos de análisis como son las mujeres que acuden a centros de emergencia y de asistencia y mujeres que ejercen la prostitución. En el **Capítulo 3**, la atención se dirige hacia la validación de una escala sobre afrontamiento y regulación emocional ante episodios emocionales negativos propuesta por Larsen y Prizmic (2004). En esta sección 3, también se incluyen los **Capítulos 4 y 5**, donde se analizan los procesos de superación de la violencia, su eficacia y su influencia en la toma de decisiones. Se incluye la intersección entre las teorías sobre la ciencia afectiva (regulación y afrontamiento de la violencia) (Gross, 2015; Larsen y Prizmic, 2004) y el Modelo de Etapas de Cambio, que define la disposición a actuar, o las tendencias de conducta, que se dirigen a la superación de la violencia, teniendo en cuenta un marco temporal de referencia (Prochaska y Di Clemente, 1982). Se trabaja con una muestra específica de mujeres víctimas de violencia de género que ha recibido asistencia a través de la red de atención a víctimas de violencia machista. El **Capítulo 4** pone su foco de atención en el estudio de los afectos y de las formas de afrontamiento y regulación emocional centradas en el problema o modificación de la situación (modificación de la situación y

atención y cambio cognitivo), mientras que el **Capítulo 5** se centra en el estudio de las estrategias centradas en la respuesta emocional. En concreto, en este último capítulo se analiza el efecto de las emociones en la toma de decisiones de las víctimas y el rol mediador de las estrategias de afrontamiento (de modulación de la respuesta emocional) en la relación entre los afectos positivos y negativos y las conductas de cambio (toma de decisiones de las mujeres de dejar la relación violenta). Posteriormente, el **Capítulo 6** explora dentro de un contexto específico como es el de la prostitución, cómo las trabajadoras sexuales que sufren violencia por parte de la pareja íntima regulan la forma en la que expresan sus emociones (positivas y negativas) con el fin de mejorar su bienestar. Específicamente nos centramos en analizar el efecto de la inhibición del material emocional sobre la salud.

El siguiente apartado resume brevemente los conceptos teóricos más relevantes que se discuten en cada sección y describe cada uno de los capítulos empíricos, especificando las preguntas de investigación y las hipótesis tratadas (para un resumen ver Tabla 1).

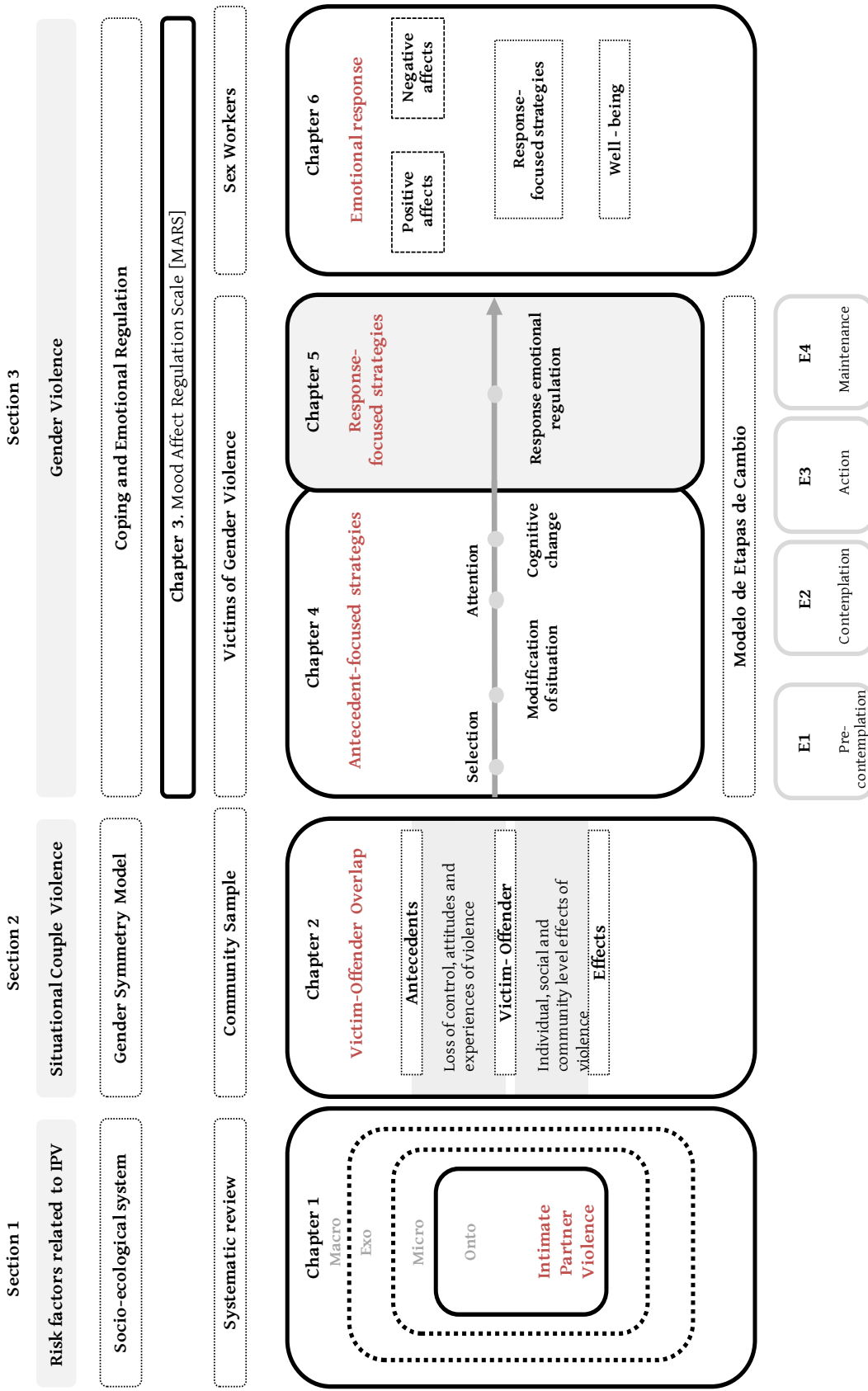


Figura 1. Visión global sobre las secciones incluidas en la tesis

SECCIÓN 1

FACTORES DE RIESGO ASOCIADOS A LA VIOLENCIA EN LA PAREJA

Una gran cantidad de investigación se ha centrado en obtener una mayor comprensión de los factores de riesgo asociados con la violencia en la pareja. Los factores de riesgo se definen como características que se asocian con una mayor probabilidad de que ocurra violencia hacia las mujeres dentro de la pareja (Capaldi, Knoble, Shortt y Kim, 2012). Aunque la presencia de uno o más marcadores de riesgo no indica necesariamente que exista una relación causal, la presencia de uno o varios de ellos se identifica, por lo general, con un aumento de las probabilidades de sufrir violencia.

A pesar de que la literatura identifica los factores de riesgo principalmente a través de estudios primarios, en general no se tiene en cuenta el efecto de otras variables del sistema que pueden estar influyendo en la predicción de la violencia por parte de la pareja íntima. Es decir, los factores de riesgo suelen estar relacionados entre sí y aparecen, en muchas ocasiones, juntos en la predicción del riesgo de violencia. Dutton (1995) fue el primero en definir la naturaleza multifactorial de la violencia dentro de las relaciones íntimas en base a un sistema de niveles. Este autor entiende que los factores que operan en diferentes niveles se combinan para establecer la probabilidad de que ocurra el abuso. Pero, además, explica que ningún factor es suficiente, ni siquiera

necesario, para que ocurra la violencia de pareja. Es probable que haya diferentes constelaciones de factores y vías que puedan converger para causar abuso en diferentes circunstancias. Sin embargo, en su trabajo, Dutton sólo contempló este modelo para analizar las variables que estaban asociadas a la perpetración o la conducta agresiva. Años más tarde, Stith et al. (2004) amplían la búsqueda al campo de la victimización, aplicando el mismo modelo, pero, dirigiendo su atención a definir los factores que se asociaban con un mayor riesgo de ser víctima de violencia por parte de la pareja. A partir de este momento, la literatura sobre factores de riesgo en violencia de género ha ido en aumento, haciéndose necesaria una nueva revisión de los estudios más actuales que definen las causas de la victimización hacia las mujeres. Los modelos socio-ecológicos que explican los factores de riesgo y de protección asociados a la violencia guían los esfuerzos de prevención (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi, Lozano, 2002; Organización Mundial de la Salud [OMS], 2010) y se han convertido en el modelo estándar utilizado en la prevención de la violencia (Capaldi et al., 2012).

En este estudio se utilizó la teoría ecológica anidada de la violencia de pareja con el objetivo de analizar los factores que se relacionan con mayor uso de la violencia hacia las mujeres a través de la literatura más reciente. Por este motivo, en esta sección 1 se promueve la búsqueda de nuevos estudios, en base a la propuesta teórica que realizaron previamente los autores originales. De acuerdo con esta propuesta, se examinan en cuatro niveles los factores

relacionados con la victimización. El macrosistema, el nivel más amplio, incluye valores culturales generales y creencias. El nivel de exosistema incluye las estructuras sociales formales e informales individuales tales como sus amistades, lugar de trabajo, grupos de apoyo e instituciones que conectan al agresor y su familia con la cultura. El nivel del microsistema incluye las características del entorno inmediato en el que se produce el abuso. En otras palabras, la unidad familiar, los antecedentes de abuso, las consecuencias del abuso y la dinámica de las relaciones están todos incluidos en el microsistema. Por último, el nivel ontogenético es específico de la historia de desarrollo del abusador o lo que el abusador trae a la relación actual de su pasado. Los factores de riesgo incluidos en el nivel ontogenético incluyen las características del agresor que influyen en su respuesta a los factores de estrés que ocurren a nivel del microsistema y del exosistema. Este nivel incluiría factores de riesgo relacionados con comportamientos aprendidos, cogniciones y respuestas emocionales a los factores estresantes (Stith et al., 2004).

La ventaja más importante de la aplicación de esta estructura es que permite entender la violencia dentro de la pareja desde una perspectiva de sistemas de desarrollo dinámicos, en la cual la agresión se conceptualiza como un patrón de interacción que responde a las características y comportamientos de cada pareja, así como a factores contextuales y los procesos de relación (Capaldi et al., 2012). Cada nivel de factores de riesgo puede estar involucrado en la aparición y en el mantenimiento de la violencia hacia las mujeres.

Además, debido a que la violencia puede aparecer a diferentes niveles, este modelo permite comprobar el nivel de relevancia de cada uno de los factores en relación al incremento sobre el riesgo de violencia. En definitiva, el abuso debe conceptualizarse como un fenómeno multifacético basado en la interacción entre factores personales, situacionales y socioculturales. Ningún factor es causa por sí solo de la presencia de violencia, más bien, la violencia es más o menos probable que ocurra como consecuencia de la presencia de algunos de los factores anidados en el "marco ecológico".

Por todo lo anterior, este primer estudio representa la primera búsqueda sistemática extensa de hallazgos de estudios sobre riesgo de violencia hacia las mujeres desde el año 2004. Esto se debe a que se limita a examinar los factores de riesgo asociados a la victimización en mujeres, en lugar de examinar los resultados o consecuencias de la violencia (Cummings, Gonzalez-Guarda y Sandoval, 2013). Además, este estudio incluye todas las formas de violencia frente a la mayor parte de las revisiones previas que no incluyeron violencia sexual y que no utilizan este sistema de clasificación.

**CAPÍTULO 1. FACTORES DE RIESGO ASOCIADOS A LA VIOLENCIA
SUFRIDA POR LA MUJER EN LA PAREJA: UNA
REVISIÓN DE META-ANÁLISIS Y ESTUDIOS
RECIENTES**

Dejé de ser hoja, para convertirme en viento.

Víctima, caso 37

Introducción: En el capítulo 1 se realizó una revisión sistemática de la bibliografía actual y complementaria de los últimos estudios y meta-análisis sobre factores de riesgo asociados a un mayor riesgo de ser víctima de violencia de género, incluyendo la de tipo físico, psicológico y sexual. Las investigaciones previas describen que la violencia de género es un problema de naturaleza multifactorial. Los factores de riesgo y su clasificación a través de múltiples niveles ecológicos de influencia se tuvieron en cuenta como importantes en la predicción de la violencia. Los meta-análisis previos han identificado y clasificado los factores de riesgo en cuatro niveles de agrupación: macroestructural; el nivel de exosistema (social); nivel micro (relacional) y ontogenético (individual) (ver Figura 2). En el año 2014 se realizó una búsqueda computarizada en las bases de datos en inglés y castellano. Como criterios para la búsqueda se toma de referencia el último meta-análisis disponible realizado por Stith et al. (2004) que incluye los factores que se han demostrado capaces

de predecir un incremento sobre la VPI de forma consistente. A partir de ello se impulsó la búsqueda de estudios primarios más recientes.

Las preguntas de investigación y los objetivos fueron los siguientes:

Obj.1-P1. ¿Cuáles son los factores de riesgo más comúnmente asociados a ser víctima de violencia de género a través de la literatura?

Obj.2-P2. ¿Es el modelo socio-ecológico adecuado para categorizar los múltiples factores asociados a la violencia?

El objetivo de este estudio fue analizar los factores que se asocian con una mayor probabilidad de ser víctima de violencia de género siguiendo la clasificación propuesta por Stith et al. (2004). En primer lugar, nos planteamos si las expresiones de la conducta violenta en la pareja tienen un origen multi-causal y existen factores de riesgo específicos muy diversos asociados a la violencia que se agrupan en distintos niveles (H1.1). En segundo lugar, estudiaremos si existen factores de tipo cultural y estructural que puedan ser integrados dentro de la macro y exo-estructura. En un segundo nivel de agrupación de tipo contextual, se esperan incluir los factores relacionales y de carácter individual asociados con el patrón de interacción y la estructura del sistema familiar, así como con la historia de desarrollo y aprendizaje del individuo (H1.2).

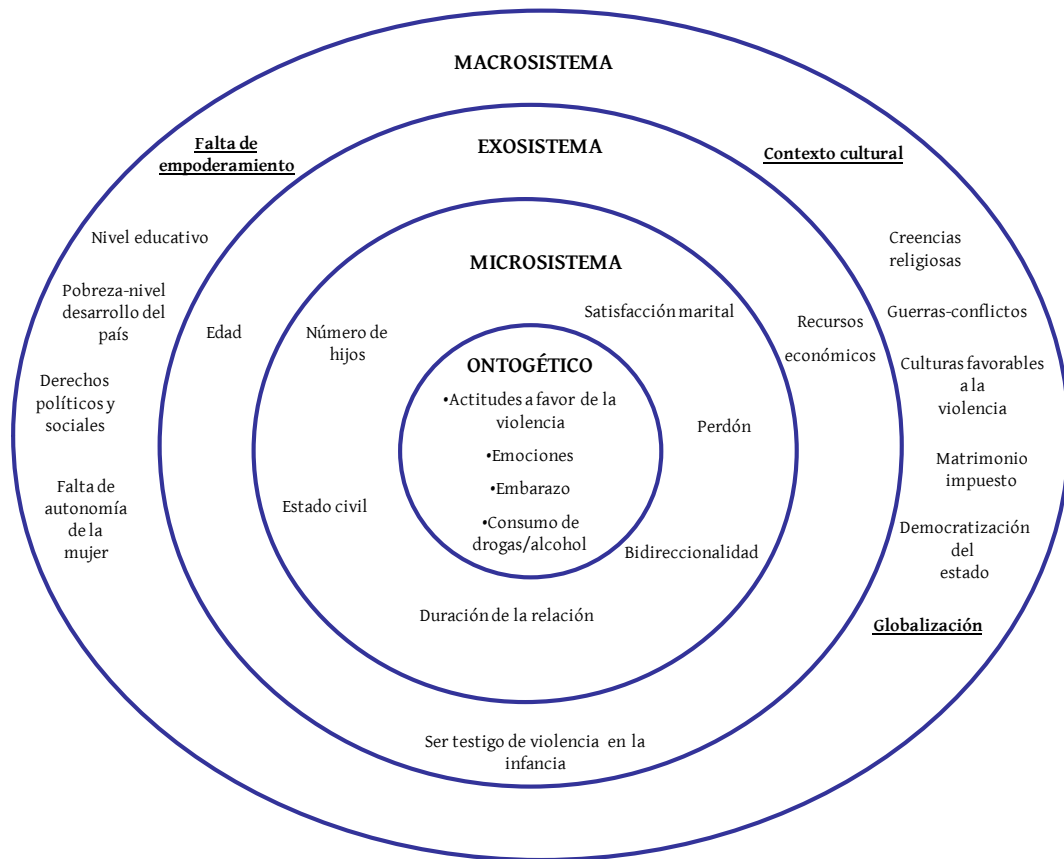


Figura 2. Estructura socio-ecológica de análisis sobre los factores de riesgo asociados a la violencia contra la mujer.

SECCIÓN 2

THE VICTIM OFFENDER OVERLAP EFFECT

La literatura que examina la relación víctima-agresor en el contexto de las relaciones íntimas sigue siendo limitada (Jennings, Piquero y Reingle, 2012; Muftić y Deljkic, 2012; Tillyer y Wright, 2014). La violencia recíproca-bidireccional dentro de la pareja puede ser explicada por el "victim-offender overlap" (Jennings, Park, Tomsich, Gover y Akers, 2011; Lysova, 2016; Tillyer y Wright, 2014). El "solapamiento" se refiere típicamente a la violencia bidireccional o relaciones donde los agresores también son víctimas en el contexto de su relación actual. Pero, además, el fenómeno de la superposición también ha sido utilizado para analizar las variables antecedentes y similitudes entre patrones que promueven la victimización y agresión dentro de las relaciones de pareja (ver Figura 3). Sin embargo, ¿qué diferencias se encuentran entre el fenómeno de "overlap" o superposición y la violencia de género?

En esta tesis dos secciones están dedicadas a tratar dos de los cuatro tipos de violencia, que suceden dentro de la pareja, definidas por Johnson y Ferraro (2000): violencia de pareja situacional, terrorismo íntimo, la resistencia violenta (violencia de tipo defensivo a ataques previos por parte del hombre) y el control violento. Este autor consiguió integrar dos perspectivas diferentes y tradicionalmente enfrentadas en el estudio de la violencia en la pareja íntima: las teorías feministas (Dobash y Dobash, 1979; Mahoney, 1991) y las teorías

sobre la familia (Dutton, 2006; Straus, 2009). La base de su teoría está en considerar que la violencia dentro de la pareja no es un fenómeno unitario y, por tanto, es posible hablar de diferentes formas de violencia dentro de las relaciones íntimas (Johnson, Leone y Xu, 2014).

Dos de las formas de violencia que más atención han recibido son la "Violencia Común de Pareja", más tarde denominada "Violencia de Pareja Situacional" y el "Terrorismo Patriarcal" denominado violencia de género. Según Johnson y Ferraro (2000), el primer tipo de violencia se define como aquella que no está vinculada a un patrón general de control, y es más frecuente que sea causada por ambos miembros de la pareja (Johnson y Leone, 2005), mientras que el segundo tipo define el intento de dominar a la pareja y ejercer un control general sobre la relación, que se manifiesta en el uso de una amplia gama de tácticas de poder y control (Johnson y Leone, 2005, Johnson et al., 2014). Johnson enfatizó que el terrorismo patriarcal es lo que los escritores y defensores feministas han entendido como violencia de género o machista (analizada a través de la sección 3). A diferencia de la violencia de tipo situacional, el terrorismo patriarcal o violencia de género explica la agresión unidireccional o ejercida sobre un miembro de la pareja, la del hombre sobre la mujer y está vinculada a las actitudes patriarcales - deseos de control y dominio - (Kelly y Johnson, 2008).

A través de la literatura también encontramos claras diferencias en las conclusiones obtenidas a través de estudios que hablan de violencia de género

(hombre contra mujer) y no en la pareja (cualquiera de los dos miembros de una pareja puede ser víctima o agresor) (Tiwari, et al., 2015; Zweig, Yahner, Dank y Lachman, 2014). Con respecto a la violencia de género, la investigación tiende a utilizar muestras clínicas y que centran a la mujer como víctima o hacen referencia a investigaciones forenses que definen al hombre como agresor. Sin embargo, cuando se trata de muestras comunitarias, el tipo de violencia utilizada por las parejas tiende a ser mutua, no observándose diferencias significativas entre hombres y mujeres (es simétrica en cuanto al género) (Straus, Gelles y Steinmetz, 1980; Straus y Gozjolko, 2014). Es lo que haría referencia a la violencia común o situacional, no subyugada a la cultura del poder y que implica pérdidas de control ocasionales por parte de ambos miembros de la pareja. Según Jonhson y Ferraro (2000), no sería posible hablar de violencia situacional cuando se trabaja con muestras clínicas de mujeres que sufren violencia y se ven sometidas al control de sus parejas. Sin embargo, podemos considerar la oportunidad de analizar la superposición cuando se trabaja con una muestra comunitaria y general de la población.

De acuerdo con esta clasificación, a lo largo de la sección 2 se estudia la violencia situacional en la pareja, utilizando una muestra comunitaria (general y representativa), mientras que en la sección 3 se aborda la violencia de género, en la que se incluye una muestra clínica de víctimas de violencia de género o terrorismo íntimo.

Algunas ventajas han sido identificadas después del trabajo desarrollado por Jhonson y Ferraro (2000). Desde la perspectiva de género, el estudio de la superposición de la violencia dentro de las relaciones de pareja se considera útil para entender qué caracteriza a las parejas violentas fuera de la superposición, es decir, diferenciar la violencia común o situacional de la violencia de género (Richards, Tomsich, Gover y Jennings, 2016). A pesar de ello, en nuestro país, la reciprocidad de las agresiones ha sido estudiada en menor medida (Rosales, Rubia, Loving y Martínez, 2013). La mayoría de las intervenciones para la violencia en la pareja se basan en una "víctima" (por ejemplo, mujeres que están en centros de acogida o son atendidas en centros médicos) o el modelo de sólo el agresor (por ejemplo, la intervención de los programas con agresores, tribunales de violencia doméstica). Sin embargo, investigaciones sobre los predictores de la victimización como la perpetración de la violencia en la pareja íntima son importantes para avanzar en una mejor prevención (Richards et al., 2016).

En esta sección se analizan los patrones asociados a la violencia situacional para el caso de perpetradores y víctimas de violencia situacional, considerando según las teorías previas que existe una superposición entre los antecedentes y consecuentes de la violencia para ambos grupos (Richards et al., 2016; Tiwari, et al., 2015). Esto supondría que dentro del sistema víctimas-agresores, los hombres y las mujeres deben ser representados equitativamente y sus motivos para el uso de la violencia deben ser similares. A pesar de todo, la investigación

reconoce que el riesgo de victimización siempre ha sido mayor entre mujeres que entre hombres en general (Dugan y Castro, 2006; Jennings, Higgins, Tewksbury, Gover y Piquero, 2010). Por tanto, junto con lo anterior se reconoce la necesidad de discutir sobre el contexto, los motivos y las causas de la violencia en la pareja según la muestra utilizada. Una necesidad también ligada al estudio de las consecuencias que tienen ambos tipos de violencia y a las críticas sobre el uso de los conceptos, el método, la intencionalidad de la agresión y la responsabilidad para la defensa y protección de las víctimas reales de violencia de género.

**CAPÍTULO 2. THE VICTIM-OFFENDER OVERLAP: THE
SYMMETRIC PATTERN IN SITUATIONAL COUPLE
VIOLENCE IN A COMMUNITY SAMPLE**

Amarse con los ojos abiertos

Jorge Bucay y Silvia Salinas

Introducción: Los estudios que examinan la superposición víctima-delincuente indican que la agresión aumenta la probabilidad de victimización, pero también que la victimización aumenta la probabilidad de agresión- es lo que define la bidireccionalidad de la violencia - (Jennings et al., 2012). A pesar de la considerable atención que se ha dedicado a la superposición entre víctima y agresión, no se ha analizado este fenómeno en relación a la violencia situacional en relaciones íntimas de pareja (Tillyer y Wright, 2014). La violencia situacional consiste en la pérdida ocasional de control por parte de cualquiera de los miembros de la pareja como una forma de respuesta inadecuada a los conflictos. Se definió como de naturaleza simétrica, frecuente y bilateral (Lysova, 2016; Madsen, Stith, Thomsen y McCollum, 2012). Además, se examina si hay una serie de causas y consecuencias comunes en la violencia situacional, lo que indicaría una superposición entre los patrones de conducta de víctimas y agresores en las relaciones íntimas. Se empleó una muestra estratificada por provincias formada por 2006 voluntarios. Para recopilar los datos, se utilizó un

método puerta a puerta y criterios de proporcionalidad. La recogida de datos se realizó durante los años 2005 a 2008 en el País Vasco (España).

Preguntas, objetivos e hipótesis de investigación:

Obj.1- P3. ¿Es la violencia de pareja situacional bidireccional y simétrica?

Obj.2.-P4. ¿Existe un patrón que explique el efecto de solapamiento entre la victimización y la perpetración en la violencia situacional de pareja?

Obj.3-P5. ¿Qué factores incrementan el riesgo de violencia situacional y cuáles son sus efectos principales (personal, social y comunitario)?

El objetivo de este estudio es explorar el efecto de solapamiento entre la victimización y agresión, teniendo en cuenta sus antecedentes y consecuentes. En primer lugar, se espera que exista una asociación entre la victimización y la agresión y que no existan diferencias en los niveles de violencia perpetrada y sufrida en función del género (H2.1). Segundo, se analiza si existe un efecto de superposición entre los factores de riesgo para los grupos de víctimas y agresores (patrón similar en cuanto a los antecedentes y consecuencias) (H2.2). Respecto a los antecedentes se plantea que tanto la agresión como la victimización se relacionen con las experiencias de abuso y estar de acuerdo con el castigo en la infancia, con las actitudes más favorables hacia el uso de la violencia y niveles más bajos de manejo del conflicto. Pero también se espera que la agresión y la victimización se relacionen con resultados como un peor estado de salud, un clima emocional más negativo y baja integración social (H2.3).

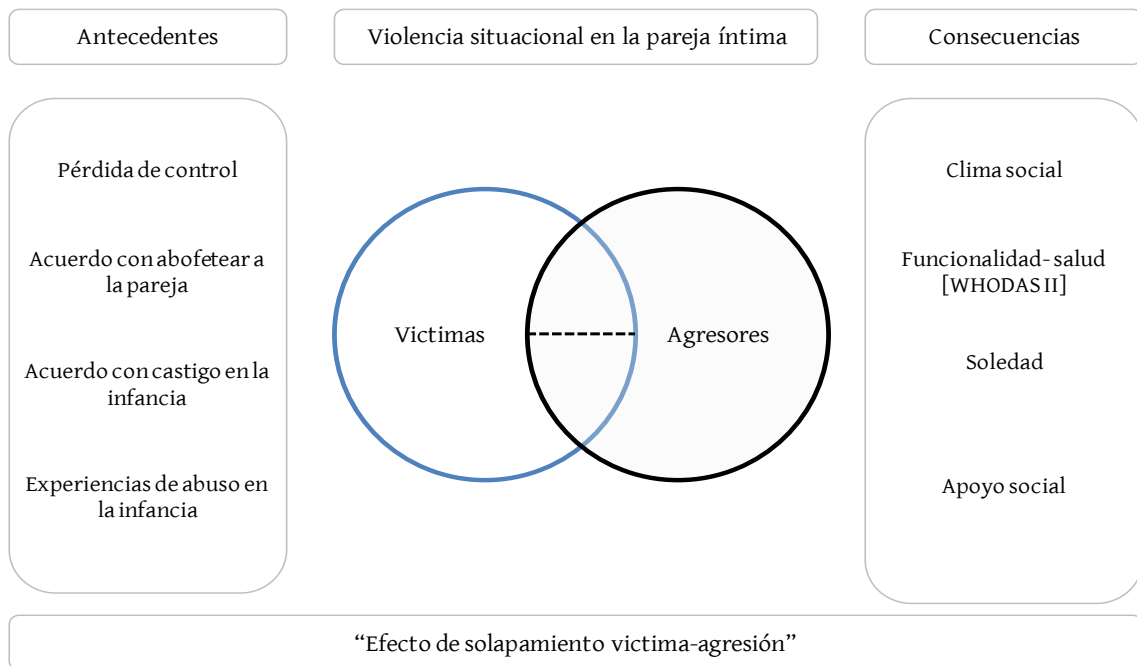


Figura 3. Antecedentes y consecuentes: efecto de superposición entre víctima y agresores.

SECCIÓN 3

AFRONTAMIENTO Y REGULACIÓN EMOCIONAL EN VIOLENCIA DE GÉNERO

Hoy puedo hablar de mi vivencia sin sentir culpa ni vergüenza. Hoy ya no me siento una víctima sino una superviviente. No creo, ni de lejos, que sin esta experiencia no hubiese seguido creciendo como mujer, pero he aprendido a utilizarla como una ventaja, como una enseñanza vital y con ello a confiar en mí misma, a escucharme, a deshacerme de todas las creencias sobre el amor romántico.

Todo esto me ha dejado cicatrices muy profundas que aún estoy curando, todavía hoy en día, después de cuatro años y cinco meses, no me atrevo a salir a la calle de noche sola, cuando antes salía de paseo con mi perra sin tener ningún temor. Pero también ha hecho que mis alarmas se activen y no confunda AMOR con POSESIÓN y CONTROL.

Hoy, sueño y lucho por una sociedad libre de violencias machistas, hago unidad con mis hermanas porque se nos oiga, porque se nos vea, porque se nos tenga en cuenta. Para que a los maltratadores no les salga tan barato abusar de las mujeres y para que las futuras generaciones de varones, sean educadas en el respeto hacia las mujeres y traten a nuestras hijas como a iguales.

Víctima, caso 131

La regulación emocional describe los procesos por los cuales las personas influyen en las emociones, cuando las tienen, cómo las experimentan o expresan (Gross, 1998, 2015; Gross y Thompson, 2007). Según la teoría de

Lazarus y Folkman (1984), el afrontamiento se refiere a una serie de estrategias cognitivas y conductuales que se utilizan para reducir y minimizar los efectos negativos de una situación estresante o amenazante.

El proceso de regulación emocional de Gross (2015) explica que las estrategias de afrontamiento pueden agruparse en base a la etapa del proceso en la que intervienen. Específicamente, la gente puede regular sus emociones (a) escogiendo/evitando situaciones, basándose en sus resultados emocionales esperados, (b) modificando esas situaciones, (c) dirigiendo su atención hacia características específicas, (d) cambiando la forma en la que evalúan la situación, y (e) alterando la respuesta emocional (ver Figura 4). Los esfuerzos para modificar directamente la situación y alterar su impacto emocional constituyen una poderosa forma de regulación emocional a la que nos referimos como modificación de la situación. La forma en que dirigimos nuestra atención dentro de una situación y la evaluamos también puede influir en nuestras experiencias emocionales (Ochsner y Gross, 2005). Por último, la modulación de respuesta ocurre más tarde en el proceso de regulación emocional, una vez que la respuesta emocional ha sido activada (Gross y Thompson, 2007).

La regulación del afecto está relacionada con objetivos hedónicos como el aumento de las emociones positivas y la disminución de las negativas (Larsen y Prizmic, 2008; Parkinson y Totterdell, 1999). Esto sugiere que las denominadas estrategias funcionales podrían estar relacionadas con un balance de afecto

positivo (Watson, 2000), o con emociones más positivas en comparación con las emociones negativas (Fredrickson, 2009; Kappes y Schikowski, 2013; Nils y Rimé, 2012).

El capítulo 3 tiene como objetivo desarrollar un instrumento capaz de agrupar y describir las diversas estrategias utilizadas por las supervivientes de violencia de género para afrontar el estrés relacionado con la violencia. Apenas existen escalas dedicadas a la medición de la forma en la que las personas regulan sus emociones. Uno de los instrumentos más completos es el desarrollado por Larsen y Prizmic (2004; 2007) sobre Medidas de Regulación del Afecto [MARS], el cual ha sido tomado como referencia para realizar esta validación. La escala MARS está originalmente compuesta por 32 ítems (Larsen y Prizmic, 2004). Los autores originales añaden 6 ítems más en una versión no publicada (38 ítems) utilizando una muestra de estudiantes estadounidenses. En esta nueva versión también agruparon los ítems en 6 dimensiones diferentes utilizando análisis factorial exploratorio (Prizmic, Augustine, y Larsen, 2011), y argumentaron su decisión indicando que podían existir otras formas de regulación emocional que no habían sido contempladas en el instrumento original. En ambas versiones esta escala pretendió comprobar la relación entre la regulación emocional y el logro de las metas hedónicas. Posteriormente, Páez, Sánchez, Triguero, Seguel y Campos (2012) añaden 24 ítems más a la escala original (teniendo en cuenta los ítems ya añadidos en la versión de 2011) para lograr representar adecuadamente las categorías de regulación emocional

aplicando la escala sobre episodios de ira y tristeza con estudiantes universitarios. Sin embargo, en ninguno de estos estudios se comprobó la validez estructural de la escala.

Por otro lado, y siguiendo las indicaciones de Osterlind (1989), este estudio se utilizó como comprobación previa para detectar los ítems más problemáticos, dificultades en la comprensión de las instrucciones y los errores en el formato del instrumento. La elección de los eventos emocionalmente negativos en esta investigación se realizó de forma congruente con la experiencia emocional negativa que caracteriza las situaciones de violencia. Este mismo procedimiento ha demostrado ser adecuado a lo largo de otras investigaciones (d'Astous y Levesque, 2003; Kerlinger, 1986). Este estudio previo resultó en una escala compuesta por 56 ítems. Cuando la escala se utiliza junto con otras medidas o cuestionarios adicionales, puede crear cierta carga para los encuestados, sobre todo cuando se cuenta con más de 10 medidas adicionales (en nuestro caso contábamos con 16). Esto puede dificultar que los participantes respondan a todas las preguntas (dificultades para mantener la atención y motivación) (Widaman, Little, Preacher y Sawalani, 2011). Por lo tanto, se consideró examinar la posibilidad de reducir el número de ítems de acuerdo a lo descrito por d'Astous y Levesque (2003) y Widman et al. (2011). Este procedimiento de reducción de ítems se considera adecuado, siempre y cuando no se comprometa la calidad de la escala. La descripción final de la MARS, aplicada en casos de violencia de género, se presenta en los Capítulos 4,

5 y 6. La reducción se realizó teniendo en cuenta la carga de factores en cada dimensión o etapa del proceso de afrontamiento descrito en esta sección. También tuvimos en cuenta el contenido de los ítems de acuerdo con la estructura original (Larsen y Prizmic, 2004; 2007; Páez et al., 2012; Widman et al., 2011). Otro de los criterios utilizados para escoger los ítems definitivos fue el de los porcentajes de respuesta y las medias de los ítems. Kline (1993) indica que aquellos ítems en los que una de las opciones es respondida por menos del 20% y por más del 80% no discriminan entre los sujetos. Por tanto, escogimos los ítems que presentaban una mejor media, y eliminamos los que habían sido contestados mayoritariamente en un solo sentido. A continuación, se presentan las características del método y los resultados de estos análisis psicométricos. Además, en el Capítulo 6 se utilizó otra versión reducida de la MARS, en este caso la elección se realizó teniendo en cuenta el contexto de aplicación de la escala (con prostitutas). El lugar donde se aplicaba la escala determinó la longitud del protocolo de evaluación. La elección se realizó teniendo en cuenta las estrategias de modulación de la respuesta emocional.

CAPÍTULO 3. CONFIRMATORY FACTOR STRUCTURE OF AFFECT REGULATION AND ITS ASSOCIATION WITH HEDONIC AND PSYCHOLOGICAL WELL-BEING

(...) no contar, no aceptar que la relación va mal, era un brote de orgullo. Pienso que era algo voluntario, egoísta, no estaba enfermo, yo creo que es mentira que están enfermos. Siempre acabas paralizado no reaccionas

Victima, caso 194

Tomando en cuenta la variedad de estrategias definidas por Páez et al. (2012), se pretendió validar la versión ampliada sobre medidas de regulación afectiva sobre una muestra de 264 estudiantes (n = 187 mujeres, 65 hombres).

Preguntas, objetivos e hipótesis de investigación:

Obj.1-P6. ¿Es la escala de medidas de regulación emocional adecuada (válida y fiable) para medir las formas de afrontamiento ante eventos emocionalmente negativos?

Se muestran las propiedades psicométricas y estructura de la escala de medidas de regulación afectiva. Mientras que la literatura anterior ha analizado las estrategias de regulación de tipo disposicional (Barber, Bagnsby y Muñiz, 2010) aplicadas a eventos abstractos negativos, exploramos cómo los individuos aplican las mismas estrategias a episodios emocionales negativos de tristeza e ira. Esperamos encontrar un buen índice de ajuste para un modelo de tres facetas adaptado a la estructura propuesta por Gross (2015) que incluye las

estrategias centradas en: la modificación de la situación (acción dirigida al problema, búsqueda de apoyo social informativo, emocional e instrumental, abandono psicológico y aislamiento social); el despliegue atencional y el cambio cognitivo (rumiación, distracción, revaloración, espiritualidad, comparación social, auto-recompensa y gratitud, autocontrol y aceptación); y la modificación de la respuesta (supresión, regulación fisiología activa y pasiva, humor y calidez, ventilación, confrontación y expresión emocional regulada). Se espera comprobar la validez convergente de la escala a través de la correlación con la reevaluación y supresión (ERQ) (Gross y John, 2003; Páez et al., 2012), y el bienestar hedónico y psicológico (PHI) (Díaz et al., 2006; Ryff, 1989). La validez discriminante mostrará que las formas de regulación disfuncionales predominan en el grupo de participantes con bajo bienestar hedónico y eudaimónico.

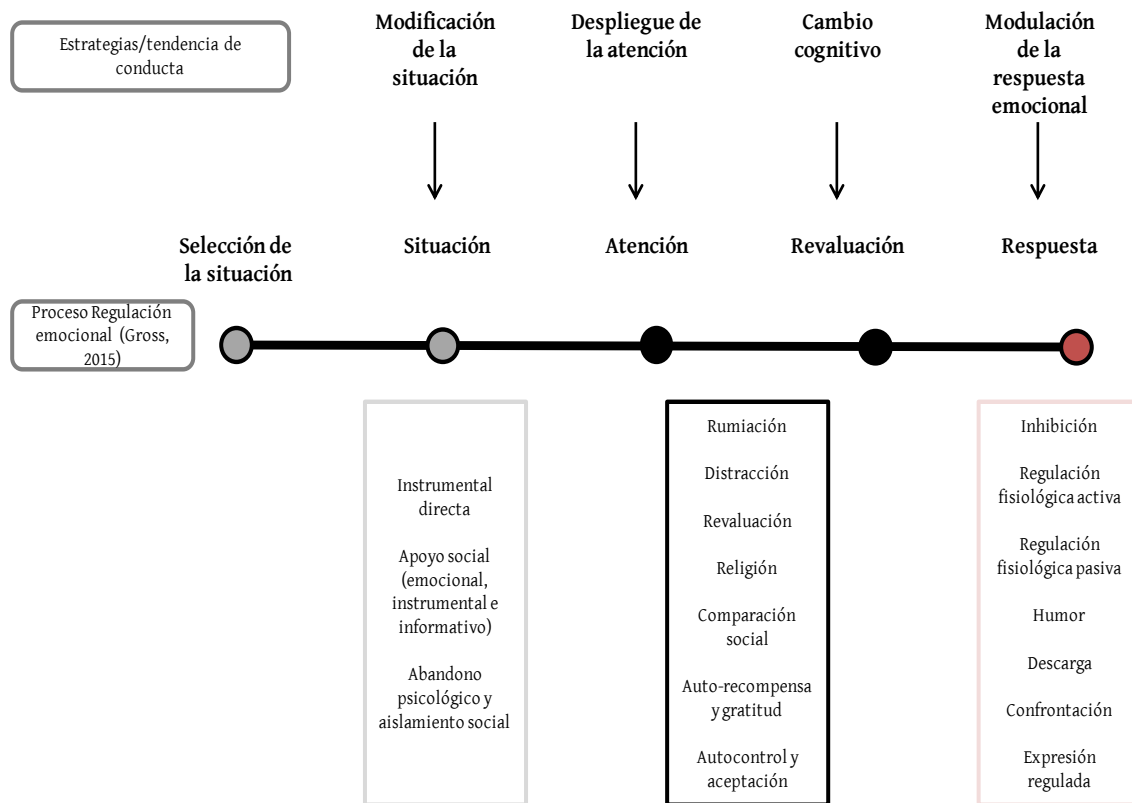


Figura 4. Proceso de regulación emocional y estrategias de afrontamiento.

Afrontamiento y regulación emocional en situaciones de violencia de género

En esta sección se incluyen dos capítulos dirigidos a comprender qué estrategias usan las mujeres víctimas de violencia de género para protegerse y acabar con la violencia sufrida por parte de sus parejas (Murray et al., 2015). Los investigadores han estado cada vez más interesados en el aprendizaje acerca de los beneficios de emplear unas estrategias frente a otras ante la violencia de género. Sin embargo, ¿qué se sabe acerca del afrontamiento entre las supervivientes de la violencia de género?.

Los estudios sobre la superación de la violencia de género revelan que las sobrevivientes utilizan diversas estrategias de afrontamiento para hacer frente a la violencia y el estrés relacionado con ella. La mayor parte de la investigación separa la experiencia de la emoción (antecedentes) de su expresión (respuesta) (Gross y John, 2003) dentro del proceso de regulación emocional, centrándose en la explicación de alguno de estos dos procesos y no teniendo en cuenta la variedad de formas de afrontamiento. Es decir, los esfuerzos de afrontamiento de supervivencia diferencian entre estrategias dirigidas a abordar activamente o evitar el factor de estrés (de modificación, atención y cambio cognitivo) y las estrategias que se centraron en la gestión de la angustia emocional (modulación de la respuesta emocional) asociada con el estrés producido por la violencia (Gross, 2015). En esta tesis nos centramos en describir de forma concreta los procesos de afrontamiento de la violencia en base a esta clasificación.

Algunas conclusiones previas sobre el impacto de los esfuerzos de afrontamiento sobre el nivel de adaptación concluyen que las estrategias centradas en la emoción se asocian con peores resultados de salud mental, mientras que las estrategias de afrontamiento activas o centradas en el problema mejoran la seguridad de las mujeres y están asociadas con la salud mental más positiva (Sheppes y Gross, 2011, 2012). Sin embargo, estos datos no son concluyentes debido a que se ha comprobado que los resultados positivos del uso de algunas estrategias no garantizan el afrontamiento eficaz de la

violencia. De acuerdo con una línea reciente de análisis, el problema de los estudios previos está en que se debe tener en cuenta que los esfuerzos de afrontamiento de las mujeres víctimas tienen que garantizar que las sobrevivientes tengan los recursos necesarios para tener éxito en la aplicación de estas estrategias (Zaki y Williams, 2013).

También es razonable sospechar que las supervivientes utilizan múltiples y muy diferentes estrategias de afrontamiento ante la violencia en comparación con las mujeres que aún se encuentran envueltas en una relación violenta. Ya sabemos, por los estudios previos, que los intentos conductuales directos de lidiar con la experiencia de violencia se asocian con menos depresión, mayor dominio y mayor autoestima cuando las estrategias de afrontamiento son efectivas (Fleming y Resick, 2016; Overstreet, Willie y Sullivan, 2016). Sin embargo, no conocemos el momento en que cada comportamiento de superación resulta funcional o adecuado. Con el objetivo de responder al problema de la eficacia del comportamiento, la literatura señala que es necesario establecer un marco de referencia sobre el que definir los efectos emocionales de la violencia y los resultados positivos de los esfuerzos de afrontamiento. El modelo más ampliamente utilizado es el Modelo de Etapas de Cambio (Prochaska y DiClemente, 1992), el cuál ha sido tomado como referencia a lo largo de los siguientes estudios (Murray et al., 2015; Overstreet et al., 2016).

Hasta donde conocemos no existen modelos que hayan explicado los componentes afectivos y las conductas eficaces de afrontamiento de la

violencia teniendo en cuenta las distintas fases por las que atraviesan las mujeres: de una situación con violencia a una situación libre de violencia. Considerando lo anterior, se plantea que algunas formas de afrontamiento pueden percibirse como más seguras que las formas directas o públicas de afrontamiento dirigidas a cambiar el equilibrio de poder, el comportamiento del abusador, y/o dejar la relación (Waldrop y Resick, 2004). Esto se debe a que las víctimas con frecuencia tienden a realizar una evaluación sobre la situación de violencia que viven y tienen la capacidad de elegir el tipo de estrategia que emplearán sobre la base de factores contextuales, tales como el nivel de peligro percibido. Sin embargo, en muchos casos, las víctimas tienden a utilizar estrategias que son menos propensas a provocar una escalada de la violencia a corto plazo (apaciguadoras) pero que probablemente resultan potencialmente mortales (Lewis et al., 2006). Desafortunadamente, se plantea que esto sucede porque las víctimas pueden no ser conscientes de que el uso de algunas estrategias de afrontamiento, ya sean activas o pasivas se relacionan con un aumento del abuso y tiene grandes costes emocionales (más emociones negativas) a largo plazo (Capítulos 4 y 5).

Del mismo modo, la violencia tiene graves consecuencias emocionales y puede afectar a la capacidad de reacción de las mujeres. Este tema será abordado en los Capítulos 4 y 5. A través de estos capítulos se explica cómo una mujer maltratada puede desarrollar un fuerte vínculo afectivo con su pareja abusiva en condiciones de abuso y, por tanto, cómo las emociones positivas

pueden favorecer la permanencia dentro de las relaciones abusivas. Por el contrario, las exposiciones prolongadas e incontrolables de abuso con frecuencia resultan en un incremento de la vulnerabilidad y sentimientos de indefensión, que pueden favorecer la permanencia en la relación. Sin embargo, no está claro que esto suceda siempre de la misma forma. Este estudio apunta a que tanto las emociones negativas como positivas pueden movilizar a la mujer a salir de la situación de violencia. Por tanto, el análisis de los componentes emocionales asociados al tipo de respuesta que las víctimas dan a la violencia también son objeto de interés a lo largo de esta sección (ver Figura 4).

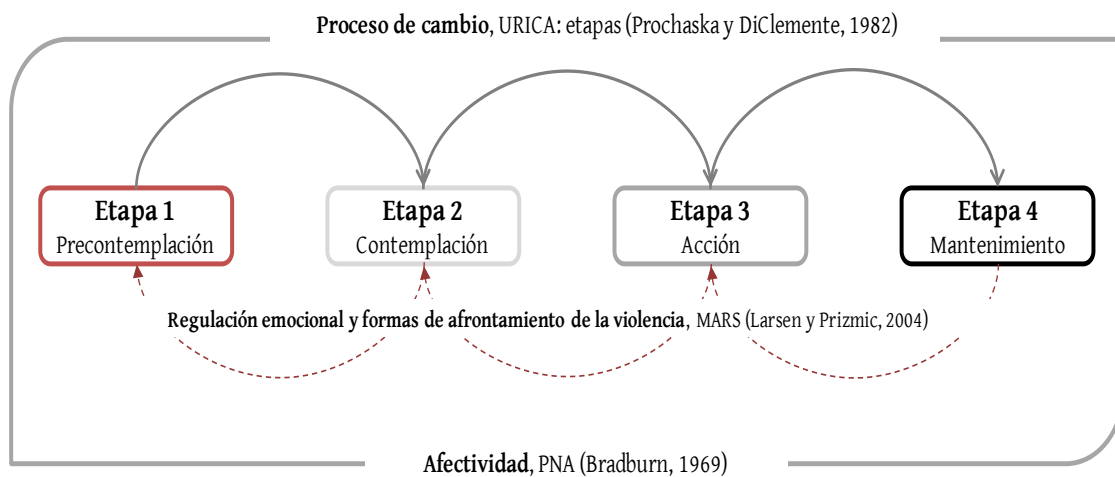


Figura 4. Modelo de etapas de cambio y afectividad.

CAPÍTULO 4. STRENGTH TO SURVIVE!. FACTORES DE PROTECCIÓN Y SEGURIDAD EN VIOLENCIA DE GÉNERO

Yo era consciente pero no sabía cómo salir de ello.

Estaba bebido, me empujó contra la pared y me dio un puñetazo. Yo no tengo familia aquí. Retiré la denuncia porque su familia me lo pidió. Tenía miedo a que si preguntaban a alguien por los problemas me juzgasen.

Víctima, caso 53

Introducción: El Capítulo 4 examina las formas de afrontamiento como factores que utilizan las supervivientes para amortiguar o protegerse ante la violencia de género. La forma en la que las mujeres regulan sus emociones y afrontan la violencia puede mitigar las consecuencias indeseables de la agresión. Específicamente pone su foco de atención en el estudio de los afectos y de las formas de afrontamiento y regulación emocional centradas en el problema (modificación de la situación y atención y cambio cognitivo). Se realizaron entrevistas semi-estructuradas de 1.30 h. aproximadamente en zonas rurales y urbanas utilizando instrumentos estandarizados sobre una muestra intencional formada por 201 víctimas de violencia de género que han recibido asistencia a través de la red de Asistencia a Víctimas de Violencia de Género en Castilla y León y la Comunidad Autónoma Vasca durante los años 2012-2014.

Preguntas, objetivos e hipótesis de investigación:

Obj.1-P7. ¿Están las características socio-demográficas de las víctimas asociadas a la prevalencia de la violencia y la forma en la que la afrontan?

Obj.2-P8. ¿Qué estrategias de afrontamiento usan las víctimas para hacer frente la violencia sufrida?

En este estudio se pretende examinar los índices de prevalencia y cronicidad de la violencia sufrida a través del último año y a lo largo de la vida y las diferencias encontradas en base a las principales características de la muestra (H4.1, H4.2). Se espera encontrar una relación entre la forma en la que las mujeres regulan sus emociones, las formas de afrontamiento y el modelo de etapas de cambio, poniendo énfasis en las clasificadas como de selección y modificación de la situación. En concreto, esperamos que el éxito en el afrontamiento activo de la violencia esté relacionado con más emociones positivas, una mayor motivación para el cambio o más seguridad (H4.3). De acuerdo con el modelo propuesto, se espera que las formas pasivas de afrontamiento estén presentes en la primera etapa del proceso de cambio cuando las mujeres aún no son conscientes del maltrato, y las activas estarán más presentes a partir del momento en el que las mujeres empiezan a ser conscientes de la situación de abuso que sufren, produciéndose un

reconocimiento progresivo de la violencia. De acuerdo con esto las formas de afrontamiento variarán en función de la etapa de cambio (H4.4).

**CAPÍTULO 5. EMOTION REGULATION EFFECTIVENESS: THE
MEDIATION OF RESPONSES FOCUSED EMOTIONAL
STRATEGIES IN GENDER VIOLENCE**

Se enfadaba más cuando yo reaccionaba. Se enfadaba cuando yo mostraba una actitud activa cuando veía que no me había lavado el cerebro. Su familia le apoyaba. Tenía mucho miedo cuando se ponía agresivo, hasta que el miedo me hizo reaccionar, y también estaba agotada emocionalmente. Iba en el coche y me dio puñetazos todo el camino en el coche. Luego me pedía perdón. Ya no dejo que me dominen, ya no soy tan tolerante

Victima, caso 37

Introducción: Este capítulo se centra en el estudio de las estrategias centradas en la respuesta emocional que utilizan las mujeres para superar la violencia. En concreto, se analiza el efecto de las emociones en la toma de decisiones de las víctimas y el rol mediador de las estrategias de afrontamiento (de modulación de la respuesta emocional) en la relación entre los afectos positivos y negativos y las conductas de cambio (toma de decisiones de las mujeres de dejar la relación violenta). Las estrategias de modulación de la respuesta emocional han sido identificadas como activas o pasivas. Las respuestas de afrontamiento pasivo se asocian con la presencia de mayores niveles de angustia y generan mayor resistencia al cambio, mientras que las de tipo activo se relacionan con

las emociones positivas y una mayor motivación a acabar con la relación violenta. La muestra fue la misma descrita en el capítulo 4.

Preguntas, objetivos e hipótesis de investigación:

Obj. 1-P9. ¿Cómo regulan sus emociones las víctimas en base al modelo de etapas de cambio?

Obj. 2-P10. ¿Son las emociones de las mujeres las que guían el proceso de cambio y favorecen un afrontamiento eficaz de la violencia?

Obj. 3.-P11. ¿Son las estrategias de modulación de respuesta emocional mediadoras entre la experiencia emocional de las víctimas y la superación de la violencia (etapa de cambio)?.

Se pretende comprobar si existen diferencias en el uso de las diferentes estrategias de afrontamiento en función de la etapa de cambio y que los esfuerzos de regulación son mayores en las primeras etapas del continuo hasta la acción (H5.1). Además, se analiza cómo las emociones influyen en el proceso de toma de decisiones de las mujeres. Se espera que la regulación emocional se active con el fin de regular los propios estados afectivos tanto positivos como negativos en relación al momento de cambio y genere tendencias de conducta específicas de afrontamiento (H5.2). Por último, se pretende comprobar si las formas de afrontamiento median la relación entre el estado emocional de las víctimas y las decisiones que toman (H3).

Afrontamiento y regulación emocional en el contexto de la prostitución

El tráfico sexual y la prostitución son una forma de explotación sexual comercial que supone la victimización de la mujer. Son considerados un problema de salud pública y una forma de discriminación (Raymond, 2004). Con la entrada en el comercio sexual, y la ganancia comercial asociada a la explotación -capitalización del cuerpo-, las experiencias de victimización son universales y, a menudo, se intensifican (Wilson y Butler, 2013).

La expresión "persona que ejerce la prostitución (PEP)" alude a la definición que la Real Academia Española hace de la palabra prostitución "actividad a la que se dedica la persona que mantiene relaciones sexuales con otras, a cambio de dinero". Los términos "trabajador/a sexual" y "profesional del sexo" se han hecho populares entre las organizaciones que desarrollan proyectos dirigidos a estas personas y enfatizan la naturaleza laboral de proporcionar servicios sexuales. Sin embargo, estos términos no están universalmente aceptados ya que muchas personas, incluyendo las propias "trabajadoras sexuales", no reconocen su participación en el comercio sexual como un trabajo ni lo consideran una actividad económica legítima (Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer, 2011).

La literatura explica que las mujeres que participan en la industria del sexo han sido históricamente parte excluida en la sociedad (McLean, Campbell y Cornish, 2003). Los investigadores sostienen que existe una asociación entre la

criminalización y el incremento de las probabilidades de sufrir violencia física y sexual (Galabuzi y Labonte, 2002). De hecho, se demuestra que la prevalencia de crímenes contra la mujer es más elevada entre los grupos de mujeres prostitutas (Sanders, 2007).

Los estudios con mujeres que ejercen la prostitución son especialmente escasos, probablemente por las dificultades que existen en cuanto al acceso a este tipo de muestra. Este capítulo es el primer intento por estudiar el afrontamiento de la violencia por parte de la pareja íntima en el contexto de la prostitución. Las investigaciones previas han puesto su foco en identificar y describir características personales y socio demográficos, o diferencias entre factores contextuales como el lugar dónde se ejerce la prostitución (Ünlü, Bedük y Öztuna, 2011; Wilson y Butler, 2013).

La situación de violencia extrema a la que se ven sometidas las mujeres prostitutas hacen que la salida y la recuperación sean tremendamente difíciles (Smith et al., 2012). El control y violencia a la que son sometidas muchas PEPs por parte de sus parejas también tiene graves consecuencias emocionales (Tsutsumi, Izutsu, Poudyal, Kato y Marui, 2008).

Según la teoría propuesta en esta tesis (Gross, 2015), las emociones determinan el tipo de respuesta y, en muchas ocasiones, suponen la pérdida de recursos y las fortalezas necesarias para salir de situaciones de abuso. Esto sería coherente con los modelos tradicionales que consideran las estrategias de afrontamiento como una respuesta a las emociones que cumplen la función de

reducir la tensión o activarla (Smith, Grov, Seal y McCall, 2012; Stein, Leventhal y Trabasso, 1990). Por tanto, en este estudio se considera que el estado anímico influye en las estrategias que adoptan las mujeres para afrontar las situaciones de violencia.

**CAPITULO 6. "MOUTH WIDE SHUT": STRATEGIES OF FEMALE
SEX WORKERS FOR COPING WITH INTIMATE
PARTNER VIOLENCE**

*No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer
a la libertad de mi mente*

Virginia Wolf

Introducción: Este estudio representa uno de los primeros esfuerzos para investigar la violencia ejercida contra las PEPs por sus parejas, sus efectos emocionales y las estrategias que resultan efectivas y mejoran su bienestar. Explora dentro de un contexto específico como es el de la prostitución, cómo las trabajadoras sexuales que sufren violencia por parte de la pareja íntima regulan la forma en la que expresan sus emociones (positivas y negativas) con el fin de mejorar su bienestar. Específicamente nos centramos en analizar el efecto de la inhibición del material emocional sobre la salud. Se realizaron entrevistas personales estructuradas a trabajadoras sexuales de tres entornos diferentes: calle, club y pisos. La muestra estaba compuesta por 137 trabajadoras del sexo españolas (85,4% eran extranjeras y 20% trabajadoras sexuales nacidas en España).

Preguntas, objetivos e hipótesis de investigación:

Obj. 1-P12. ¿Está la violencia de pareja sufrida por las trabajadoras sexuales asociada con cambios en el bienestar, los afectos y el tipo de respuesta emocional?

Obj. 1-P13. ¿Qué estrategias de afrontamiento de la violencia resultaron ser funcionales en el contexto de prostitución?

Obj. 1-P14. Ante impulsos emocionales, especialmente los potencialmente destructivos, ¿qué tipo de respuesta emocional mejora el bienestar de las trabajadoras sexuales: expresar, controlar o suprimir sus emociones?

El objetivo de este estudio fue explorar la relación entre la posible violencia sufrida por las trabajadoras sexuales en sus relaciones íntimas, con sus afectos, estrategias de afrontamiento y regulación emocional para superar esa violencia y mejorar su bienestar. Los altos niveles de tensión y los problemas con sus parejas estarán vinculados a un desequilibrio afectivo y un bajo bienestar emocional (H16.1). Un nivel de afectividad positivo determina el uso de estrategias adaptativas mientras que una afectividad negativa predice estrategias disfuncionales. Además de lo anterior, se espera que las estrategias adaptativas mejoraran los niveles de bienestar de las trabajadoras sexuales, y las disfuncionales tendrán un efecto negativo (H6.2). El autocontrol estará relacionado con un mejor bienestar en las trabajadoras sexuales que a su vez sufren una menor tensión y dificultad en sus relaciones íntimas. Por el contrario, se espera que la inhibición y los niveles altos de afectividad negativa se relacionen con un aumento del malestar en las mujeres (H6.3).

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo H No.	Hipótesis	Método
Sección 1 - Factores de riesgo asociados a la violencia de género				
Obj.1-P1	¿Qué variables se han identificado como factores de riesgo de ser víctima de violencia de género a través de la literatura?	H1.1	Como hipótesis exploratorias se plantea: Las expresiones de la conducta violenta en la pareja tienen un origen multi-causal y existen factores de riesgo específicos muy diversos asociados a la violencia que se agrupan en distintos niveles.	Diseño: revisión sistemática de la literatura a partir del año 2004 hasta el 2013 sobre factores de riesgo asociados a la violencia de género en base al último meta-análisis encontrado (Stith et al., 2004).
Obj.2-P2	¿Es la clasificación propuesta por la teoría socio-ecológica adecuada para agrupar los múltiples factores asociados a la violencia?	1 H1.2	Existen factores de tipo cultural y estructural que se integran dentro de la macro y exo-estructura. A nivel contextual se espera incluir los factores relacionales y de carácter individual asociados con el patrón de interacción y la estructura del sistema familiar, así como con la historia de desarrollo y aprendizaje del individuo.	Método: revisión en bases de datos en inglés y castellano: Web, WOS y PsycInfo, SciELO y Pubmed. Codificación de los estudios: se toma de referencia la estructura propuesta desde el modelo socio-ecológico que define diferentes niveles de agrupación que van de lo comunitario contextual a lo más individual.

Sección 2. Victim offender overlap effect

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo H No.	Hipótesis	Método
Obj.1-P3	¿Es la violencia situacional de carácter bidireccional y simétrico?	H2.1	No habrá diferencias en los niveles de violencia perpetrada y sufrida por sexo en la violencia situacional (Jhonson y Ferraro, 2000).	Diseño: transversal, correlacional. Participantes: N = 2006 voluntarios de la Comunidad Autónoma Vasca. Muestra representativa y aleatoria, estratificada por provincias. n= 825 hombres (41.1%) y n= 1181 mujeres (58.9 %).
			Habrà una asociación entre la victimización-agresión. La perpetración de la violencia de pareja situacional es simétrica con respecto al género	
Obj.2-P4	¿Hay un patrón que explique el solapamiento entre la victimización y perpetración en la VPI?	H2.2	Se espera que exista una superposición entre los factores de riesgo para los grupos de víctimas y agresores.	
			Respecto a los antecedentes, la agresión y la victimización estarán relacionadas con: a) experiencias de abuso y estar de acuerdo con el abuso en la infancia, b) actitudes favorables hacia el uso de la violencia y c) niveles más bajos de manejo del conflicto.	
Obj.3-P5	¿Qué factores incrementan el riesgo de violencia situacional y cuáles son sus efectos principales (personal, social y comunitario)?	H2.3	Se espera que la agresión y victimización se relacione con efectos en a) peores niveles de salud, b) una percepción del clima emocional más negativo y c) una baja integración social.	

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo H No.	Hipótesis	Método
Sección 3. Afrontamiento y Regulación Emocional En Violencia De Género				
Obj. 1 P6	¿Es la escala de medidas de regulación emocional [MARS] válida y fiable para ser aplicada ante eventos emocionalmente negativos?	3	H3.1 Las propiedades psicométricas y la estructura de regulación del afecto negativo se ajustará a la propuesta por Gross (2015). Se comprueba la fiabilidad, validez de constructo convergente y discriminante de la MARS en el contexto Español.	Diseño: Transversal y Correlacional Participantes: N= 252 estudiantes (n = 187 mujeres y 65 hombres). Los estudiantes eran de tres universidades españolas: Murcia, Autónoma de Madrid y Universidad de Lleida).
			H3.2 Se espera una relación congruente entre el uso de estrategias funcionales y disfuncionales en episodios de ira y tristeza con indicadores disposicionales de regulación emocional y bienestar psicológico y hedónico.	
Obj.2-P7	¿Están las características socio-demográficas de las víctimas asociadas a la prevalencia de la violencia y la forma en la que la afrontan?	4	H4.1 Como hipótesis descriptiva esperamos que la prevalencia de la violencia de género a lo largo de la vida será superior a la del último año. Habrá mayor prevalencia y cronicidad de la violencia leve frente a las severas a lo largo de la vida y en el último año.	Diseño: Transversal y Correlacional. Participantes: Muestra intencional formada por 201 mujeres víctimas de violencia de género que reciben asistencia a través de la red de Asistencia a Mujeres Víctimas de Violencia de Género. n= 103 mujeres fueron de Castilla y León (51.2%), y n= 98 del País Vasco (48.8%) Entrevistas personales de 1, 30h -2h
			H4.2 Se plantea que no existe un efecto moderador de las variables socio-demográficas: La prevalencia de la violencia, los afectos y la motivación para el cambio no variarán en relación a las características socio demográficas de la muestra.	

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo	H No.	Hipótesis	Método
Obj.3-P8	¿Qué estrategias de afrontamiento usan las víctimas para hacer frente a la violencia sufrida?		H4.3	Existirá una relación entre las estrategias de afrontamiento de modificación de la situación y atención y cambio cognitivo, los afectos y las etapas de cambio. El afrontamiento de tipo pasivo se relaciona con un mayor malestar. Las estrategias de afrontamiento activas mostrarán el patrón inverso.	en zonas rurales y ciudades durante los años 2012-2014.
			H4.4	La no conciencia del maltrato se produce en la E1 y se asociará negativamente con la 2, 3 y 4, dónde las mujeres hacen un reconocimiento progresivo de la situación de violencia. Las formas de afrontamiento también variarán en función de la etapa de cambio. El afrontamiento pasivo estará más presente en la E1, mientras que el activo aparecerá con más intensidad en el resto de etapas a medida que aumenta el nivel de conciencia sobre el maltrato.	
Obj. 1-P9	¿Cómo regulan sus emociones las víctimas en base al modelo de etapas de cambio?	5	H5.1	Hay diferencias en el uso de las distintas estrategias en función de la etapa de cambio	

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo	H No.	Hipótesis	Método
	¿Son las emociones de las mujeres las que guían el proceso de cambio y favorecen un afrontamiento eficaz de la violencia?		H5.2	Tanto las emociones positivas como negativas influyen en las decisiones de las mujeres a la hora de abandonar o mantener la relación <hr/> Las mujeres víctimas de violencia modulan su respuesta emocional para hacer frente a la violencia una vez que la emoción se activa y generan tendencias de conducta específicas para afrontarla.	Igual capítulo 4.
Obj.2-P10	¿Son las estrategias de modulación de respuesta emocional mediadoras entre la experiencia emocional de las víctimas y la superación de la violencia (etapa de cambio)?.		H5.3	La forma en que las mujeres regulan las emociones es la que describe el mantenimiento en cada una de las etapas de cambio. Un afrontamiento eficaz refleja el avance a través del continuo de cambio. Las estrategias mediarán la relación entre las emociones y las decisiones que toman las víctimas.	
Obj.1-P11	¿Está la violencia de pareja sufrida por las trabajadoras sexuales asociada con cambios en el bienestar, los afectos y el tipo de respuesta emocional?	6	H6.1	La violencia por parte de la pareja íntima se asociará con emociones negativas y menos positivas y bienestar, así como con mayor uso de estrategias de afrontamiento desadaptativo.	Diseño: Transversal, correlacional. Participantes: 137 mujeres que ejercen la prostitución de Madrid, Aragón y Cantabria. El 21.2 % (n=29) se localizan en la calle, el 54.7% (n=54.7) en clubs y el 19% en pisos (n=26) donde ejercen la prostitución.

Tabla 1

Vista principal de las secciones, capítulos, hipótesis y método de análisis.

Objetivo No.	Pregunta de investigación (P)	Capítulo H No.	Hipótesis	Método
Obj.2-P12	¿Qué estrategias de afrontamiento de la violencia resultaron ser funcionales en el contexto de prostitución?	H6.2	En situaciones de violencia con la pareja, la afectividad positiva y el bienestar se relacionan con el uso de estrategias funcionales, mientras que la afectividad negativa y el malestar estarán relacionados con el uso de las disfuncionales.	Se realizaron entrevistas personales a las mujeres que declaran sufrir violencia por parte de la pareja íntima durante el año 2014 y que ejercían la prostitución.
Obj.3-P13	Ante impulsos emocionales, especialmente los potencialmente destructivos (como la violencia en la pareja íntima en prostitución), ¿qué tipo de respuesta emocional mejora el bienestar de las trabajadoras sexuales: expresar, controlar o suprimir sus emociones?	H6.3	Los indicadores de tensión y dificultad promueven más emociones negativas y un menor bienestar. Al mismo tiempo, el bienestar y la afectividad tendrán una relación recíproca. Las emociones positivas promueven las estrategias funcionales y la afectividad negativa explicará la varianza de las estrategias ambivalentes o disfuncionales de regulación del afecto. Las estrategias adaptativas mejorarán los niveles de bienestar de las trabajadoras sexuales, y las disfuncionales tendrán un efecto negativo.	



**Factores de riesgo asociados a la violencia
sufrida por la mujer en la pareja: una revisión
de meta-análisis y estudios recientes**

CÁPITULO 1. FACTORES DE RIESGO ASOCIADOS A LA VIOLENCIA SUFRIDA POR LA MUJER EN LA PAREJA: UNA REVISIÓN DE META-ANÁLISIS Y ESTUDIOS RECIENTES

Puente, A., Ubillos, S., Echeburúa, E. y Páez, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de psicología*, 32(1), 295-306.

Introducción

La violencia por parte de la pareja (VPI) es una lacra social y un fenómeno frecuente con importantes repercusiones sobre la salud de las víctimas y con un fuerte impacto social. La VPI se define como una forma de violencia que surge dentro de las relaciones íntimas y de pareja actuales o pasadas, ejercida por los hombres sobre las mujeres por su condición de género y que incluye conductas de abuso como son el maltrato físico, psicológico, sexual y otros comportamientos de tipo controlador, intimidación o las amenazas coercitivas (Adelman, 2003). Un estudio realizado en distintos países ($n=24.000$ mujeres) por la OMS (2005) estima que entre el 15% en Japón hasta el 79% en Perú de las mujeres con edades comprendidas entre 15 y 49 años han sufrido violencia física y/o sexual por parte de su pareja en algún

momento de su vida. Se calcula que, en la infancia, un 20% de mujeres ha sido víctima de violencia frente a un 10% de hombres. En España, el porcentaje de mujeres maltratadas asciende al 9,6%, del cual la mayor parte tienen entre los 45 y 64 años (12%) (Instituto de la Mujer, 2007).

La violencia sufrida por la mujer en la pareja se manifiesta en diferentes niveles. Las expresiones de la conducta violenta en la pareja tienen un origen multicausal y existen factores de riesgo específicos muy diversos asociados a la violencia (Pueyo y Redondo, 2007). Numerosas teorías dan cuenta de la aparición y del mantenimiento de la violencia en la pareja. Dutton (1995) propone un modelo ecológico, donde explica que las variables que contribuyen a la violencia se sitúan en varios niveles: macroestructural o social; exosistema (regional); nivel micro (grupal) y ontogenético (individual). Este modelo proporciona un marco teórico dentro del cual se consideran las relaciones específicas entre los predictores de la violencia y de la agresión en la pareja. De este modo, de lo macro a lo micro hay un continuo que va de lo social a lo individual. Ninguno de los niveles puede considerarse fundamental o prioritario, sino que los distintos sistemas se implican entre sí.

De esto se deduce que las características de cada país influyen en el alcance de la violencia en general, y en la pareja en particular. Desde la macro-estructura influyen los niveles de globalización, el ámbito político, económico y los aspectos culturales. En el exosistema se incluyen las estructuras individuales formales e informales. En el nivel micro se sitúan los grupos o unidades de interacción que influyen en la actualización y transmisión de la violencia - los que hacen referencia al contexto de la relación, al nivel de satisfacción y a la armonía familiar -. Por último, en el nivel

ontogenético se integran las características individuales y referidas a la historia de abusos. Se dan distintas explicaciones que hacen referencia a alguno de los niveles: las teorías feministas enfatizan lo societal, es decir la estructura patriarcal, o el papel de las actitudes y los roles sexuales en la configuración de las relaciones de poder y de abuso a la pareja, centrándose en los procesos de socialización facilitadores e inhibidores como la familia, escuela y medios de comunicación (Pérez, Bosch, Navarro y Ramis, 2006); los sociólogos se centran en el análisis del contexto social como determinante de la conducta; las teorías psicológicas en las diferencias individuales en víctimas y agresores basadas en las características psicológicas y rasgos de personalidad, y los del aprendizaje explican la agresión a partir de la exposición a modelos violentos, subculturas violentas, confrontaciones o situaciones de crisis sociales intensas (Echeburúa, Sarasua, Zubizarreta, Amor y Corral, 2010). Otros autores ponen énfasis en la interacción de los procesos individuales y sociales. Los atributos psicológicos individuales pueden funcionar como variables predisponentes que actúan en combinación con determinados factores sociales como variables desencadenantes (Pueyo y Redondo, 2007).

Debido a la multifactorialidad de la violencia de género, examinar cuáles son los factores de riesgo de este tipo de comportamientos es una tarea difícil. Por eso, además de analizar estudios independientes recientes que evaluaron los riesgos de sufrir abuso por parte de la pareja, se estudian las relaciones entre estos factores. El número de factores de riesgo importantes reflejado en esta revisión demuestra la

complejidad en la comprensión de las causas y correlaciones de la violencia sufrida por parte de la pareja.

El objetivo de este trabajo es realizar una revisión bibliográfica actual y estructurada basada en los resultados encontrados en los últimos estudios y meta-análisis sobre los factores de riesgo que tradicionalmente se han asociado con un incremento de violencia de género.

Revisión de los meta-análisis

El primer meta-análisis de Hotaling y Sugarman (1986) basado en más de 50 estudios agrupa aquellos indicadores que se han asociado al incremento de la violencia por parte de la pareja. Estos autores establecen cuatro categorías independientes: a) factores consistentes o significativos que aparecen en al menos tres investigaciones independientes (del total de los artículos revisados, el factor de riesgo estaba presente en el 70% de los casos y se tuvo en cuenta para su inclusión en el estudio), como son el ser testigo de violencia en la infancia; b) inconsistentes o en los que no existe un patrón de consistencia a lo largo de los diferentes estudios (entre el 31-69% de los casos analizados), como son: experiencias de violencia en la infancia, abuso de drogas, autoestima, nivel educativo, roles sexuales tradicionales, sexo, edad, raza, dominancia, primer matrimonio y hostilidad; c) factores de riesgo no consistentes o presentes en el 30% de los estudios: estatus social, el alcohol y los ingresos y, d) con datos insuficientes (presentes en menos de tres investigaciones) como: religión, ocupación, pasividad y la fuerza del ego. Un segundo meta-análisis encontró una relación entre deseabilidad social y subdeclaración de violencia de género en hombres y mujeres (Sugarman y Hotaling, 1997). Otra revisión con 33

estudios obtuvo una correlación positiva entre las actitudes positivas hacia el uso de la violencia y la violencia perpetrada, así como, entre las actitudes tradicionales sobre los roles de género de las mujeres y la perpetración de actos violentos (Sugarman y Frankel, 1996). Dos meta-análisis encuentran una relación entre la violencia doméstica y presenciar o experimentar violencia familiar en la infancia (Riggs, Culfield y Street, 2000; Stith, Rosen, Middleton, Busch, Lundeberg y Carlton, 2000). Ochenta y dos estudios independientes encontraron que dentro de las relaciones familiares y de pareja, las mujeres son más propensas que los hombres a ejercer algunas formas de agresión menos graves contra su pareja, aunque las mujeres tienen una probabilidad mayor de sufrir lesiones graves como heridas y golpes (Archer, 2000). Las experiencias anteriores de violencia como ser testigo de violencia, el abuso de sustancias y la psicopatología previa aumentan el riesgo de ser víctima de violencia en la edad adulta (Riggs et al., 2000; Schumacher, Feldbau-Kohn, Smith y Heyman, 2001).

El meta-análisis de Stith, Smith, Penn, Ward y Tritt (2004) analiza la violencia en la pareja desde la perspectiva socio-ecológica y calcula el tamaño del efecto global para distintos factores de riesgo. Bajo este mismo modelo, otra revisión meta-analítica analiza los factores que justifican la violencia en la pareja. Encuentra que una mejor situación económica, mayor edad, más tasa de alfabetización de los hombres, mejor índice de desarrollo de género y de desarrollo humano disminuyen las actitudes de justificación de la violencia (Uthman, Lawoko y Moradi, 2010).

Por último, otros meta-análisis posteriores analizan las consecuencias de la violencia sobre la salud de las víctimas (Beydoun, Beydoun, Kaufman y Zonderman, 2012) o la relación entre las actitudes a favor de la pornografía y la violencia contra la pareja (Suárez y Gadalla, 2010).

Método

Con el objetivo de recopilar estudios recientes que pudieran dar cuenta de la heterogeneidad de los resultados, se incluyeron aquellos estudios en los que: (a) se mencionan los factores de riesgo que incrementaban la probabilidad de sufrir VPI; (b) se aplican cuestionarios estandarizados de fiabilidad probada reconocidos internacionalmente; (c) son publicados entre los años 2000-2013; y, además, (d) incluyen datos cuantitativos necesarios para el cálculo de al menos un tamaño del efecto.

Sobre la base anterior, como procedimientos de búsqueda, se utilizaron fuentes formales e informales. En primer lugar, se han realizado búsquedas computarizadas en las bases de datos Web, WOS y PsycInfo, SciELO y Pubmed, seleccionando las publicaciones tanto en inglés como en castellano. Como criterios para la búsqueda, se utilizan los factores de riesgo mencionados en el meta-análisis de Stith et al. (2004). Estos factores se han demostrado capaces de predecir un incremento sobre la VPI y, a partir de ellos, se impulsó la búsqueda de estudios más recientes. La estructura propuesta desde el modelo socio-ecológico, adoptada por este autor, permitió realizar la búsqueda detallada de cada uno de los factores de riesgo hasta el

momento y organizar de forma coherente cada uno de los factores encontrados en niveles de agrupación que van de lo comunitario contextual a lo más individual.

Los resúmenes se leyeron y seleccionaron de forma independiente. Las versiones completas de los artículos eran obtenidas si el resumen cumplía los criterios de inclusión a y b, c y d. En segundo lugar, se escribió a investigadores de prestigio y expertos en la materia solicitándoles el envío de trabajos o información detallada sobre algunos estudios. Finalmente se revisaron las referencias de las investigaciones recuperadas.

Inicialmente, las cadenas de búsqueda en las bases en inglés se han realizado mediante la combinación sistemática de los siguientes términos en relación a la VPI en los *abstract* o resúmenes de cada artículo: *intimate partner violence and risk factor, intimate partner violence and abuse; spousal/spouse and violence, couple and violence, couple and victim, couple and aggression, risk factor and meta-analysis and violence against women*. Este mismo criterio se siguió para realizar la búsqueda en español. Además se incluyeron los términos referidos a cada factor de riesgo de forma individual: *education and aggression or violence; poverty and aggression or victim or violence; political rights and aggression or victim or violence; social rights and aggression or victim or violence; religiosity and aggression or victim or violence; conflict and aggression or victim or violence; masculine cultures and aggression or victim or violence, forced marriage and aggression or victim or violence; democracy and aggression or victim or violence; globalization and aggression or victim or violence. Age and aggression or victim or violence; income and aggression or victim or violence; employment and aggression or victim or violence; witness*

violence in childhood and aggression or victim or violence; number of children and aggression or victim or violence; forgiveness and aggression or victim or violence, bidirectionality and aggression or victim or violence, satisfaction or well being and aggression or victim or violence; attitudes and violence; emotions and violence; pregnancy and aggression or victim or violence y drug or alcohol abuse and aggression or victim or violence.

La búsqueda en la literatura identificó 198 estudios para su posible inclusión en esta revisión de los cuales 10 son meta-análisis (realizados a partir de estudios previos a los presentados en las tablas). Treinta y tres estudios fueron incluidos en las tablas entre los que encontramos, revisiones sistemáticas (3) y estudios primarios (30) que complementan la información hasta el momento recogida en las revisiones meta-analíticas. Fueron excluidos 155 artículos de esta revisión. Se aplicaron 4 criterios de exclusión (1) sólo se tomaron en cuenta los estudios que incluían factores de riesgo de violencia en la pareja, (2) se excluyen aquellas investigaciones que eran actas de congresos y las tesis doctorales (3) contenían muestras duplicadas , y (4) no contenían datos suficientes para obtener un tamaño del efecto.

Las variables de tratamiento se codificaron según (a) el factor de riesgo asociado al incremento de la VPI, (b) los niveles de agrupación propuestos desde la teoría socio-ecológica (nivel macroestructural, exo, micro y onto), y (c) el tipo de violencia sufrida: violencia física, psicológica, emocional, verbal o sexual (o de los distintos tipos combinados de violencia). En cuanto a las características de la muestra, se tuvo en cuenta: (a) el tamaño de la muestra, (b) el género (hombres y mujeres), y (c) tipo de población (parejas, estudiantes o población general).

Resultados

Nivel de agrupación comunitario-societal

En este nivel se analizaron los factores de riesgo de la violencia de género relacionados con el macro-sistema y el exosistema. Es decir, aquellos factores que tienen que ver con las creencias y los valores culturales que determinan la violencia de género, así como las estructuras formales e informales que influyen, conforman y determinan el ambiente en el que la persona se desenvuelve.

Factores de riesgo asociados al macrosistema

Los estudios más recientes diferencian entre factores de tipo comunitario e individual y analizan el impacto del contexto cultural en el incremento del riesgo a ser expuesto a violencia por parte de la pareja (Kaya y Cook, 2010). Entre los factores comunitarios encontrados destacan la falta de poder de las mujeres (Kishor y Johnson, 2004; Tokuç, Ekuklu y Avcioğlu, 2010), el contexto cultural y la globalización (véase Tabla 1 con los datos del meta-análisis realizado por Stith et al. en el año 2004 y de los estudios individuales).

El primer factor de riesgo de violencia sufrida por la mujer en la pareja, que está relacionado con la capacidad de empoderamiento, incluye el nivel educativo y el desarrollo económico del país (Kaya y Cook, 2010). La educación y el empleo se presentan como las dimensiones más importantes de empoderamiento de las mujeres, además de los derechos políticos y sociales igualitarios. Estos autores explican que, a medida que una sociedad se desarrolla económicamente y las mujeres adquieren los derechos políticos y sociales, y acceden al trabajo y la

educación, existe una mayor posibilidad de escapar de la situación de violencia. Existe una relación entre la pobreza y la violencia familiar, así como entre el nivel educativo y socio-económico bajo y la violencia conyugal (Andersson, Cockcroft, Ansari, Omer, Chaudhry, Khan y Pearson, 2009; Echeburúa, Amor y De Corral, 2002; Tokuç et al., 2010). Otros estudios han encontrado que en los países en vías de desarrollo, los niveles de violencia contra mujeres embarazadas son mayores que en las sociedades más desarrolladas (Campbell, García-Moreno y Sharps, 2004; Kaya y Cook, 2010; Nasir y Hyder, 2003; Tokuç et al., 2010). Para esta asociación se han incluido explicaciones como son la relación entre el nivel de estrés y la pobreza (frustración-agresión) (Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears, 1939) o interpretaciones sobre las dinámicas de la lucha de clases (Martín-Baró, 1983). El empoderamiento incluye la participación de la mujer y su reconocimiento profesional. Según algunos estudios, el acceso de la mujer a un empleo reduce el riesgo de sufrir violencia (Villarreal, 2007).

Tabla 1

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel socio-comunitario: Macrosistema.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Empoderamiento		
Nivel educativo:		
Stith et al. (2004)^c $k = 13, N = 4544, r = -.05, p < .001$		
Kaya y Cook (2010) ^b	N = 40 países	Bajo nivel educativo asociado con mayores tasas de VPI, $r = -.69, p < .0001$.
Tokuç et al. (2010) ^a	n = 288 M	Más VPI en mujeres no escolarizadas, frente a las escolarizadas: $\chi^2 = 5.33, p < .05, OR = 1.92, 95\% IC [1.08-3.38]$ (Turquía).
Anderson et al. (2009) ^a	N = 3430 M	Mayor probabilidad de VPI si la mujer no tenía educación formal que si tenía educación formal $OR = 1.42, 95\% IC [1.07-1.90]$ (Pakistán).
Pobreza-nivel desarrollo país		
Tokuç et al. (2010) ^a	n = 288 M	Tasas de 54% de VPIF en PVD versus 27% en PD, $\chi^2 = 19.11, p < .001, OR = 3.14, 95\% IC [1.86-5.29]$ (Turquía).
Kaya y Cook (2010) ^b	N = 40 países	El nivel de desarrollo del país, $r = -.08, p < .0001$, y la riqueza, $r = -.52, p < .0001$, están relacionados con mayores tasas de VPI.
Derechos políticos y sociales		
Sullivan et al. (2010) ^a	N = 103 M	Las VPIF, VPIP, VPIS se relacionan con reacciones sociales de tipo negativo para la lucha contra la VPI ($r = .27, r = .30, r = .28, p < .01$, respectivamente) (Inglaterra).
Kaya y Cook (2010) ^b	N = 40 países	Los derechos políticos, $r = -.24, p < .0001$, y sociales, $r = -.45, p < .0001$ se asocian con más abandono de la situación de violencia.
Chan et al. (2011) ^a	N = 2225H y M	Recibir apoyo y seguridad por parte del estado reduce los niveles de VPI, $OR = 2.52, 95\% IC [1.39-4.55]$.
Falta de autonomía de la mujer		
Tokuç et al. (2010) ^a	N = 288M	Los valores patriarcales (decisiones que toma la familia 75%), frente a otros valores que promocionan la libertad de decisión por parte de la mujer (ella y su familia 35%, y ella sola 30.4%), $\chi^2 = 15.13, p < .0001, OR = 4.60, 95\% IC [1.42-14.80], p < .05$, y la falta de autonomía (desempleo: 42.6 % vs. estar empleado: 21.3%), $\chi^2 = 12.53, p < .0001, OR = 2.15, 95\% IC [1.06, 4.37], p < .05$ predicen VPI (Turquía).
Villarreal (2007) ^a	N = 33709 M	Encuesta del Instituto Nacional de Estadística. Existe una asociación entre la falta de autonomía de la mujer y la VPI de $r = .20, p < .05$ (México).

Tabla 1

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel socio-comunitario: Macrosistema.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Contexto cultural		
Creencias religiosas		
Kaya y Cook (2010) ^b	n= 40 países	Nivel de fragmentación religiosa asociado con la VPI, $r = .15$, $p < .0001$.
Guerras- conflictos		
Clark et al. (2010) ^a	N = 3510 M	Las mujeres cuyos maridos fueron expuestos directamente a violencia colectiva reportaron más probabilidades de VPIF, OR = 1.89, 95% IC [1.29-2.76], $p < .01$ y de VPIS, OR = 2.23, 95% IC [1.49-3.35], $p < .05$ frente a los que no fueron expuestos (Gaza).
Saile et al. (2013) ^a	N = 235 parejas	Los países de escasos recursos y afectados por la guerra tienen alto riesgo de VPI. VPIP: $F_{(17,217)} = 2,61$, $p < .01$; VPIF: $F_{(17,217)} = 4,76$, $p < .01$; Aislamiento total: $F_{(17,217)} = 4,90$, $p < .001$ (Uganda).
Stewart y Brown (2010) ^b	N= 6 países	Existe una relación entre la violencia política y aumento de las tasas de VPI ($r = .78$, $p < .05$).
Culturas favorables a la violencia		
Archer (2006) ^a	N = 52 países	Actitudes sexistas (HS, $r = .53$, $p < .05$) y estar de acuerdo con golpear a la esposa ($r = .58$, $p < .05$) se asociaron a VPI.
Pérez et al. (2002) ^a	N = 316 H y M	Uxoricidio asociado al bajo desarrollo social ($r = .35$, $p < .05$).
Moya et al. (2002) ^b	N = 15000 (19 países)	A mayor IDH menor SH, $r = -.77$, $p < .05$ y SB, $r = -.86$, $p < .05$. SH mayor en sociedades con bajo IDH, $r = -.66$, $p < .02$, y con más distancia jerárquica, $r = .50$, $p < .01$.
Matrimonio impuesto		
Tokuç et al. (2010) ^a	N = 288 M	Menos probabilidad de VPI, cuando la mujer hace una elección libre del matrimonio (30.4%) que cuando es forzada (75%, la toma la familia): OR = 4.60, $p = .011$, 95%, IC [1.42-14.80]. No hay diferencias cuando la elección es conjunta (35.2%, por la familia y propia) OR=1.52, 95%, IC [.82-2.80], $p = .18$ n.s.

Tabla 1

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel socio-comunitario: Macrosistema.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Democratización del Estado		
Weldom (2002) ^a	N = 36 países	Las políticas y el papel activo de las agencias disminuyen las tasas de VPI, $r = .42, p < .001$.
Kaya y Cook (2010) ^a	N = 40 países	La democratización está asociada con menores tasas VPI, $r = -.36, p < .0001$.
Globalización		
Kaya y Cook (2010) ^b	N = 40 países	Menor VPI asociado a la globalización, $r = -.52$, y el uso de internet, $r = -.45, p < .0001$. Mayor VPI si se depende de PD, $r = .33, p < .0001$.

N=sujetos de los estudios; *n*= tamaño de la submuestra; *K* = número de estudios; *r* = tamaño del efecto medio; *OR*= Odds ratio; *IC* = intervalo de confianza; *M*: mujer; *H*: hombre; *VPI*: Violencia por parte de la Pareja Íntima; *VPIF*: Violencia Física por parte de la Pareja Íntima; *VPIS*: Violencia Sexual por parte de la Pareja Íntima; *VPIP*: Violencia Psicológica por parte de la Pareja Íntima; *PVD*: países en vías de desarrollo; *PD*: países desarrollados; *IDH*: Índice de desarrollo humano; *BS*: Sexismo Benévolo, *HS*: Sexismo Hostil (Glick y Fiske, 1996).

^a estudios primarios; ^b revisiones sistemáticas, ^c meta- análisis.

En segundo lugar, el contexto cultural también puede influir sobre el nivel de empoderamiento de las mujeres. Por ejemplo, en países como Kenia (Lawoko, Dalal, Jiayou y Jansson, 2007) y en Pakistán (Anderson et al., 2009) el nivel de instrucción y el acceso al trabajo de las mujeres, en vez de protegerlas, predicen un incremento del riesgo de sufrir violencia. Uno de los elementos del contexto cultural son las creencias religiosas (Wendt, 2008). Kaya y Cook (2010) demostraron que no es la adscripción a una religión u otra la que predice un mayor riesgo de violencia, sino que es la intensidad o nivel de adherencia a estas creencias las que favorecen la violencia contra las mujeres.

También los estados de guerra, los conflictos étnicos y religiosos y la militarización de la sociedad incrementan el riesgo de violencia en la pareja: las mujeres que viven en países de escasos recursos afectados por guerras recientes

tienen más riesgo de sufrir violencia por parte de la pareja (Adelman, 2003). En zonas como Uganda (Saile, Neuner, Ertl y Catani, 2013), Paquistán (Ali, Asad, Mogren y Krantz, 2011; Clark, Everson-Rose, Suglia, Btoush, Alonso y Haj-Yahia, 2010) y Etiopía (García-Moreno, Jansen, Ellsberg, Heise y Watts, 2006), altamente afectadas por guerras pasadas, un año después del conflicto se incrementaron las tasas de abuso psicológico, físico y sexual contra las mujeres (Stewart y Brown, 2010).

También existen culturas masculinas que legitiman la violencia cultural y justifican la agresión física interpersonal. Estas sociedades desarrollan la “cultura del honor” tradicionalmente asociada con mayores niveles de violencia general y hacia la pareja (Ubillos, Martin-Beristain, Garaigordobil y Halperin, 2008). Además, la masculinidad cultural está relacionada con mayores tasas de violencia hacia la pareja (Archer, 2006; Páez y Ubillos, 2004). Otros estudios encontraron una asociación entre los casos de uxoricidio y las culturas jerárquicas más tradicionales, el bajo desarrollo social y la cultura colectivista (oposición entre la cultura del honor y la liberación de la mujer) (Moya, Páez, Glick, Fernández y Poeschl, 2002; Pérez, Páez, Navarro y Arias, 2001).

No menos importante en el contexto cultural es lo que se refiere a la libre elección de la pareja, el matrimonio y el estatus marital. En algunas sociedades de Asia, Oriente Medio y África, las condiciones para la elección del matrimonio y la pareja son impuestas por las familias y los hombres, y están asociadas a mayores tasas de violencia contra las mujeres, como es el caso de Pakistán (Anderson et al., 2009) y Turquía (Tokuç et al., 2010). En zonas como Bangladesh la demanda de la dote en el matrimonio aumentó la probabilidad de violencia hacia la mujer en las zonas

rurales (Naved, Azim, Bhuiya y Persson, 2006). Además, en las sociedades donde se practicaba la poligamia había mayores tasas de violencia contra la mujer (Anderson et al., 2009; Arzu y Pinky, 2001).

Otro aspecto a destacar del contexto cultural es la democratización del Estado. La existencia de un sistema democrático y la protección de los derechos humanos ayudan a prevenir la violencia de género. Los países que han sido democratizados generan respuestas oficiales a la violencia contra las mujeres y las políticas o agencias desempeñan un papel fundamental (Weldon, 2002).

Por último, la globalización o integración de un país en la economía mundial en parte han facilitado el descenso de las tasas de violencia (Kaya y Cook, 2010). Sin embargo, la globalización no siempre disminuye estas tasas, ya que también puede obstaculizar la autonomía y coartar la libertad de las mujeres. La globalización ha creado nuevas oportunidades para ejercer violencia, como son el tráfico de mujeres y el turismo sexual (Radford y Tsutsumi, 2004). Además, la inclusión de un país dentro de la economía mundial no reduce los niveles de violencia física en la pareja y no favorece la independencia de la mujer si se depende de países más desarrollados (Kaya y Cook, 2010).

Factores asociados al exosistema

Entre los elementos de carácter comunitario, se distinguieron 3 factores: ser menor de edad, tener ingresos bajos y estar desempleado (Stith et al., 2004) (véase Tabla 2).

Algunos estudios encuentran que tener menor edad (menos de 34 años) está asociado con el riesgo de ser víctima de violencia por parte de la pareja (Chan, Tiwari, Fong, Leung, Brownridge y Ho, 2011; Hedin, 2000). La mayor parte de las investigaciones constatan que la prevalencia de la violencia en la pareja disminuye a medida que la edad aumenta (Naved et al., 2006; Timmons y O'Leary, 2004). Además, se encuentra que las agresiones físicas dentro de la pareja seguirían un patrón en U invertida (O'Leary, 1999), de modo que la implicación en comportamientos violentos era muy baja en las parejas más jóvenes y en las más adultas, encontrándose los niveles más altos entre los 22 y los 25 años (Archer, 2000; Capaldi, Shortt y Kim, 2005; Riggs et al., 2000; Timmons y O'Leary, 2004). En contraste, otros estudios muestran que las mayores tasas de violencia se producen en el primer grupo de edad (de 18 a 29 años) disminuyendo posteriormente de forma progresiva en el segundo (de 30 a 50 años) y aumentado de nuevo en el tercer grupo de edad (>50 años) (Graña, Rodríguez y Peña, 2009; Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010).

El riesgo de ser víctima de violencia también está relacionado con los bajos recursos y la dependencia económica (Expósito, Herrera, Moya y Glick, 2010; Stith et al., 2004). La violencia impide a las mujeres buscar empleo, y sin independencia económica, no tienen recursos para abandonar la relación abusiva (Tokuç et al., 2010; Chan et al., 2011).

Por último, se añade como factor de riesgo ser testigo de violencia o haber experimentado abusos en la infancia (Chang et al., 2011) Sin embargo no todos los estudios confirman que vivir en un hogar violento es predictor de ser agresor en la

edad adulta (Kim, Talbot y Cicchetti, 2009; Carboné -López y Kruttschnitt 2010).

Tabla 2

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel socio-comunitario: Exosistema.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Edad: Stith et al. (2004) $k = 17$, $N = 5832$, $r = -.07$, $p < .001$,		
Chan et al. (2011) ^a	$N = 2225$ H y M	Mayores niveles de VPI con menos de 34 años, $OR = 2.113$, $p < .05$, 95% IC [1.141-3.195] (China).
Timmons y O'Leary (2004) ^a	$N = 203$ M	Existe una relación entre tener menor edad y la probabilidad de que suceda algún acto de VPIF, $r = -.82$, $p < .001$. (USA)
O'Leary (1999) ^a	$N = 203$ M	La correlación VPIF y edad fue $r = -.82$, $p < .001$ (USA).
Nocentini et al. (2010) ^a	$N = 86$ adolescentes	Existe una relación entre los niveles de victimización (violencia física) y tener más edad: 16 años ($r = .64$, $p < .001$), con 17 ($r = .69$, $p < .001$) y con 18 ($r = .86$, $p < .001$).
Recursos económicos. Stith et al. (2004) ^cIngresos: $k = 10$, $N = 4097$, $r = -.04$, $p < .001$. Empleo: $k = 6$, $N = 2979$, $r = .05$, n.s.		
Tokuç et al. (2010) ^a	$N = 288$ M	Existe un vínculo entre la violencia y la dependencia económica ($n=83$, 42.6%) frente a las mujeres que son independientes económicamente ($n= 20$, 21.3%), $OR = 2.15$, 95% IC [1,06- 4,37], $\chi^2=12.53$, $p < .0001$.
Chan et al. (2011) ^a	$N = 2225$ H y M	El desempleo aumenta la probabilidad de VPI, $OR = .92$, IC 95% [.41- 2.03] n.s.
Ser testigo de violencia en la infancia		
Kim et al. (2009). ^a	$N = 129$ M y sus hijos	Ser testigo de VPI en la infancia no predice VPI en la edad adulta (n.s).
Chan et al. (2011) ^a	$N = 2225$ H y M	Ser testigo de violencia en la infancia aumenta el riesgo de la VPI en la edad adulta. $OR = 2.849$, 95% IC [1.482-5.479], $p < .01$

N =sujetos de los estudios; K = número de estudios; r = tamaño del efecto medio; OR = Odds ratio; IC= intervalo de confianza; n.s.: no significativo; M: mujer; H: hombre;VPI: Violencia por parte de la Pareja Íntima VPIF: Violencia Física por parte de la Pareja Íntima; VPIS: Violencia Sexual por parte de la Pareja Íntima; VPIP: Violencia Psicológica por parte de la Pareja Íntima.

^a estudios primarios; ^b revisiones sistemáticas, ^c meta- análisis.

Nivel de agrupación contextual

En este segundo apartado se incluyen los factores de riesgo de la violencia de género relacionados con el microsistema (o contexto en el que se produce el abuso) y el ontogenético. Por tanto, aquellos factores que tienen que ver con el patrón de interacción y la estructura del sistema familiar, así como con la historia de desarrollo y aprendizaje del individuo.

Factores asociados al contexto de abuso o microsistema

Entre los factores de riesgo en el nivel del microsistema se incluyen los que ocurren en el contexto de abuso, como son: el número de hijos, el estatus marital, la duración de la relación, la satisfacción con la pareja y la ejecución de actos violentos (Stith et al., 2004) (véase Tabla 3).

Numerosos estudios han comprobado la relación que existe entre mayor número de hijos y el riesgo de violencia contra la mujer (Hazen y Soriano, 2007; Kaya y Cook, 2010; Ruiz-Pérez, Mata-Pariente y Plazaola-Castaño, 2006). Tener grandes cargas familiares incrementa el riesgo de las mujeres de sufrir violencia por parte del compañero (Tokuç et al., 2010; Vives-Cases, Álvarez-Dardet, Gil-González, Torrubiano-Domínguez, Rohlfis y Escribà-Agüir, 2009).

Estar casada es un factor de riesgo que predice mayores niveles de victimización en las mujeres (Chan et al., 2011; Vives-Cases et al., 2009). Algunas investigaciones señalan que las mujeres más expuestas a las agresiones masculinas no son las casadas, sino las separadas y las solteras (Vives-Cases et al., 2009). A este respecto, Cáceres (2004) encontró que se producía un incremento de la violencia global una vez iniciado el periodo de separación. Otros autores hallaron que la duración de la relación es la que aumenta la probabilidad de violencia en la pareja. Las tasas de violencia física y psicológica eran mucho más bajas en las parejas que no estaban casadas y, cuanto mayor era el tiempo de relación, mayores eran los niveles de conflictividad (Carboné-López y Kruttschnitt, 2010). En contra, otros estudios han encontrado que la duración de la relación y el estado civil no tienen ningún efecto sobre la violencia (Chen y Whitte, 2004). Además, con el tiempo en las parejas se

produce un deterioro del grado de armonía general. La función del matrimonio en relación a la violencia en la pareja es altamente mediada por los niveles de satisfacción marital (Cáceres, 2004; Cáceres y Cáceres, 2006). Así, a mayor satisfacción en la relación de pareja, menor probabilidad de sufrir violencia de género (Stith, Green, Smith y Ward, 2008).

Otro factor importante en la satisfacción se refiere a la congruencia de creencias culturales: las parejas jóvenes que tienen una percepción similar respecto a la cultura del honor (ya sea alta o baja la importancia otorgada a este aspecto) se sienten más satisfechas en su relación de pareja (Lopez-Zafra y Rodríguez, 2008). El apoyo de la pareja funciona de manera similar en todas las culturas y está relacionado con la satisfacción marital, esto es, a mayor apoyo mutuo percibido mayor satisfacción (Cramer, 2004). Estos argumentos apoyan las tesis feministas, en cuanto demuestran que la capacidad de llegar a acuerdos se asocia con menores niveles de violencia en la pareja (Cáceres, 2004).

La tendencia a hacer interpretaciones relativamente optimistas de experiencias indeseables se ha asociado con mayores niveles de satisfacción marital. (McNulty y Fincham, 2012). Sin embargo estos efectos estaban mediados por la gravedad de la agresión. Realizar atribuciones más externas, menos globales y menos estables sobre conductas negativas y leves de las parejas mantiene la satisfacción marital cuatro años después (Karney y Bradbury, 2000). Cuando eran graves, realizar una atribución benévola sobre la conducta negativa se asociaba con menor satisfacción y es un factor potencial de violencia que mantiene la situación de violencia, siendo este estilo de atribución desadaptativo (McNulty, O'Mara y Karney, 2008).

Tabla 3

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel contextual: Microsistema.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Número de hijos-cargas familiares. Stith et al. (2004)^c $k = 22$, $N = 4774$, $r = .06$, $p < .001$		
Hazen y Soriano (2007) ^a	$N = 292$ M	VPIS asociado con mayor número de hijos. 1 o 2 hijos ($n = 175$, 59.9%) $OR = .28$, 95% IC [.10-.76] $p < .05$, en comparación con las que no tienen hijos ($n = 46$, 15.8%) (USA).
Kaya y Cook (2010) ^b	$N = 40$ países	Tasas de fertilidad asociadas con un incremento del VPI, $r_{(40)} = .78$, $p < .001$ (USA).
Tokuç et al. (2010) ^a	$n = 102$ M	Mujeres con hijos ($n = 90$, 38.6%) más VPI, vs sin hijos ($n = 12$, 22.2 %), $\chi^2 = 4.62$, $OR = .29$, 95%, IC [.16-.53], $p = .032$ (Turquía).
Vives-Cases et al. (2009) ^a	$N = 13000$ H y M (n cargo ($n=12$, 9.4%), que si no tienen hijos ($n = 66$, 51.6%), $OR = 3.5$, 95% IC [1.78-6.90], $p < .0001$ (España).	Tasas más altas de VPI si se tienen tres o más menores a su H y M (n cargo ($n=12$, 9.4%), que si no tienen hijos ($n = 66$, 51.6%), $OR = 3.5$, 95% IC [1.78-6.90], $p < .0001$ (España).
Estado civil		
Vives-Cases et al. (2009) ^a	$N = 13000$ H y M ($n = 128$ M)	Mayores tasas VPI si está separada o divorciada ($n = 20$, 15.6%), $OR = 2.81$, 95% IC [1.89-4.97] que si estaba soltera ($n = 34$, 26.6%) (España).
Cáceres (2004) ^a	$N = 166$ (76 H y 90 M)	Las diferencias entre novios y matrimonios son estadísticamente significativas en VPI [$F(1, 58) = 32,63$; $p < .0001$], VPIF [$F(1, 58) = 31,65$; $p < .0001$] VPIP [$F(1, 58) = 42,64$; $p < .0001$] (España).
Duración de la relación		
Carboné y Kruttschnitt, (2010) ^a	$N = 162$ M	La duración de la relación es la que aumenta la probabilidad de VPI. $R^2 = 1.17$ $p < .0001$.
Satisfacción marital		
Cáceres (2004) ^a	$N = 166$ (76 H y 90 M)	La correlación entre el grado de violencia total y el grado de armonía relacional es alta y negativa, $r = -.56$, $p < .01$. Menos niveles de VPI, si se llega a acuerdos ($M_{\text{bajos niveles violencia}} = 15$, $DT = 6$, $M_{\text{altos niveles violencia}} = 28$, $DT = 13$, $F_{(166)} = 17.1$, $p < .001$) (España).
Cáceres y Cáceres (2006) ^a	$N = 60$ M	La correlación entre el índice de violencia y la armonía relacional es de $r = -.72$, $p < .01$ (España).
McCullum y Stith (2008) ^b	$N = 8628$ $K = 32$	La menor satisfacción marital predice VPI, $r = -.027$, $p < .05$ (USA).
Cramer (2004) ^a	$N = 80$ M y 27 H	La baja satisfacción marital correlaciona de manera positiva con los conflictos en la pareja, $r = .32$, $p < .001$, y el grado bajo apoyo familiar, $r = .44$, $p < .001$.
McNulty et al. (2008) ^a	$N = 251$ matrimo nios	Atribuciones benévolas sobre la conducta negativa se asociaba con mayor satisfacción, $r = .14$, $p < .05$, y podía ser un factor de protección (USA).

Tabla 3

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel contextual: Microsistema.

Perdón

Fincham et al. (2007) ^a	N = 96	La satisfacción marital, $r_{(96)} = .39, p < .01$, y el perdón de la esposa, $r_{(96)} = .20, p < .05$, influyen en la percepción subjetiva de mejoras en la comunicación con el marido 12 meses más tarde (USA).
Gordon et al. (2004) ^a	N = 121	Hacer atribuciones menos maliciosas (más tolerantes) sobre la M casa VPI está asociado con más probabilidades de volver con la acogida pareja violenta, $r_{(121)} = -.43, p < .001$ (USA).
McNulty y Russell (2010) ^a	N = 72	Las mujeres con comportamientos crueles cuando hay parejas problemas graves (por ejemplo, rechazo, crítica) predicen de recién mayor satisfacción para ambos miembros de la pareja, $r = .57, p < .001$, en comparación con los problemas menos graves, $r = .08$, tendencial (USA).

Bidireccionalidad violencia hacia la pareja Stith et al (2004)^c k = 5, N = 652, r = .41, p < .001

Cáceres (2004) ^a	N = 166	Tasas similares de violencia entre H (M= 35,71, DT = 24,09) y M (n = 76H (M= 45,73, DT= 23,46), p< .96 n.s. y 90M)
Moral et al. (2011) ^a	N = 233	Existe una correlación positiva y significativa entre la M y 177 H violencia ejercida y recibida ($r = .59, p < .01$). (Monterey)

N=sujetos de los estudios; r = tamaño del efecto medio; K = número de estudios; OR = Odds ratio; IC= intervalo de confianza; R² = coeficiente de determinación; M: mujer; H: hombre; VPI: Violencia por parte de la Pareja Íntima; VPIF: Violencia Física por parte de la Pareja Íntima; VPIS: Violencia Sexual por parte de la Pareja Íntima; VPIP: Violencia Psicológica por parte de la Pareja Íntima.

^a estudios primarios; ^b revisiones sistemáticas, ^c meta- análisis.

De igual modo, la satisfacción marital se asocia con el perdón de conductas hostiles por parte de la esposa, porque mejora la percepción subjetiva en la comunicación con el marido 12 meses más tarde (Fincham, Beach y Dávila, 2007). Sin embargo, el nivel de tolerancia se ha asociado con más probabilidades de volver con la pareja violenta (Gordon, Burton y Porter, 2004). La tendencia de las mujeres a tener comportamientos crueles cuando hay problemas graves (por ejemplo, rechazo, crítica) predice mayor satisfacción para ambos miembros de la pareja, en comparación con los problemas menos graves (McNulty y Russell, 2010). Sin embargo, la bondad (por ejemplo, entendida como conducta de apoyo) también ha

sido asociada con mayores niveles de satisfacción marital siempre que responda a una necesidad de la pareja (Lucas, Parkhill, Wendorf, Imamoglu et al., 2008).

Por último, en la mayor parte de los estudios donde participan ambos sexos no existen diferencias significativas en los promedios de victimización y agresión (Moral, Rosales, Loving y Martínez, 2011). De hecho, la mayoría de los estudios sobre violencia en las relaciones de pareja han encontrado que el uso de la violencia tiende a ser recíproco. Esta explicación excluye la violencia que las mujeres utilizan como método de defensa ante una agresión por parte de su pareja (Cáceres, 2004; Stith et al., 2004) y se incluye dentro de las dinámicas familiares negativas producto del estrés (Dutton, 2006).

Factores asociados al nivel ontogenético

Destaca como factores individuales asociados a ser víctimas de violencia: las actitudes a favor de la violencia, el afecto negativo (culpa, vergüenza, miedo y depresión), el embarazo y el abuso de alcohol y drogas (Stith et al., 2004) (véase Tabla 4).

Hay actitudes a favor de la violencia que funcionan como elementos mediadores entre las situaciones de conflicto y su forma de gestionarlos (Nayak, Byrne, Martin y Abraham, 2003). La justificación de la violencia, la adaptación, la tolerancia y la falta de empatía del agresor sobre la víctima se asocian a un mayor riesgo de sufrir violencia (Moral et al., 2011).

El afecto negativo puede servir como motivador del conflicto y la agresión en la pareja (Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric, 2006; Valor-Segura, Expósito y Moya, 2010).

A mayor culpa y vergüenza más riesgo de violencia. La vergüenza genera malestar, confusión en la víctima e impide la acción, y la culpa cumple una función reparadora sobre las conductas negativas del agresor y mantiene a la mujer en la situación de maltrato (Etxebarria, Ortiz, Conejero y Pascual, 2009; Sheikh y Janoff-Bulman, 2010). Por otra parte, el miedo se asocia a la huida y aleja a las mujeres de la situación de violencia, sin embargo, en situaciones de violencia crónica hace que la mujer se mantenga en la relación y favorece el ejercicio de nuevas conductas violentas (Echeburúa et al., 2002; Folkman, 2010; Moral et al., 2011; Stith et al., 2004). La depresión es parte de la respuesta de la víctima. Supone más uso del cariño y búsqueda de ayuda, frente a la ira que implica la superación de los obstáculos y un afrontamiento de tipo instrumental (Páez, Martínez, Sevillano, Mendiburu y Campos, 2012).

Por otro lado, se considera que el embarazo es un factor de riesgo. Los niveles de agresión física y sexual son mayores en el grupo de mujeres embarazadas - la sufre el 8% de mujeres no embarazadas frente a un 18% para aquellas que sí lo estaban (Campbell et al., 2004; Chan et al., 2011).

Por último, respecto al abuso de sustancias, el consumo de alcohol y otras drogas actúan como factores de riesgo en la violencia de género - en ambos miembros de la pareja - (Hazen y Soriano, 2007; Kliewer y Zaharakis, 2013).

Tabla 4

Factores de riesgo asociados a la VPI a nivel contextual: Ontogenético.

Estudio	Muestra	Evidencia empírica
Actitudes a favor de la violencia		
Nayak et al. (2003) ^a	N = 1067	Existe una relación entre las actitudes favorables hacia la VPI y estudiantes el VPIS, $r = .67, p < .001$.
Moral et al., (2011) ^a	N = 400 H y M	La aceptación de la VPI se asocia con mayores niveles de VPI para H y M, $r = .27, p < .01$ (México).
Emociones: Stith et al (2004)^c miedo $k = 5, N = 4388, r = .27, p < .001$; depresión $k = 6, N = 899, r = .28, p < .001$.		
Etxebarria et al. (2009) ^a	N = 360	La culpa aparece más en las mujeres que los hombres, $F_{(1,353)} = 4.98, p = .02, \eta^2 = .014$, potencia observada = .60. La intensidad de la culpa correlaciona con el componente ansioso-agresivo, $r_{(272)} = .46, p < .001, 95\%IC = \pm .40$. (España).
Valor-Segura et al. (2010) ^a	N = 142 (75M y 67H)	El miedo está asociado a situaciones de intimidación física por parte de la pareja, $F_{(1,136)} = 33.06, p < .001$, y verbal, $F_{(1,134)} = 7.20, p = .008$ (España).
Moral et al. (2011) ^a	N = 233 M y 177 H	El miedo se asocia con el uso de un estilo de afrontamiento pasivo, $r_{(400)} = .32, p < .01$ (Monterey).
Embarazo		
Chan et al. (2011) ^a	N = 2225	La VPI, está asociado con estar embarazada, $OR = 2.60, 95\% IC [1.36-4.97]$, en comparación con las no embarazadas (China).
Kaya y Cook (2010) ^b	N = 40 países	El embarazo está asociado con la VPI, $r = .78, p < .0001$.
Stith et al (2004): consumo alcohol, $k = 11, N = 7084, r = .13, p < .001$		
Hazen y Soriano (2007) ^a	N = 292M latinas	Abuso de sustancias ($n = 54, 19.4\%$) asociado a más VPIF, $OR = 2.59, 95\% IC [0.58-3.40], p < .05$ (USA).
Kliewer y Zaharakis (2013) ^a	N = 318 M	El abuso de alcohol está asociado con un incremento en el riesgo de VPI, $r = .15, p < .05$, y con el de drogas, $r = .16, p < .05$.

N=sujetos de los estudios; r = tamaño del efecto medio; K = número de estudios. OR = Odds ratio; IC = intervalo de confianza; M: mujer; H: hombre; VPI: Violencia por parte de la Pareja Íntima; VPIF: Violencia Física por parte de la Pareja Íntima; VPIS: Violencia Sexual por parte de la Pareja Íntima; VPIP: Violencia Psicológica por parte de la Pareja Íntima.

^a estudios primarios; ^b revisiones sistemáticas, ^c meta- análisis.

Discusión

Esta revisión bibliográfica muestra de manera ordenada en base a una estructura lógica fundamentada en el modelo socio-ecológico los factores que se asocian con el riesgo de sufrir violencia de género según las investigaciones más recientes. En el nivel macro-social destacan como factores de riesgo relacionados con el empoderamiento y el contexto cultural: la falta de educación ($r = -.69$, $p < .0001$), el bajo desarrollo económico del país ($r = -.52$, $p < .0001$), derechos sociales y políticos bajos ($r = -.45$, $p < .0001$), la falta de autonomía de las mujeres ($r = .20$, $p < .05$) y la baja democratización del estado ($r = -.36$, $p < .0001$). Estos resultados sugieren que a medida que una sociedad se desarrolla económicamente y las mujeres adquieren los derechos políticos y sociales y acceden al trabajo y la educación, incrementado su autonomía, existe una mayor posibilidad de escapar de la situación de violencia (Villareal, 2007).

Además, la asociación entre fundamentalismo religioso y violencia ($r = .15$, $p < .0001$) es coherente con la idea que las religiones patriarcales crean un entorno social donde las mujeres son culturalmente dependientes de los hombres y donde la violencia contra las mujeres es legitimada y aceptada por la sociedad (West, 1999). La asociación entre violencia colectiva (guerras en el pasado y presente) ($r = .78$, $p < .05$), las culturas masculinas y del honor y la violencia de pareja indica que existe una cultura de la violencia que resulta normativa e instrumental.

Estos resultados son coherentes con la correlación entre las actitudes positivas hacia el uso de la violencia, las actitudes tradicionales sobre los roles de género de las mujeres y la perpetración de actos violentos ($r = .58$ y $r = .53$ respectivamente,

$p < .0001$). En culturas masculinas tradicionales y del honor tiene lugar un proceso de idealización de la violencia que la define como una forma deseable de conducta, como una manera de manifestar la propia identidad, defender la autoestima personal y mantener la superioridad del hombre dentro de la familia (Abramsky, Watts, García-Moreno, Devries, Kiss, Ellsberg, Ellsberg, Jasen y Heise, 2011; Jewkes, 2002). Además, aunque con menor evidencia empírica, la exposición a la violencia relacionada con la guerra (experiencia de violencia organizada) hace a las personas más vulnerables para la comisión o perpetración de actos violentos contra la pareja y la re-victimización, lo que explica el aumento de las tasas de violencia familiar tras un conflicto (Catani, Schauer y Neuner, 2008).

Finalmente la asociación entre integración de un país en la economía mundial y menor violencia sugiere que la globalización ha facilitado la promoción de las mujeres, la apertura a mayores oportunidades de empleo, el acceso a la información y el exterior y la mayor expansión en materia de sensibilización, aunque también ha abierto nuevas posibilidades para la explotación sexual (Kaya y Cook, 2010).

Entre los factores de riesgo comunitarios la menor edad ($r_{(5832)} = -.07, p < .001$), tener ingresos bajos ($r_{(4544)} = -.04, p < .001$)-aunque no estar desempleado- y haber sido testigo en la infancia, se asociaron débilmente a ser víctima de violencia. El vínculo entre la violencia y la dependencia económica es circular (Stith et al., 2004; Tokuç et al., 2010). Por un lado, la amenaza y el miedo a la violencia impiden a las mujeres buscar empleo, aceptar puestos de trabajo con salarios superiores a los de su pareja o las obliga a dedicarse exclusivamente a las tareas del hogar (Expósito et al., 2010). Y a

su vez, sin independencia económica, las mujeres no tienen ningún poder para escapar de una relación abusiva (Schuler, Hashemi, Riley y Akhter, 1996). En este nivel, tres meta-análisis encuentran una relación entre la violencia de género y presenciar o experimentar violencia familiar en la infancia (Riggs et al., 2000; Stith et al., 2000; Sugarman y Hotaling, 1997).

Entre los factores de riesgo del microsistema hay una asociación débil entre el número de hijos, las cargas familiares (cuidar abuelos, vivir con otros familiares) y violencia ($r_{(4774)} = .06, p < .001$), lo que sugiere que la presencia de hijos y otros familiares son un elemento de estrés añadido en la relación que funciona como factor de riesgo (Martín, 1999).

El efecto de estar casado (frente a ser soltero) y la mayor victimización se explican por el carácter de idealización y la falta de tiempo en parejas recién formadas para haber percibido grandes discrepancias (Cáceres y Cáceres, 2006). La relación entre mayor duración de la pareja y violencia se explica porque con el tiempo en las parejas se produce un deterioro del grado de armonía general, de la satisfacción con la relación, de la cohesión y de la capacidad para expresar afecto y llegar a acuerdos.

Congruentemente con esto, la violencia en la pareja se asocia a bajos niveles de satisfacción marital (Cáceres, 2004; Cáceres y Cáceres, 2006). Interpretaciones más benevolentes de conductas negativas leves se asociaban al bienestar, porque evitan la generalización de una imagen negativa de la pareja e impiden la escalada de conflicto. Paradójicamente, estas interpretaciones benignas de agresiones graves son un factor de malestar, porque minimizan lo ocurrido y mantienen la exposición a la

situación negativa. Igualmente, perdonar conductas hostiles se asocia a la satisfacción, aunque también a volver con la pareja violenta. Interacciones bondadosas, aunque también crueles, se han asociado a la satisfacción – sin embargo la evidencia es limitada. Finalmente la violencia tiende a ser recíproca y, en contra de los estereotipos, el nivel de agresión es similar en ambos sexos y es uno de los factores de riesgo con más peso (Stith et al., 2004).

Entre los factores de carácter ontogenético o individual encontramos la depresión ($r_{(899)} = .28, p < .001$), el miedo ($r_{(4388)} = .27, p < .001$), el embarazo y el consumo de alcohol ($r_{(7084)} = .13, p < .001$). Hay menos evidencia de los efectos de la culpa y la vergüenza.

El miedo como respuesta a la violencia puede funcionar de forma ambivalente. Por un lado, puede ser una forma de afrontamiento activo si se asocia a la huida y evitación y aleja a las mujeres de la situación de violencia. Por otro lado, si el miedo aparece en situaciones de violencia continuada puede suponer un aprendizaje y habituación a la situación de amenaza de violencia (Echeburúa et al., 2002). Esta respuesta refuerza en el agresor el ejercicio de nuevas conductas violentas (Folkman, 2011; Moral et al., 2011; Stith et al., 2004). Esto se debe a que esta emoción debilita a la víctima, destruye su autoestima y la hace más vulnerable ante nuevas agresiones (Femat, 2008; Niedenthal et al., 2006; Valor-Segura et al., 2010).

Por otro lado, la tristeza y su expresión psicopatológica, la depresión, se asocian fuertemente a la violencia. Se considera a la tristeza una emoción complementaria al miedo ya que constituye buena parte de la respuesta de la persona agredida. La

depresión sitúa a la víctima en una posición de indefensión y fuente de irritación y frustración para el agresor (Niedenthal et al., 2006). Por otro lado, los estudios muestran que hay una menor aceptación de la mujer si evidencia conductas agresivas y es más probable que contenga su ira, mientras que es más probable que los hombres la manifiesten (Etxebarria et al., 2009). La ira del hombre precedía la violencia, aunque no ocurría lo mismo con la ira femenina – recordemos que la violencia recíproca era un factor de riesgo de ser víctima y podemos pensar que en parte se asocia a la ira de esta última.

La culpa y la vergüenza se han asociado a la violencia, emociones definidas como sociales y morales, motivadoras y controladoras de la conducta. Paradójicamente, los estudios muestran que las víctimas sienten vergüenza por ser humilladas y culpabilidad por las interacciones negativas. La vergüenza genera un estado emocional desagradable e interrumpe la acción, al tiempo que genera una cierta confusión mental en la víctima. Por otro lado, la culpa tiene por referente una acción concreta y promueve la necesidad de reparación, mientras que la vergüenza es más generalizada y más orientada hacia uno mismo (Sheikh y Janoff-Bulman, 2010). Para poder librarse de estas emociones, la víctima recurre a estrategias como la reinterpretación cognitiva, la negación y el olvido de la situación, como en la atribución benévola de las causas de la agresión y el perdón de ésta. Estas emociones de culpa y vergüenza, junto con las de amor, miedo y soledad, que se generan en la víctima en la interacción con el maltratador, además de las estrategias de control ejercidas por éste, provocan que se prolongue la situación de maltrato a la que es sometida.

Por otra parte, las actitudes a favor de la violencia la refuerzan. La justificación de la violencia, la adaptación funcional, la tolerancia a la agresión y la empatía hacia el agresor se han definido como los elementos básicos de ésta (Martín, 1999). Las mujeres que más justifican la violencia tienen mayor riesgo de sufrirla al mismo tiempo que se mantienen más tiempo dentro de la relación traumática. La mujer tiende a centrarse en los aspectos positivos de su pareja, a negar o minimizar el problema y a auto-engañarse, llegando a normalizar, tolerar y justificar su situación de violencia (Echeburúa et al., 2002). La adaptación paradójica o síndrome de Estocolmo (Alonso, Manso y Sánchez, 2010) y la dependencia emocional de la víctima sobre el maltratador (Echeburúa et al., 2002) pueden explicar que la mujer se mantenga durante más tiempo en la relación.

La limitación más importante de esta revisión es que la predicción del riesgo incluye otro tipo de mediciones referidas a la naturaleza y la gravedad o intensidad de los efectos que produce en las víctimas. En este estudio se tienen en cuenta todos los que por sí solos han sido asociados con un incremento sobre el riesgo de violencia, independientemente del tipo de abuso que se haya recibido. Por este motivo es posible que se encuentren amplias diferencias entre los estudios, en cuanto a los porcentajes de violencia expuestos, ya que éstos dependen de cómo se defina la violencia, del método utilizado para medirla, del tipo de población estudiada (población general, población clínica, etc.) y del periodo de tiempo establecido para la pregunta (por ejemplo, un año o todo el período vital).

Además, para algunos factores de riesgo no se han encontrado estudios cuantitativos que aporten datos estadísticos concluyentes y, por tanto, deben de ser tomados con cautela. Otro problema es que no todas estas variables han sido estudiadas como causa primaria, incremento o forma de perpetuación de la violencia en la pareja, sino que hay otras revisiones que las han considerado como consecuencia de la situación de maltrato, sobre todo cuando lo que se analizan son las repercusiones sobre la salud de las víctimas primarias.



The Victim-Offender Overlap: the symmetric pattern of situational couple violence in a community sample

CHAPTER 2. THE VICTIM-OFFENDER OVERLAP: THE SYMMETRIC PATTERN IN SITUATIONAL COUPLE VIOLENCE IN A COMMUNITY SAMPLE

Parcialmente Publicado en: Puente, A., Ubillos, S. y Páez, D., 2015. La Relación entre Actitudes y Conductas Violentas en las Relaciones Interpersonales Íntimas. *Oñati Socio-legal Series*, 5 (2), 743-763.

Introduction

In this article we examine the victimization and offending overlap thorough their association with past experiences of violence, attitudes and interpersonal violence in intimate relationships – specifically the so called situational couple violence, not gender violence or patriarchal terrorism. Despite the considerable attention that has been devoted to the victim-offender overlap in the psychology, only few studies have examined this phenomenon among couples in intimate relationships (Tillyer & Wright, 2014). This gap in the research may be due to the fact that professionals have treated victims and offenders as distinct groups, separate from one another (Miller, 2013; Muftić, Finn, & Marsh, 2015). Kelly and Johnson (2008) propose three different types of intimate relationships violence: situational couple violence, intimate terrorism or

coercive/ controlling violence and violent resistance. Previous studies which examined the victim-offender overlap in situational couple violence indicate that offending increases the likelihood of victimization, but also that victimization increases the likelihood of offending (Lauritsen & Laub 2007; Tillyer & Wright, 2014).

The situational violence consists of occasional loss of control by either partner as a form of inadequate response to conflicts. Situational couple violence is “less severe”, with both genders being victims and perpetrators. It is defined by theories of dyadic adjustment as gender symmetric, more socially accepted, more frequent and bilateral in nature (Madsen, Stith, Thomsen, & McCollum, 2012). Also, situational violence is occasional and the level of violence over time has a small likelihood of escalation (Kelly & Johnson, 2008). It is used to identify the type of partner violence that does not have its basis in the dynamic or power and control. Situational violence is presumed to show a less purposive pattern and being related to particular conflicts rather than to a general intent to control one's partner (Johnson & Leone, 2005). On the contrary, intimate terrorism is unilateral and is systematically carried out with severe forms of violence to intimidate and control the partner (Johnson, 1995; Kelly & Johnson, 2008). In this case, the central motivating factor behind the violence is the man's desire to exercise general control over his woman (Fleming & Resick, 2016; Jasinski, Blumenstein, & Morgan, 2014; Kelly & Johnson, 2008; Zweig, Yahner, Dank, & Lachman, 2014). Violent resistance

describes the phenomenon of when women exclusively fight back physically against intimate terrorism. It is also referred to as defensive violence in the research literature (Muftić et al., 2015). Dutton, Hamel, & Aaronson (2010) have used gender paradigm framework to criticize the Johnson's taxonomy. For these authors, gender paradigm ignore and reduce the prevalence of female violence and male victimization in the population at large, because such data are incompatible with expectations that male domination and violence are acculturated by both genders and, thereby, become normative within patriarchal society. Later, Johnson responded to the negative criticisms (for further information, see Johnson, 2011).

Despite the evidence, often empirical research investigating victimization and offending has largely been either victim-focused or offender-focused (Jennings, Park, Tomsich, Gover, & Akers, 2011). Traditionally, this approach ignores the potential theoretical and empirical overlap that may exist among victims and offenders in situational couple violence. In fact, the literature explains that the relationship between intimate partner violence victimization and perpetration at the event level has received less attention (Walker, Bowen, Brown, & Sleath, 2015). In the last years, two main perspectives support the overlap between violent offending and violent victimization. The family violence theorists have asserted that "gender symmetry" exists in situational couple violence and as such, there are very few differences between men and women involved in mutually combative relationships (Archer, 2000; Fiebert,

2004). Moreover, as mentioned above, Johnson and Ferraro (2000) found that many intimate partner violence (IPV) relationships may be categorized by situational couple violence with men and women engaging in similar amounts of IPV against their intimate partners.

Through the literature there were difficulties to estimate the prevalence of situational couple violence. The concept of intimate partner violence, measuring instruments limitations, the sample characteristics and the different perspectives showed differences in the results. In this line, the research empathized with the necessity to differentiate between the clinical and forensic samples, classically used in studies with women who had suffered violence from their partners (patriarchal terrorism), and the community samples used to study the situational couple violence (Jasinski et al., 2014). Despite of this, the researchers highlight the importance to other variables as severity, frequency and chronicity, in order to estimate the differences between situational couple violence and gender violence (Capaldi, Knoble, Shortt, & Kim, 2012).

We aim to fill these voids by exploring the prevalence of IPV victimization and perpetration in adulthood, as well as the overlap of these experiences, in a representative sample of adults in Basque Country. First, this article analyzes the evidence which suggests the bi-directionality character in situational couple violence and the gender differences. There is growing evidence to

suggest that the nature of situational violence in adult partner relations is symmetric and reciprocal or bidirectional (Douglas & Hines, 2011; Rosales, Rubia, Loving, & Martínez, 2013). For example, Straus (2008) conducted cross-national research with 13,601 university students in 32 nations. The median assault rate for any physical violence perpetration was 31.2% overall, with 9.9% male only, 21.4% female only and 68.6% bidirectional.

Some studies of situational couple violence (not patriarchal terrorism) based on non-random samples of students found no significant differences between both sexes in the levels of victimization, although more males admitted to having used violence (Esquivel-Santovena, Lambert, & Hamel, 2013). Both cross sectional and longitudinal research on adult couples have shown that bidirectional violence is a common phenomenon. Accordingly, this reciprocal violence may be manifest in less severe forms such as, such as shoving, slapping or throwing things at the partner. A study based on a random sample confirms reciprocity, finding a significant correlation between inflicted and suffered violence. Only small differences were found between the sexes and these were minimal in terms of conflict management (Rosales et al., 2013). Studies suggest that sex differences in terms of victimization are subtle and partner violence is reciprocal.

Second, a small number of studies suggest that the relationship between victimization and offending is a function of common risk factors associated

with both behaviors (Maldonado-Molina, Jennings, Tobler, Piquero, & Canino, 2010). In this line, some studies which included both sex found an association between positive attitudes towards the use of violence and violence suffered and perpetrated (Archer, 2000; Capaldi et al, 2012; Jennings et al., 2011). Other relevant association has been found between witnessing or experiencing violence in one's own family as a child, positive attitudes towards aggression and suffering and perpetrating partner violence. A multicenter study carried out in 8 countries (Salvador, Cali, Caracas, Madrid, Río de Janeiro, San José, San Salvador and Santiago) found that experiences of mistreatment during childhood were associated to attitudes which justify the intimate partner violence in the adulthood (Fournier, de los Ríos, Orpinas, & Piquet-Carneiro, 1999). Also, this study confirmed that low levels of conflict management skill and the loss of control in interpersonal conflict is associated with situational violence (Capaldi et al., 2012). Similarly, in a study considering multiple variables predicting the aggression, low self-control was found to be the strongest predictor of both, victimization and offending (Jennings, Piquero, & Reingle, 2012). From these authors, inadequate socialization is viewed as the source of development for low self-control and the subsequent involvement in aggression behaviors over the life course.

Thirdly, this study emphasized on the violence effects of three levels: individual, social and community. Previous studies showed that violence has a negative effect on health in both aggressor and victim (Eckstein, 2016;

Larizgoitia et al., 2011). Further in violent situation with a partner, it is likely that the aggressor and victim to perceive less social support (Fletcher, Simpson, Campbell, & Overall, 2012) and perceive a negative emotional climate (Overstreet, Willie, & Sullivan, 2016). Johnson, Leone, and Xu (2014) described that the internal functioning of all relationships has an effect in the perceived social climate. Moreover, situational couple violence often tends to destroy social network by creating rejection and avoidance from community and family members. Furthermore, communities with higher levels of nonintervention norms are considerably more likely to accept abuse (Browning, 2002). Situational couple violence could be conducive to a negative view of collective affect and emotions or a less positive emotional climate, by generalization and projection of interpersonal violence to the perception of social milieu and low social integration (Páez, Espinosa, & Bobowik, 2012).

There are sets of important objectives to be drawn from the literature presented above. There is a need for better understanding the role of selection and causation in the process that propels the risk for subsequent offending among victims and subsequent victimization among offenders (Jennings et al., 2012). The general aim of this study is to contribute with empirical data to knowledge about the main characteristics of situational couple violence with general population, where it is included the causes and consequences of violent behavior and victimization (Jasinski et al., 2014). This study examines the correlates of intimate partner violence victimization and offending, as well as

the overlap of these experiences. The objectives are: 1) to examine the prevalence and gender differences in situational couple violence; 2) to analyze the situational couple bidirectionality of violence; 3) to study the general pattern of inflicted and suffered violence overlap including predictors and outcomes for both groups (Melander, Noel, & Tyler, 2010), and 4) to know the factors that increase the risk of violence and their personal, social and community effects in situational violence. These objectives are substantive and are designed to shed light on what a number of findings from a variety of other studies that have distinguished between situational couple violence and intimate terrorism (patriarchal violence) (Johnson et al., 2014), and also to provided one theoretical framework in order to understand the antecedents and outcomes related to victim-perpetrator overlap.

Based on the objectives it is expected that: 1). There will not be differences in the levels of perpetrated and suffered violence by sex. In situational couple violence perpetration is gender symmetric (i.e. it is probably to be committed by both partners in the intimate relationships); 2) There will be a statistically significant association between victimization and offending in the whole sample; 3) Also, a substantial overlap between violence and victimization and a set of mutual and distinct risk factors for groups of victims and offenders are expected: 4) In this line, regarding the antecedents, aggression and victimization will be related to: a) previous experiences of having been punished, b) favorable attitudes towards the use of violence (being in favor of

corporal punishment during childhood and greater approval of slapping one's partner), and c) loss of control as a result of lower levels of conflict management skills. Concerning the outcomes, it is expected that aggressors and victims: a) to report lower levels of health, b) to perceive a more negative emotional climate, as well as c) low social integration.

Method

This study is part of a larger project on collective violence The ISAVIC study is an epidemiological study carried out with a random and representative sample of the general adult population living in the Autonomous Region of the Basque Country in Spain, between the years 2005-2008 (for seeing the aim and design of the original study review Larizgoitia et al., 2011). This study includes measures about the situational couple violence (attitudes and violent behaviors) and the part of the study dedicated to situational couple violence was taken as the aim of our work.

Participants

The sample is made up of 2006 people living in the Basque Autonomous Region, 825 men (41.1%) and 1181 women (58.9 %). Their ages ranged from 16 to 92 ($M = 49.16$; $SD = 18.10$). At the moment of the study, the participants were living in three provinces: Vizcaya (53.5%), Guipúzcoa (32.6%) and Álava (13.9%).

The majority completed primary school ($n = 682$; 34%), followed by secondary or high school graduates (23%), compulsory secondary education (18.4%), university or technical degrees (13.4%) and vocational training (8%), while 3.2% of the population reported having no formal education of any kind. In terms of work, 46.7% were employed, 20.5% were engaged in housework, while a smaller proportion were pensioners or financially independent (18.6%), students (6.1%), looking for their first job (.6%), unemployed (6%), disabled (.8%) or did not specify their work situation (.7%).

Looking at the sample by groups of victims and aggressors, we found that 663 (52.1%) claim to have been victims of situational couple violence on at least one occasion, having been shouted at (51.4%) or slapped (2.6%) by their partners (both male and female). The total number who have inflicted situational couple violence is 690 (54.1%), with 53.6% declaring that they have shouted at their partner at some point and only 2.8% admitting to have slapped their partner. 50% of men ($n = 297$) and 57% ($n = 423$) of women were violent. The proportion of victims represented by women is 57.9%, while 42.1% are men. In the total sample analyzed the levels of aggression, especially physical, are low. Cross tabulation analyses also showed that a 64.7% of men and a 62.7% of women were victims and aggressors at the same time.

Instruments

The ACTIVA Project Questionnaire on past experiences of anger and domestic conflict in the last year (Cuestionario Activa de experiencia de enojo y conflicto doméstico en el pasado) (Fournier et al., 1999) evaluates attitudes towards the use of partner violence (e.g. *agreeing with slapping husband and wife*) and includes measures of attitudes towards corporal punishment, witnessing and experiences of punishment during childhood, and loss of control (e.g. *losing control in an argument, and controlling oneself to avoid an argument*). The ACTIVA scale was measured from 1 (never/completely disagree) to 5 (always/completely agree). As occurs in previous studies, the items were used as independent variables (Larizgoitia et al., 2011). Four items were added to the scale to define the behavioral component of aggression and to describe anger and strong interpersonal conflict, which includes measures of suffered violence (e.g. *your partner has shouted at you angrily and your partner has slapped you*) as well as of perpetrated violence (e.g. *shout angrily at your partner and slapped your partner*). Also, the ACTIVA severity classification is in accord with other scales which estimates the severity grade in situational couple violence (Conflict Tactics Scale [CTS-2]; Straus, Hamby, Boney-McCoy, & Sugarman, 1996). The scale uses a range of answers from 1 (never) to 4 (frequently). Reliability is acceptable for a short scale ($\alpha = .63$).

The data on health was collected using WHODAS II (World Health Organization, 1999; adapted by Vázquez-Baquero et al., 2000), which evaluates levels of incapacity or perceived functionality in the execution of certain

activities in six broad areas: Comprehension and communication (e.g. *How difficult is it to remember the important things you have to do?*), mobility (e.g. *How difficult is it for you to stand up from a seated position?*), personal care (e.g. *How difficult is it for you to eat?*), relationships with others (e.g. *How difficult is it for you to talk to people you don't know?*), everyday activities (e.g. *How difficult do you find doing your daily work?*), and social participation (*How much of a problem did your family have because of your health problems?*). The scale uses a range of answers from 0 (not at all) to 5 (extremely). Higher scores indicate lower levels of functioning in general. Internal consistency is highly satisfactory ($\alpha = .90$).

Emotional climate as measured by De Rivera (1992) uses a four point Likert scale to assess the affective tone of social interactions through a series of items including collective emotions and the pattern of social interactions conducive to these positive (hope, solidarity, trust, happiness and calm) and negative (fear, anger, sadness) emotions. Higher scores indicate high levels of positive and negative climate. The extraction of eigenvalues for the reduced correlation matrix shows two factors which explain 52.73% of the variance: positive items climate (30.40% of explained variance) and negative items climate (22.34% of explained variance). Both have an internal consistency of .78.

The Social Support Appraisals Scale (Vaux, Phillips, & Holly, 1986; adapted by Basabe, 2004) evaluates the perception of satisfactory social support (e.g. *I have strong bonds with my friends*). A reduced version of 4 items was used, with a

Likert scale from 1 (totally disagree) to 5 (totally agree), with good internal consistency ($\alpha = .92$). Higher scores show higher perceived social support.

The four item version of the UCLA Loneliness Scale (Expósito & Moya, 1993) measures perceptions of loneliness. Using a scale from 1 (never) to 4 (always) it measures the individual differences in the experience of loneliness and subjective social isolation (e.g. *How often do you feel cut off from others?*). Higher scores reflect high levels of loneliness. The reliability of the scale was satisfactory ($\alpha = .78$).

Procedure

Sample selection was carried out using a stratified random sampling procedure based on the proportion of residents in each of the three provinces of Basque Country. The data were collected only at one time point, using door to door method, and face to face interviews, conducted in privacy. The study complied with the ethical criteria on research with human beings (informed consent and the right to information, personal data protection and guarantees of privacy, non-discrimination, gratuity and the possibility of leaving the study at any stage).

Analysis

The variables supposed to be cause and consequence of situational couple violence were analyzed for the group of victims of partner violence and perpetrators. For this purpose, two indicators of intimate violence were created

(*aggressors* and *victims*) which included the most explicit forms of violence and those with a major impact on well-being and the general health of the victims (*slap or be slapped by one's partner*) on the one hand, and other less explicit or direct forms of violence on the other (*shout at and be shouted*) (Larizgoitia et al., 2011).

The gender differences were measured through T-test. Correlations between attitudes and violent behavior, and health status, as well as associations between antecedents and consequences of situational couple violence were tested. IBM SPSS statistical package for Windows (version 21.0) was used.

Several methodological techniques have been utilized to examine the presence and magnitude of the overlap between victimization and offending: Chi Square, correlations, simple regressions and structural equation models. Confirmatory factor analyses estimating the weight of each item within each of the factors were carried out to assess the suitability of the measurement model. The general adjustment of two structural models for victim and aggressor was assessed using goodness of fit indices such as Chi-square, Comparative Fit Index (CFI) and Tucker-Lewis Index (TLI) and Root Mean Square Error of Approximation (RMSEA) (Kline, 2010). The lower the χ^2 values and RMSEA (< .06), and the higher values of CFI and TLI (> .90), then the better the fit of the model with the data (Hu & Bentler, 1999). In both cases, the Maximum Likelihood estimation was used through the Mplus 7.11 software package

(Muthen & Muthen, 1998-2012). Finally, chi-square difference test (χ^2 -SB), was used to analyze the differences between nested models in structural equation modeling (Satorra-Bentler, 2001).

Results

Gender differences in attitudes and violent behaviors

The Student *T*-test for independent samples was applied to check for differences between men and women in terms of inflicting and being victims of common couple violence. Since the *Levene* test has shown that the variables agreeing with partner slap and aggression do not have equal variance, a modified version of the *t*-test was used for unequal variances known as the *Welch test* (Armitage, Berry, & Matthews, 2008). Equal variance has been assumed for the variable shouting and having been punished as a child.

As can be seen in Table 1, there are differences in the mean scores of the variables having been punished in childhood and aggression. The contrast of means shows that men are more prone to having been victims of violence during childhood than women. Nevertheless, women are who declare more frequently to have been aggressors in common couple violence. Given that differences were found in the levels of aggression between men and women, the variables shouting and slapping were analyzed separately. The differences refer to the variable shouting. Women declare that they shout angrily at their partner more often than men. There are no differences between men and women in terms of partner slapping.

Table 1

Differences in attitudes and violent behaviours

	Men		Women		Student <i>T</i>
	<i>M</i>	<i>DT</i>	<i>M</i>	<i>DT</i>	
Loss of control	3.63	1,69	3.61	1.70	$t(1999) = .14$
Punished during childhood	2.03	1.02	1.87	.90	$t(1993) = 3.59^{***}$
Agreeing with child punishment	1.75	1.00	1.67	.96	$t(1999) = 1.69$
Agreeing with partner slap	2.34	.95	2.26	.84	$t(1635.25) = 1.79^t$
Aggression	21.10	2.96	21.62	4.93	$t(2003) = -2.34^*$
Shout	1.68	.79	1.83	.86	$t(1274) = -3.20^*$
Slap	1.02	.15	1.04	.25	$t(1275) = -1.71$
Victimization	21.15	2.97	21.32	3.70	$t(1273) = -.86$
Being shouted	1.73	.83	1.74	.84	$t(1276) = -.11$
Being slapped	1.02	.15	1.03	.18	$t(1274) = -.88$

*** $p \leq .001$. ** $p \leq .010$, * $p \leq .050$, ^t $p \leq .10$.

The victim-offender overlap: a symmetric behavior pattern

The results showed a bidirectional association. A significant and positive correlation was found between aggression and victimization. The aggression is related to being slapped and shouted at and, at the same time, the victimization also reveals a correlation with the use of aggressive behavior such as slapping one's partner and shouting at them. More specifically, when being shouted at or slapped by one's partner, is more likely that violent behavior in the form of shouting and slapping to be used (see Table 2). Two simple linear regression analyses also were significant and reaffirmed previous results. Victimization predict aggression and vice versa ($\beta = 2.57$ victim-aggressor, $\beta = 8.75$ aggression-victim, $F(1, 1273) = 1364.66$, $p = .0001$, and it explained the 52% of variance for both.

Correlations between violent behaviors and its antecedents

Moreover, the aggression was associated to experienced violence during childhood, positive attitudes towards child punishment, being in agreement with slapping one's partner and loss of control. Furthermore, agreeing with the punishment during childhood and having been a victim of it is related to having positive attitudes towards partner violence. These three variables, also, are related to greater loss of control. As with aggressors, being a victim is related to being in agreement with both, punishment during childhood and slapping one's partner. Also, being victim is positively associated with the loss of control (see Table 2).

Correlations between violent behaviors and its consequences

A correlation analysis shows that slap and being slapped are related to lower levels of health status. Positive emotional climate correlated negatively and significantly with aggression and victimization, while negative emotional climate was associated positively. Loneliness and social support were not associated with victimization and aggression.

Finally, there was an association positive between subjective social support and positive climate, and at the same time, both were related with low levels of loneliness, negative climate and a higher health status. In addition, loneliness is related to negative climate, and these variables are linked to poor health status (see Table 2).

Table 2

Correlations between aggression, victimization, antecedents and consequents of situational couple violence.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
1. Aggression	1	.857 ^{***}	.980 ^{**}	.684 ^{**}	.245 ^{***}	.250 ^{***}	.076 ^{***}	.153 ^{**}	.139 [*]	.187 ^{**}	-.024	.03	-.092 [*]	.074 ^{**}	.000
2. Victimization		1	.690 ^{***}	.970 ^{***}	.252 ^{***}	.278 ^{**}	.073 ^{***}	.168 [*]	.138	.170 ^{**}	-.016	.008	-.060 [*]	.086 ^{**}	.004
3. Slap			1	.696 ^{***}	.048 [*]	.084 ^{**}	.180 ^{***}	.053	.035	.060 [*]	-.056 [*]	.073 ^{**}	-.063 [*]	.026	.059 [*]
4. Being slapped				1	.045	.035	.091 ^{**}	.024	.008	.037	-.031	.048	-.021	.007	.056 [*]
5. Shout					1	.853 ^{***}	.032	.146 ^{***}	.137 ^{***}	.180 ^{***}	-.01	-.023	-.074 ^{**}	.071 ^{**}	-.015
6. Being shouted						1	.054	.165 ^{***}	.140 ^{***}	.166 ^{***}	-.007	-.019	.056 [*]	.086	-.002
7. Agreeing with partner slap							1	.224 ^{***}	.074 ^{**}	.087 ^{**}	-.092 ^{**}	.091 ^{**}	-.051 [*]	.070 ^{**}	.079 ^{**}
8. Agreeing with child punishment								1	.193 ^{***}	.139 ^{***}	-.068 ^{**}	.002	-.078 ^{**}	.049 [*]	.011
9. Punished during childhood									1	.070 ^{**}	-.084 ^{**}	.039	-.093 ^{**}	.059 ^{**}	.086 ^{**}
10. Loss of control										1	-.033	.072	-.085 ^{**}	.071 ^{**}	.089 ^{**}
11. Subjective social support											1	-.326 ^{***}	.177 ^{***}	-.139 ^{***}	-.205 ^{***}
12. Loneliness												1	-.168 ^{***}	.183 ^{***}	.246 ^{***}
13. Positive social climate													1	-.369 ^{***}	-.111 ^{***}
14. Negative social climate														1	.127 ^{***}
15. Health (WHO-DASS)															1

N= 1969 to 2001 *** $p \leq .0001$. ** $p \leq .001$. * $p \leq .05$

Model of predictors and consequences of perpetrated and suffered situational couple violence.

The confirmatory factor analysis of each scale showed a good fit (see Table 3). Structural equation models differentiated between predictors (attitudes, past experiences and loss of control) and consequences of the situational couple violence (health, social climate, social integration, see Figures 1 and 2).

Loss of control, agreeing with partner slap and having been punished as a child predicted both, aggression and victimization. Aggressors and victims reported lower levels of health, perceived a less positive (happiness, hope) and more negative (sadness, anger) emotional climate, feel more isolated and reported less subjective support (see Figure 1 and 2). The comparison between aggression and victimization models indicated that the fit of the aggressor model (model 1) was not significantly different than the victims: $\Delta\chi^2(1) = .43, 571, p > .05$.

Table 3

Fit indices of scales: Confirmatory factor analysis.

	χ^2	Df	AIC	CFI	TLI	SRMR	RMSEA	95 %IC
1. ACTIVA project questionnaire	2579.112	6	14486.904	1	1	.002	.000	.001..056
2. Social Support Appraisals Scale (SSQ)	4743.905	3	8906.435	1	1	.000	.000	.000..003
3. UCLA scale	2769.297	6	15087.821	.99	.98	.018	.066	.042..094
4. Emotional Climate	5456.757	45	45600.060	.94	.91	.040	.072	.066..079
5. WHOO DASS	11640.229	66	32479.057	.95	.93	.043	.077	.071..083

Note. All $\chi^2: p \leq .001$

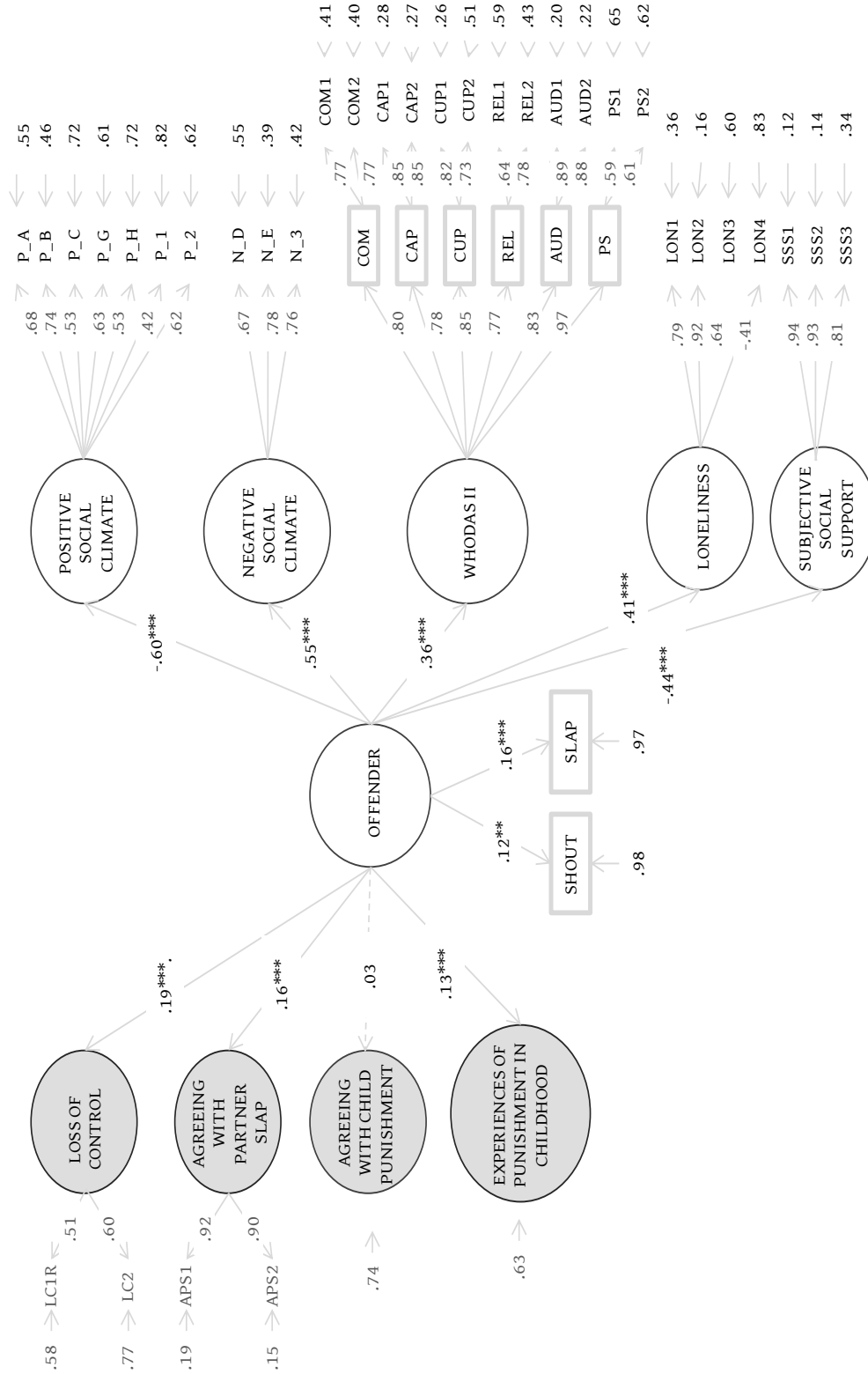


Figure 1. Results of structural equation modeling analysis: offenders. Model fit: $\chi^2(616, N = 2006) = 3023.522, p \leq .001$; CFI = 0.92; TLI = 0.91; RMSEA = .045 (95% CI [.043, .046]). *** $p \leq .0001$. ** $p \leq .010$. Non-significant paths are shown with dashed line.

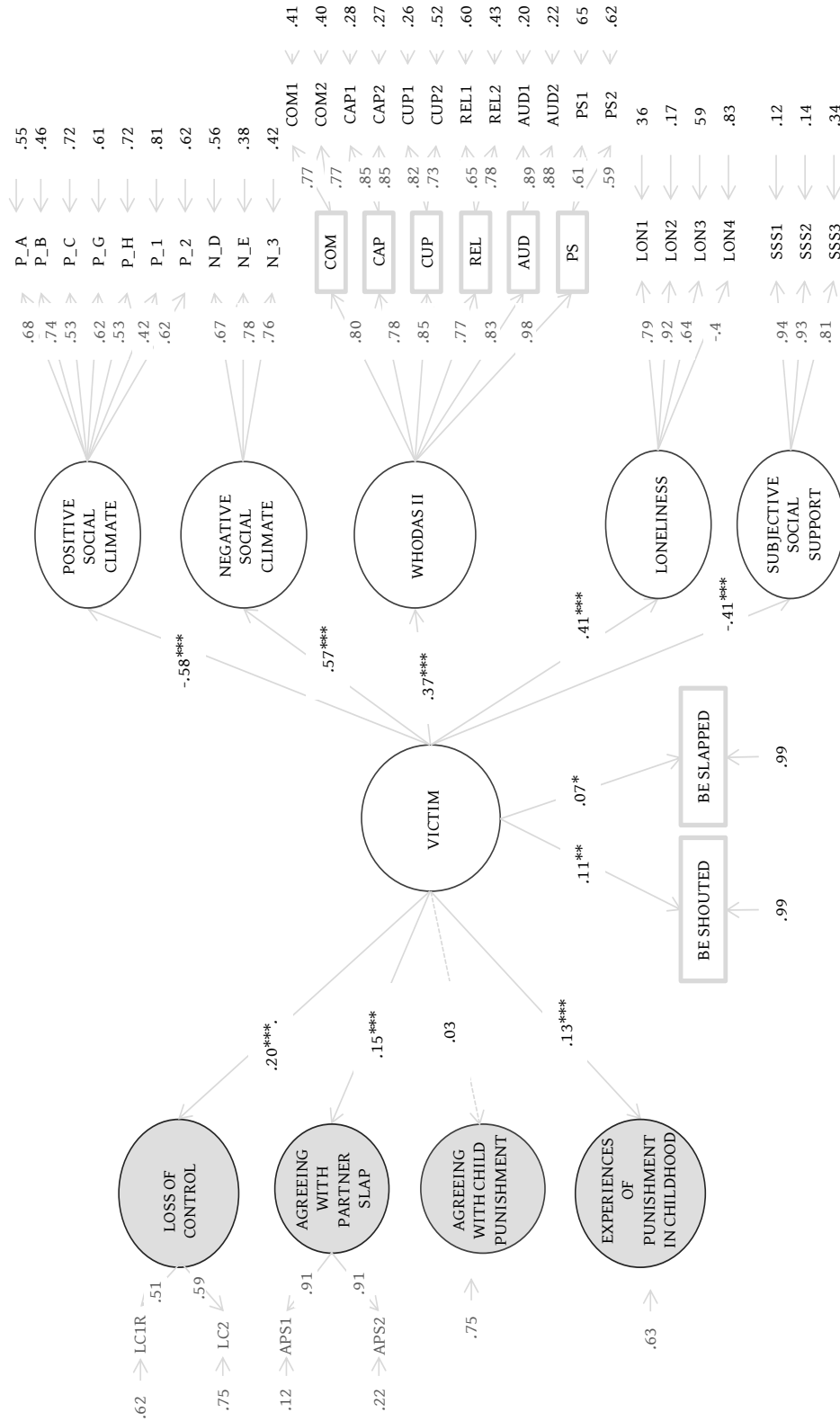


Figure 2. Results of structural equation modeling analysis: victims
 . Model fit: χ^2 (615, N = 2006) = 3067.093 $p \leq .001$; CFI = .92; TLI = .91; RMSEA = .044 (95% CI [.043 . 046]).
 *** $p \leq .0001$. ** $p \leq .010$. * $p \leq .050$. Non-significant paths are shown with dashed line.

An alternative reasonable model is that subjective social support, loneliness and emotional climate could be a predictor and not an outcome to aggression and victimization. In addition, this model postulated that a consequence of violence was a low level of health. The alternative model fit was not acceptable with aggressors χ^2 (595, $N = 2006$) = 3455.220, $p \leq .001$; CFI = .90; TLI = .88; RMSEA = .049 (90% CI [.047, .051]), and victims χ^2 (596, $N = 2006$) = 3471.138, $p \leq .001$; CFI = .89; TLI = .88; RMSEA = .049 (90% CI [.437, .051]), and the coefficients were not significant with perpetrated and suffered violence: subjective social support ($\beta = .032$, $p = .75$ and $\beta = .05$, $p = .46$), positive emotional climate ($\beta = -.18$, $p = .14$ and $\beta = .02$, $p = .77$), negative emotional climate ($\beta = .06$, $p = .59$ and $\beta = .14$, $p = .17$) and loneliness ($\beta = .10$, $p = .40$, $\beta = .02$, $p = .77$). This analysis suggested that emotional climate, social support and loneliness could be considered aggression and victimization consequences more than antecedents. Also, the comparison between aggression and victimization models indicated that the fit of the aggressor model (model 1) was not significantly different than the victims: $\Delta\chi^2(1) = .43$, 571, $p > .05$.

Discussion

Results show that shouting is the most common form of situational couple violence (it occurs 19 times more than slap). In line with these findings, in a study of Spanish students, Muñoz Rivas, Graña Gómez, O'Leary, & Gómez Lozano (2007) concludes that verbal abuse (e.g. shouting, jealousy and control tactics) is the most common form

of partner violence; it is also used more frequently and more culturally accepted than physical aggression.

In the same line with our hypothesis, there were few differences in the level of inflicted and suffered violence by sex. We find differences between men and women in terms of the severity of the abuse. Women tend to shout angrily more often, That is, they inflict more violence, but it is weaker in character. In fact, Kelly and Johnson (2008) argued that the type of couple violence that women had reported in national surveys was less severe violence and decoupled from control tactics. In other national and international studies, it was found that in intimate relationships among adolescents and young adults the percentage of women who use verbal aggression is significantly higher than men's. It has also been shown that women tend to resolve conflicts less through calm discussion and resort more to heated arguments (Edwards, Greaney, & Palmer, 2015; Muñoz Rivas et al., 2007). Similarly, a meta-analysis of heterosexual couples found that when specific acts were being measured, as in this study (slapping or shouting angrily), women were more likely to have inflicted physical aggression on their partners and more frequently, although the effect size was very small ($d = .05$). Nevertheless, when measurement was based on the physical consequences of aggression (visible injuries, or injuries which needed medical treatment), men were more likely to have injured their partners. Again, the effect size was relatively small ($d = .15$ and $.08$) (Archer, 2000). Bjorkqvist, Osterman, & Lagerspetz (1994) propose that people adopt conflict resolution strategies by balancing their effectiveness against the danger they could cause with them. Given that women in general tend to be

physically weaker, it is likely that they resort to less violent forms of aggression, such as verbal strategies, after weighing up the effectiveness of forms of physical violence against possible retaliation by their partner (Johnson et al., 2014).

The present study confirms the bidirectional character of situational couple violence. Following the procedure proposed by Jennings et al. (2012), regression methods predict being both a victim and offender. The analysis indicated that aggression is strongly predictive of exposure to violence for both males and females. Also, cross tabulation analyses show that at least two thirds of men and women declare to be victims and offenders. The simple bivariate correlations also support this association. The findings show that aggression is related to suffered abuse and in general terms the more violence is inflicted on the partner, the more violence is received. This agrees with the majority of studies of intimate relationships which work with general samples and include both sexes, where it was found that abuse tends to be reciprocal and that in stressful and conflict situations one of the partners is likely to use violence (Archer, 2000). Also, these findings are consistent with those reported by wives about violence in their relationships in Johnson's community sample (2006). In that study, Johnson found that 89% of violent relationships could be characterized as bidirectional or situational couple. In contrast, intimate terrorism and violent resistance (the focus of feminist theories) are rare relative to situational couple violence in general survey data (Johnson et al., 2014).

In this case, structural equation modeling was used to simultaneously evaluate victimization and offending overlap, and the influence of multi-level risk factors on it. Extensive overlap between aggression and victimization was observed in this study of situational couple violence (Jasinski et al., 2014). In both cases, the relationship between aggression and victimization, or the overlap stemming from a significant portion of aggressors also experienced victimization, and the shared predictors of both offending and victimization, were included in the two models (Zweig et al., 2014). Additionally, chi square difference test suggested that there are not differences between two models. Victim-offender overlap was robust and stable in both (with a similar factor weight for each variable), indicating that there is a general pattern of symmetry that describes the situational couple violence. Also, the current findings provide some support for Johnson's (2006) contention that there are different types of violence experienced among intimate couples. Following this vein, in situational couple violence, when partners engage in risk behaviors at the same time, an overlap between levels of aggression and victimization is more likely (i.e. symmetric in prevalence rates of aggression and victimization, motives and risk factors, and its socio psychological impact). In contrast, intimate terrorism will have an unidirectional trajectory and asymmetric pattern (Jasinski et al., 2014). This is further supported by studies which considered a general sample, when there is gender symmetry in rates of physical and psychological abuse in most countries (Eckhardt et al., 2013).

Structural equation modeling and alternative path analyses confirm that in the case of situational couple violence, the problems to maintain self-control, the experiences

of punishment in childhood, and the positive attitudes towards partner violence were related to victimization and aggression. Although this study considered multiple variables as predictors to aggression and victimization, low self-control was found to be the strongest predictor of both victimization and offending (Jennings et al., 2012). Aggressors and victims in situational couple violence generally lose control more easily and use violence to resolve conflicts, suggesting a deficit of social skills which leads to more aggressive behaviors in intimate interpersonal relationships. Also, various studies along these lines support the theory that being a victim of punishment during childhood is a risk factor which predicts a higher probability of abusing and being abused by one's partner as an adult (Field & Caetano, 2005). Other studies also report that physical abuse during childhood is related to higher rates of bidirectional violence (Melander et al., 2010). In general terms, favorable attitudes to violence raise tolerance and normalization of interpersonal aggression. This explains why attitudes such as agreeing with slapping one's partner may predict higher levels of aggression and victimization. In fact, various studies show that couples in which negative verbal and psychological dynamics predominate more frequently resort to physical abuse to resolve conflicts (Kar & O'Leary, 2010; Paéz & Ubillos, 2004). Social learning (Jennings et al., 2011) and self-control theory (Gottfredson & Hirschi, 1990) have provided a possible explication about partner victimization and perpetration overlap thought the socialization process. As mentioned, findings suggest that childhood socialization is predicted to influence their likelihood to lose control and suffer or react violently with a partner in the adulthood. Also, correlation analyses reveal that

predictors are strongly correlated. These results are consistent across the literature which showed that loss of control may explain the association between the childhood exposure to violence and use of violence against an intimate partner in adulthood (Jennings et al., 2011).

In addition, this study identifies similar relative outcomes in situational couple violence for inflicted and suffered violence. Negative social climate, a poor health status, loneliness, and low perceived social support were defined as outcomes in two models. An association was found between poor health status and inflicted and suffered violence, especially in its most severe ways (slap and being slapped). This confirms the initial hypothesis. Individuals who suffer and use violence display a greater disability or dysfunctionality to manage different domains in their life. This confirms findings of previous studies in relationship with health status (Eckhardt et al., 2013; Puente-Martínez, Ubillos-Landa, & Echeburúa, 2016; Tiwari et al., 2015)

The association between violence and the perception of a more negative emotional climate and a less positive emotional climate is confirmed. Recent research suggests that negative experiences or conflicts boost negative emotional climate and deflects positive emotional climate (Páez, et al., 2012). This reflects the fact that those who more frequently perpetrate violence on their partners perceive a negative social climate in their community. They believe that the context in which they live is marked by sadness, fear, anxiety, hostility and aggressiveness. Similarly, they also perceive a less positive climate, seeing their social environment as less happy, peaceful and trusting,

and lacking solidarity (Madsen et al., 2012). Victims also perceive low levels of control of their environment and a threatening emotional climate. Also, aggressors and victims perceive less social support, tend to be more isolated and to have a more restrictive social network. These results are in line with previous studies which have demonstrated that in violent situations with a partner, aggressors perceive a negative social climate, tend to hide what happens in their family (Overstreet et al., 2016) and perceive less social support (Fletcher et al., 2012).

Globally, the results support the idea that interpersonal violence has an effect in the general levels of functionality, but also, that it is related to a negative perception to others, the social milieu and with less positive emotions, probably as a form of social projection or false consensus phenomenon. Both victims and perpetrator experience were associated to a less positive emotional climate. This less positive and more negative climate was also related to low social support and higher isolation, probably because it increases avoidance behaviors (i.e. reduces searching social support and increases isolation) and decreases social integration. Social activities and support are strongly associated to positive climate, while negative emotional climate as personal negative affect are more related to stress (Páez et al., 2012).

Conclusion

The present study allow to enhance our understanding of situational couple violence by collecting quantitative data on the use of violence in intimate relationships, as well

as eliciting information about the personal experiences of situational couple violence, antecedents and consequents (detrimental effects). An strength is that models allow us study the patterns of aggressive behavior and victimization in situational couple violence in a representative sample, including the individual (health status), social (social support) and community (social climate) consequences for victims and aggressors.

Our findings also have policy implications for the use of batterer intervention programs for those arrested for IPV. It represents an important contribution to the literature for unpacking the phenomenon of victim-offenders overlap, as well as guiding future research concerned with the generality of Gottfredson and Hirschi's (1990) focus on self-control as the preeminent explanation for offending and victimization. This study illustrated that while self-control was a contributing factor to females' victimization experiences, a robust association between offending and victimization remained.

One of the limitations is the operationalization of the variable aggression, which only includes two forms (slapping and shouting), with shouting displaying a greater preponderance in the results. Perhaps, in future lines of research will be interesting include other indicator to explain others specifics situational couple violent behaviors. However, the validity and reliability of these measurements have been tested in a multi-country study with good results (Moreno, 1999). Another problem is the definition of aggression in intimate partner relationships. The intentionality of the

aggressor, the actual behavior and the consequences of the aggression are included in a broad majority of scientific definitions, while the observer's perspective, the aggressor's justification and the subjectivity of the victim are included in the classification of an act as violent in everyday environments (Kelly & Johnson, 2008; Madsen et al., 2012). Finally, it is important in the interpretation of results to remember that the contextual frameworks for the acts of violence, i.e. whether or not the violence was a reaction to abusive behavior of their partners, are not known, and neither are the consequences.

This study also contributes to the need for studies to collect victimization and offending data in general population. While females and males may both commit IPV, more serious forms of IPV seem to be mainly committed by males. Deeper looks of gender symmetry studies enhance the comprehension how and why victimization and offending are overlapped with one another in situational couple violence.



**Confirmatory factor structure of affect
regulation and its association with hedonic and
psychological well-Being**

CHAPTER 3. CONFIRMATORY FACTOR STRUCTURE OF AFFECT REGULATION AND ITS ASSOCIATION WITH HEDONIC AND PSYCHOLOGICAL WELL-BEING

Introduction

The way positive and negative emotions are regulated can have a crucial impact on our well-being (Bryant & Veroff, 2007; Gross, 2015). Different studies have shown the relationship between hedonic and eudaimonic well-being and affect regulation (Gross, 2015). For instance, “flourishing people”, reporting simultaneous high hedonic and eudaimonic well-being, use less suppression as a form of emotional regulation (Barber, Bagsby, & Munz, 2010).

Hedonic well-being is typically referred to as being composed of two different elements, emotional well-being (positive/negative affect) and cognitive well-being or life satisfaction (De Leersnyder, Boiger, & Mesquita, 2013). Positive affect reflects the extent to which a person feels enthusiastic, active, and alert. Negative affect is a general dimension of subjective distress and unpleasurable engagement that subsumes a variety of aversive mood states (Páez, Seguel, & Martínez-Sánchez, 2013). Regulation of affect is related to hedonic goals like increasing positive emotions and

decreasing negative ones (Larsen & Prizmic, 2008). This suggests that the so called functional strategies should be related to a positive affect balance (Watson, 2000), or to more positive rather than negative emotions (Erber, & Erber, 1994; Fredrickson, 2009; Kappes, & Schikowski, 2013; Nils & Rimé, 2012). Psychological or eudaimonic well-being concerns human potential and a satisfactory global mental health, including purpose in life, autonomy, personal growth, self-esteem or acceptance, mastery and positive relations with others (Keyes, Ryff, & Shmotkin, 2002). Also, psychological well-being is related to emotional and affect regulation because this process implies goals such as increasing self-esteem and showing a positive self-image, situation facing and control increase, and social integration or relatedness (Koole, 2009). By this means, affect strategies should be related not only to affect balance, but also to psychological or eudemonic well-being, through components related to previous goals, like self-acceptance, mastery or control, and positive relations with others (Ryff, 1989).

Following the taxonomy of regulation proposed by Gross & John (2003), strategies of affect regulation have been divided into 1) modification of situation, 2) attentional deployment and cognitive change, and 3) response modulation.

Table 1

Functional and dysfunctional affect regulation strategies.

	Functional	Dysfunctional
Modification of situation	Problem-directed action Seeking social support (emotional, instrumental and informative social support) Helping others or altruism	Psychological abandonment or withdrawal Social isolation
Attentional deployment	Distraction Acceptance Focusing positive Gratitude and self reward	Rumination
Cognitive change	Positive reappraisal	Negative reappraisal Social comparison
Modulation response physiological Subjective Expressive	Active physiological regulation Humor and warmth Regulated expression	Passive physiological reaction Inhibition Suppression Venting Confrontation

Selection of situation was not included in this study because this strategy implies avoiding situations that induce negative affect or selecting some types of positive situations, and we were interested in the regulation of activated affect. Modification of situation is a psychological process similar to a functional problem-focused coping strategy and improves negative affect (Skinner, Edge, Altman, & Sherwood, 2003). It was found that problem-directed action and planning how to avoid problems or how to maintain and create positive events, as the first type of strategy based on situation modification, is associated with low negative and high positive affect (Larsen & Prizmic, 2008). Seeking social support is adaptive for negative affect, particularly when coupled with instrumental responses (Skinner et al., 2003). Finally, helping others and altruistic or pro-social behaviors are a form of functional

regulation for negative affect (Skinner et al., 2003). Withdrawing from the situation, or psychological abandonment, is the opposite to modification of situation and usually lead to dysfunctional outcomes for negative affect episodes and also leads to low positive affect. Individuals with a flourishing state of well-being use fewer avoidance strategies as a form of emotional regulation (Barber et al., 2010). In the same vein as psychological abandonment, the abandonment of social relationships or social isolation is an avoidant dysfunctional form of regulation for negative affect (Larsen & Prizmic, 2008).

Affect regulation can aim to change how a person perceives an emotional situation (Gross, 2015). Distraction or removing oneself cognitively and behaviorally from the negative emotional episode is a functional attentional strategy (Augustine & Hemenover, 2008). Distraction activities that are rewarding and that involve some degree of activity produce positive emotions (Larsen & Prizmic, 2008). Strategies such as acceptance and being present also may fall under attentional deployment – some authors include it in the response modulation facet. There is empirical evidence that regulation of feelings based on acceptance or learning to live with and accepting the reality of an emotional event is adaptive (Aldao, Nolen-Hoeksema, & Schweizer, 2010). Acceptance or “being present”, which is to concentrate on the here-and-now and to accept emotions, is also a way of reinforcing well-being (Fredrickson, 2009). Focusing attention on positive aspects of life and feeling gratitude and self-reward for them is associated with well-being (Larsen & Prizmic, 2008).

Individuals may regulate emotions and affect also by cognitive change or adjusting the meaning of the situation. A form of functional cognitive change is a positive reappraisal understood as perceiving the positive aspects of events and behaviors or distancing from the situation (Jamieson, Mendes, & Nock, 2013; Larsen & Prizmic, 2008). Research has confirmed that reappraisal is associated with low negative affect and also with positive affect (Nezlek & Kuppens, 2008). In a similar way, seeking meaning through religion is also an instance of positive reappraisal, related to low negative affect and also to positive affect (Skinner et al., 2003). In contrast, rumination, or repetitive thinking on the causes and consequences of emotions, intensifies emotion in general and is linked to negative affect (Aldao et al., 2010). However, one meta-analysis found a positive effect of rumination (Augustine & Hemenover, 2008), probably because it was connected to emotional processing, and trying to understand and analyze feelings. This form of reflexive rumination was more frequent among those with high well-being (Barber et al., 2010).

Social comparison is another cognitive process associated with emotion regulation (Rimé, 2009). Downward social comparison is assumed to have a positive affective influence in the case of negative-affect loaded episodes, and upward social comparison is expected to have a motivational positive effect. Nevertheless, people who often compare themselves with others are less happy (Fujita, 2008). People with *flourishing well-being* or simultaneously high hedonic and psychological well-being also use less social comparison as a form of emotional regulation (Barber et al., 2010).

Response modulation includes modification of physiological, subjective and expressive reactions (Páez, Martínez-Sánchez, Sevillano, Mendiburo, & Campos, 2012). Active physiological regulation by exercise or relaxation decreases negative affect, as well as it improves wellbeing, while passive physiological regulation of emotions by eating, drinking, or sleeping is an avoidant dysfunctional response (Biddle & Ekkekakis, 2006). Activation of positive emotions such as affection and humor are also functional forms of regulation used to control especially negative feelings like anger (Kennedy-Moore & Watson, 1999). Humor, involving laughing at one's own mistakes or faults and those of others but without scorn, seeking merely to lighten the mood, is associated with psychological well-being (Koval, Butler, Hollenstein, Lanteigne, & Kuppens, 2014; Martin, 2007). Warm and humorous interactions were found to be clearly related to positive affect (Fredrickson, 2009). Another strategy of response regulation is to focus on expressive reactions and includes social sharing of emotion, which is a common response and reinforces affect (Rimé, 2009), therefore social sharing could imply a regulated expression of emotion, which is a functional form of regulation (Stanton, Kirk, Cameron, & Danoff-Burg, 2000). Talking to someone as a form of emotional regulation is more frequent among individuals with high well-being (Barber et al., 2010). Venting or the strong non-verbal and behavioral expression of emotions (Augustine & Hemenover, 2008) is a form of regulation that enhances negative affect (Larsen & Prizmic, 2008). Confrontation or the expression of emotion to those responsible for the negative emotions, with the aim of changing what happened, is usually dysfunctional or

neutral in the case of negative affect (Penley, Tomaka, & Wiebe, 2002). Because strong expression of an emotion intensifies it, strong displays by venting and confronting are associated with negative affect (Rimé, 2009). Also, inhibition of feelings and suppression of expressions are dysfunctional forms of emotional regulation for negative affect (Gross, 2005; Gross, 2015), and is negatively associated with well-being (Gross & John, 2003).

Objectives of the Study

The aim of the present research is to examine a) the psychometric properties and the structure of dispositional regulation of negative affect in the different facets of Gross' model and b) the association with hedonic and eudemonic well-being. While previous literature has usually analyzed regulation strategies (Barber et al., 2010) applied to abstract negative events, we will explore how individuals apply the same strategies to negative emotional episodes of sadness and anger.

A congruent relationship is expected between the use of functional and dysfunctional strategies in episodes of anger and sadness with dispositional indicators of emotional regulation and hedonic and psychological well-being.

Method

Participants

The total sample is composed by 264 students ($n = 187$ women and 65 men, and $n=12$ was missing data) who took part in this study. The students were from three different Spanish universities (Murcia, Autónoma de Madrid and Lleida University),

and were consulted during different practice sessions (in the third year and in the adult university cases). Filling in the questionnaire was volunteer. The mean age was 24 years ($SD = 9.32$, range 18-71 years) where only 10.6% were working and 72.7 % studying too.

Instruments

Measure of Affect Regulation Styles, MARS (Larsen & Prizmic, 2004, Páez et al., 2012; Puente, Ubillos, & Páez, 2013). The MARS scale is originally made up of 32 items, to which a further 24 items version was added, generated on the basis of the previous emotional regulation scales (Nezlek & Kuppens, 2008; Quoidbach, Berry, Hansenne, & Mikolajczak, 2010), so as to adequately represent different forms of emotional regulation (see Table 4). It refers to the events of the last 12 months with a Likert-type response scale, ranged from 0 (*never*) to 6 (*nearly always*). Higher scores indicate greater use of these forms of coping and emotional regulation in negative emotional episodes. Table 2 presents the dimensions, the items and the descriptive statistics for each item.

The Emotion Regulation Questionnaire, ERQ (Gross & John, 2003; Páez et al., 2012). The ERQ is a self-report questionnaire that measures dispositional emotional regulation, which consists of two scales corresponding to two different emotion regulation strategies: reappraisal (e.g., '*When I want to feel more positive emotion I change what I'm thinking about*') and expressive suppression (e.g., '*I keep my emotions to myself*'). It has 10 items which are answered using a 7 point scale, from 1 (*strongly*

disagree) to 7 (strongly agree). In this study alpha coefficients were .69 and .57, respectively. High scores indicated greater dispositional emotional regulation.

Positive and Negative Affect Scale, PANAS (Watson, Clark, & Tellegen, 1988). This scale contains 20 mood descriptors (e.g. active, excited, hostile, etc.) which are relatively pure markers of either high negative affect (NA) or high positive affect (PA). In the Spanish version Cronbach alpha for NA was .80 and .68 for PA (Velasco & Páez, 1996). The reliability in the present sample of the positive mood was .85, and for negative mood .89. The PA scores minus the NA scores create an index of affect balance. Items are answered using a 5-point scale, from 1 (*never*), to 5 (*always*). High scores indicated greater presence of negative or positive affect.

Psychological Well-being Scale, PWB (Ryff, 1989; adapted to Spanish and validated by Díaz, Rodríguez-Carvajal, Blanco, Moreno-Jiménez, Gallardo, Valle, & van Dierendonck (2006). Ryff (1989) developed a theoretically based self-report inventory designed to measure six dimensions of psychological well-being. The six dimensions are self-acceptance, environmental mastery, purpose in life, positive relations with others, personal growth, and autonomy. Responses were recorded on a 5-point Likertscale ranging from 1, (*strongly disagree*) to 6 (*strongly agree*). The reliability in the present sample of the composite PWB score was high ($\alpha = .90$). High scores indicated greater psychological well-being.

Table 2

Descriptive Statistics for each item.

Item	Anger & Sadness		
	α	M	DT
Modification of situation- Split-half reliability- $\alpha_1 = .91, \alpha_2 = .70, r = .58$.89		
<i>Problem-directed action</i>			
04. I made a plan or resolution to change this situation		5.63	3.18
05. I took action to solve the problem causing my mood		6.01	3.16
06. I made a plan or resolution to avoid such problems in the future or to maintain a positive situation		6.17	3.11
<i>Social Support</i>			
<i>Emotional</i>	.92		
52. I talked to someone about my feelings		6.06	3.43
53. I spoke in order to get understanding and support		5.62	3.41
<i>Instrumental and informative Social Support</i>	.93		
54. I talked to someone in order to resolve or improve the situation that triggered my mood		4.64	3.46
55. I talked to an advisor or counselor		5.41	3.50
56. I asked someone who had faced a similar problem or situation what they did		4.16	3.38
<i>Withdrawal</i>	.66		
07. I withdrew from or avoided the situation		2.88	2.42
08. I carried on as if nothing had happened		2.65	2.66
09. I gave up, did nothing; I did not attempt to control the situation		2.17	2.26
35. I tried to accept it as my fate: what will be, will be		4.81	3.24
<i>Social Isolation</i>	.52		
13. I withdrew from or avoided the persons related to the situation		3.52	2.70
14. I kept myself to myself, I wanted to be alone		3.61	2.94
<i>Altruism</i>			
41. I went out of my way to help someone		3.20	2.86
Attentional deployment and cognitive change- Split-half reliability- $\alpha_1 = .92, \alpha_2 = .70, r = .93$.84		
<i>Rumination</i>			
01. I thought about how I could have done things differently		5.29	3
02. I tried to understand my feelings by thinking about and analyzing them		6.49	3.08
03. I thought quickly about what had happened, about the emotional effects of the situation		6.49	2.83
<i>Distraction</i>	.89		
21. I did something fun, something I really enjoy		5.63	2.98

22. I watched TV, read a book, etc., for distraction	5.70	2.85
--	------	------

Table 2

Descriptive Statistics for each item.

23. I worked on something or stayed busy to forget my mood	5.43	2.92
24. I thought about something to distract myself from my feelings	5.33	2.72
25. I socialized to forget my mood	5.93	2.84
<i>Wishful thinking</i>		
29. I daydreamed about the time when I will feel better than today	4.91	3.08
<i>Acceptance and self-control</i>	.69	
32. I counted to 10 before answering, in an effort to avoid overflowing emotionally, to control my reaction	4.14	3.41
33. I wrote about what had happened to me, about the feelings it triggered in me, in an effort to avoid overflowing emotionally, to control my reaction	2.68	3.24
34. I accepted and endured the situation, trying to get on with normal life	6.54	2.97
<i>Gratitude and self-reward</i>	.87	
28. I treated myself to something special	4.23	2.95
30. I tried to think about those things that are going well for me	5.47	3.05
31. I tried to be grateful for the things in my life that are going well	6.16	3.41
<i>Spiritual activities</i>	.89	
36. I tried to cope spiritually, put my faith in God, or did something religious	2.23	3.20
40. I read or did something religious, of a spiritual nature.	1.73	2.78
<i>Reappraisal</i>	.91	
37. I tried to reinterpret the situation, to find a different meaning	5.02	3.09
38. I tried to put things in perspective	5.69	3.08
39. I tried to find something good in the situation.	4.95	3.35
<i>Social Comparison</i>	.69	
42. I compared myself to people who are worse off	3	2.78
43. I compared myself to people who have more resources, personal resources, and done better than me, to improve the situation.	2.39	2.58
Response Modulation-Split-half reliability- $\alpha_1 = .81$, $\alpha_2 = .81$, $r = .69$		
<i>Inhibition/suppression</i>	.80	
10. I tried not to think about what had happened, to ignore the emotions I was feeling	2.95	2.34
11. I tried to not let my feelings show, to suppress any expression	3.58	2.83
12. I faked, or expressed emotions opposite to those I was feeling	2.75	2.69
<i>Active physiological regulation</i>	.78	
15. I played sports, exercised	3.02	3.04
16. I practiced relaxation, meditation	2.61	3.05
<i>Passive physiological regulation</i>	.79	
17. I slept or took a nap	3.35	3.15

Table 2

Descriptive Statistics for each item.

18. I ate something to get over my bad mood	3.24	3.19
19. I drank coffee or caffeinated beverages	2.36	3.08
20. I used alcohol to get out of a bad mood	1.56	2.39
<i>Humor, warmth</i>	.61	
26. I laughed, joked around, tried to make myself or others laugh	5.03	3.07
27. I expressed myself or behaved more affectionately, sought erotic enjoyment-	2.92	2.62
<i>Venting</i>	.87	
44. I let my feelings out by venting or expressing them	4.89	3.16
45. I made my emotion clear, verbalizing it and expressing it as strongly as I could with my face, my gestures and my way of behaving	4.16	3.01
<i>Confrontation</i>	.75	
46. I expressed my feelings to the person(s) responsible for the situation or tried to get them to change their minds or to improve the situation	4.42	3.17
47. I spoke sarcastically or ironically to/about the person(s) responsible for the situation	2.91	2.61
48. I showed my emotions to the person(s) responsible for the situation, behaving differently toward them	3.17	2.84
<i>Regulated expression</i>	.64	
49. I kept my feelings under control while it was convenient, and later, when they would not make matters worse, I expressed them	4.46	3.06
50. I wrote about my feelings in a diary, letter, or e-mail	2.52	3.32
51. I calmly apologized for what was done and said	3.32	2.94

Note: Bold items represent original version mood affect regulation-Larsen & Prizmic (2004).

Procedure

Participants were recruited from local universities, where research assistants administered the questionnaire during lectures (2010-2011). The data were collected at two moments. Participants used a code to identify themselves at both moments. First, participants were asked to select and describe an event that had caused them anger, and another sadness, choosing from a list of 12 life changing episodes. The list included negative events like problems with personal relationships, studies or work,

diseases and deaths, which could be related either to anger or sadness. All participants responded with regard to each of the two emotional episodes on the same day. With regard to each of the emotional events, students were instructed to provide information on the type of event and to inform when the event had occurred. Then, they responded to MARS in relation to each specific emotional event. The data from the well-being and dispositional emotional regulation scales were collected in the class sessions two weeks prior to the participants completing the MARS scale. Participants (adults and students) took an average of thirty minutes for each practice session to complete the questionnaire. The students and adults completed the questionnaires following the same procedure.

Results

Descriptive Analyses

As anger evoking episodes, participants mainly selected problems related to personal relationships as triggers (59.8%), which had occurred over the previous six months on average. Regarding to sadness episodes, participants mainly selected experiences associated with deaths (28.4%) and personal relationships (31.3%), which had also occurred over the previous six months on average. Correlations between the strategies used in the two episodes were all significant (ranging from .32 to .80, with mean r equal to .51), as reflected in the satisfactory global reliabilities of each dimension across the episodes (alphas between .52 and .93).

Construct or structural validity

The theoretical models were examined by a confirmatory factor analysis (CFA) with Maximum Likelihood estimation using the Mplus 7.11 software package (Muthen & Muthen, 1998-2012), for each of the sub-scales: a) modification of the situation, b) attention and cognitive change and c) modulation of emotional response (Páez, Martínez-Sánchez, Mendiburo-Seguel, Bobowik, & Sevillano-Triguero, 2013 - see Figures 1, 2 and 3). A good model fit was indicated by a Comparative Fit Index (CFI) higher than .90 and a Root Mean Square Error of Approximation (RMSEA) lower than .08 (Hu & Bentler, 1999; Kline, 2010).

Modification of Situation

The model (see Figure 1) includes 14 items and 4 first-order factors (problem-directed action, emotional social support, instrumental and informative social support, and psychological abandonment and social isolation) and one second-order factor (social support). The results suggest some modifications to the theoretical model. First, altruism (item 41) was included in the social support dimensions, a form of reciprocal social support, but did not show a satisfactory correlation (increasing the error variance) and was excluded. Second, psychological abandonment and social isolation correlate strongly ($r_{(252)} = .98, p = .0001$) as well as instrumental/informative and emotional social support ($r_{(252)} = .89, p = .0001$). The correlations indicate that psychological abandonment and social isolation may be measuring the same construct and thus, are not different dimensions. In addition,

modification indices include item 54 or instrumental social support ('I talked to someone in order to resolve the situation or to improve the situation that triggered my mood') as a form of informational social support. Finally, the fit indices are better if social support is considered as a second order factor describing the emotional, informative social and instrumental support, rather than being treated as a single factor. The data confirm that all these dimensions represent the latent factor of modification of situation: $\chi^2 (72, N = 264) = 183, p < .0001$; CFI = .95; TLI = .94; RMSEA = .07 (90% CI [.06, .09]), ACI = 16419.55.

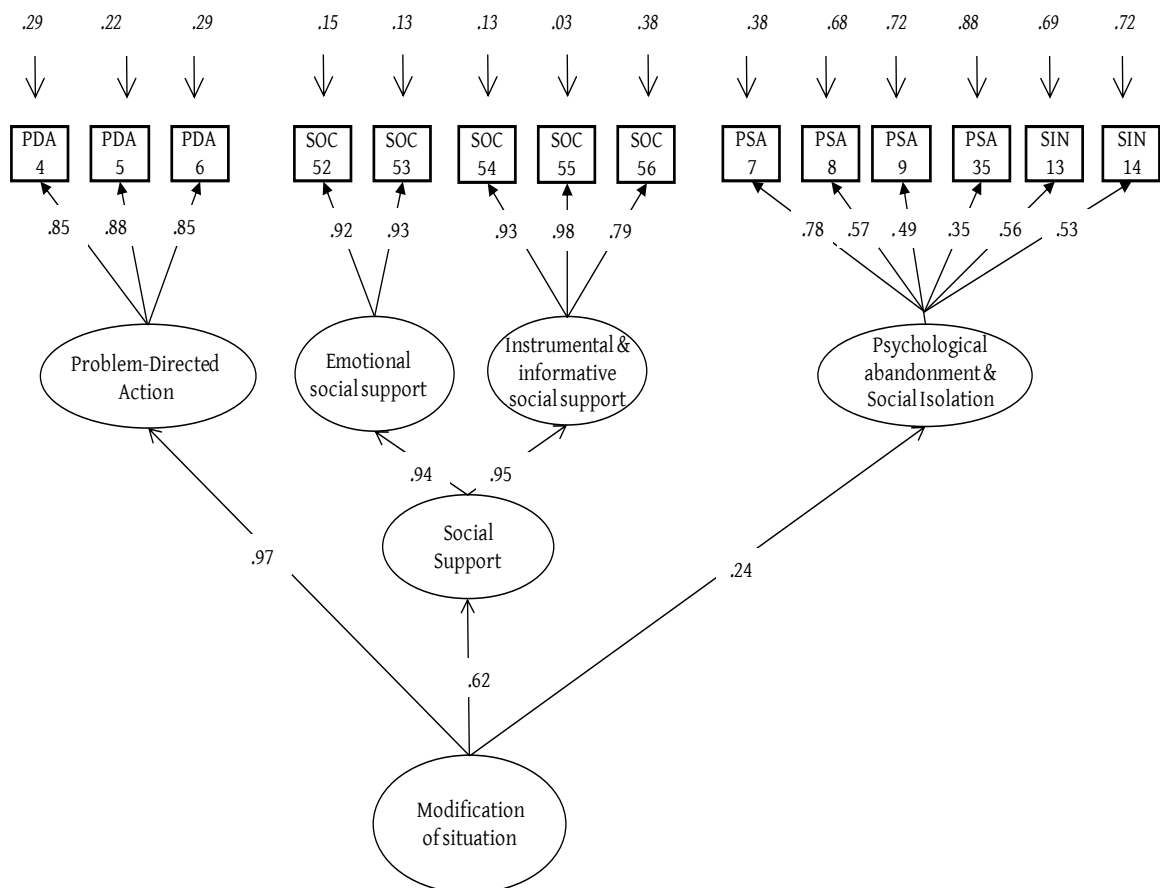


Figure 1. Confirmatory factor analysis of the modification of situation strategies.

Attentional Deployment and Cognitive Change.

MARS includes 21 items for attentional deployment and cognitive change and seven postulated dimensions in the attentional deployment and cognitive change facet. It shows that the model fit improves with the exclusion of the wishful thinking item (29. 'I daydreamed about the time when I will feel better than today'), so it is excluded from the overall model: $\chi^2(182, N = 264) = 458.64, p < .001$; CFI = .93; TLI = .92; RMSEA = .07 (90% CI [.07, .08]), ACI = 24423.50 (see Figure 2).

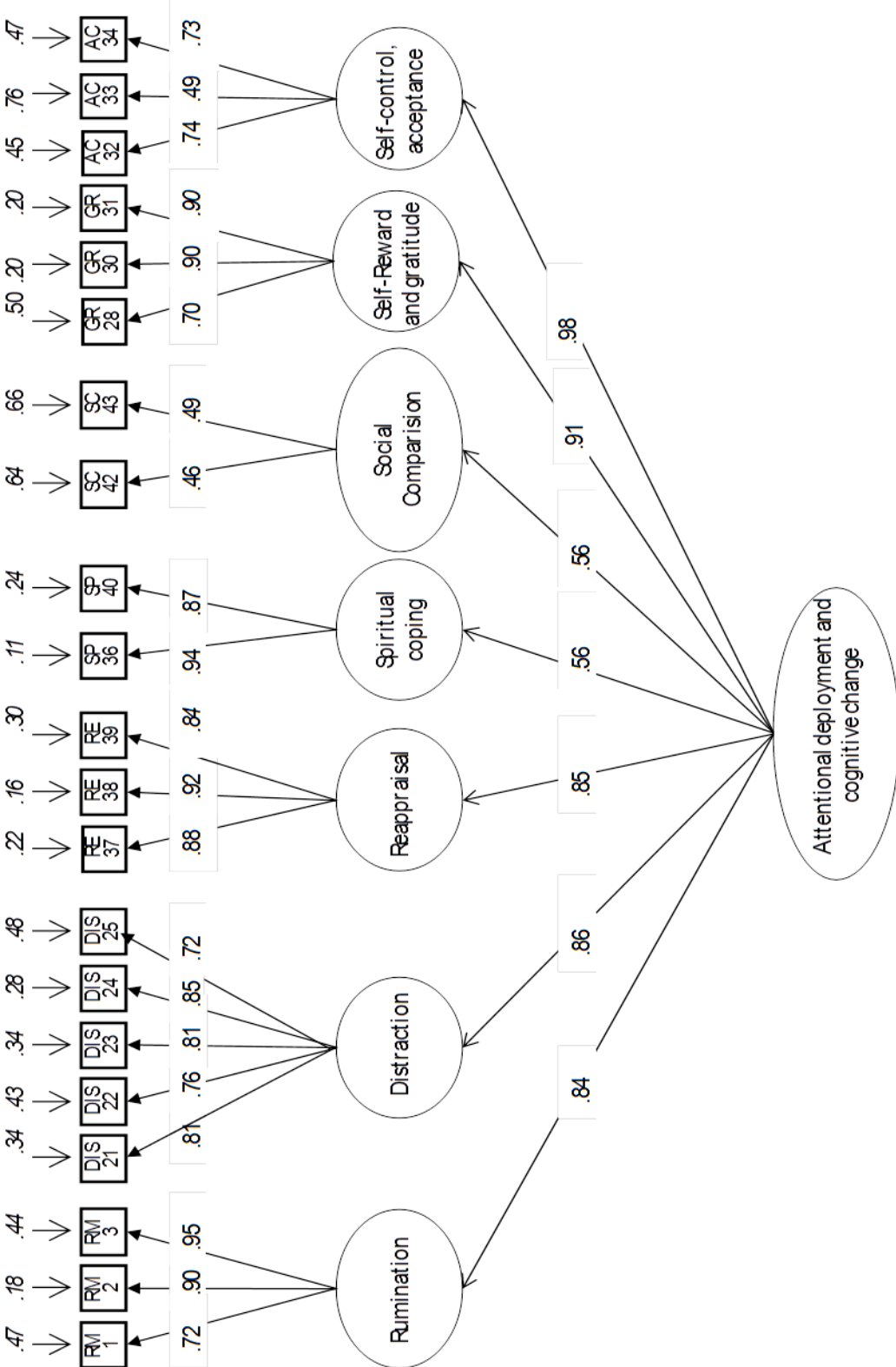


Figure 2. Confirmatory factor analysis of the Attentional Deployment and Cognitive Change strategies

Response Modulation

Finally, MARS included 18 items and seven dimensions in the response modulation facet. The CFA showed a good fit with the data: $\chi^2 (127, N = 264) = 285.80, p < .0001$; CFI = .91; TLI = .90; RMSEA = .07 (90% CI [.06, .08]). Model modification indices showed that none of the items should be included in a different dimension with respect to the conceptual factor (see Figure 3).

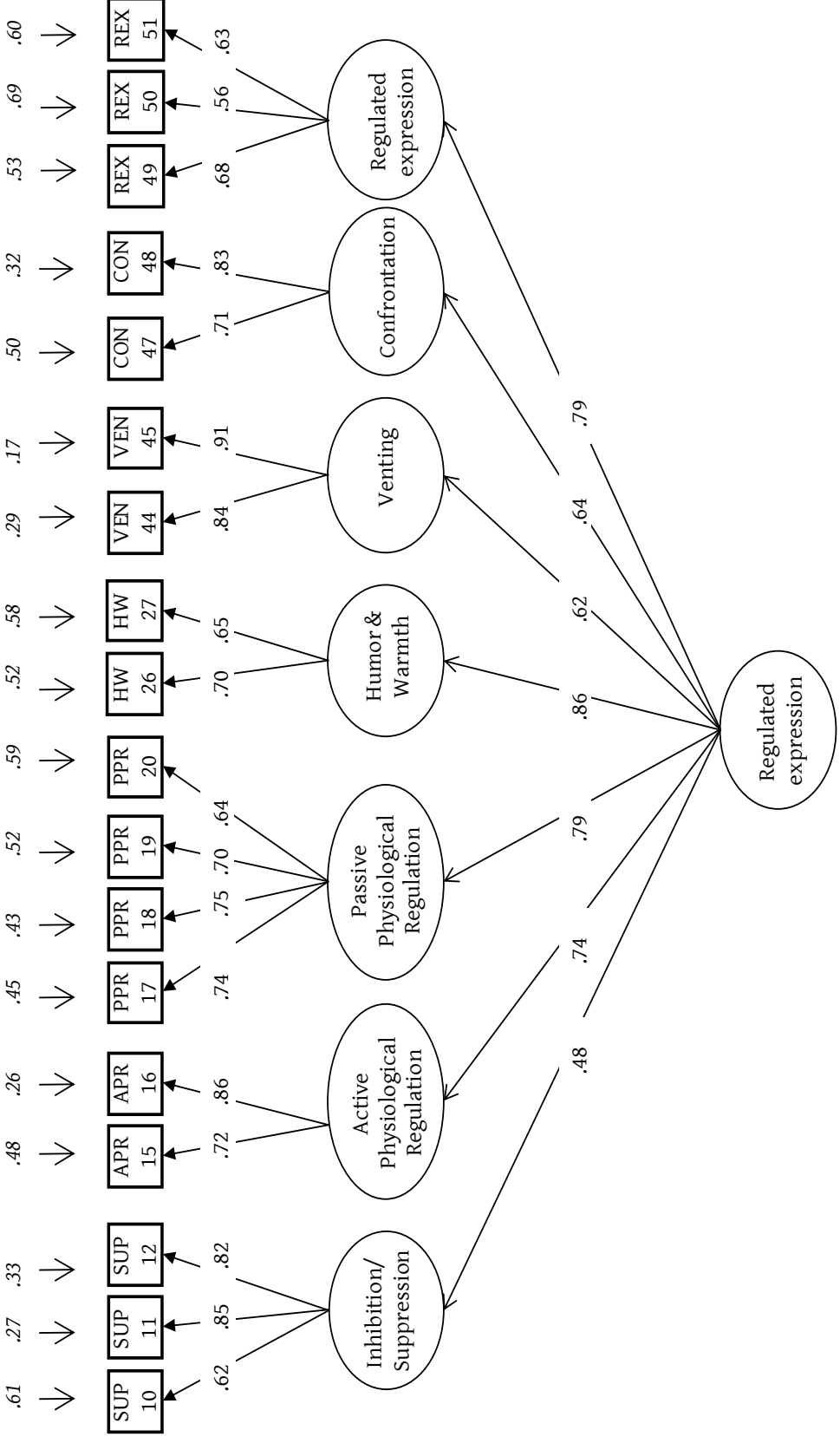


Figure 3. Confirmatory factor analysis of the Response Modulation strategies

Convergent Validity

To obtain evidence of the convergent validity of the instrument, Pearson correlations were calculated between the scores of MARS dimensions and ERQ (reappraisal and suppression) as dispositional indices of affect regulation (see Table 3). The bivariate analyses confirm that reappraisal was associated positively with all forms of adaptive regulation, but also with rumination and passive physiological regulation. Suppression was associated as expected with psychological abandonment and social isolation, suppression and inhibition, low social support and venting.

To contrast the association between previously described forms of regulation with hedonic adaptive goals, factor scores were correlated with PANAS positive, negative and affect balance scores (see Table 3). Maladaptive forms of regulation like withdrawal and social isolation, suppression and passive physiological regulation were associated with low affect balance.

Problem-directed action, distraction, acceptance, rumination, active physiological regulation and use of humor and affection were positively and significantly related to both positive and negative affect. Social support, gratitude and self-reward, reappraisal as well as venting and regulated expression were significantly associated with positive affect and not significantly with negative effect.

In order to examine the association between previously described forms of regulation and instrumental and social-adaptive goal factors, scores were correlated with Ryff's PWB scores (see Table 3). As expected, problem-directed action and

planning, seeking social support, attentional deployment through distraction, acceptance and gratitude/self-reward, cognitive change by reappraisal, response modulation by active physiological regulation, venting and regulated expression correlate positively with psychological well-being. As for withdrawal and social isolation, and suppression were associated with low psychological well-being.

Table 3

Correlations between the scores of MARS dimensions and ERQ, PANAS & PWB Ryff scales.

	ERQ		PANAS		PWB Ryff	
	Reappraisal	Suppression	Positive	Negative	Affect balance	
Problem-directed action	.24***	-.09	.22***	.18**	-.01	.21***
Withdrawal and Social Isolation	.03	.26***	.02	.33***	-.24***	-.17***
Social Support	.26***	-.33***	.27***	.11	.07	.26***
Distraction	.31***	-.03	.17**	.24***	-.03	.14*
Acceptance and self-control	.32***	-.02	.26***	.15*	.03	.25***
Gratitude and self-reward	.36***	-.01	.22***	.11	.04	.19***
Spiritual activities	.20***	.03	.2	.10	-.07	.12
Rumination	.22***	-.02	.19**	.28***	-.09	.13
Reappraisal	.36***	-.07	.20***	.06	.06	.25***
Social Comparison	.11	-.05	-.044	.01	-.01	-.05
Inhibition and Suppression	.05	.43***	-.64	.33***	-.27***	-.18**
Active physiological regulation	.25***	.06	.16*	.16*	.06	.18***
Passive physiological regulation	.17***	-.02	.01	.01	-.14*	.03
Humor, Warm	.25***	.01	.17**	.16*	-.02	.13
Venting	.10	-.36***	.26***	.05	.1	.28***
Confrontation	.11	.06	.06	.08	-.03	.07
Regulated expression	.29***	.1	.19***	.09	.04	.20***

*** $p \leq .001$. ** $p \leq .010$. * $p \leq .050$

Discriminant Validity between groups of high and low hedonic and psychological well-being

Discriminant function analysis (DFA) and analysis of variance (ANOVA) were used to examine the differences in affect regulation of participants between 4 groups. Hence, the overall analyses sought to answer the questions of how each strategy: (a) contributes to predicting group assignment and (b) represents significant mean differences among groups.

To explore a combination of well-being, we created four groups based on the median of PWB and PANAS (high PWB and high PANAS; high PWB and low PANAS; low PWB and high PANAS, and low PWB and PANAS). Discriminant analysis between these groups found one statistically significant canonical discriminant function (see Table 4) which explains 68.2% of the variance in the use of affect regulation strategies differentiating between groups (Wilks' $\lambda = .61$, $\chi^2_{(51)} = 104.65$, $p = .0001$).

Specific items comprising Function 1 can be found in Table 4 along with one-way ANOVAs, significant post hoc differences, group mean, and standard deviations. Significant group differences were found between the high PWB-low PANAS and low PWB- low PANAS' group in problem-directed action, social support, acceptance and self-control, gratitude, spiritual activities, rumination, reappraisal and regulated expression. Languishing individuals report uses more inhibition and suppression strategies than the individuals with high PWB and low PANAS. In terms of the post hoc analyses, participants with high PWB and PANAS report higher gratitude and lower withdrawal and social isolation than the languishing group. Also, participants

with high PWB and PANAS report lower rumination than the high PWB-low PANAS. Furthermore, high PWB-low PANAS presents higher scores than low PWB-high PANAS in problem-directed action, acceptance, spiritual activities, rumination, reappraisal and regulated expression.

Table 4

Items discriminating between Flourishing group, low PANAS and high PWB, high PANAS and low PWB, and languishing group.

Item	PWB Ryff *PNAS								Wilks' λ	F	Function Loading
	High PWB*PANAS (n=70)		High PWB*low PANAS (n=74)		Low PWB*high PANAS (n=50)		Low PWB*PANAS (n=70)				
	M	DT	M	DT	M	DT	M	DT			
Modification of situation											
Problem-directed action	3.72	1.43	4.18 ^a	1.18	3.47 ^b	1.25	3.68 ^b	1.37	.95	3.36**	.07
Social Support	3.52	1.70	3.90 ^a	1.59	3.28	1.70	3.34 ^b	1.55	.96	2.98*	-.36
Withdrawal and Social Isolation	1.72 ^a	.96	1.93	.99	2.30	.86	2.74 ^b	1.15	.93	4.23**	-1.02
Attentional deployment and cognitive change											
Distraction	3.58	1.25	3.77	.94	3.70	.92	3.67	1.14	.97	2.41	-.11
Acceptance & self-control	2.86	1.08	3.29 ^a	1.34	2.50 ^b	1.01	2.53 ^b	1.04	.91	6.52***	1.03
Gratitude & self-reward	3.45 ^a	1.30	3.55 ^a	1.19	3.28	1.29	2.99 ^b	1.36	.95	3.53*	.38
Spiritual activities	1.04	1.58	1.55 ^a	1.91	.69 ^b	1.04	.85 ^b	1.38	.95	3.67*	.51
Rumination	3.60 ^b	1.21	4.29 ^a	.91	3.76 ^b	.93	3.99 ^b	1.08	.95	4.23**	.09
Reappraisal	3.39	1.52	3.73 ^a	1.51	3.20 ^b	1.11	2.94 ^b	1.42	.93	5.88**	-.11
Social Comparison	1.62	1.37	1.64	1.50	1.88	1.54	1.95	1.46	.99	.21	-.05
Response Modulation											
Inhibition and Suppression	1.59	1.28	1.77 ^a	1.11	2.02	1.29	2.50 ^b	1.51	.96	2.78*	-.14
Active physiological regulation	1.82	1.43	1.92	1.80	1.69	1.40	1.46	1.46	.97	1.72	.22
Passive physiological regulation	1.51	1.27	1.78	1.58	1.55	1.33	1.93	1.16	.98	1.01	-.33
Humor, warmth	2.49	1.31	2.65	1.26	2.73	1.25	2.46	1.42	.96	2.78*	-.06
Venting	3.21	1.63	3.15	1.51	2.74	1.58	2.89	1.51	.97	2.15	.11
Confrontation	1.96	1.75	1.87	1.14	2.19	1.64	2.39	1.88	.99	.02	.21
Regulated expression	2.2	1.43	2.44 ^a	1.32	1.87 ^b	1.09	2.11 ^b	1.26	.96	2.69*	-.12

Note: 17 total affect regulation strategies; Likert-type response scale ranged from 0 (*never*) to 6 (*nearly always*). Different sub-indices indicate significant differences between groups (Bonferroni correction). *** $p < .001$, ** $p < .01$, * $p < .05$

Discussion

One of the most important findings of this study is that various forms of dispositional affect regulation show a reliable structure in different aspects or phases of affect regulation postulated by Gross, Richards, & John (2006). Confirmatory factor analysis supports the structure of expanded MARS (Páez et al., 2012). Consistent with previous research, the analysis shows a satisfactory fit in three aspects: direct and indirect modification of situation, deployment of attention and cognitive change, and response modulation.

First, the data show that both emotional and cognitive instrumental social support load together in the second factor, and in the first order analysis differentiating between instrumental/informative and emotional social support. Unfortunately, and at odds with the conception that receiving and giving social support are integrated in a common process, coping by helping others or altruism did not fit adequately. Only one item was used which did not allow to test for the existence of a separate dimension.

Second, CFA also suggests that withdrawal and social isolation should be considered together, forming an avoidance dimension strategy that is clearly dysfunctional. Both of them refer to taking actions that directly alter a situation in order to change its emotional impact, and although these situation-modifying behaviors lead to short-term relief, they prevent full exposure to the feared situations, preventing longer term benefits of exposure (Gross, 2015).

Third, the strategies of attention deployment and cognitive change show a good fit with the data. However, the reappraisal dimension, a strategy of cognitive change, correlates strongly with acceptance and self-control, an attentional strategy. This probably occurs because both strategies make a positive reevaluation of behaviors or negative emotional situations (Larsen & Prizmic, 2008). Other studies have also found that distraction and reappraisal are strongly related in affect regulation. Even if items try to represent mainly attentional effort versus cognitive processing, in other CFAs attentional items load in reappraisal and vice versa (da Costa, Páez, Oriol, & Unzueta, 2014), probably because attention and thinking are intrinsically connected processes.

Fourth, the items related to dimensions of response modulation show good fit with the data. Furthermore, in this case, the MARS 18 dimensions model can be considered relatively satisfactory due to none of the items were included in a dimension different to the conceptually postulated.

Convergent validity of the scales was also confirmed. Reappraisal is associated with high use of problem-directed action and social support, and attentional deployment and cognitive change strategies (except social comparison); moreover, it is also associated with high active and passive psychological regulation, humor, warmth and regulated expression. Suppression is more associated with withdrawal social isolation and inhibition, and less with social support and venting.

Forms of affect regulation were also related to well-being (Koval et al., 2014). Results confirm that withdrawal and social isolation, suppression and passive

physiological regulation are associated with negative high self-reported affect over the past month, and the first two to low psychological well-being. These forms of regulation are detrimental for hedonic, instrumental and social goals.

Problem-directed action, distraction, acceptance and self-control, rumination, active physiological regulation, use of humor and affection were related to positive and negative affect. Due to this ambivalent profile, these forms of regulation were unrelated to affect balance. Social support, gratitude and self-reward, reappraisal, and regulated expression are only associated with positive affect and not to negative affect. This means that these forms could be conceived as being based on dispositional positive affect or as improving positive affect when coping with negative events (Dijk, Dillen, Seip, & Rotteveel, 2012). However, it is more reasonable to think that most of these forms are a response to emotional stress and are associated with negative affect as a coping response. However, venting and rumination could be understood as fueled by negative affect (Aldao et al., 2010).

As expected, psychological well-being was associated with modifying the situation through problem-directed action and seeking social support. PWB was also associated with attentional deployment through distraction, acceptance/self-control and gratitude/self-reward and to cognitive change by reappraisal. Finally, PWB correlates with response modulation by active physiological regulation, and regulated expression. In other words, results also confirm that these forms of regulation were associated with perceived control of the situation, high self-esteem and positive relationships with others as measured by Ryff's PWB scale. Because all

of them are also related to positive affect, these forms appear to be connected with improved hedonic, instrumental and social-adaptive goals.

Venting, thought as to be a negative form of regulation, was associated with psychological well-being, positive affect and low suppression. Results suggest that intense emotional expression is not necessarily dysfunctional. Other studies had found that venting and confrontation could be adaptive if associated with regulated expression, probably because they are related to assertiveness (da Costa et al., 2014) and positive affect (Campos, Frankel, & Camras, 2004), which might be due to eliciting and receiving social support. Rumination was associated with negative PANAS, confirming the association between repetitive thinking and anxiety and related negative affect (Aldao et al., 2010; Jamieson et al., 2013).

Discriminant analysis comparing groups created using the median, show an interesting phenomenon. Most important forms of affect regulation that characterize languishing persons or participants with low PWB and hedonic well-being displayed high psychological abandonment, social isolation, low social support and high inhibition/suppression. This is an important finding, because it reaffirms the central role of social relations and low helplessness for well-being. Furthermore, this group usually used gratitude and self-reward less than other groups (except low PWB, high PANAS). Flourishing subjects (high PWB and PANAS) report highest gratitude and low social isolation and psychological abandonment. Attentional deployment positively oriented and absence of social and behavioral avoidance, appeared as the mark of subjects with the most positive well-being profile when

regulating negative events. The most adaptive profile was reported by participants with high PWB and low affect balance, which reported highest modification of situation (problem-directed action and social support), acceptance and self-control, gratitude and self-reward, spiritual activities, rumination, reappraisal and regulated expression, and lower inhibition. The fact that an adaptive profile was showed by participants with high psychological well-being, even if they reported low affect balance, suggests the relevance of eudaimonic over hedonic well-being. Results can be interpreted also in the sense that participants with high psychological well-being but with an affect balance below the median cope with this unpleasant hedonic state by deploying strong affect regulation. However, because of the correlational character of this study it is difficult to clarify whether these associations show a form of coping with negative affect or if they are elicited by high negative affect. In addition, PANAS was answered with regard to the previous months and globally negative episodes were lived 6 months prior the test whereas stress episodes influence the last 3-6 months (Gross, 2015; Schimmack, 2008). It is possible that these people had salient coping efforts in the aftermath of recent negative events.

In conclusion, the results show a significant, medium-low correlation of forms of regulation with hedonic and psychological well-being. At the same time, the study replicates the association of adaptive regulation with well-being, and supports the structural validity of the MARS scale, as well as convergent validity with ERQ's suppression and reappraisal. Finally, there is association between dysfunctional emotional regulation (high coping by withdrawal and social isolation, passive

physiological regulation and suppression) and low hedonic and psychological well-being. In contrast, this study has clear limitations: the conclusions are based on the correlational analysis of self-reports. Further, other limitations were the different emotions anger and/or sadness which are negative emotional episodes, and the unbalanced number of men and women in the CFA.

In future research, it would be interesting to increase the sample size. Although these efforts have produced important knowledge, the current results suggest that available self-report measures (and their underlying factors) may not correspond tightly to the constructs they are often used to represent.

4



Strength To Survive! Factores de protección y seguridad en violencia de género

CAPÍTULO 4: STRENGTH TO SURVIVE!. FACTORES DE PROTECCIÓN Y SEGURIDAD EN VIOLENCIA DE GÉNERO.

Puente, A. (2016). Aspectos procesales, técnicos y aplicados de la entrevista con víctimas de violencia de género. En O. Fernández (coord), *Mujeres en riesgo de exclusión social* (pp. 51-60). McGraw-Hill: London

Introducción

La violencia de género es un problema social y de salud pública con altos índices de prevalencia a nivel mundial (Alexander, Morris, Tracy y Frye, 2010; Fleming y Resick, 2016). De acuerdo con Rodríguez (2015), la violencia de género es un crimen y una violación de los derechos humanos. Incluye distintas formas de agresión como son la física, psicológica, sexual y la utilización de tácticas basadas en la manipulación emocional como son el uso de amenazas, la coacción y el control (Reisenhofer y Taft, 2013).

Cada año, millones de mujeres son víctimas de agresión física, psicológica y sexual por parte de la pareja (Archer, 2000). La Organización Mundial de la Salud (OMS, 2016) ha estimado que en todo el mundo, en torno a un tercio (30%) de las mujeres que han tenido una relación de pareja ha sufrido alguna forma de violencia

física y/o sexual. Además, un 38% de los asesinatos de mujeres que se producen en el mundo se deben a casos de violencia de género. En España, según los datos oficiales del Instituto de la Mujer (2016), 846 mujeres han sido asesinadas por violencia de género desde el año 2003, momento en el que se empiezan a recoger datos oficiales. La mayor parte de las víctimas se situaban entre los 31 y 40 años. El número de muertes por violencia de género ha ido disminuyendo a lo largo de los últimos años y al mismo tiempo el número de denuncias interpuestas en el año 2015 se incrementó en un 1.9% ($n=129.123$) con respecto al año anterior, 2014 ($n=126.742$ denuncias). Sin embargo, los informes oficiales destacan que un 27% de las mujeres denunciadas aún mantenían una relación de pareja, a pesar de haber puesto una denuncia y un 20.9% del total habían retirado la denuncia y vuelto con la pareja.

Además, las relaciones abusivas involucran patrones de conductas violentas a largo plazo que sirven al propósito de controlar y mantener el poder sobre la mujer (Murray, Crowe y Flasch, 2015). De hecho, aunque algunas mujeres dejan la relación potencialmente violenta a la primera señal de abuso, la mayor parte de las víctimas permanecen en relaciones abusivas por períodos prolongados de tiempo (Alexander et al., 2010; Murray et al., 2015). La investigación reconoce que hay muchas razones por las que las víctimas pueden permanecer en relaciones abusivas y la decisión de romper con una relación violenta requiere de un proceso de cambio complejo, no lineal, que se realiza a través del tiempo y en el que intervienen numerosos factores personales y contextuales (Banyard, Eckstein, y Moynihan, 2010; Murray et al., 2015).

La violencia de género es de carácter transversal, y está presente en todas las clases sociales, edades o países y tiene un origen multi-causal (Echeburúa, Amor y Corral, 2002). Sin embargo, algunos estudios en relación a la severidad de la violencia han encontrado que ciertas características sociodemográficas se asocian con más riesgo de ser víctimas de violencia. El bajo nivel de estudios, una edad adulta, menores ingresos familiares, estar casada, el número de hijos, un mayor tiempo de relación junto con los años de convivencia se asocian a más severidad de violencia en las mujeres (Puente, Ubillos, Echeburúa y Páez, 2016).

Además, la gravedad de la violencia influirá también en la capacidad de las mujeres para reaccionar y salir de la situación y las convierten en un colectivo vulnerable y objeto de exclusión (Raya et al., 2004). Dentro de las dinámicas de abuso, aunque se ha comprobado que una mayor prevalencia y gravedad del abuso puede favorecer la resistencia al cambio, las formas de violencia más graves también conducen a una mayor percepción y necesidad de cambiar las circunstancias (Reisenhofer y Taft, 2013). Un estudio comprobó que las mujeres que experimentaron violencia de tipo moderada a severa reaccionaron de manera más crítica e hicieron uso de estrategias de resolución de problemas y respuestas menos pasivas en comparación con las víctimas que experimentaron menores niveles de violencia (Tobergte y Curtis, 2013). Smith (2003) también describió que las víctimas rompieron la relación cuando la gravedad de la violencia era extrema y las mujeres sintieron que sus vidas o la de sus hijos estaban en riesgo (Murray et al., 2015; Panchanadeswaran y McCloskey, 2007; Puente et al., 2016).

Investigaciones previas también han demostrado que la naturaleza de las relaciones de las víctimas con el agresor también puede afectar estas decisiones, sobre todo si las víctimas sienten un alto nivel de apego a sus agresores o si están involucradas en relaciones más largas con mayores niveles de compromiso (Murray et al., 2015; Reisenhofer y Taft, 2013). Asimismo, las normas culturales y las creencias religiosas (Mookerjee, Cerulli, Fernandez, y Chin, 2015; Reisenhofer y Taft, 2013), pero también, las fuentes de ayuda formal e informal, la falta de conocimiento de los servicios en la comunidad y su disponibilidad (Fleming y Resick, 2016), las percepciones negativas sobre la eficacia del sistema de asistencia a las víctimas, así como las experiencias negativas previas son mediadores entre la violencia sufrida y la decisión de poner fin a la relación (Mookerjee et al., 2015; Panchanadeswaran y McCloskey, 2007; Reisenhofer y Taft, 2013; Shorey, Tirone, Nathanson, Handsel y Rhatigan, 2013). Además, la ausencia de recursos personales como el desempleo, las dificultades financieras o el bajo nivel de estudios se han relacionado con menores tasas de abandono cuando las mujeres viven en una relación de abuso (Shorey et al., 2013).

En la última década la literatura disponible se ha centrado en el análisis de los factores de riesgo y en el estudio de la relación entre la violencia sufrida y sus consecuencias (Fleming y Resick, 2016; Hoyeck, Madden, Freeman, Scott, y Bhandari, 2014; Overstreet, Willie y Sullivan, 2016; Wong et al., 2016). Existe una amplia evidencia que relaciona ser víctima de violencia de género con la presencia de alta afectividad negativa y la aparición de problemas relacionados con la salud física y

emocional como son el síndrome de estrés post-traumático, depresión o ansiedad (Reisenhofer y Taft, 2013). Pero, también, ha surgido un cuerpo de investigación dedicado al estudio de los factores protectores y procesos que utilizan las mujeres para amortiguar o protegerse ante la violencia de género (por ejemplo, Beeble, Bybee, Sullivan y Adams, 2009; Goodman, Dutton, Vankos y Weinfurt, 2005). Estos procesos incluyen el estudio de las estrategias o formas de afrontamiento y regulación emocional y su objetivo principal es el de mitigar las consecuencias indeseables de la violencia en las mujeres que sobreviven al maltrato (Crowe y Murray, 2015; Murray, Crowe y Akers, 2016; Overstreet et al., 2016; Sylaska y Edwards, 2014). De hecho, los investigadores han identificado el afrontamiento como un constructo que debe ser el objeto directo de estudio para la prevención y el desarrollo de intervenciones dirigidas a mujeres víctimas de violencia de género (Waldrop y Resick, 2004). Además, este tipo de estudios resulta de gran utilidad para la prevención y para proteger y mantener seguras a las mujeres que aún se mantienen en una relación violenta (Kanagaratnam et al., 2012; Overstreet et al., 2016). Sin embargo, en la actualidad existen pocos estudios empíricos que analicen los procesos de regulación emocional y afrontamiento directamente con víctimas de violencia de género (Keeling, Smith y Fisher, 2016).

Frente a la idea de que las mujeres son víctimas pasivas ante el abuso, investigaciones recientes destacan el papel activo de las mujeres en el afrontamiento de la violencia (Shorey et al., 2013; Waldrop y Resick, 2004; Wong et al., 2016). Distintos procesos han sido definidos para comprender cómo las mujeres regulan sus

emociones ante una situación de violencia de género. De forma general, el proceso generador de las emociones ha sido descrito a través de la teoría del modelo modal de las emociones de Gross (2015). Este autor describe diferentes momentos sobre los que es posible alterar la experiencia emocional en relación a un evento específico a través del uso de distintas estrategias de afrontamiento.

Primero, según esta teoría, los estados afectivos permiten evaluar lo que es bueno y malo para uno mismo en cada contexto particular. Estarán definidos por el tipo de respuesta que se da a una situación generalmente negativa, por las emociones y los estados de ánimo. Los afectos son responsables de cambios en la experiencia emocional subjetiva, en el comportamiento y en las respuestas de tipo fisiológico ante el maltrato (Barsade y Gibson, 2007). Las emociones son experiencias breves, intensas cuyos efectos pueden durar entre horas –como el enojo, vergüenza, y el orgullo- y días –como la tristeza y la alegría- y ocupan entre el 25 y el 10% de las vivencias afectivas (Watson, 2000). Los estados de ánimo son sentimientos que suelen ser menos intensos que las emociones y que con frecuencia surgen sin que un evento específico los estimule; perduran días o semanas y representan entre el 75 y el 90% de las vivencias afectivas (Larsen y Prizmic, 2008; Watson, 2000).

Segundo, la regulación del afecto se refiere a los esfuerzos que las mujeres realizan para influir en las respuestas emocionales y llegar a estados emocionales más deseables (Larsen, 2009), e incluye el uso de (a) las formas de afrontamiento, (b) la regulación emocional, y (c) la regulación del estado de ánimo. El afrontamiento se conceptualiza como un esfuerzo para resolver los problemas creados por los

acontecimientos estresantes que se perciben como superiores a la capacidad y los recursos disponibles (se refiere al componente conductual) (Lazarus y Folkman, 1984). Las estrategias de afrontamiento permiten gestionar las propias emociones, manejar el conflicto, y desencadenan tendencias de conducta (Bloch, Haase y Levenson, 2014; Gross, 2015). La función de las formas de afrontamiento está en aliviar la carga emocional negativa producida por el evento negativo (en este caso la violencia). Sin embargo, la función de la regulación emocional es influir en la trayectoria de las emociones para llegar a un objetivo-estado emocional más deseable (Gross, Sheppes y Urry, 2011): influye sobre las emociones que uno tiene, cuando uno las tiene, y cómo se experimentan (intensidad) o se expresan (se refiere al componente emocional) (Gross, 2015). Por ejemplo, un estudio demostró que las mujeres que sufren violencia, para sentirse mejor, disminuyeron la intensidad de las emociones negativas asociadas a la pareja (regulación emocional: experiencia de la emoción) y cambiaron su comportamiento ocultando la violencia y evitando la búsqueda de ayuda (forma de afrontamiento) (Hodges y Cabanilla, 2011). Sin embargo, este marco teórico (ampliamente desarrollado a partir del modelo extendido de la teoría modal de las emociones, Gross, 2015) reconoce que existe un solapamiento entre la regulación de la respuesta emocional y el uso de las estrategias de afrontamiento. En este estudio nos vamos a centrar en las estrategias de afrontamiento y la regulación emocional que utilizan las víctimas para hacer frente a la violencia. Se excluyen los estados de ánimo, ya que según Larsen (2000) no generan respuestas conductuales tan bien definidas como lo hacen las emociones.

Según la teoría de Gross (2015), existen 5 fases dentro del proceso de regulación de las emociones: (1) selección, (2) modificación de la situación, (3) atención, (4) cambio cognitivo y (5) modulación de la respuesta emocional. Dentro de cada una de estas fases se clasifican las distintas estrategias de afrontamiento (véase capítulo 3). Otra categorización ampliamente aplicada sobre las formas de afrontamiento se basa en la teoría del afrontamiento del estrés de Lazarus y Folkman (1984), dónde se clasifican las formas de afrontamiento en dos tipos: (a) afrontamiento centrado en los antecedentes o el problema (incluye los 4 primeros pasos del proceso y supone gestionar activamente los problemas específicos alterando el origen del estrés), y (b) centrado en las emociones o el tipo de respuesta emocional (que regula el estrés emocional asociado con problemas e incluye la modulación de la respuesta emocional). Muchos de los estudios han preferido el uso de esta clasificación en el estudio de la violencia de género (Waldrop y Resick, 2004; Wong et al., 2016). El afrontamiento también ha sido clasificado como activo o asociado a un mejor bienestar psicológico, y pasivo y relacionado con mayor malestar (Meyer, Wagner y Dutton, 2010); afrontamiento privado versus público (Mitchell et al., 2006); o como afrontamiento directo versus de evitación (Kemp, Green, Hovanitz y Rawlings, 1995). Algunas clasificaciones proponen referencias cruzadas, indicando que dentro de las estrategias que están centradas en el problema (modifica la circunstancia que crea el daño, amenaza o desafío) se incluyen formas de afrontamiento más activas y menos evitantes (Wong et al., 2016). Sin embargo, una de las principales críticas a estas clasificaciones es que no analizan las estrategias específicas que las mujeres utilizan

para afrontar el maltrato (Mitchell et al., 2006; Overstreet et al., 2016). Además, la literatura señala múltiples inconsistencias en la medición del afrontamiento, relacionadas principalmente con la utilización de los distintos instrumentos de medidas que no tienen en cuenta la variedad de formas de afrontamiento y el marco temporal en el que sucede la violencia (Zanville y Cattaneo, 2012).

Todavía no se sabe qué estrategia o conjuntos de estrategias son más eficaces para el afrontamiento de situaciones particulares. En este sentido, la aplicación del modelo modal de las emociones (Gross, 2015) ha sido considerado adecuado en los estudios sobre violencia de género, ya que cuestiona el carácter adaptativo o desadaptativo del uso de las estrategias en un contexto determinado (Aldao, Nolen-Hoeksema y Schweizer, 2010; Katzir y Eyal, 2013; Larsen, 2009; Waldrop y Resick, 2004). De forma general, las estrategias de afrontamiento han sido definidas en base a su eficacia o mejora de la afectividad positiva (Larsen, Augustine y Prizmic, 2009; Peña-Sarrionandia, Mikolajczak y Gross, 2015). En la medida en la que las estrategias son capaces de mejorar los afectos positivos y mitigar los efectos negativos, las formas de afrontamiento han sido definidas como adaptativas o funcionales o desadaptativas o disfuncionales. Sin embargo, los esfuerzos para conseguir la adaptación pueden tener un resultado diferente con las víctimas de violencia de género, debido al contexto de violencia en el que se producen (Gross, 2015; Larsen et al., 2009). Lazarus y Folkman (1984) afirmó que hay evidencia amplia que bajo ciertas condiciones -en particular, aquellas en la que no se puede hacer nada para cambiar la situación -, los esfuerzos de resolución de problemas pueden ser contraproducentes,

e incluso es probable que resulten en una angustia crónica si fallan. Esto supone que estrategias que tradicionalmente han sido consideradas como no adaptativas pueden de hecho ser opciones óptimas ante determinadas circunstancias como es la violencia de género (Lilly y Graham-Bermann, 2010; Zanville y Cattaneo, 2012).

En esta línea, Gross (2015) explica que el carácter adaptativo de las estrategias dependerá de la respuesta que se recibe del contexto. Para este autor la regulación de las emociones se considerará beneficiosa cuando guían el procesamiento sensorial, mejoran la toma de decisiones, proporcionan información sobre el mejor curso de acción, informan sobre las intenciones de comportamiento de los demás, y motivan comportamientos socialmente apropiados que modifican la situación que dio lugar a la emoción. Dentro del modelo modal de las emocionales, la teoría de la flexibilidad (Bonanno, Papa, Lalande, Westphal y Coifman, 2004; Cheng, 2001) considera que el afrontamiento eficaz implicaría tres pasos: 1. discriminar entre distintas situaciones; 2. ser flexible para escoger entre aquellas estrategias de afrontamiento y regulación emocional más eficaces o que permiten un mejor ajuste a las demandas de la situación y, 3. una evaluación sobre la eficacia de las estrategias en relación a la consecución de las metas deseadas. Por ejemplo, un estudio concluyó que las mujeres víctimas de violencia de género que evaluaron que disponían de recursos limitados y bajo apoyo social, se sintieron menos confiadas y auto eficaces (paso 1) y hacían más uso de la supresión y menos descarga (paso 2) como forma de regular las emociones dentro de la pareja y reducir el estrés psicológico que sentían (paso 3) (Ferreira y Matos, 2013; Lin-Roark, Church y McCubbin, 2015). En definitiva,

el afrontamiento efectivo no se define por el tipo de estrategia, sino por la capacidad para modular y cambiar de unas estrategias a otras, ajustando el comportamiento al contexto en el que se llevan a cabo (Bonnano y Burton, 2013; Gross, 2015). Según esta definición, tener pocas opciones reguladoras para enfrentar eventos especialmente negativos, refleja un fracaso momentáneo en el proceso de regulación (Gross, 2015). Hamby y Gray-Little (2007) proponen para los casos de violencia de género que la eficacia de la regulación emocional depende del riesgo y de los recursos personales disponibles que las mujeres utilizan para protegerse y salir de la situación de violencia. La aplicación de esta teoría supone que las opciones de supervivencia de las víctimas se basan en una evaluación de los recursos disponibles para la víctima y del riesgo al que se exponen al poner en marcha determinadas estrategias de afrontamiento (contexto). Sin embargo, esto no ha sido comprobado empíricamente hasta el momento (Zanville y Cattaneo, 2012). Nuestro estudio pretende responder a esta pregunta. Se analizan las opciones de supervivencia de las mujeres a través del estudio de las formas de afrontamiento (habilidades/recursos que utilizan las mujeres para afrontar la violencia) y su eficacia/riesgo al que se exponen al utilizarlas dentro de un proceso de cambio (favorecen la motivación al cambio, mejoran la seguridad y la salida de la violencia). Además, este estudio responde a la necesidad de aportar un marco temporal sobre el que definir el proceso de regulación emocional en situaciones de violencia de género y, por tanto, permite definir una estructura sobre cómo afrontarla.

Por todo lo comentado, en este estudio tomaremos como referencia la clasificación propuesta por Gross (2015) y nos centraremos en estudiar el papel de las emociones y las estrategias de afrontamiento que utilizan las víctimas en las fases de selección y modificación de la situación, y de atención y cambio cognitivo (en el siguiente estudio abordaremos la fase de modulación de la respuesta emocional).

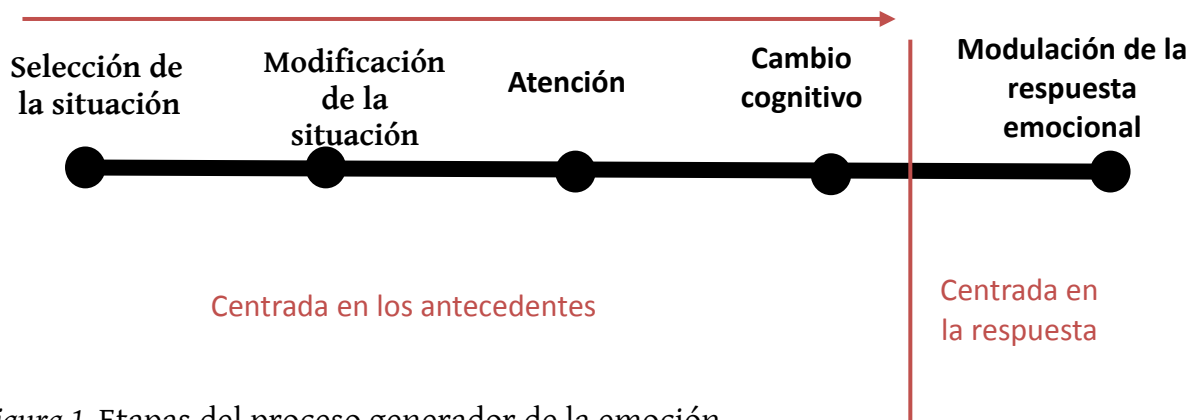


Figura 1. Etapas del proceso generador de la emoción.

Selección y modificación de la situación

La selección de la situación consiste en elegir o evitar algunas de las actividades, personas o lugares en función de su impacto emocional previsto (Gross, 2015). Una vez seleccionada una situación puede ser alterada mediante el uso de las estrategias de afrontamiento con el fin de modificar su impacto emocional (modificación de la situación).

La teoría sobre el afrontamiento en violencia de género sugieren que las metas emocionales de las mujeres en relación con la pareja conducen a la selección de

algunas situaciones frente a otras que evitan (por ejemplo, Zanville y Cattaneo, 2012). Deficiencias en el proceso de selección y modificación se refieren a una valoración inadecuada de la emoción, y a la tendencia a seguir actuando como uno tiene previsto, incluso cuando este comportamiento por defecto puede no ser la opción más adaptativa (Suri, Whittaker y Gross, 2015). Por ejemplo, Shurman y Rodríguez (2006) indicaron que las víctimas seleccionaron situaciones favorables con la pareja, como son esforzarse en controlar la situación, haciendo la comida, vistiendo de una determinada manera o evitando hablar con otros hombres con el fin de mantener los niveles de afecto positivo dentro de la pareja y evitar nuevos conflictos. Sin embargo, el uso de estas estrategias se asoció con una mayor angustia a largo plazo, es decir con un resultado menos adaptativo y menos tendencia a la acción (El-Bassel, Gilbert, Wu, Go y Hill, 2005).

Por otra parte, un meta-análisis reciente incluyó como estrategias de modificación de la situación las de tipo instrumental directo, abandono psicológico, apoyo social (emocional e informacional) y aislamiento social (Peña-Sarrionandia et al., 2015). En concreto, los estudios han comprobado que las acciones dirigidas a la modificación de la situación como la búsqueda de apoyo social tiene efectos psicológicos positivos (Larsen y Prizmic, 2008; Mookerjee et al., 2015; Shurman y Rodríguez, 2006), particularmente cuando se acompaña de respuestas de tipo instrumental (Skinner, Edge, Altman y Sherwood, 2003). Sin embargo, como ya se ha indicado, algunas de las estrategias pueden suponer un mayor riesgo de violencia y afectar a la seguridad de las mujeres abusadas. Por ejemplo, un estudio informó que

la búsqueda de ayuda para la separación podría ser un factor de riesgo asociado a un mayor uso de la violencia por parte del agresor en las primeras fases de cambio, cuando aún se mantiene una relación con el agresor (Reisenhofer y Taft, 2013). En contra, otro estudio reciente apuntó que la búsqueda de ayuda formal e informal se asoció con mejores resultados y un mayor bienestar en las víctimas (Panaghi, Ahmadabadi, Ghahari y Mohammadi, 2013).

Sin embargo, la búsqueda de ayuda formal no es un recurso utilizado con frecuencia por las víctimas, sobre todo en las primeras etapas de cambio (Keeling et al, 2016). El estudio de Simmons, Farrar, Frazer y Thompson (2011) apunta a que la mayoría de las mujeres supervivientes prefieren usar los recursos personales y las fuentes de apoyo informal para solucionar la situación antes de hacer uso de los recursos profesionales. Esto supone que las víctimas realizan esfuerzos personales por afrontar situaciones que están fuera de su control. También factores personales como son la vergüenza, el miedo a las represalias o la dependencia económica (Devries et. al, 2013; Mitchell et al., 2006), y también otros de tipo social como es la existencia de relaciones de poder desequilibradas, el mantenimiento de la norma cultural, la privacidad de la familia, o los juicios sociales (Ellsberg, Jansen, Heise, Watts y García-Moreno, 2008) se han relacionado con la ausencia de búsqueda de ayuda.

En España, los informes indicaron que sólo el 7% de los supervivientes buscó ayuda de recursos formales (Palermo, Bleck y Peterman, 2014). En esta línea, sólo un 40% del total de las víctimas de USA han buscado atención médica o psicológica tras

ser agredidas (Fleming y Resick, 2016). Apoyando esta idea, la mayor parte de la literatura apunta que los datos conocidos acerca de la prevalencia de la violencia machista sólo son una pequeña representación del alcance que realmente tiene este tipo de agresión (Álvarez-Dardet, Pérez Padilla y Lorence Lara, 2013; Palermo et al., 2014). De hecho, el sub-registro de la violencia es un problema general inherente a las encuestas sobre violencia (Álvarez-Dardet et al., 2013). Un estudio revela que el silencio y la inhibición por parte de los que son conscientes del maltrato y culpan a la víctima, contribuyen a crear un clima de tolerancia hacia la violencia, que hace que sea más difícil que las mujeres declaren el abuso. En este sentido varios estudios concluyen que la tolerancia a la agresión hace que muchas mujeres simplemente no informen porque creen que la violencia es normal o no lo suficientemente grave como para informar (Palermo et al., 2014).

Kocot y Goodman (2003) demostraron la eficacia del uso de las estrategias de afrontamiento directo pero sólo cuando las mujeres sintieron un cierto control sobre la situación de violencia con la pareja. Esto se debe a que la percepción de control se relacionó con un incremento de la percepción de seguridad y redujo el estrés asociado a la superación de la violencia. Sin embargo, podría ser que el empleo de estrategias activas como el enfrentamiento directo con el agresor pusiera en más riesgo de abuso y re-abuso a las víctimas (Goodman et al., 2005). Aunque el enfrentamiento directo hacia la pareja es una forma activa de hacer frente, en algunas ocasiones, esta estrategia hace que el maltrato se vuelva más intenso. Además, la escasa capacidad de ejercer control directo de la situación puede resultar

en un aumento de los síntomas de depresión y ansiedad y, por tanto, en un incremento en el uso de estrategias de tipo pasivo (Mitchell et al., 2006).

Otras estrategias como el abandono psicológico o el aislamiento social se definen como opuestas a la modificación de la situación y, normalmente, conducen a estados afectivos disfuncionales (Larsen et al., 2009). De hecho, el uso de estrategias pasivas de afrontamiento se ha relacionado con un nivel más alto de vulnerabilidad y riesgo de re-victimización a largo plazo (Kuijpers, van der Knaap y Lodewijks, 2011). Por ejemplo, Lewis et al. (2006) encontraron que la estrategia de afrontamiento que las víctimas utilizaron con más frecuencia en las primeras fases de cambio era el abandono psicológico. Además, hallaron que su uso aumentó a medida que la violencia incrementaba en gravedad y frecuencia. El artículo de revisión de Waldrop y Resick (2004) encontró resultados similares, indicando que las mujeres se hacen más evitativas a medida que aumenta la violencia.

Atención y cambio cognitivo

Debido a que una situación tiene varias características, la persona puede dirigir la atención a un aspecto de la situación en lugar de a otros. El despliegue atencional consiste en dirigir la atención con el objetivo de influir en la respuesta emocional (Gross, 2015). Entre las estrategias de despliegue atencional funcionales se incluye la distracción ya que es una forma de involucrarse en actividades placenteras que hacen que la persona se olvide cognitiva o conductualmente de los episodios emocionales negativos (Hemenover, Augustine, Shulman, Tran y Barlett, 2008) y estimulan las emociones positivas (Larsen y Prizmic, 2004) que pueden permitir que

las mujeres sigan adelante. Aldao y cols. (2010) confirmaron que otra estrategia de afrontamiento como es aceptar la realidad es funcional en el caso del afecto negativo, siempre y cuando no interfiera con la superación de la situación de maltrato. Por el contrario, Mitchell et al. (2006), encontraron que las mujeres maltratadas que más usan la aceptación de la responsabilidad como estrategia de afrontamiento pueden culparse o criticarse cuando son maltratadas. Es decir, es frecuente que las mujeres piensen que de alguna manera causaron el abuso e, incluso, muestren actitudes de arrepentimiento frente al agresor.

Las personas también pueden regular las emociones y afecto a través de cambios cognitivos o modificando lo que piensan sobre la situación. El cambio cognitivo se refiere a la selección y modificación de la evaluación o significado de una situación con el fin de alterar su impacto emocional (Gros, 2015). Es decir, cambiar la forma en que uno piensa influye en la capacidad para gestionar las demandas de una situación ya que modifica la experiencia emocional, el comportamiento y las tendencias de respuesta fisiológicas que definen la emoción generada. Por ejemplo, un estudio confirmó que la reevaluación positiva conduce a una disminución de los niveles de experiencia emocional negativa y está relacionada con un mejor ajuste afectivo (Feinberg, Willer, Antonenko y John, 2012). Por el contrario, la reevaluación también puede ser desadaptativa y un factor de riesgo si disminuye la sensibilidad ante la violencia en las primeras fases y reduce las probabilidades de acción (Panno, Lauriola y Figner, 2013).

De la misma manera, la búsqueda de significado a través de la religión es también una forma de reevaluación positiva, relacionada con una mejora sobre el bienestar (El-Khoury et al., 2004; Enkhtor, 2012; Mitchell et al., 2006). El uso de la religión y la espiritualidad ha sido repetidamente documentado como una forma de afrontamiento efectiva. Watlington y Murphi (2006) demostraron que el afrontamiento espiritual o religioso estaba relacionado con una mejor salud mental (menos depresión, ansiedad y hostilidad). En contra, el afrontamiento religioso puede asociarse con una auto-imagen negativa y creencias distorsionadas acerca de la relación y el mundo, resultando en un aumento de síntomas depresivos. Enkhtor (2012) explica que la religión puede promover sentimientos de desconexión con los demás, debido a que favorece el sentido de culpabilidad, inutilidad y de estar siendo castigado por algo que se ha hecho. La investigación con grupos focales también concluye que algunas mujeres casadas permanecen en una relación abusiva porque perciben que rompen un pacto con Dios o porque su deber es perdonar a sus parejas (Mitchell et al., 2006). La auto-recompensa y la gratitud son otras formas de regulación que se relacionan con más riesgo o con la re-victimización y más emociones de tipo negativo (Larsen y Prizmic, 2008). Por el contrario, un estudio con población general indicó que la búsqueda de auto-recompensas puede resultar beneficiosa y se asocia con mayor bienestar (Larsen y Prizmic, 2004). Las víctimas pueden actuar con el fin de ganar recompensas o para escapar del castigo dentro de la relación (Homans, 1967). Sin embargo los beneficios de la búsqueda de auto-recompensas en violencia de género apenas se han estudiado. La rumiación o el

pensamiento repetitivo también intensifica las emociones negativas y puede paralizar a la víctima cuando aún está sufriendo el abuso (Aldao et al., 2010). La comparación social es otro proceso cognitivo relacionado con la regulación emocional (Rimé, 2009). Se considera que tiene una influencia afectiva positiva en el caso de los episodios negativos, sin embargo otros estudios demuestran que las personas que se comparan de forma frecuente con otras personas son menos felices (Fujita, 2008).

Modelo etapas de cambio

Una propuesta teórica con gran relevancia en los últimos años es el modelo de etapas de cambio de Prochaska y Di Clemente (1982). Ante la falta de información sobre la eficacia de las estrategias de afrontamiento, una serie de variables proxy se han utilizado para medir el nivel de motivación y/o intenciones de las mujeres para protegerse o dejar a su pareja abusiva (Kanagaratnam et al., 2012; Keeling et al., 2016; Rhatigan y Street, 2005; Wong et al., 2016). El modelo propuesto evalúa la motivación o disposición para desarrollar conductas saludables (Fisher y Fisher 2000), esto es, permite clasificar a las personas según su nivel de motivación para llevar a cabo un cambio conductual.

Un número de estudios han demostrado la utilidad de examinar las etapas de cambio en víctimas de violencia de género (Burkitt y Larkin, 2008; Cluss et al., 2006; Murray et al., 2015; Overstreet et al., 2016; Panchanadeswaran y McCloskey, 2007; Reisenhofer y Taft, 2013; Shorey, et al., 2013). Se incluyen 4 estadios referidos a la pre-contemplación, preparación, acción y mantenimiento (Prochaska y DiClemente,

1982). Para cada una de estas etapas se han definido los aspectos emocionales, cognitivos y las tendencias de conducta que las víctimas utilizan con más frecuencia.

Pre-contemplación es la etapa en la que las mujeres no reconocen el maltrato, no tienen la intención de tomar medidas para cambiar un comportamiento en un futuro próximo, justifican y normalizan la violencia y aún muestran una vinculación emocional positiva con el agresor, definida por algunos autores como dependencia emocional (Overstreet et al., 2016; Reisenhofer y Taft, 2013; Wong et al., 2016). La mujer tiende a intentar buscar soluciones por sí misma, modificando su propio comportamiento para evitar problemas. Las investigaciones demuestran que, en esta etapa, aparecen emociones como la negación y la culpa (Zamora, Muñoz-Cobos, Burgos, Carrasco, Martín, Ortega y Villalobos, 2012), además de la influencia de determinados valores, el proceso de racionalización (fantasía de cambio por parte del agresor) y la minimización de la conducta violenta predicen la ausencia de conductas de escape (Liebschutz, Battaglia, Finley y Averbuch, 2008). De hecho algunas teorías postulan que la mujer maltratada, en muchas ocasiones, tiene la esperanza de que su pareja cese el maltrato y cree que invirtiendo más esfuerzo y tiempo puede lograr la armonía (teoría de la trampa psicológica de Brockner y Rubin, 1985). La mujer tiende al aislamiento social, no pide ayuda y encubre las conductas del agresor (Rhatigan y Axsom, 2006).

La contemplación es la etapa en la que los individuos tienen la intención de cambiar un comportamiento. Se empieza a ver la relación como problema, se realiza una evaluación de los pros y los contras de seguir en la relación y aparece un

ambivalencia en relación a la toma de decisiones (Banyard, et al., 2010; Wong et al., 2016). En esta fase se da cuenta o toma conciencia sobre la situación límite que está viviendo, sin embargo, en muchas ocasiones, el aislamiento, culpa, miedo al agresor, miedo a las pérdidas y deseo de proteger al agresor impiden que tome la decisión (Banyard et al., 2010). En este sentido, algunos autores explican que, aunque reconoce la relación como abusiva, en esta etapa no se lo comunica a los otros ni se busca ayuda, en muchas ocasiones porque se relaciona con la frustración, la ausencia de expectativas, la ruptura del ideal de familia, o por los daños producidos sobre la integridad y dignidad personal.

La etapa de acción surge cuando las mujeres dirigen su comportamiento a la ruptura, reconocen los signos del maltrato y predominan emociones negativas como la ira (afectivo) (Banyard et al., 2010). En esta fase la persona que sufre el maltrato se plantea modificar su conducta en un plazo de tiempo próximo. Realiza preparativos, toma decisiones, busca información y ayuda externa, planifica las vías de escape y se plantea alternativas. En esta fase las mujeres pueden estar internamente dispuestas a tomar medidas hacia el cambio, sin embargo, a veces no lo hacen (Banyard et al., 2010). En otras ocasiones, la acción supone la ejecución activa de conductas manifiestas o encubiertas que cambian la situación (Battaglia et al., 2003).

La etapa de mantenimiento se define por las conductas dirigidas a prevenir comportamientos no eficaces relacionados con el abuso, afianzar las ganancias logradas en las fases anteriores, buscar el sentido de la vida, construir nuevos proyectos, y por la presencia de más emociones de tipo positivo (Prochaska y

DiClemente, 1982). Esta fase también se caracteriza por la marcada necesidad de afrontar las exigencias del comienzo de una nueva vida y las consecuencias del maltrato (salud, económicas, familiares, relación con los otros) (Banyard et al., 2010). En muchos casos, aparece la culpabilización por haber permitido la agresión, lo que interfiere en el proceso de reconstrucción personal y familiar de la víctima (Zamora et al., 2012).

En este sentido, la investigación reconoce que este modelo transteórico puede ser un paradigma apropiado para describir diferentes niveles de preparación de la mujeres que son víctimas de la violencia de género (Kuijpers et al., 2011). Este modelo se ha modificado y adaptado a través de distintas investigaciones. Por ejemplo, Cluss et al. (2006) propusieron un modelo que llamaron de preparación psicosocial. A pesar de definir las mismas etapas que el modelo de etapas de cambio (TMM), estos investigadores llegaron a la conclusión de que el cambio de etapa se podía entender sólo cuando se tenían en cuenta los factores que definían la falta de equilibrio entre una evaluación de los recursos internos de la víctima (la auto-eficacia y la conciencia) y los factores externos (las interacciones interpersonales y los eventos situacionales que rodean el abuso). En España, Roca (2015) ha descrito dos sub-fases dentro de cada una de las etapas propuestas dentro de la TMM excepto para la etapa de mantenimiento. Dentro de la pre-contemplación describió el proceso de vinculación y resistencia, en la contemplación el de conflicto y ambivalencia y cuestionamiento de la situación de violencia, y en la acción identificó la sub-fase de confrontación y ruptura y la de lucha por la supervivencia. Otro

estudio realizado con 35 mujeres identificó dos etapas posteriores a la etapa de mantenimiento. Estas etapas se referían a dos procesos contrarios uno de retroceso, para los casos en los que la víctima volvía a la situación de maltrato, y otro de finalización, para el caso en que se producía una superación completa de la violencia (Zamora et al., 2012).

En base a todo lo anterior, en este estudio, primero nos preguntamos si está el nivel de prevalencia de la violencia y las formas de afrontamiento asociadas a determinadas características de las víctimas. En este sentido, el primer objetivo es examinar los índices de prevalencia y cronicidad de la violencia sufrida a través del último año y a lo largo de la vida. Además, se pretende describir las características socio demográficas en base al tipo y nivel de gravedad de la violencia, así como en relación a las etapas de cambio y el estado afectivo.

En segundo lugar, este estudio intenta responder a la pregunta sobre qué estrategias usan las víctimas para hacer frente la violencia sufrida. En base a esta pregunta, el objetivo es informar acerca de cómo las mujeres regulan sus emociones y afrontan la violencia, poniendo énfasis en las estrategias de selección y modificación de la situación, así como de atención y cambio cognitivo. Se analizan las diferencias entre el uso de las distintas estrategias en relación a la etapa de cambio, las formas de afrontamiento y los afectos. Por último, se comprueba cómo las estrategias de afrontamiento intervienen en la superación de la violencia.

En base a estos objetivos nos planteamos que:

Hipótesis 1. La prevalencia de la violencia de género a lo largo de la vida será superior a la del último año. De igual modo, los niveles de violencia de tipo leve prevalecerán sobre los de tipo severo a lo largo de la vida.

Hipótesis 2: En general, no habrá relaciones entre el tipo y gravedad de la violencia sufrida y las principales características socio-demográficas de la muestra. Sin embargo esperamos que las mujeres pongan en marcha mayor número de estrategias a medida que aumenta la gravedad de la violencia. Así mismo, no habrá diferencias entre las distintas etapas de cambio y los afectos en relación a las características de la muestra.

Hipótesis 3. En general, existe una relación entre las estrategias de afrontamiento, los afectos y las etapas de cambio. Las estrategias de afrontamiento de tipo disfuncional se asociarán de forma positiva con el afecto negativo mientras que se espera encontrar que estén asociadas negativamente con el afecto positivo. Las estrategias de afrontamiento de tipo funcional mostrará el patrón inverso.

Hipótesis 4. La etapa 1 correlacionará negativamente con el resto de etapas, mientras que la 2, 3 y 4 mantendrán una relación positiva. Además, las formas de afrontamiento y de regulación emocional variarán en función de la etapa de cambio. Se espera que el éxito en el afrontamiento de la violencia esté relacionado con una mayor motivación para el cambio (más seguridad). El afrontamiento de tipo pasivo estará más presente en la primera etapa del continuo, donde las mujeres aun no son conscientes del maltrato, mientras que el de tipo activo aparecerá con más intensidad en la E2 y, especialmente en la E3, cuando las mujeres se identifican como

víctimas y los esfuerzos por cambiar la situación en la que viven son mayores. En la E4 el uso de las estrategias centradas en la modificación de la situación será menor en comparación con la E3 y E1 ya que sus esfuerzos están dirigidos a mantener los cambios realizados en las etapas anteriores.

Método

Muestra

Inicialmente la muestra estaba formada por 206 mujeres víctimas de violencia de género que habían acudido a alguno de los servicios de la red de asistencia de víctimas de violencia de género. Del total de la muestra, dos de las mujeres entrevistadas fueron excluidas del estudio debido a que no fue posible realizar la entrevista, y tres más no respondieron a la escala de etapas de cambio. La muestra final constó de 201 mujeres, donde 103 fueron de Castilla y León (51.2 %) y 98 del País Vasco (48.8 %). La edad media de las mujeres fue de 40.16 ($DT=40.16$) y un rango de 18 a 66 años. El tiempo medio de asistencia recibida por parte de los centros fue de 27.29 meses ($DT= 28.07$, aproximadamente 2 años).

La mayoría de estas mujeres provenían de los órganos policiales (57.7%), eran de nacionalidad española (89.1%), vivían en zonas urbanas (59.4%), tenían estudios obligatorios y post-obligatorios o formación profesional (67.4%), y profesaban la religión católica (56%). Además, las mujeres en su mayoría reportaron estar trabajando (47.5%) y tener ingresos propios (69.8%), aunque un porcentaje

importante se encontraba en situación de paro (44.5%). En el momento del estudio, casi la mitad de las mujeres estaban divorciadas o en proceso de divorcio (43.8%), seguido de las solteras (35.7%), casadas (10.8%) y separadas (9.7%). El número promedio de hijos por mujer era de 1.68 ($DT = 1.51$) (rango: 0-11). La duración media que las mujeres habían estado con su pareja fue 132.44 meses ($DT = 132.37$) (rango: 1 día- 132 meses).

Por último, en la mayor parte de los casos las mujeres declararon sufrir abusos desde el noviazgo ($n = 131$, 65.2%) y el último episodio de violencia había sucedido hacía más de 6 meses ($n = 106$, 53%). El 85% de las mujeres ($n = 174$) había denunciado la situación de maltrato. En el momento de la entrevista, el 62.3% tenía vigente algún tipo de protección ($n = 127$). La descripción detallada de la muestra en base a sus características socio-demográficas generales se presenta en la tabla 2.

Instrumentos

CTS2-S (Strauss, Hamby, Finkelhor y Runyan, 1996, adaptada por Loinaz, Echeburúa, Ortíz-Tallo y Amor, 2012): Instrumento dedicado a la medición de la violencia en la pareja a lo largo de la vida y durante el año anterior. Consta de 20 ítems sobre violencia sufrida (10 ítems) y perpetrada (10 ítems). En este estudio se aplicaron las 5 dimensiones referidas a la violencia sufrida: negociación (ítems 1 y 8) ($\alpha = .63$) (*Expresé mi opinión o sugerí un acuerdo en una discusión con mi pareja*), agresión física (10 y 12) (*Mi pareja me dio un puñetazo, patadas o me golpeó*) ($\alpha = .74$), agresión psicológica (14 y 4) (*Mi pareja destrozó algo que me pertenecía o amenazó con golpearme*) ($\alpha = .66$), daños (15 y 5) (*Fui al médico o necesité visitar al médico a causa de una pelea con*

mi pareja) ($\alpha = .57$), y violencia sexual (18 y 20) (*Mi pareja usó la fuerza (como puñetazos, inmovilizar o usar un arma) para obligarme a practicar sexo con él o ella*) ($\alpha=.72$). Las respuestas se distribuyen en una escala tipo Likert donde desde el 1 (*una vez en el último año*) hasta el 6 (*más de 20 veces en el último año*) miden la prevalencia de la violencia durante el último año y donde las opciones 7 (*no en el último año, pero sí antes*) y 8 (*esto nunca ha sucedido*) evalúan la prevalencia o no de la violencia a lo largo de la vida.

Escala breve de regulación emocional (MARS) (Larsen y Prizmic, 2004): Se utilizó una versión reducida sobre la versión ampliada de 56 ítems (Páez, Martínez-Sánchez, Sevillano, Mendiburo y Campos, 2012). Mide el estado o la intensidad emocional de la experiencia emocional asociada al maltrato y permite contrastar los estilos y estrategias para manejarla o afrontarla. En este estudio, esta escala hacía referencia a la violencia sufrida por parte de la pareja. Se seleccionaron las dimensiones de la familia de estrategias referidas a la modificación de la situación: Instrumental directo (4, 3) (*Actuar o hacer algo para mejorar o resolver el problema o situación que provocaba mi estado de ánimo*); Abandono Psicológico (5, 6) (*Rendirse, no hacer nada; no tratar de controlar la situación*); Aislamiento Social (10, 11) (*Buscar estar sólo*); Apoyo Social Emocional (34) (*Hablar para obtener comprensión y apoyo*); Apoyo Social Informativo (36, 37, 35) (*Hablar con alguien que me pudiera dar un consejo y orientarme*); y a la atención y cambio cognitivo: Rumiación (1, 2) (*Pensar acerca de cómo podría haber hecho las cosas de forma diferente*); Distracción (16, 17) (*Trabajar en algo o mantenerme ocupado para olvidar mi estado de ánimo*); Reevaluación Positiva (23, 24) (*Tratar de ver las*

cosas desde una perspectiva más amplia); Religioso (22, 25) (*Leer o hacer algo religioso, de tipo espiritual*); Comparación Social (26, 27) (*Compararme con personas que están en una situación peor que la mía*); Auto-recompensa o Gratitud (18, 19) (*Tratar de pensar en esas cosas en las que me va bien*) y Aceptación (ítems 20 y 21) (*Aguantar la situación, echar para adelante*). Se calculó la frecuencia media de uso para cada una de las estrategias. Puntuaciones más altas indican un mayor uso de estas formas de afrontamiento y regulación emocional en episodios emocionales negativos. La fiabilidad de las dimensiones de modificación de la situación y atención y cambio cognitivo en este estudio fueron $\alpha = .66$ y $\alpha = .70$ respectivamente.

Afectividad Positiva-Negativa (Bradburn, 1969, adaptada por Vergara, Yárnoz y Páez, 1989): Utilizada para medir el equilibrio afectivo de los individuos durante el último mes. Consta de 18 ítems distribuidos en una escala de 1 (poco o nunca) a 4 (casi todo el tiempo). Está formada por 2 sub-escalas: afecto de tipo positivo formada por 9 ítems ($\alpha = .82$) (*¿Se ha sentido realmente alegre?*) y afecto de tipo negativo compuesta por otros 9 ítems ($\alpha = .73$) (*¿Se ha sentido infeliz o deprimido?*). Se calculó la media de las puntuaciones para cada dimensión. Mayores puntuaciones indican mayor presencia de afectos según su valencia.

University of Rhode Island Change Assessment Scale (URICA) (Escala de evaluación para el Cambio de la Universidad de Rhode Island) (Prochaska, DiClemente 1982; adaptado por Tejero y Trujols, 1994): Prueba destinada a evaluar la situación del sujeto en el continuo de disposición al cambio propuesto por Prochaska y DiClemente en su modelo transteórico. Consta de 32 ítems distribuidos en 4

subescalas de 8 ítems cada una: precontemplación (*Que yo sepa, no tengo problemas que cambiar*), contemplación (*Puede que valga la pena que trabaje para solucionar mi problema*), acción (*Por fin estoy haciendo algo para solucionar mi problema*) y mantenimiento (*Estoy aquí para prevenir la posibilidad de recaer en mi problema*). Los ítems consisten en frases en que el sujeto debe indicar su grado de acuerdo en una escala tipo Likert de 5 puntos, siendo 1 completamente en desacuerdo y 5 completamente de acuerdo. Se trata de un auto-informe en el que la formulación de cada ítem no hace referencia a una conducta problema, sino a un término genérico que el evaluador define previamente, en nuestro caso violencia de género. Se calculó la suma de los ítems correspondientes a cada categoría. La consistencia interna fue de: .74 precontemplación, .80 contemplación, .86 acción y .75 mantenimiento. Y una fiabilidad interna total de la escala de $\alpha = .76$.

Procedimiento

Durante los años 2012-2014 se realizaron entrevistas personales con víctimas de violencia de género. Inicialmente se solicitó por escrito la participación en el estudio a varias Organizaciones y Asociaciones que forman la Red de Asistencia a Víctimas de Violencia de Género de la Comunidad de Castilla y León (Subdelegación del Gobierno de Burgos y León a través del equipo del EMUME, Unidad Mujer Menor de la Guardia Civil y del SAF o Servicio de Atención a la Familia de la Policía; a la Dirección General de la Mujer, a través, por un lado, de los centros de emergencia de Cruz Roja y, por otro, de las asociaciones de Burgos y León: ADAVAS, La Rueda, Asociación Simone de Beauvoir, Isadora Duncan y Cáritas) y País Vasco (Departamento de Seguridad de la

Ertzaintza). En la solicitud, se incluyó un resumen del proyecto en el que se explicaban los objetivos del estudio, estructura, tipo de evaluación y el plan de trabajo.

Durante los meses posteriores (1 año), tras recibir la respuesta afirmativa por parte de las primeras entidades a la petición de colaboración, dos expertas coordinaron y realizaron más de 15 reuniones, en las que se presentaron a los responsables de los órganos oficiales del gobierno y los profesionales de atención directa con las víctimas la propuesta de colaboración. Al mismo tiempo, se coordinó con las distintas entidades el plan de trabajo y un protocolo para ponerse en contacto con las víctimas y solicitar su colaboración voluntaria. Tras la propuesta escrita y la presentación oral del proyecto a las entidades correspondientes en ambas comunidades autónomas, se gestionaron los permisos oficiales para los órganos policiales a través de las Subdelegaciones del Gobierno de Castilla y León (en ambas provincias) y el Departamento de Seguridad Ciudadana de la Ertzaintza. Del mismo modo, se solicitó a la Dirección General de la Mujer, responsable de la gestión en el caso de asociaciones y centros de emergencia, su participación en este estudio. La recogida de datos se realizó de forma progresiva y paralela a la obtención de las colaboraciones y la firma de los acuerdos con los distintos organismos. La gestión y recogida de datos se inició en Castilla y León (primero León y luego Burgos) con una duración aproximada de 1 año, y luego en el País Vasco, con una duración aproximada de 6 meses. Una sola persona experta en el tratamiento con víctimas de

violencia de género se encargó de gestionar y realizar todas las entrevistas de forma individual.

El procedimiento para la recogida de información fue el siguiente. En primer lugar, y tras informar a los centros colaboradores, los responsables contactaron individualmente con cada mujer asistida, ofreciéndoles la oportunidad de colaborar y realizar una entrevista personal con una persona experta en el tema de violencia de género. En segundo lugar, se explicó, a través de una carta informativa a cada mujer, el objeto del estudio y fueron los órganos de referencia (asociaciones u órganos judiciales) los encargados de pedir a cada mujer su consentimiento y colaboración. En tercer lugar, el centro colaborador, en coordinación con la persona experta, se encargó de organizar las entrevistas. Se llamó una media de 3 veces a cada mujer tras su consentimiento para concertar la entrevista. Por último, la persona experta elaboró rutas semanales y acudió a cada uno de los lugares concertados (zonas rurales y ciudades) para la realización de las entrevistas (Centros Públicos, Asociaciones y puestos de la Guardia Civil y Ertzaintza). En el caso de no disponer de un lugar dónde realizar las entrevistas, la persona experta coordinó con distintas entidades de la red de Servicios Sociales un lugar para su aplicación. Se realizaron aproximadamente 10 solicitudes asociadas a la dotación de espacios para realizar el trabajo. En los casos de los Órganos Judiciales, dada la sensibilidad del tema y las restricciones sobre el acceso a la información personal de las mujeres (en algunos casos con sistema de escolta o dispositivos electrónicos de protección), se crearon bases cifradas con la información sobre los datos de contacto de las mujeres

aportados por la Policía, Ertzaintza y Guardia Civil. Toda la información fue de acceso restringido, excepto para la persona experta (que realizaba las entrevistas) y los investigadores principales del proyecto.

Para la recogida de datos se ha utilizado una metodología mixta. Se complementan técnicas cuantitativas (aplicación de cuestionarios técnicos estandarizados) y cualitativa (experiencias y vivencias que dan sentido a la información recogida).

Las entrevistas fueron individuales de carácter semi-estructurado y con una duración aproximada de 1,30h a 2h con cada mujer que habían sido o eran víctimas de violencia de género. Se aplicaron pruebas estandarizadas y se incluyeron medidas referidas a la violencia sufrida, a las formas de afrontamiento y regulación emocional, a la afectividad y a las etapas de cambio. Estaba centrada en el sujeto, es decir, el interés del investigador se dirigía a la comprensión global de la situación de la mujer entrevistada, y se caracteriza por: a. ser provocada por el entrevistador; b. estar dirigida a mujeres elegidas sobre la base de un plan de investigación; c. realizada sobre un número considerable de personas; d. guiada por el entrevistador - metas específica; e. tenía una base con un esquema flexible y f. buscaba fomentar un vínculo positivo con la víctima.

Además, hay que tener en cuenta algunos aspectos relacionados con la participación de la mujer en la entrevista. La experiencia prolongada de violencia supone el refuerzo de creencias negativas y un alto sentido de amenaza. Sobre todo, en las primeras fases del proceso, existe la creencia de que los demás intentarán

dañar y abusarán de la víctima de una forma intencional —maldad del mundo y falta de honestidad de las demás personas— (Calvete, Estévez y Corral, 2007). Bajo estas condiciones, el uso de la entrevista favorece la participación y disposición de las víctimas a hablar sobre sus experiencias, vivencias y emociones. Esto ocurre porque es una herramienta versátil y flexible y puede ser modelada y adaptada a la finalidad y necesidades de la víctima, lo que le confiere gran ventaja respecto a otras técnicas de evaluación psicológica.

Se aplicó una entrevista de tipo directivo, en la que la entrevistadora emplea tiempo en sus intervenciones, habla más con el fin de formular preguntas, elige el tema para hablar y re-direccionar el discurso -función de control: vigila que la entrevista no degenera hacia cuestiones totalmente carentes de conexión con el tema analizado- (Perpiñá, 2014). El objetivo es obtener el máximo de información durante este tiempo para formular hipótesis que guíen la intervención. El orden en el que se abordan los temas fue establecido a decisión y valoración de la entrevistadora. Además, la entrevistadora mostró la función de aliciente y de estímulo (entrevista motivacional).

Se estructuró en 3 partes:

1. En una fase inicial de unos 10 minutos de explicaciones preliminares, se dan a conocer los objetivos concretos de la entrevista y se informa a la persona sobre el estudio y que su participación es voluntaria, a través de la hoja informativa y la firma del consentimiento informado. Se describe explícitamente el objetivo de la investigación, se explica por qué le hemos escogido a ella y por qué le haremos

determinadas preguntas que pueden ser personales. La entrevistadora sopesó su intervención y ajustó su rol (directividad, formalidad, límites) a las respuestas de la víctima. Uno de los objetivos fue lograr establecer con la víctima una relación de confianza (comunicación empática y escucha activa). Para que pueda darse una relación de colaboración y fomentar un vínculo positivo, la víctima debe comprender, aceptar y validar las condiciones de la entrevista.

2. Fase de preguntas exploratorias (1 h aproximadamente): la entrevistadora utiliza una serie de instrumentos estandarizados para el registro, dirigidos a descubrir y a poner de relieve las posiciones reales de la víctima, incluso las más ocultas y menos explícitas. En esta fase, se ponen de relieve las emociones. La entrevistadora debe conseguir el equilibrio entre atender y contener las emociones y reconducir la entrevista con el objetivo de conseguir recabar la información necesaria.

3. Al finalizar la entrevista -fase final- se ofrece un tiempo (entre 15 y 30 minutos) para que la mujer pueda comentar cualquier tema que le preocupe. Se recogen sus dudas y se tiene en cuenta la devolución de la información si se requiere.

Esta investigación se sometió a la valoración de un Comité de Ética para su evaluación, el cual dio su aprobación (referencia: “INA-AFREG-VG”, CEISH/328/2015). El estudio cumplió los criterios éticos de investigación con seres humanos (consentimiento informado y derecho de información, protección de datos personales y garantías de confidencialidad, no discriminación, gratuidad y posibilidad de abandonar el estudio en cualquiera de sus fases).

Por otro lado, cabe destacar algunos aspectos relacionados con la ética profesional que afectan a la participación de la víctima en el proceso de evaluación, como son: la vulnerabilidad de la víctima, la sensibilidad requerida por la experta en la aplicación de la entrevista y las experiencias previas en procesos de evaluación (Echeburúa et al., 2002). La entrevistadora contó con la formación clínica suficiente, teniendo en cuenta que es posible que las mujeres estén confundidas, se sientan desprotegidas e intenten justificar la violencia sobre todo si se sitúan en las primeras fases del cambio (carecen de recursos psicológicos). Para ello, la entrevista fue dirigida en base a las necesidades de las víctimas, orientando las preguntas según se desarrollaba el discurso. Además, se evitó la confrontación, los juicios sobre las decisiones de las mujeres y se realizó una función estímulo mediante la escucha activa y el uso de una actitud empática para fomentar que la víctima hablara sobre sí misma (Rollnick, Miller y Butler, 2009).

En segundo lugar, las consecuencias del maltrato se mantienen en el tiempo y el desequilibrio emocional preexistente en algunas víctimas impide el recuerdo, el afrontamiento y, en muchas ocasiones, las mujeres se sienten desbordadas y sin recursos suficientes para involucrarse en el proceso de evaluación. De esta manera, ante situaciones de descarga emocional, la entrevistadora realizó una función de contención (por ejemplo, enfados, gritos, llanto desconsolado, reacciones de ansiedad muy intensas), y detuvo la entrevista cuando fue necesario. Además, revivir experiencias traumáticas puede comprometer el estado emocional de las víctimas, por lo que la persona experta mediante su formación clínica garantizó que

no se producirían alteraciones emocionales después de participar en la investigación.

Por último, hay que tener en cuenta el sufrimiento añadido que pueden causar las instituciones y profesionales encargados de asistir a la víctima (De Alencar-Rodrigues y Cantera, 2013). A veces, el apoyo social próximo o institucional insuficiente y la reconstrucción de la historia de violencia pueden provocar rechazo hacia la evaluación. Sin embargo, experiencias previas satisfactorias, favorecen la participación y la reconstrucción de la historia de violencia. Incluso, algunas mujeres encuentran durante el proceso de evaluación un espacio para ayudar o hacer sus propias aportaciones y sugerencias (Perpiñá, 2014). Por lo que la entrevista puede convertirse en una nueva oportunidad para verbalizar el dolor negado y silenciado.

Análisis

En primer lugar, se han aplicado análisis estadísticos de tipo descriptivo (frecuencias y porcentajes) para establecer indicadores sobre prevalencia y cronicidad sobre la violencia sufrida en el último año y a lo largo de la vida y para ver las diferencias descriptivas en función del tipo y gravedad de la violencia sufrida (Hipótesis 1).

En segundo lugar, se han aplicado Chi cuadrados (análisis de residuos tipificados) y ANOVAs para comprobar, por un lado, si existe relación entre los distintos tipos y niveles de violencia sufrida, y las características sociodemográficas y, por otro lado, si las mujeres clasificadas a través del continuo de cambio y el nivel de afectos diferían en función de dichas características sociodemográficas (Hipótesis 2). Además, para conocer la asociación entre las formas de afrontamiento con las etapas de cambio y los afectos se realizaron análisis de correlaciones de Pearson (Hipótesis 3 y 4).

Por último, con el objetivo de comprobar qué formas de afrontamiento y regulación emocional predicen el cambio de etapa (Hipótesis 4) se realizaron 8 análisis de regresión múltiple lineal, donde se tomó como variable dependiente la etapa de cambio y como variables independientes las formas de afrontamiento y los afectos positivos y negativos. Se incluyen las estrategias de modificación y atención y cambio cognitivo de forma separada siguiendo las recomendaciones de Blalock (1982) y los criterios estadísticos de parsimonia. Para realizar este análisis se tomaron en cuenta como variables control la provincia, centro de referencia y

tiempo de asistencia en los centros especializados porque estas variables mostraron diferencias significativas en relación a la variable dependiente (etapa de cambio) (MacKinnon, Lockwood, Hoffman, West y Sheets, 2002) (véase Tabla 4). Además se incluyen como co-variables las formas de violencia sufrida leve y severa según clasificación de la CTS-2 (Strauss et al., 1996) siguiendo el procedimiento utilizado en otra investigación previa similar (Shorey et al., 2013).

Los datos se analizaron con el programa estadístico SPSS versión 21 y el nivel de significatividad se estableció en $p \leq .05$. Por último se incluyen algunas transcripciones sobre el discurso de las víctimas en las conclusiones para complementar la información cuantitativa.

Resultados

De forma general los datos indicaron que el 32.3% ($n= 65$) de las mujeres había sido víctimas de todas las formas de violencia (leves y severas) en alguna ocasión a lo largo de la vida. Los resultados sobre prevalencia de la violencia a lo largo de la vida y en el último año indicaron no sólo la presencia de altos niveles de violencia sufrida, sino que también reflejan la presencia de cuatro tipos específicos de abuso: violencia física, abuso emocional verbal, daños o lesiones causados por los ataques y violencia sexual. Además, se incluye el uso de la negociación emocional y cognitiva por parte de la víctima. Los porcentajes fueron mayores para las formas de abuso leve. Sin embargo, la mayoría de las mujeres declararon haber experimentado también

formas de abusos severos, sobre todo de tipo psicológico, pero también físico. Los indicadores de prevalencia y cronicidad se muestran en la Tabla 1.

Tabla 1

Prevalencia de la violencia sufrida a lo largo de la vida y en el último año según el tipo y nivel de gravedad.

	Violencia sufrida ^a					
	A lo largo de la vida			En el último año		
	N	Prevalencia % ^b	Frecuencia M (DT) ^c	N	Prevalencia % ^b	Frecuencia M (DT) ^c
Física						
Severa	143	71.1	3.88(2.93)	75	37.3	1.50 (2.16)
Leve	170	84.6	4.69(2.61)	88	43.8	1.84(2.35)
Psicológica						
Severa	151	75.5	4.13(2.85)	81	40.3	1.68(2.27)
Leve	194	96.5	5.60(1.71)	110	54.7	2.68(2.59)
Daños						
Severa	110	54.7	2.83(3)	64	31.8	1.23(2.07)
Leve	131	65.2	3.47(3.01)	68	33.8	1.27(2.02)
Asalto Sexual						
Severa	66	32.8	1.89(2.92)	28	13.9	.57(1.57)
Leve	72	35.8	2.06(2.98)	29	14.4	.65 (1.51)
Negociación						
Emocional	123	61.2	3.12 (2.90)	78	38.8	1.56 (2.18)
Cognitiva	102	50.7	4.96(2.31)	66	32.8	2.42(2.51)

Nota:

^a Para cada ítem del CTS-2 en la sub-escala de violencia sufrida (10 ítems), se muestran las frecuencias (cronicidad) y prevalencias según el nivel de gravedad (Strauss et al., 1996).

^b Para calcular la prevalencia, los valores de la CTS-2 fueron recodificados, siguiendo el procedimiento recomendado por su autor original (Strauss et al., 1996), en dos variables dummy. (a) Para representar la *prevalencia* a lo largo de toda la vida: 0-7=1 ocurrió en algún momento de la vida, 8 =0 no ha ocurrido; y (b) *prevalencia* en el último año: 0-6 = 1, 7 y 8 = 0. Se muestran los valores para los casos en los que se declara violencia (1) en cada caso.

^c Los valores sobre frecuencia representan el nivel de *cronicidad* de la violencia sufrida. Se computa mediante la media de la suma de veces que las mujeres sufren cada tipo de violencia **a lo largo del último año** (1: Sucedió una vez; 2: dos veces en el último año; 3: 3-5 veces; 4: 6 a 10 veces; 5: 11-20 veces; 6: Más de 20 veces en el último año) **y a lo largo de la vida** (1- 7: no el año pasado pero antes fue así).

Además se estimaron las variaciones en los niveles de prevalencia de la violencia sufrida a lo largo del último año y a lo largo de la vida en función de las características socio-demográficas (véase Tablas 2 y 3). Se observa que, en general,

las tasas de prevalencia no estaban relacionadas con las características socio-demográficas de las víctimas.

Los indicadores de prevalencia de violencia a lo largo de la vida sólo presentaron asociaciones significativas con seis de las características socio-demográficas (provincia, centro de referencia, religión, situación laboral, estado civil y primer episodio de violencia), y de forma específica sólo en algunos tipos de violencia. El análisis de residuos tipificados mostró que la prevalencia de violencia de tipo físico severo fue mayor al esperado en los centros de emergencia, mientras que fue menor en las asociaciones. Además, para la violencia de tipo sexual severo, las prevalencias fueron mayores entre las mujeres procedentes de Castilla y León, derivadas de las asociaciones, y menores en aquellas que procedían del País Vasco, que fueron derivadas de los órganos policiales y se definen como ateas o agnósticas. Sin embargo, el porcentaje de violencia sexual leve fue mayor entre las mujeres que practicaban otro tipo de religiones, habían sufrido violencia desde el primer año de relación o cuya categoría de respuesta en la situación laboral era no sabe/no contesta. La prevalencia de violencia sexual (severa y leve) fue mayor en las mujeres divorciadas o en proceso de divorcio y los daños severos menor entre el grupo de mujeres solteras. Por el contrario, el uso de la negociación emocional fue mayor entre las solteras y mujeres que han sufrido violencia en el periodo comprendido entre los 2 y 5 años de relación y menor al esperado en el grupo de mujeres divorciadas y que habían sido víctimas de violencia desde el noviazgo.

En el caso de los indicadores de prevalencia de violencia en el último año también se encontraron relaciones significativas con seis de las características socio-demográficas (centro de referencia, lugar de residencia, religión, fuente de ingresos, estado civil y último episodio), y, también, específicamente en algunos tipos de violencia. Los análisis de residuos tipificados muestran que la violencia física de tipo severo fue mayor de la esperada en las mujeres asistidas a través de los centros de emergencia. Las formas de violencia física (severas y leves) y psicológica leve, así como la negociación emocional y cognitiva fueron mayores de lo esperado en mujeres que viven en las ciudades. El porcentaje de mujeres que sufrieron violencia de tipo sexual leve y grave fue menor entre las mujeres ateas u agnósticas, y el de severidad leve fue mayor en las mujeres católicas. Además, la violencia física leve y psicológica severa fue menos frecuente entre las mujeres con ingresos propios y estuvo más presente cuando los ingresos provienen principalmente de la pareja. La prevalencia de la negociación emocional también fue mayor entre las mujeres que dependen de los ingresos de la pareja.

En general, todas las formas de violencia, excepto la violencia sexual severa y leve, presentaron una menor prevalencia en las mujeres divorciadas o en proceso de divorcio. Sin embargo, la prevalencia de la violencia física (severa y leve), psicológica leve, daños leves y negociación cognitiva es mayor del esperado entre las mujeres separadas, pero también la violencia física leve, psicológica (severa y leve), y negociación emocional y cognitiva fueron más frecuentes en el grupo de las solteras. Los daños severos prevalecieron por encima de lo esperado en el grupo de casadas y

separadas. Además, en general, hubo mayor prevalencia de todo tipo de violencia entre las mujeres que habían sufrido hacia 1-6 meses su último episodio de violencia, y menor entre las mujeres que llevaban más de seis meses sin sufrir abusos. La violencia física de tipo leve y grave, así como la negociación emocional, también prevalecieron por encima de lo esperado cuando el último episodio se produjo en el periodo de 0-1 mes.

Por último, el tiempo de relación se asoció con las formas de violencia física severa ($r = .16, p = .02$), psicológica leve ($r = .14, p = .04$) y de tipo sexual severo y leve ($r = .17, p = .02; r = .24, p = .001$). Es decir, cuanto más tiempo de relación más violencia de tipo sexual, física severa y psicológica leve sufrieron las mujeres.

Tabla 2a

Estadísticos descriptivos: prevalencias a lo largo de la vida.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación		
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG	
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	
Provincia											
Castilla y León	103(51.2)	71(69.6)	86(83.5)	75(72.8)	100(97.1)	58(56.3)	66(64.1)	43(41.7) ^a	42(58.3)	63(61.2)	87 (84.5)
País Vasco	98(48.8)	72(73.5)	84(85.7)	76(78.4)	94(95.9)	52(53.1)	65(66.3)	23(34.8) ^b	30(23.5)	60(61.2)	88(89.8)
χ^2 (gl= 1)		.37	.19	.83	.20	.21	.11	7.61**	2.25	.00	1.27
Centro de Referencia											
Asociaciones	57 (28.4)	34(60.7) ^b	45(78.9)	37 (64.9)	55 (96.5)	35(61.4)	35(61.4)	25(43.9) ^a	24(42.1)	34 (59.6)	49 (86)
Centros de emergencia y Junta de Castilla y León	28(13.9)	25(89.3) ^a	26(92.9)	24 (85.7)	28 (100)	18(64.3)	19(67.9)	13(46.4)	11(39.3)	16 (57.1)	23 (82.1)
Órganos policiales	116(57.7)	84(72.4)	99(85.3)	90 (78.3)	111(95.7)	57(49.1)	77(66.4)	28(24.1) ^b	37(31.9)	63 (62.9)	103(88.8)
χ^2 (gl=2)		7.59*	2.90	5.51†	1.24	3.52	.52	9.47**	1.90	.40	.97
Nacionalidad											
España	179(89.1)	129(72.5)	152(84.9)	132(74.2)	173(96.6)	100(55.9)	118(65.9)	56(31.3)	63(35.2)	110(61.5)	156(87.2)
Europa	5(2.5)	5(100)	5(100)	5(100)	5 (100)	1(20)	3(60)	2(40)	3(60)	5(100)	5(100)
África	10 (5)	6(60)	9 (90)	8(80)	10(100)	5(50)	7(70)	5(50)	3(30)	4(40)	8(80)
Latino-América	7(3.5)	3(42.9)	4 (57.1)	6(85.7)	6(85.7)	4(57.1)	3(42.9)	3(42.9)	3(42.9)	4(57.1)	6(85.7)
χ^2 (gl= 3)		5.13	4.00	2.30	2.98	2.59	1.93	2.39	1.78	5.11	1.19
Lugar de residencia											
Rural	80(40)	57(71.3)	65(81.3)	64(81)	77(96.3)	43(53.8)	56(70)	23(28.8)	31(38.8)	46(57.5)	69(86.3)
Ciudad	117(59.4)	84(71.8)	101(86.3)	84(71.8)	114(97.4)	64(54.7)	72(61.5)	41(35)	39(33.3)	75(64.1)	104(88.9)
χ^2 (gl= 1)		.01	.92	2.17	.23	.02	1.49	.86	.61	.87	.31

Tabla 2b

Estadísticos descriptivos: prevalencias a lo largo de la vida.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación		
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG	
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	
Nivel educativo											
Sin estudios reglados	33(16.6)	26(78.8)	26(78.8)	24(72.7)	33(100)	20(60.6)	23(69.7)	14(42.4)	18(54.5)	20(60.6)	29(87.9)
Obligatoria	67(33.7)	52(77.6)	61(91)	52(77.6)	65(97)	35(52.2)	45(67.2)	22(32.8)	22(32.8)	42(62.7)	58(86.6)
Post-obligatoria/profesional	67(33.7)	45(68.2)	55(82.1)	49(73.1)	64(95.5)	36(53.7)	43(64.2)	19(28.4)	19(28.4)	42(62.7)	57(85.1)
Superior	32(16.1)	19(59.4)	27(84.4)	25(80.6)	30(93.8)	19(59.4)	20(62.5)	11(34.4)	12(37.5)	19(59.4)	29(90.6)
χ^2 (gl= 3)		4.77	3.36	.95	2.15	.91	.51	1.99	6.97†	.14	.62
Religión											
ns/nc	2(1)	2(100)	2(100)	2(100)	2(100)	2(100)	2(100)	0(0)	1(50)	0(0)	2(100)
Católico	112(56)	78(70.3)	90(80.4)	83(74.8)	105(93.8)	63(56.3)	71(63.4)	43(38.4)	45(40.2)	72(64.3)	99(88.4)
Musulmán	20(10)	13(65)	18(90)	14(70)	20(100)	11(55)	12(60)	9(45)	7(35)	10(50)	19(95)
Otras religiones	5(2.5)	4(80)	5(100)	5(100)	5(100)	3(60)	5(100)	3(60)	4(80) ^a	4(80)	4(80)
Ateo/agnóstico	61 (30.5)	45(73.8)	54(88.5)	46(75.4)	61(100)	31(50.8)	40(65.6)	11(18) ^b	14(23) ^b	37(60.7)	50(82)
χ^2 (gl= 4)		1.27	2.82	1.85	5.65	1.92	3.46	11.66*	9.85*	4.84	3.27
Situación laboral											
Paro, buscando trabajo	89(44.5)	62(70.5)	74(83.1)	67(75.3)	85(95.5)	49(55.1)	60(67.4)	27(30.3)	25(28.1)	55(61.8)	74(83.1)
Activo	95(47.5)	70(73.7)	82(68.3)	75(79.8)	93(97.9)	49(51.6)	60(63.2)	32(33.7)	40(42.1)	56(58.9)	85(89.5)
Jubilado, rentista,	7(3.5)	6(85.7)	6(85.7)	3(42.9)	7(100)	7(100)	5(71.4)	4(57.1)	4(57.1)	4(57.1)	7(100)
Ama de casa	2(1)	1(50)	1(50)	2(100)	2(100)	1(50)	1(50)	1(50)	1(50)	1(50)	2(100)
Estudiante	6(3)	2(33.3)	5(83.3)	3(50)	5(83.3)	3(50)	3(50)	1(16.7)	0(0)	5(83.3)	5(83.3)
Ns/nc	1(0.5)	1(100)	1(100)	0(0)	1(100)	1(100)	1(100)	1(100)	1(100) ^a	1(100)	1(100)

χ^2 (gl= 4) 5.89 3.40 9.77[†] 6.68 7.63 2.25 5.19 **10.74*** 2.38 3.29

Tabla 2c

Estadísticos descriptivos: prevalencias a lo largo de la vida.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación		
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG	
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	
Fuente de Ingresos											
Propios	139(69.8)	103(74.1)	119(85.6)	103(74.6)	136(97.8)	72(51.8)	88(63.3)	48(34.5)	56(40.3)	80(57.6)	124(89.2)
Pareja	4(2)	4(100)	4(100)	4(100)	4(100)	2(50)	4(100)	0	1(25)	4(100)	4(100)
Otras fuentes de ingresos	56(28.1)	35(63.6)	45(80.4)	42(75)	52(92.9)	35(62.5)	38(67.9)	17(30.4)	14(25)	37(66.1)	45(80.4)
χ^2 (gl= 2)		3.20	1.11	.79	3.37	1.99	2.07	1.81	4.25	3.43	2.81
Estado civil											
Soltera	66(35.7)	42(63.6)	55(83.3)	51(77.3)	63(95.5)	23(34.8) ^b	36(54.5)	9(13.6) ^b	11(16.7) ^b	49(74.2) ^a	57 (86.4)
Casada/en pareja	20(10.8)	18(90)	16(80)	16(80)	19(95)	14(70)	15(75)	5(25)	8(40)	14(70)	19(95)
Divorciada/en proceso divorcio	81(43.8)	58(71.6)	71(87.7)	62(77.5)	79(97.5)	53(65.4)	60(74.1)	38(46.9) ^a	41(50.6) ^a	43(53.1) ^b	70(86.4)
Separada	18(9.7)	19(76.5)	15(83.3)	9(50)	17(94.4)	11(61.1)	13(72.2)	4(22.2)	3(16.7)	10(55.6)	15(83.3)
χ^2 (gl= 3)		5.53	1.01	6.72	.73	16.44***	7.27 [†]	20.11***	21.73***	7.81*	1.40
Primer episodio											
Noviazgo	131(65.2)	91(69.5)	109(83.2)	100(76.3)	128(97.7)	65(49.6)	89(67.9)	42(32.1)	49(37.4)	70(53.4) ^b	117(89.3)
Primer año	9(4.5)	5(62.5)	9(100)	6(66.7)	8(88.9)	5(55.6)	5(55.6)	4(44.4)	7(77.8) ^a	7(77.8)	7(77.8)
2-5 años	48(23.9)	37(77.1)	48(87.5)	35(72.9)	45(93.8)	33(68.8)	28(58.3)	18(37.5)	13(27.1)	37(77.1) ^a	41(85.4)
>5 años	13(6.5)	10(76.9)	13(76.9)	10(83.3)	13(100)	7(53.8)	9(69.2)	2(15.4)	3(23.1)	9(69.2)	10(76.9)
χ^2 (gl= 3)		1.51	2.73	1	3.68	5.19	1.89	2.86	8.89*	9.82*	2.58

Tabla 2d

Estadísticos descriptivos: prevalencias a lo largo de la vida.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación		
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG	
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	
Último episodio											
0-1 mes	11(5.5)	9(81.8)	10(90.9)	8(72.7)	10(90.9)	7(63.6)	10(90.9)	3(27.3)	4(36.4)	8(72.7)	9(81.8)
1-3 meses	47(23.5)	37(80.4)	41(87.2)	35(74.5)	44(93.6)	28(59.6)	29(61.7)	14(29.8)	12(25.5)	29(61.7)	40(85.1)
3-6 meses	36(18)	20(55.6)	28(77.8)	25(69.4)	36(100)	16(44.4)	22(61.1)	9(25)	12(25.5)	24(66.7)	33(91.7)
>6 meses	106(53)	76(71.7)	90(88.4)	82(78.1)	103(97.2)	58(54.7)	69(65.1)	40(37.7)	44(41.5)	61(57.5)	92(86.8)
χ^2 (gl= 3)		6.85 [†]	1.89	1.16	3.62	2.33	3.71	2.37	3.75	1.66	1.11

Nota: [†]p ≤.05, ** p ≤.01, *** p ≤.001

El ajuste exacto de Fisher se aplicó cuando las frecuencias esperadas fueron inferiores a 5 en el 20% de las casillas. Residuos tipificados ajustados ≥ 1.9 y ≤ -1.9 indican diferencias con respecto al porcentaje esperado.

Se ha indicado con ^a cuando la frecuencia obtenida era mayor que la esperada si las variables estudiadas fueran independientes y con ^b cuando la frecuencia obtenida era menor que la cabría que esperar si las variables estudiadas fueran independientes.

Tabla 3a

Estadísticos descriptivos : Prevalencia en el último año.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación	
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG
	(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)
Provincia										
Castilla y León	35(34.3)	46(52.3)	42(40.8)	56(54.4)	33(32)	33(32)	16 (15.5)	17(16.5)	38(36.9)	47 (45.6)
País Vasco	40(40.8)	42(47.7)	39(40.2)	54(55.1)	31(31.6)	35(35.7)	12(12.2)	12(12.2)	40(40.8)	55(56.1)
χ^2 (gl= 1)	.90	.07	.007	.01	2.62	.30	.45	1.29	.33	2.21
Centro de Referencia										
Asociaciones	16(28.6)	26(45.6)	21(36.8)	34(59.6)	20(35.1)	18(31.6)	11(19.3)	12(21.1)	20(35.1)	29 (50.9)
Centros de emergencia y Junta de Castilla y León	16(57.1) ^a	16(57.1)	16(57.1)	17(60.7)	11(39.3)	13(46.4)	5(17.9)	4 (14.3)	13 (46.4)	13 (46.4)
Órganos policiales	43(37.1)	46(39.7)	44 (38.3)	59(50.9)	33(28.4)	37(31.9)	12(10.3)	13(11.2)	45(38.8)	60 (51.7)
χ^2 (gl=2)	6.52*	2.91	3.77	1.66	1.61	2.30	3.18	3	1.02	.25
Nacionalidad										
España	69(38.8)	81(45.3)	72(40.4)	99(55.3)	59(33)	61(34.1)	22(12.3)	25(14)	73(40.8)	92(51.4)
Europa	2(40)	2(40)	2(4)	2 (40)	0(0)	1(20)	1(20)	1(20)	2(40)	3(60)
África	2(20)	3(30)	2(20)	4(40)	2(20)	3(30)	2(20)	0(0)	1(10)	3(30)
Latino-América	2(28.6)	2(28.6)	5(71.4)	5(71.4)	3(42.9)	3(42.9)	3(42.9)	3(42.9)	2(28.6)	4(57.1)
χ^2 (gl= 3)	1.62	1.57	4.36	2.14	3.09	.78	5.81	5.68	4.11	2.09
Lugar de residencia										
Rural	23(28.8) ^b	21 (26.3) ^b	26(32.9)	32(40) ^b	20(25)	21(26.3)	8(10)	9(11.3)	21(26.3) ^b	31(38.8) ^b
Ciudad	51(43.6) ^a	65(55.6) ^a	54(46.2)	77(65.8) ^a	42(35.9)	45(38.5)	20(17.1)	20(17.1)	56(47.9) ^a	71(60.7) ^a
χ^2 (gl= 1)	4.46*	16.59***	3.42†	12.81***	2.62	3.18†	1.96	1.29	9.32**	9.15**

Tabla 3b

Estadísticos descriptivos: Prevalencias a lo largo del último año.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación	
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	DI	Ss	Sl	EMC	COG
	(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)
Nivel educativo										
Sin estudios reglados	14(42.4)	15(45.5)	14(42.4)	19(57.6)	13(39.4)	11(33.3)	5(15.2)	5(15.2)	13(39.4)	15(45.5)
Obligatoria	30(44.8)	32(47.8)	28(41.8)	37(55.2)	20(29.9)	24(35.8)	9(13.4)	12(17.9)	28(41.8)	33(49.3)
Post-obligatoria/profesional	22(33.3)	29(43.3)	26(38.8)	38(56.7)	20(29.9)	23(34.3)	8(11.9)	7(10.4)	27(40.3)	36(53.7)
Educación superior	9(28.1)	12(37.5)	13(41.9)	15(46.9)	11(34.4)	10(31.3)	6(18.8)	5(15.6)	10(31.3)	17(53.1)
χ^2 (gl= 3)	3.52	.97	.19	1.02	1.19	.21	1.89	1.67	1.07	.74
Religión										
ns/nc	1(50)	1(50)	1(50)	1(50)	1(50)	1(50)	0(0)	1(50)	0(0)	1(50)
Católico	41(36.9)	47(42)	45(40.5)	58(51.8)	40(35.7)	37(33)	18(16.1)	22(19.6) ^a	47(42)	54(48.2)
Musulmán	7(35)	9(45)	6(30)	11(55)	4(20)	6(30)	5(25)	3(15)	5(25)	10(50)
Otras religiones	2(40)	3(60)	3(60)	3(60)	2(40)	3(60)	2(40)	2(40)	3(60)	2(40)
Ateo/agnóstico	24(39.3)	28(45.9)	26(42.6)	37(60.7)	17(27.9)	21(34.4)	3(4.9) ^b	1(1.6) ^b	23(37.7)	35(57.4)
χ^2 (gl= 4)	.74	1.20	2.19	1.33	3.35	2.31	10.17*	18.14**	3.91	1.92
Situación laboral										
Paro, buscando trabajo	34(38.6)	39(43.8)	35(39.3)	47(52.8)	28(31.5)	29(32.6)	11(12.4)	8(9)	34(38.2)	40(44.9)
Activo	36(37.9)	41(43.2)	40(42.6)	54(56.8)	29(30.5)	33(34.7)	15(15.8)	19(20)	34(35.8)	53(55.8)
Jubilado, rentista, pensionista	2(28.6)	2(28.6)	1(14.3)	2(28.6)	3(42.9)	2(28.6)	1(14.3)	1(14.3)	3(42.9)	2(28.6)
Ama de casa	0(0)	0(0)	1(50)	2(50)	1(50)	0(0)	0(0)	0(0)	1(50)	1(50)
Estudiante	2(33.3)	5(83.3)	3(50)	5(83.3)	3(50)	3(50)	1(16.7)	0(0)	5(83.3)	5(83.3)
Ns/nc	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)	0(0)
χ^2 (gl= 4)	1.73	6.11	3.34	5.36	2.81	2.16	1.76	5.82	6.16	7.04

Tabla 3c

Estadísticos descriptivos: Prevalencias a lo largo del último año.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación	
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	DI	Ss	Sl	EMC	COG
	(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)
Fuente de Ingresos										
Propios	48(34.5)	53(38.1) ^b	48(34.5) ^b	70(50.4)	38(27.3)	41(29.5)	20(14.4)	22(15.8)	48(34.5)	66(47.5)
Pareja	3(75)	4(100) ^a	3(75) ^a	4(100)	2(50)	3(75)	0	0(0)	4(100) ^a	3(75)
Otras fuentes de ingresos	23(41.8)	30(53.6)	23(41.8)	35(62.5)	24(42.9)	23(41.1)	8(14.3)	7(12.5)	25(44.6)	32(57.1)
χ^2 (gl= 2)	3.25	8.75**	6.68*	5.41 [†]	5.16 [†]	5.32 [†]	.17	.46	7.67*	2.38
Estado civil										
Soltera	28(42.4)	37(56.1) ^a	35(53) ^a	43(65.2) ^a	16(24.2)	25(37.9)	4(6.1)	5(7.6)	36(54.5) ^a	42 (63.6) ^a
Casada/en pareja	11(55)	9(45)	11(55)	13(65)	11(55) ^a	9(45)	3(15)	4(20)	10(50)	12(60)
Divorciada/en proceso de divorcio	18(22.2) ^b	22(27.2) ^b	20(25) ^b	30(37) ^b	21(25.9)	20(24.7) ^b	12(14.8)	13(16)	20(24.7) ^b	27(33.3) ^b
Separada	12(70.6) ^a	14(77.8) ^a	7(38.9)	15(83.3) ^a	10(55.6) ^a	11(61.1) ^a	4(22.2)	2(11.1)	8(44.4)	13(72.2) ^a
χ^2 (gl= 3)	19.30***	21.52***	14.08**	19.91***	12.75**	10.28*	5.07	3.51	14.71***	18.22***
Primer episodio										
Noviazgo	47(35.9)	58(44.3)	56(42.7)	76(58)	40(30.5)	46(35.1)	19(14.5)	19(14.5)	47(35.9)	70(53.4)
Primer año	1(12.5)	4(44.4)	3(33.3)	3(33.3)	2(22.2)	2(22.2)	1(11.1)	2(22.2)	4(44.4)	2(22.2)
2-5 años	22(45.8)	22(45.8)	18(37.5)	25(52.1)	18(37.5)	16(33.3)	8(16.7)	7(14.6)	22(45.8)	24(50)
>5 años	5(38.5)	4(30.8)	4(33.3)	6(46.2)	4(30.8)	4(30.8)	0(0)	1(7.7)	5(38.5)	6(46.2)
χ^2 (gl= 3)	3.56	1.01	.86	2.76	1.17	.59	2.18	.92	1.74	3.35

Tabla 3d

Estadísticos descriptivos: Prevalencias a lo largo del último año.

	Física		Psicológica		Daños		Sexual		Negociación	
	Fs	Fl	Ps	Pl	Ds	Dl	Ss	Sl	EMC	COG
	(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)
Último episodio										
0-1 mes	7(63.6) ^a	8(72.7) ^a	7(63.6)	8(72.7)	6(54.5)	6(54.5)	2(18.2)	3(27.3)	8(72.7) ^a	8(72.7)
1-3 meses	35(76.1) ^a	39(83) ^a	34(72.3) ^a	44(93.6) ^a	28(59.6) ^a	27(57.4) ^a	14(29.8) ^a	12(25.5) ^a	29(61.7) ^a	40(85.1) ^a
3-6 meses	20(55.6) ^a	26(72.2) ^a	25(69.4) ^a	35(97.2) ^a	16(44.4)	21(58.3) ^a	9(25) ^a	11(30.6) ^a	24(66.7) ^a	32(88.9) ^a
>6 meses	12(11.3) ^b	14(13.2) ^b	14(13.3) ^b	22(20.8) ^b	13(12.3) ^b	13(12.3) ^b	3(2.8) ^b	3(2.8) ^b	16(15.1) ^b	21(19.8) ^b
χ^2 (gl= 3)	68.66^{***}	85.29^{***}	67.04^{***}	105.65^{***}	40.85^{***}	45.71^{***}	26.41^{***}	27.73^{***}	52.72^{***}	85.85^{***}

Nota: [†] $p \leq .05$, ^{**} $p \leq .01$, ^{***} $p \leq .001$

El ajuste exacto de Fisher se aplicó cuando las frecuencias esperadas fueron inferiores a 5 en el 20% de las casillas. Residuos tipificados ajustados ≥ 1.9 y ≤ -1.9 indican diferencias con respecto al porcentaje esperado.

Se ha indicado con ^a cuando la frecuencia obtenida era mayor que la esperada si las variables estudiadas fueran independientes y con ^b cuando la frecuencia obtenida era menor que la cabría que esperar si las variables estudiadas fueran independientes.

Etapas de cambio y formas de afrontamiento

Por otro lado, se examinó cuál era la etapa de cambio en la que se encontraban las mujeres en el momento del estudio. Las mujeres se clasificaron en función de su puntuación más alta. Cuando las mujeres tenían la misma puntuación en dos etapas, la etapa de cambio superior a lo largo del continuo fue designada como la etapa actual en la que la mujer se encontraba en el momento del estudio, lo cual es consistente con investigaciones previas (Shorey et al., 2013). Los resultados mostraron que el 9% ($n = 18$) estaba en pre-contemplación, 24.9% ($n = 50$) en contemplación, 48.2% ($n = 97$) en acción, y en mantenimiento un 17.9% ($n = 36$).

Los resultados mostraron que no hubo diferencias significativas en la etapa de cambio según la nacionalidad, lugar de residencia, nivel educativo, religión, situación laboral, fuente de ingresos, estado civil, y primer y último episodio de violencia (ver tabla 4). Tampoco hubo diferencias significativas entre las mujeres clasificadas en las cuatro etapas de cambio según edad (E1: $M = 38.22$, $DT = 9.96$; E2: $M = 41.50$, $DT = 12.69$; E3: $M = 39.04$, $DT = 11.02$; E4: $M = 42.28$, $DT = 10.48$; $F_{(201, 3)} = 1.15$, $p = .33$) y tiempo de relación (E1: $M = 110.56$, $DT = 126.78$; E2: $M = 141.78$, $DT = 149.47$; E3: $M = 136.78$, $DT = 130.42$; E4: $M = 119$, $DT = 114.99$; $F_{(201, 3)} = .40$, $p = .75$).

Sin embargo, encontramos diferencias en el tiempo de asistencia en función de las etapas de cambio (E1: $M = 11.76$, $DT = 14.46$; E2: $M = 30.70$, $DT = 30.90$; E3: $M = 26.31$, $DT = 26.73$; E4: $M = 34.15$, $DT = 30.92$; $F_{(188, 3)} = 2.71$, $p = .04$). En

concreto, las mujeres de la E4 difirieron significativamente de las mujeres clasificadas en la E1, indicando que las mujeres situadas en la E4 llevaban más tiempo recibiendo asistencia que las clasificadas en la E1. Como se puede observar en la tabla 4, también, existieron diferencias estadísticamente significativas entre las mujeres clasificadas en las diferentes etapas de cambio según la provincia y el centro de referencia. El análisis de residuos tipificados mostró que las mujeres del País Vasco fueron clasificadas en mayor medida en las etapas E1 y E4, mientras que, en Castilla y León, las mujeres se situaron en un porcentaje mayor del esperado en la E2. Además, el porcentaje de mujeres en la E1 fue menor del esperado en las asociaciones y mayor en los órganos policiales. En contra, el porcentaje de mujeres clasificadas en la E2 fue menor en los órganos policiales y mayor en las asociaciones.

Los resultados de los ANOVAs y las pruebas post hoc también indican que las mujeres mostraron más afectos de tipo positivo si vivían en las zonas rurales y tenían estudios universitarios en comparación con las mujeres sin estudios o con la educación obligatoria, pero también se sentían mejor cuando había transcurrido más tiempo desde el último episodio de violencia (entre 3 y 6 meses y más de 6 meses) en comparación con las mujeres que habían sufrido abusos en los últimos 3 meses. En contra, aquellas que tenían más reciente el episodio de violencia mostraron significativamente más afectos de tipo negativo (menos de un mes y entre 1-3 meses) en comparación con las mujeres que habían sufrido abusos hace más de 6 meses.

Tabla 4a

Estadísticos descriptivos.

	Etapas de cambio ^{1,2}						Afectos ³					
	E1	E2	E3	E4	χ^2	p	Afectos negativos (AN)			Afectos positivos (AP)		
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)			M (DT)	F	p	M(DT)	F	p
Provincia												
Castilla y León	1(1) ^b	35(34) ^a	56(54.4)	11(10.7) ^b	29.88	.001	2.91(.69)	.63	.43	2.70(.58)	.03	.87
País Vasco	17(17.3) ^a	15(15.3) ^b	41(41.8)	25(25.5) ^a			2.84(.70)			2.68(.59)		
Centro referencia												
Asociaciones	1(1.8) ^b	20(35.1) ^a	30 (52.6)	6(10.5)			2.94(.71)			2.64(.55)		
Centros de emergencia y Junta de Castilla y León	0 (0)	9(32.1)	14(50)	5(17.9)	18.13	.006	3 (.61)	1.08	.34	2.60(.59)	.85	.43
Órganos policiales	17(14.7) ^a	21(18.1) ^b	53(45.7)	25 (21.6)			2.82(.70)			2.74(.58)		
Nacionalidad												
España	17(9.5)	45(25.1)	86(48)	31(17.3)			2.87(.69)			2.71(.57)		
Europa	0	1(20)	2(40)	2(40)	3.68	.93	2.31(.90)	1.48	.21	2.58(.71)	.43	.73
África	0	2(20)	6(60)	2(20)			3(.71)			2.53(.78)		
Latino-América	1(14.3)	2(28.6)	3(42.9)	1(14.3)			3.11(.51)			2.59(.39)		
Lugar de residencia												
Rural	7(8.8)	19(23.8)	34(42.5)	20(25)	4.25	.23	2.78(.74)	2.02	.16	2.78(.56)	4.23	.04
Ciudad	10(8.5)	50(25.4)	94(47.7)	36(18.3)			2.93(.67)			2.62(.58)		
Nivel educativo												
Sin estudios reglados ^a	3(9.1)	7(21.2)	17(51.5)	6(18.2)			3.06(.60)			2.54(.56)		
Obligatoria ^b	5(7.5)	20(29.9)	27(40.3)	15(22.4)	8.40	.49	2.80(.78)	1.54	.21	2.61(.62)	3.33	.02
PostObligatoria/profesional ^c	6(9)	18(26.9)	37(55.2)	6(9)			2.93(.69)			2.72(.57)		
Educación superior ^d	4(12.5)	5(15.6)	16(50)	7(21.9)			2.74(.69)			2.93(.44) ^{ab}		

Tabla 4b

Estadísticos descriptivos.

	Etapas de cambio ¹²				Afectos ³							
	E1	E2	E3	E4	Afectos negativos (AN)				Afectos positivos (AP)			
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	χ^2	p	M(DT)	F	p	M(DT)	F	p
Religión												
ns/nc	0	1 (50)	1(50)	0			2.94(.39)			2.50(.08)		
Católico	9(8)	26(23.2)	59(52.7)	18(16.1)			2.91(.65)			2.69(.54)		
Musulmán	1(5)	6(30)	8(40)	5(25)	10.49	.57	2.97(.67)	.87	.48	2.45(.76)	1.27	.28
Otras religiones	2(40)	0	2(40)	1(20)			3.11(.81)			2.66(.72)		
Ateo/agnóstico	6(9.8)	17(27.9)	27(44.3)	11(18)			2.75(.78)			2.77(.59)		
Situación laboral												
Paro, buscando trabajo	9(10.1)	21(23.6)	41(46.1)	18			2.88(.69)			2.66(.60)		
Activo	8(8.4)	22(23.2)	49(51.6)	16(16.8)			2.84(.71)			2.73(.56)		
Jubilado, pensionista	1(14.3)	2(28.6)	3(42.9)	1(14.3)	11.58	.71	3.11(.54)	.44	.82	2.62(.59)	.27	.93
Ama de casa	0	2(100)	0	0			2.67(.94)			2.50(.71)		
Estudiante	0	1(16.7)	4(66.7)	1(16.7)			2.85(.75)			2.59(.53)		
Ns/nc	0	1(100)	0	0			3.56			2.89		
Fuente de Ingresos												
Propios	12(8.6)	35(25.2)	66(47.5)	26(18.7)			2.81(.71)			2.73(.57)		
Pareja	2(50)	0	2(50)	0	9.67	.14	2.86(1.03)	1.83	.16	2.39(.64)	1.38	.25
Otras fuentes de ingresos	4(7.1)	15(26.8)	28(50)	9(16.1)			3.02(.64)			2.61(.57)		
Estado civil												
Soltera	8(12.1)	11(16.7)	34(51.5)	13(19.7)			2.84(.76)			2.72(.54)		
Casada/en pareja	2(10)	10(50)	5(25)	3(15)			2.86(.79)			2.58(.62)		
Divorciada/en proceso de divorcio	6(7.4)	21(25.9)	38(46.9)	16(19.8)	13.95	.12	2.84(.68)	.68	.57	2.77(.55)	2	.12
Separada	2(11.1)	8(44.4)	7(38.9)	1(56)			3.09(.45)			2.43(.73)		

Tabla 4c

Estadísticos descriptivos.

	Etapas de cambio ¹²				Afectos ³							
	E1	E2	E3	E4	Afectos negativos (AN)				Afectos positivos (AP)			
	N(%)	N(%)	N(%)	N(%)	χ^2	<i>p</i>	<i>M</i> (DT)	<i>F</i>	<i>p</i>	<i>M</i> (DT)	<i>F</i>	<i>p</i>
Primer episodio												
Noviazgo	8(6.1)	32(24.4)	67(51.1)	24(18.3)			2.87(.70)			2.72(.56)		
Primer año	0	3(33.3)	5(55.6)	1(11.1)	10.21	.33	2.83(.80)	.23	.88	2.99(.41)	1.70	.17
2-5 años	7(14.6)	13(27.1)	18 (37.5)	10(20.8)			2.94(.68)			2.57(.65)		
>5 años	3(23.1)	2(15.4)	7(53.8)	1(7.7)			2.79(.70)			2.65(.40)		
Último episodio												
0-1 mes ^a	2(8.2)	4(36.4)	4(36.4)	1(9.1)			3.49(.32) ^d			2.44(.67)		
1-3 meses ^b	7(14.9)	12(25.5)	21(44.7)	7(14.9)	7.04	.63	3.17(.53) ^d	10.34	.001	2.32(.58) ^{cd}	11.07	.001
3-6 meses ^c	2(5.6)	9(25)	20(55.6)	5(13.9)			2.95(.60)			2.69(.52)		
>6 meses ^d	7(6.6)	25(23.6)	52(49.1)	22(20.8)			2.67(.72) ^{ab}			2.87(.56)		

Nota:

¹E1: etapa pre-contemplativa; E2: contemplativa; E3: acción; E4: mantenimiento.² El ajuste exacto de Fisher se aplicó cuando las frecuencias esperadas fueron inferiores a 5 en el 20% de las casillas. Residuos tipificados ajustados ≥ 1.9 y ≤ -1.9 indican diferencias con respecto al porcentaje esperado.Se ha indicado con ^a cuando la frecuencia obtenida era mayor que la esperada si las variables estudiadas fueran independientes y con ^b cuando la frecuencia obtenida era menor que la cabría que esperar si las variables estudiadas fueran independientes.³ Los super índices indican diferencias significativas entre las categorías de la variable dependiente (ajuste de Bonferroni).

La Tabla 5 presenta los estadísticos descriptivos y las diferencias en las formas de afrontamiento, afectividad y violencia sufrida en función de las etapas de cambio. Los datos indican que las mujeres hicieron uso de múltiples estrategias para afrontar la violencia a través del continuo de etapas de cambio.

Los resultados mostraron diferencias significativas en la frecuencia de uso de todas las variables en función de las etapas de cambio. Las víctimas en general utilizan el apoyo social emocional y el instrumental directo, pero también el aislamiento social como formas de modificación de la situación. Los análisis post hoc mostraron que en la E1, las mujeres hicieron más uso del aislamiento en comparación con la E4 y utilizaron con más frecuencia el abandono psicológico en comparación con el resto de etapas. En contra, tanto las estrategias de tipo instrumental como ambas formas de búsqueda de apoyo (emocional e informacional) aparecieron con más frecuencia en la E3 en comparación con las etapas anteriores (E2, E1). Además, en la E3 el uso de conductas de tipo instrumental directo y de búsqueda de apoyo emocional fue mayor que en la E4. Es decir, la búsqueda de ayuda y las estrategias de tipo instrumental directo fueron usadas con menos frecuencia en la E1 y E2, incrementándose su uso según avanzaba el continuo de cambio hasta la E3 o acción. De forma inversa, el uso del aislamiento social y el abandono psicológico se redujeron de forma gradual a medida que avanza a través de las etapas de cambio.

Por otro lado, encontramos diferencias estadísticamente significativas en el uso de las diferentes estrategias de atención y cambio cognitivo a través de las etapas de cambio, excepto con el uso de la comparación social y la aceptación. De forma general, las víctimas utilizaron más la distracción y la auto-recompensa. El uso de la aceptación, rumiación y de la reevaluación también fue frecuente. Los análisis post hoc indicaron que en la E4 las víctimas utilizaron menos la rumiación en comparación con el resto de etapas anteriores. El uso de la rumiación prevaleció en mayor medida en la E1 y resultó ser significativamente más usado por las víctimas con respecto a la E3, pero no con la E2. Por otro lado, el uso de la distracción y la auto-recompensa fue menor en la E1 en comparación con el resto de etapas y, al mismo tiempo, estas estrategias fueron elegidas por las víctimas con más frecuencia en la E3 en comparación con la E4. La auto recompensa también fue más elegida por las mujeres clasificadas en la E3 en comparación con la E2. El uso de la reevaluación aumentó significativamente a través de las distintas etapas hasta la E3.

Se encontraron diferencias estadísticamente significativas en los niveles de afecto negativo entre las distintas etapas, siendo significativamente mayor en las E1, E2 y E3, en comparación con la E4. Para los afectos positivos se encontraron efectos contrarios, siendo en las etapas E3 y E4 donde las mujeres mostraron más afectos de tipo positivo que en las etapas E1 y E2. Es decir, en general las mujeres van disminuyendo el nivel de afectos negativos y

aumentando los de tipo positivo según van avanzando a través del continuo de cambio.

Por último, no se encontraron diferencias significativas entre las mujeres clasificadas a través de las distintas etapas de cambio y la violencia sufrida de tipo físico, psicológico, daños y sexual. Sin embargo, existían diferencias significativas en cuanto a la variable negociación en función de la etapa en la que estaba situada la mujer. Es decir, los hombres utilizaron en las primeras etapas de cambio más la negociación (i.e. expresar la opinión ante una discusión, o que le importaban mis sentimientos en un tema en el que no estábamos de acuerdo) frente al resto de etapas, indicando que las tácticas de negociación (emocional y cognitiva) resultaron ser menos efectivas a partir de la E3.

Tabla 5

Contraste de medias en las variables afectividad, formas de afrontamiento y violencia sufrida en función de la etapa de cambio.

	Etapa de Cambio										F	p
	Total		E1 (n=18)		E2 (n=50)		E3 (n=96)		E4 (n=36)			
Afectividad	M	DT	M	DT	M	DT	M	DT	M	DT		
Afecto negativo	2.88	.69	3.30 ^d	.53	2.98 ^d	.68	2.89 ^d	.63	2.50	.79	6.66	.0001
Afecto positivo	2.69	.57	2.25 ^{cd}	.56	2.44 ^{cd}	.57	2.85	.48	2.81	.59	11.67	.0001
Estrategias de afrontamiento												
Modificación de la conducta												
Instrumental directo	4.02	1.58	2.08 ^{bcd}	1.10	3.88 ^c	1.89	4.70 ^d	1.56	3.36	1.46	16.72	.0001
Abandono psicológico	2.09	1.53	3.69 ^{bcd}	1.57	2.41	1.30	1.72	1.40	1.88	1.60	10.81	.0001
Aislamiento Social	3.55	1.66	4.58 ^d	1.72	3.62	1.55	3.49	1.73	3.09	1.38	3.41	.019
Apoyo Social emocional	4.10	1.85	1.83 ^{bcd}	1.79	3.56 ^c	1.84	4.85 ^d	1.50	3.97	1.58	20.38	.0001
Apoyo Social Informacional	3.24	1.91	1.33 ^{cd}	1.15	2.62 ^c	1.74	3.80	1.80	3.56	1.89	12.85	.0001
Atención y Cambio cognitivo												
Rumiación	3.84	1.83	5.27 ^{cd}	1.29	4.24 ^d	1.57	3.81 ^d	1.81	2.64	1.76	11.81	.0001
Distracción	4.57	1.67	2.67 ^{bcd}	1.68	4.51	1.75	5.20 ^d	1.14	3.92	1.81	17.86	.0001
Reevaluación	3.52	1.52	2.61 ^{bc}	1.57	3.71 ^c	1.55	3.76	1.39	3.11	1.57	4.30	.01
Religión	2.36	2.34	1.61	2.13	1.69	2.07	2.68	2.39	2.83	2.45	3.16	.02
Comparación social	3.28	2.34	2.75	2.84	2.35	3.39	2.31	3.88	2.30	4.60	1.75	.16
Auto-recompensa	4.09	1.80	2 ^{bcd}	1.08	3.65 ^c	2.01	4.82 ^d	1.35	3.79	1.78	18.57	.001
Aceptación	3.93	1.31	3.86	1.23	3.61	1.28	4	1.34	4.25	1.22	1.85	.14
Violencia sufrida												
Violencia Física	2.37	1.37	2.72	1.41	2.26	1.61	2.35	1.26	2.39	1.27	.51	.67
Violencia Psicológica	2.68	1.16	3.11	1.22	2.60	1.25	2.73	1.16	2.42	1.02	1.18	.20
Daños	1.86	1.41	2.50	1.82	2	1.41	1.77	1.30	1.56	1.36	2.13	.09
Violencia sexual	.97	1.32	.56	1.34	.78	1.17	1.20	1.39	.83	1.25	2.05	.10
Negociación	1.84	1.49	2.89	1.41	1.86	1.53	1.69 ^a	1.47	1.67 ^a	1.37	3.58	.01

N=200. a. b. c. d. Los subíndices indican diferencias entre los grupos (corrección de Bonferroni).

En la Tabla 6, se muestran las correlaciones entre todas las variables del estudio. Como era de esperar, la E1 correlacionó negativamente con el resto de etapas de cambio (E2, E3 y E4). La relación entre la E1 y la E3 fue moderada y negativa, y con respecto al resto de etapas es donde se encontró la asociación más fuerte. Sin embargo, el resto de etapas mantuvieron una relación positiva y significativa entre ellas. La E2 mantuvo una correlación positiva y fuerte con E3, indicando que la evaluación de los beneficios de acabar con la relación se asoció con más tendencia a la acción. La relación entre E2 y E3 con E4 también fue positiva y significativa, pero más débil, sugiriendo que la E4 es una etapa donde la mujer vive en una situación libre de violencia.

Además, los datos sobre la relación entre las etapas de cambio y las estrategias de selección y modificación de la situación indican que la E1 se relacionó de forma significativa y positiva con el uso del abandono psicológico por parte de las mujeres. Encontramos una relación moderada de tipo negativo y significativo entre las estrategias de tipo instrumental directo y de búsqueda de apoyo social emocional e informativo y la E1. Frente a la E1, la contemplación se relacionó con un mayor uso de las estrategias de tipo instrumental, pero también con más aislamiento social. Como esperamos, las estrategias de tipo instrumental y la búsqueda de apoyo social emocional e informacional se relacionaron con más fuerza con la acción. También encontramos una relación inversa entre el abandono psicológico (pasiva) y la

E3. La E4, sólo mostró una relación positiva y significativa con la búsqueda de apoyo social informacional.

En lo que se refiere al uso de las estrategias de atención y cambio cognitivo, encontramos que la E1 se relacionó fuertemente con más dificultades para distraerse y menos auto-recompensa. Además, también encontramos una relación negativa y significativa entre la E1 y las estrategias de tipo espiritual, y positiva y moderada con el uso de la rumiación. En contra, la E2 se asoció con más distracción y auto-recompensa, pero además con un mayor uso de la reevaluación. La rumiación resultó estar asociada con E2, pero de forma más débil que en la etapa anterior. En comparación con las etapas anteriores, la E3 no mantuvo una relación significativa con la rumiación, mientras que la distracción, la reevaluación y la recompensa se incrementan y se asocian de forma significativa y positiva. Por último, la E4 se asoció significativamente con el uso de más estrategias de tipo espiritual, con más uso de la comparación social y menos de la rumiación. La aceptación no se relacionó con ninguna de las etapas.

En cuanto a los niveles de afecto, hay una asociación positiva y significativa entre los afectos de tipo negativo y la E2. En contra, la afectividad positiva se relacionó de forma negativa con las etapas E1 y E2 y de forma positiva con la E3. Por otro lado, más abandono psicológico, aislamiento social y rumiación disminuyeron los niveles de afecto positivo e incrementaron la afectividad de tipo negativa. En contra, las acciones de tipo instrumental directo, el apoyo

social emocional e informacional, la distracción, la reevaluación y la auto-recompensa incrementaron los afectos de tipo positivo. Además, buscar apoyo social emocional, distraerse y auto recompensarse también disminuyeron las emociones negativas.

Por último, se realizó un análisis de correlación para estimar la relación entre el nivel de gravedad de las formas de violencia y las estrategias de cambio. Los resultados mostraron una asociación positiva y significativa entre el uso del abandono psicológico y la violencia de tipo física ($r(199) = .17, p = .02$) y daños severos ($r(200) = .16, p = .02$). Además encontramos que la ausencia de búsqueda de apoyo social se asoció con más violencia física de tipo severa ($r(199) = -.23, p = .001$). La rumiación se relacionó de forma positiva con ser víctima de abuso de tipo físico ($r(200) = .14, p = .04$), psicológico ($r(200) = .17, p = .017$) y sexual ($r(200) = .16, p = .02$) leves, pero no con las formas de abuso severas. La distracción se relacionó con menos violencia de tipo física y daños severos y leves (física: $r(199) = -.24, p = .001, r = -.16, p = .02$; y daños: $r(200) = -.17, p = .01, r = -.14, p = .04$, respectivamente). La religión se relacionó con más violencia sexual severa y leve ($r(200) = .18, p = .01$, y $r = .14, p = .04$). La auto recompensa está relacionada con menos violencia física y sexual de tipo severo ($r(199) = -.16, p = .02$ y $r = -.15, p = .001$ respectivamente)

Tabla 6

Correlaciones bivariadas entre las variables del estudio: estrategias de afrontamiento, etapas de cambio y afectividad.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	
1. Instrumental Directo	1																		
2. Abandono Psicológico	-.05	1																	
3. Aislamiento Social	-.02	.21**	1																
4. Apoyo Social emocional	.31**	-.31***	-.19**	1															
5. Apoyo social informacional	.21**	-.23**	-.12	.66***	1														
6. Rumiación	.07	.30***	.16*	-.17*	-.20**	1													
7. Distracción	.34***	-.31***	-.11	.37***	.22**	-.02	1												
8. Reevaluación	.26***	-.07	-.04	.20**	.17*	.12	.23**	1											
9. Religión	.22**	-.11	-.15*	.14 ^t	.18*	-.02	.14*	.04	1										
10. Comparación social	.04	-.01	-.01	.11	.16*	-.12	.03	.16*	.10	1									
11. Auto-recompensa	.39**	-.30***	-.11	.54***	.46***	-.11	.47***	.28***	.14*	.11	1								
12. Aceptación	.09	-.04	-.03	-.03	-.11	.01	.12	.04	.09	-.05	.09	1							
13. Pre-contemplación	-.36***	.36***	.12	-.47***	-.34***	.33***	-.41***	-.11	-.20**	-.08	-.37***	-.08	1						
14. Contemplación	.28**	-.02	.16*	.13	.02	.19**	.23**	.23**	-.02	-.13 ^t	.16*	-.12	-.25***	1					
15. Acción	.42***	-.30***	.00	.47***	.36***	-.06	.40***	.33***	.09	.04	.45***	.01	-.42***	.64***	1				
16. Mantenimiento	-.02	-.11	-.12	.13	.19**	-.18*	-.08	.06	.22**	.16*	.03	-.03	-.27***	.23**	.28***	1			
17. Afecto negativo	.02	.17*	.22**	-.17*	-.07	.25***	-.17*	-.10	-.04	-.12	-.20**	-.10	.12	.33**	.11	.03	1		
18. Afecto positivo	.17*	-.28***	-.24**	.38***	.23**	-.21**	.32***	.15*	.04	.03	.32***	.09	-.21**	-.15*	.18*	.00	-.59***	1	

Nota: N = 200

$p \leq .001$ ***, $p \leq .01$ ** ; $p \leq .05$ *

El efecto de los afectos y las estrategias de afrontamiento sobre las etapas de cambio

A fin de analizar los afectos y las formas de afrontamiento de selección y modificación de la situación (ver Tabla 7) y de atención y cambio cognitivo (ver Tabla 8) que predicen cada una de las etapas de cambio propuestas por Prochaska et al. (1994) se aplicaron ocho análisis de regresión lineal múltiple.

El análisis de regresión teniendo en cuenta los afectos y las estrategias de selección y modificación de la situación resultó ser significativo para E1, $F_{(16,198)} = 6.76$, $p = .0001$, explicando un 38% de la varianza. De forma más específica, las víctimas en esta etapa tienden al abandono psicológico y no buscaron apoyo emocional para afrontar la situación de violencia. De forma coherente, hicieron menos uso de las estrategias de tipo instrumental directo. Ni los afectos negativos ni positivos tuvieron un efecto predictor sobre la E1. El análisis de regresión también resultó ser significativo para la E2, $F_{(16,200)} = 8.61$, $p = .0001$, explicando un 41% de la varianza. Frente a la E1, en este caso se encontró un efecto significativo y positivo del afrontamiento de tipo instrumental y menos abandono psicológico sobre la E2. En esta etapa la afectividad negativa tuvo efecto significativo.

Para la etapa 3 los resultados fueron significativos, $F_{(16,200)} = 11.72$, $p = .0001$, y explicaron un 49% de la varianza. Los análisis demuestran que las estrategias de afrontamiento de tipo instrumental directo y la búsqueda de apoyo social emocional e informativo tuvieron un efecto positivo y significativo

sobre la E3. Por el contrario, el abandono psicológico mostró un efecto negativo y significativo sobre la etapa de acción. En la E3 fueron principalmente las emociones negativas, aunque también las positivas, las que predijeron la acción.

Por último, el análisis de regresión en la E4 también fue significativo, $F_{(16,200)} = 1.78, p = .04$, explicando el 14% de la varianza. Tan sólo la búsqueda de apoyo social de tipo informativo tuvo un efecto significativo y positivo sobre esta etapa.

Tabla 7

Análisis de regresión: efecto de los afectos y del uso de las estrategias de selección y modificación de la situación sobre las etapas de cambio.

	Etapas de Cambio ^a																			
	E1					E 2					E3					E 4				
	B (SE)	β	t	p	95% IC	B (SE)	β	t	P	95% IC	B (SE)	β	t	p	95% CI	B (SE)	β	t	p	95% IC
Modificación y selección de la situación																				
ID	-.74 (.22)	-.22	-3.36	.001	-.17,-.31	.95 (.21)	.28	4.44	.0001	-1.06,-.07	1.03(.22)	.27	4.64	.0001	.59,1.46	-.33(.29)	-.09	-1.09	.28	-.91,.26
ABP	1.04 (.25)	.27	4.03	.0001	.53,1.54	-.57 (.25)	-.15	-2.28	.02	-.02,.88	-1.21(.26)	-.28	-4.68	.000	-1.71,-.69	-.32(.35)	-.07	-.92	.36	-1.01,.36
AIS	-.09 (.24)	.02	-.37	.71	-.56,.39	.42 (.23)	.12	1.85	.06	-.24,.87	.39(.24)	.09	1.63	.10	-.08,.86	-.28(.32)	-.07	-.87	.39	-.92,.35
ASE	-.87 (.29)	-.28	-2.97	.003	-1.45,-.29	.32(.28)	.10	1.12	.26	-.45,.59	.71(.29)	.20	2.43	.02	.13,1.29	-.29(.39)	-.08	-.74	.46	-1.07,.48
ASI	-.32(.27)	-.11	-1.18	.241	-.86,.22	.07(.03)	.02	.27	.78	-.08,.05	.67(.28)	.19	2.42	.02	.13,1.21	1.20(.37)	.34	3.25	.001	.47,1.94
Afectos																				
Negativo	.59(.68)	.07	.88	.38	-.74,1.93	2.35(.66)	.27	3.56	.0001	1.05,3.66	2.04 (.68)	.21	3.01	.003	.70,3.38	.09 (.92)	.01	.10	.92	-1.71,1.90
Positivo	.38(.89)	.04	.44	.66	-1.37,2.14	-1.12(.86)	-.11	-1.31	.19	-2.82,.57	1.55(.89)	.13	1.73	.05	-.21,3.32	-.69(1.21)	-.06	-.58	.57	-3.07,1.68
N					198					200					200					200
R ²					.38					.41					.49					.14

Nota: significativo a $p \leq .05$.

^a E1: Etapa pre-contemplativa; E2: contemplación; E3: Acción; E4: Mantenimiento

^b ID: Instrumental directo; ABP: Abandono psicológico; AIS: Aislamiento social; ASE: Apoyo Social Emocional; ASI; Apoyo Social Informativo.

IC 95%: Intervalo de confianza al 95%.

Los resultados del análisis de regresión (estrategias de afrontamiento de atención y cambio cognitivo) indicaron que la rumiación tuvo un efecto positivo en la E1, mientras que el uso de la distracción y la religión tuvieron un efecto negativo. Una vez que se controlaron las estrategias de afrontamiento, ni los afectos positivos ni los negativos fueron significativos. Estas variables explicaron un 40% de la varianza ($F_{(15,198)} = 6.46, p = .0001$).

El análisis de regresión de la E2 resultó significativo, $F_{(15,200)} = 8.33, p = .0001$. La distracción tuvo un efecto positivo y significativo en la E2. De igual modo, las mujeres hicieron uso de más reevaluación y auto-recompensa en la E2. Por el contrario, la aceptación tuvo un efecto significativo y negativo en esta etapa. Después de controlar las estrategias de afrontamiento, los afectos de tipo negativo resultaron ser un predictor significativo de la E2, pero no los de tipo positivo. La proporción de la varianza explicada por las formas de afrontamiento y los afectos fue de 46%.

Los resultados indicaron que el porcentaje de varianza explicada del modelo para la E3 fue del 47% ($F_{(15,198)} = 8.80, p = .0001$). La distracción, la reevaluación y la búsqueda de auto-recompensas tuvieron un efecto significativo y positivo en la E3. Sin embargo, la rumiación resultó tener un efecto negativo y significativo en esta etapa. Tanto los afectos positivos como negativos se asociaron con un mayor acuerdo con la acción.

En la E4 encontramos que tanto la rumiación como la distracción fueron predictores significativos y negativos. En contra, la religión y la comparación

social resultan tener un efecto significativo y positivo en la E4. Una vez controladas las estrategias de afrontamiento, ni los afectos positivos ni negativos resultaron ser predictores significativos de la E4. Los análisis de varianza indicaron que este modelo resultó ser significativo, $F_{(15,200)} = 2.98$, $p = .0001$, y explicó el 23%.

Tabla 8

Análisis de regresión: efecto de los afectos y del uso de las estrategias de atención y cambio cognitivo sobre las etapas de cambio.

	Etapas de Cambio ^a																			
	E1					E 2					E3					E 4				
	B (SE)	β	t	p	95% IC ^c	B	β	t	p	95% IC	B	β	t	p	95% CI	B	β	t	p	95% IC
Atención y Cambio cognitivo																				
RUM	1.21(.21)	.21	5.62	.0001	.79,1.64	-.19(.21)	.21	-.95	.34	-.61,.22	-.64(.23)	-.18	-2.80	.006	-1.09,-.19	-.97(.28)	-.27	-3.45	.001	-1.53,-.42
DIS	-1.13(.25)	.25	-4.39	.0001	-1.64,-.62	.58(.25)	.25	2.34	.02	.09,1.07	.69(.27)	.17	2.52	.013	.14,1.23	-.84(.34)	-.21	-2.51	.02	-.51,-.18
REV	.01(.03)	.26	.22	.82	-.46,.57	.63(.25)	.25	2.51	.01	.13,1.12	.75(.27)	.17	2.74	.007	.21, 1.29	.33(.34)	.07	.98	.33	-.33,.99
REL	-.06(.26)	.16	-2.34	.02	-.69,-.06	-.06(.15)	.16	-.39	.69	-.37,.25	-.01(.17)	.01	.05	.96	-.33,.34	.75(.21)	.26	3.57	.001	.33,1.16
CS	-.38(.16)	.16	-.90	.37	-.47,-.18	-.11(.16)	.16	-.73	.47	-.42,.19	.17(.17)	.06	.99	.32	-.17,.51	.54(.21)	.19	2.59	.01	.13,.96
AR	-.47(.25)	.25	-1.88	.06	-.96,.02	.63(.24)	.24	2.65	.01	.16,1.01	1.28(.26)	.35	4.89	.0001	.77,1.80	.17(.32)	.05	.53	.59	-.47,.80
AC	.13(.29)	.29	.46	.65	-.44,-.71	-.96(.27)	.27	-3.49	.001	1.49,-.42	-.52(.29)	-.10	-1.76	.08	-1.11,.06	-.38(.37)	-.07	-1.02	.30	-1.09,.34
Afectos																				
Negativo	-.72(.67)	.68	-1.06	.29	-2.06,.61	2.77(.66)	.66	4.22	.0001	1.49,4.07	3.31 (.72)	.34	4.63	.0001	1.89,4.72	1.34 (.88)	.14	1.53	.13	-.39,3.07
Positivo	-.69 (.85)	.85	-.81	.42	-2.37, .99	-.89(.10)	.82	-1.08	.28	-2.51,.73	2.51 (.90)	.22	2.77	.006	.72,4.29	.34 (1.11)	.03	.30	.76	-1.85,2.52
N					198					200					200					200
R ²					.40					.46					.47					.23

Nota: significativo a $p \leq .05$.

^a E1: Etapa pre-contemplativa; E2: contemplación; E3: Acción; E4: Mantenimiento

^b RUM: Rumiación; DIS: Distracción; REV: reevaluación; REL: Religión; CS: Comparación Social; AR: Auto-recompensa; AC: Aceptación.

IC 95%: Intervalo de confianza al 95%.

Discusión

En este estudio han participado 201 mujeres víctimas de violencia de género de edades comprendidas entre los 18 y 66 años, que han sido asistidas principalmente a través de órganos policiales, pero también desde asociaciones, centros de emergencia y la Junta de Castilla y León. La mayoría son de nacionalidad española, residen en Castilla y León y País Vasco, y viven en zonas urbanas, pero también rurales. Estas mujeres tienen, fundamentalmente, estudios obligatorios y post-obligatorios o formación profesional, están bien trabajando o bien en paro y tienen ingresos propios. Una gran parte de ellas profesan la religión católica, aunque casi un tercio se declara atea o agnóstica. La mayoría está divorciada, en proceso de divorcio o soltera y tienen entre 0 y 11 hijos. El último episodio de violencia había ocurrido hacía más de 6 meses, aunque cerca de un 30% lo habían sufrido en los últimos tres meses. La mayoría de las mujeres había denunciado la situación de maltrato y casi las dos terceras partes tenían vigente algún tipo de protección. El tiempo medio aproximado que llevan recibiendo asistencia por parte de los centros es de dos años.

Los datos confirman nuestra hipótesis 1. Se encuentran tasas más altas para la violencia sufrida a lo largo de la vida que en el último año, indicando que la situación de maltrato se prolongó en el tiempo. Además, alrededor de un tercio de la muestra había sufrido todas las formas de violencia a lo largo de la vida. De igual modo, las formas de violencia de tipo leve prevalecieron sobre las más graves, aunque los porcentajes de agresiones severas son también significativos, sobre todo para las formas de violencia física y psicológica. Los indicadores de cronicidad apoyan estos

resultados (frecuencia de abuso), señalando que los abusos de tipo leve son más frecuentes a través del tiempo. La violencia de tipo psicológico y físico leve aparecen con más frecuencia en el último año y se mantienen a largo de la vida, mientras que las agresiones sexuales son menos habituales dentro de la relación. En esta línea Katerndahl, Burge, Ferrer, Becho y Wood (2012) concluyó que la violencia no suele ser un hecho puntual y que es habitual que, en la misma relación, se den diferentes formas de abuso o que la agresión de tipo severo aparezca a medida que avanza la relación e impacte de forma grave en la capacidad de reacción de las víctimas (Kumar, Jeyaseelan, Suresh y Ahuja, 2005). De hecho, a pesar de que el 65% de las mujeres detectaron las primeras señales del maltrato en el noviazgo, la media de tiempo de relación en este estudio fue de 11 años. Además, el tiempo de relación se asoció de forma positiva con la perpetración de más violencia de tipo física severa, psicológica leve y sexual leve y severa. Estas cifras son apoyadas por varios estudios que señalan que la duración media de las relaciones íntimas adultas abusivas oscila entre 1 y 10 años y que el nivel de gravedad se incrementa con el tiempo (Katerndahl et al., 2012; Panchanadeswaran y McCloskey, 2007).

En general, no hubo relaciones significativas entre las tasas de prevalencia en función de las distintas variables socio-demográficas, lo que confirma nuestra hipótesis 2. De 110 contrastes, sólo 12 (10.9%) mostraron asociaciones significativas a lo largo de la vida y 29 (26.4%) en el último año. Atendiendo a los datos a lo largo de la vida, por ser más robustos y estables que los de la violencia sufrida en el último año, se puede concluir que apenas existen diferencias en el tipo de violencia sufrida

en base a las características sociodemográficas de las víctimas. Algunas investigaciones previas apoyan nuestros resultados, señalando que la violencia es un fenómeno de carácter transversal que afecta a todas las mujeres por igual (Kaslow et al., 2002; Panchanadeswaran y McCloskey, 2007). Sin embargo, en el caso de la violencia sexual sufrida, se encuentra que en 8 de los 22 contrastes realizados (36.4%) existen diferencias significativas. Esto pudiera indicar que la declaración de la violencia sexual difiere del resto de formas de violencia, ya que parece que tiende a ser declarada por las mujeres cuando ya han roto la relación (mujeres divorciadas), aunque este tipo de abusos se haya producido dentro de la relación. Este resultado implica que posiblemente la violencia sexual pueda tener consecuencias diferentes para las víctimas que las otras formas de violencia, y que quizás, encuentren más dificultades para verbalizar el abuso. Apoyando esta afirmación un análisis de correlación posterior encontró una relación positiva entre el tiempo de asistencia y la declaración de violencia de tipo sexual severa y leve ($r = .33$ y $r = .28$).

El patrón de resultados encontrado fue muy similar al analizar las diferencias en las etapas de cambio en función de las características de la muestra (hipótesis 2). Se realizaron 14 contrastes y sólo en 3 encontramos diferencias significativas (21.4%). Los resultados confirman que las mujeres clasificadas a través del continuo fueron muy similares en cuanto a sus características socio-demográficas. Aunque hubo algunas excepciones en relación al tiempo de asistencia y centro de referencia, estas diferencias parecen estar justificadas. Como era de esperar, las mujeres clasificadas en la E1, estaban principalmente localizadas en el País Vasco, llevaban menos tiempo

recibiendo asistencia que las de la E4 y procedían principalmente de los órganos policiales, frente a las mujeres entrevistadas a través de las asociaciones que se situaron principalmente en la E2 y eran de Castilla y León. Esto se debe a que los órganos judiciales son los que habitualmente atienden en primer lugar a las víctimas, y en nuestro caso la muestra de mujeres entrevistadas en País Vasco procedía de la Ertzaintza. De igual modo, en relación a los afectos, de 22 contrastes realizados, sólo en 4 (18.18%) fueron significativos. Las mujeres que presentaban más afectos positivos, habían sufrido el último episodio de violencia hacía más de 3 meses, provenían de zonas rurales y tenían estudios universitarios. Sin embargo, cuando el episodio de violencia fue reciente (menos de tres meses) predominaron los afectos negativos frente a los positivos. Además, los resultados confirman que, aunque las formas de violencia más graves generaron más tendencias de respuesta, estas eran en su mayoría de tipo pasivo. Por ejemplo, los datos indicaron que la violencia física severa se asoció con más uso del abandono, y menos búsqueda de apoyo social, uso de la distracción y auto recompensas. Las formas de violencia leves (a excepción de los daños leves) estuvieron relacionadas con más uso de la rumiación.

Por otro lado, el objetivo de este estudio fue aportar evidencia sobre las formas de afrontamiento y regulación emocional que utilizan las mujeres para enfrentarse a la situación de maltrato a través de las diferentes etapas de motivación al cambio. En general, los resultados confirmaron la hipótesis 3, indicando que las estrategias de tipo pasivo como son el abandono psicológico, aislamiento y la rumiación se asociaron con baja afectividad positiva y alta afectividad negativa en las víctimas,

mientras que las de tipo activo como son el uso de acciones directas, la búsqueda de apoyo, la distracción, reevaluación y búsqueda de auto-recompensas promovieron las emociones positivas. De acuerdo con estudios como el de Keeling et al. (2016), el enfrentamiento activo tiene resultados psicológicos positivos y es más probable cuando las víctimas perciben que tienen algún tipo de control o poder sobre la situación.

Además, de acuerdo con la hipótesis 4 se confirma que se produce un reconocimiento progresivo de la situación de violencia a través del continuo de cambio que comienza en la E2. La E1 se relacionó negativamente con el resto de etapas y de forma más intensa con la E3, mientras que la E2, E3 y E4 se relacionaron positivamente entre ellas. Este resultado confirma que la E1 se asocia con la ausencia de respuestas a la violencia ya que durante esta etapa las víctimas la niegan, justifican y minimizan, diferenciándose especialmente de la E3 donde las mujeres dirigen su atención y conductas a terminar con el abuso. Pero, además, la E2 y E3 muestran una asociación fuerte y positiva, indicando que la toma de conciencia y la ideación de vías de escape a la violencia se relaciona con la ejecución de más conductas de acción. Sin embargo, la relación de la E2 y E3 con la E4 fue débil, lo que confirma que la E4 es una etapa dedicada a la vuelta a la normalidad en la que se afianzan los cambios logrados a partir de la E2.

Del mismo modo, los resultados confirman que las víctimas utilizan múltiples estrategias para afrontar la violencia, sin embargo, no todas predijeron un cambio significativo. Siguiendo las teorías sobre la regulación emocional (Gross, 2015;

Larsen, 2000; 2009) y la hipótesis de Hamby y Gray-Little (2007), el uso de las diferentes estrategias se considera beneficioso o adaptativo para las víctimas si favorece el avance a través del continuo de cambio.

En concreto, en la primera etapa las mujeres utilizaron menos acciones instrumentales directas, búsqueda de apoyo social emocional e informativo (diferencias significativas con E3 y E4), pero también hicieron menos uso de la distracción, auto-recompensa y reevaluación (la reevaluación no se diferenció de la E4) en comparación con el resto de etapas. El abandono psicológico fue elegido por las mujeres con más frecuencia en la E1 en contraste con las demás etapas y el aislamiento social, desde un punto de vista descriptivo, disminuyó a medida que se avanzó hacia la E4 (aunque sólo se diferenció de forma significativa con esta última etapa). Según estudios previos en la E1, tanto el abandono psicológico como el aislamiento son estrategias pasivas, aunque pueden ofrecer a las víctimas alivio temporal, en última instancia, mantienen a las mujeres atrapadas en la relación abusiva (Teoría de la Trampa Psicológica, Brown, 1997) (Amor, Bohórquez y Echeburúa, 2006). Por ejemplo, la ausencia de respuesta ante la violencia o el aislamiento (como es el encerrarse en la casa) pueden ser factores de protección ante nuevos ataques en la E1, pero al mismo tiempo son disfuncionales a largo plazo y se asocian con un mayor malestar psicológico (Kuijpers et al., 2011). En consecuencia, el aislamiento dentro de la casa o evitar pensar en los problemas con la pareja (abandono psicológico) a fin de minimizar el daño psicológico reduce las opciones de respuesta ante la violencia por parte de las mujeres y son considerados estrategias

disfuncionales y pasivas, aunque puede servir para protegerse ante nuevos abusos en la E1. También hubo una disminución progresiva del uso de la rumiación, encontrando los niveles más bajos en la E4 en comparación con el resto de etapas. Esto significa que las mujeres tuvieron más pensamientos rumiativos en las primeras etapas del continuo, probablemente asociados a las emociones negativas que sentían y a los intentos por conseguir reducir los niveles de angustia psicológica en relación con la pareja y el ideal de familia que persiguen.

Por otro lado, un estudio comprobó que el uso de estrategias de tipo activo se asoció con una respuesta más efectiva hacia la violencia y mejores resultados de salud mental (Goodman et al., 2005; Lilly y Graham-Bermann, 2010; Panno et al., 2013). La búsqueda de apoyo social fue en incremento a medida que las mujeres avanzaban en el continuo de cambio hasta la E3. En concreto, la búsqueda de apoyo social emocional y de información para solucionar el problema fue menor en la E1 y E2 en comparación con la E3, y en la E1 respecto a la E4. Este resultado es coherente con otros estudios que explican que el apoyo social es un factor protector que funciona como un amortiguador contra las consecuencias negativas de las relaciones abusivas y ayuda a hacer frente a la violencia (Panaghi et al., 2013). En la misma línea, en la E3 las estrategias de tipo instrumental directo cobran más importancia, así como el uso de la auto-recompensa en comparación el resto de etapas. Además, las víctimas utilizaron más la distracción como una forma evadirse del problema en comparación con la E1 y E4, e hicieron más uso de la reevaluación positiva, en comparación con la E1 y E2, como una forma de buscarle un sentido diferente a las

experiencias de violencia que viven. También hubo diferencias en el nivel de afectos en función de la etapa de cambio. Las mujeres sintieron más emociones negativas en la E1, E2 y E3 en comparación con la E4, pero también sintieron menos afectos positivos en las primeras etapas de cambio (E1 y E2), en comparación con la E3 y E4.

Los datos mostraron que las estrategias que resultaron ser efectivas en el afrontamiento de la violencia estaban relacionadas con una mayor motivación para el cambio (hipótesis 4). De hecho, los datos demuestran que el afrontamiento pasivo se relacionó más con las primeras etapas de cambio donde las mujeres aún no se reconocen como víctimas (E1) y no hacen un afrontamiento efectivo de la violencia, mientras que en la etapa E2 y E3 las víctimas toman un papel más activo y utilizan un afrontamiento centrado en el problema para superar la violencia.

En concreto, la etapa de **pre-contemplación** se refiere a la falta de conciencia de la violencia por parte de la mujer. Algunas víctimas lo verbalizaron de la siguiente manera:

Caso 137. *Yo no sé qué hago aquí, yo no me considero víctima. Llevamos muchos años juntos. Se le fue de las manos, pero él es un buen hombre..., sólo creo que necesita ayuda.*

Caso 19. *Yo llegué aquí por casualidad, no soy como el resto de mujeres que están aquí. Él a veces me hace sentir mal. Ahora hablamos por teléfono. Algunas veces era controlador pero, en el fondo, yo salía demasiado.*

En esta fase, el compromiso con la relación de pareja promueve círculos de violencia que se retroalimentan y son claves en la primera etapa donde las mujeres

no emplean apenas estrategias para protegerse ante el maltrato (Reisenhofer y Taft, 2013). La utilización de estrategias de tipo disfuncional o pasivo como el abandono psicológico, la ausencia de búsqueda de apoyo emocional y de acciones instrumentales predijeron el no reconocimiento del maltrato y la no modificación de la situación. De hecho, nuestros datos confirmaron que hay una relación positiva entre las estrategias de tipo pasivo como son el abandono, el aislamiento social y la rumiación, y que todas ellas fueron usadas por las mujeres en mayor medida en la E1. Las víctimas que usan estas estrategias pueden decirse a sí mismas que no están siendo abusadas, negar la gravedad del abuso y buscar los aspectos positivos de la relación. Esto puede hacer que se sienta más indefensa y vulnerable (Mitchell et al., 2006). Como señala Sylaska y Edwards (2014), este tipo de respuestas puede ser muy común entre las víctimas en esta etapa. Una posible explicación es que las mujeres realizan múltiples esfuerzos privados a lo largo del tiempo con el fin de conseguir un cambio de conducta del agresor, controlar la situación y llegar a tener la relación deseada sin éxito, destruyendo gran parte de los recursos psicológicos personales disponibles y haciéndolas más vulnerables a nuevas agresiones. Los análisis de correlaciones apoyaron esta conclusión al confirmar que la pérdida de la afectividad positiva estaba relacionada con la E1. Además, la mayor parte de las víctimas sufren constantes abusos de tipo psicológico, lo que puede romper aún más su capacidad de reacción (Wong et al., 2016; Zanville y Cattaneo, 2012). Por tanto, un posible estancamiento en la E1, podría ser producto de la ausencia de recursos personales por parte de las víctimas para reaccionar de forma eficaz a la violencia, tras haber

perdido gran parte de la energía en la lucha por conseguir cambiar la conducta del agresor y controlar la situación (síndrome de la mujer maltratada). Pero también, sentimientos de culpa o miedo a que aumente la gravedad de una agresión futura se relacionaron con conductas más pasivas y predicen que la mujer se mantenga en la E1 (Zamora et al., 2012).

La E1 también se caracteriza por la presencia de pensamientos rumiativos (pensamientos constantes de cómo podrían cambiar la situación), y por una menor capacidad del uso de la distracción como una estrategia para evadirse de la realidad y no centrarse en el foco del problema. Otro estudio señaló que incapacidad para distraerse del problema está relacionada con los valores personales, que en el caso de la violencia de género cobran especial importancia, puesto que asumir la situación sería igual a reconocer el fracaso de su proyecto de vida familiar, en el que ella, en su rol tradicional, es la responsable del bienestar emocional de su familia (Miracco et al., 2010). También se confirma el efecto negativo de la religión en la E1, indicando que existe una falta de sentido sobre la vida fuera de la relación que afecta a la capacidad de respuesta de las víctimas. Enkhtor (2012) concluye que la ausencia de un sentido sobre la vida (afrontamiento religioso) puede exacerbar el impacto negativo de la violencia en el bienestar de las víctimas e impedir la acción. Esto se debe a que la violencia se relaciona con un sentido negativo de la vida, de los otros, más emociones negativas como la culpa y peor salud mental. Apoyando este argumento, los datos muestran que la ausencia de afrontamiento religioso está

relacionada con el uso de menos estrategias activas como son las acciones instrumentales y la distracción.

En la **etapa de contemplación**, las mujeres cuestionan su situación y empiezan a tomar conciencia, “darse cuenta” del maltrato. Además, se caracteriza porque en esta etapa las mujeres realizan una evaluación de los pros y los contras de seguir con la relación (Rhatigan y Street, 2005). Algunos testimonios de las mujeres fueron:

Caso 54. *[...] Él es una persona muy impulsiva, no acepta los errores de la gente, me infravalora constantemente. A él le dan igual mis sentimientos. Estoy intentando buscar ayuda, ir a un psicólogo, pero no deja de criticarme. Las cosas ya no funcionan pero ¡y mis hijos!, ¿dónde vamos a ir? (llanto). No tengo nada [...] ¿Tú sabes que en el colegio rechazan más a los niños de padres divorciados [...]?*

Caso 29. *Estoy nerviosa, no consigo dormir, no puedo comer, ya no salgo de casa, no son solo golpes e insultos. Todo el rato intento hacer que las cosas le parezcan bien, ya no puedo más, no tengo fuerzas [...].*

Nuestros resultados confirman que las víctimas no aceptan el maltrato y empiezan a plantearse la salida o modificación de la situación mediante el uso de ciertas estrategias de tipo instrumental-directo (elaborar planes de escape o actuar, hacer algo para solucionar el problema). El uso del abandono psicológico no resultó funcional en esta etapa y disminuyó el nivel de acuerdo con la E2. Esta estrategia es considerada de tipo pasivo y un factor de riesgo asociado a una mayor permanencia en la E2 ya que predice en menor medida el cambio.

En contra, la distracción, la reevaluación y la auto-recompensa tuvieron un efecto positivo en la E2. Es decir, las mujeres que hicieron uso de estas estrategias mostraron mayor motivación intrínseca para realizar actividades que les hacía sentirse bien (auto-recompensa y distracción frente a la rumiación que predijo la E1) y se replantearon la relación de pareja, con el fin de mantenerse seguras y prevenir nuevos abusos. De hecho, nuestros datos confirman el efecto positivo del uso de la reevaluación en la E2, indicando que las víctimas se hacen conscientes del maltrato y de las emociones que sienten y, en consecuencia, valoran los beneficios de acabar con la relación. También hay pruebas de que la aceptación tiene un efecto negativo en la E2, lo que significa que dejan de aceptar el maltrato (no justificación y minimización) y se plantean un cambio de vida. Este cambio en la experiencia afectiva puede ser una consecuencia de aceptar el fin de su relación con el agresor o puede ser un signo de su adaptación a cambios reales en su vida (Zanville y Cattaneo, 2012). Además, el análisis de correlaciones comprobó que existía una relación entre la reevaluación y el uso de más estrategias de tipo instrumental directo, y la búsqueda de apoyo social informacional y emocional, así como con la distracción y la auto-recompensa. Por tanto, las mujeres en esta fase se centran en buscar nuevas soluciones mediante el uso de estrategias activas.

Sin embargo, aunque las víctimas se replantean la situación en la E2, la relación no se rompe hasta la E3. Esto puede deberse a que la E2 también se asoció con el aislamiento social y la rumiación, aunque esta última con menor fuerza que en la E1. De manera similar, los afectos negativos resultaron tener un efecto en la predicción

para el cambio en esta etapa. De hecho, un cuerpo de la literatura creciente explica que existen puntos de inflexión dentro del proceso de cambio. Situaciones extremadamente negativas como el miedo a la muerte o la agresión de un hijo que activan y motivan las conductas de cambio (Murray et al., 2015; Panno et al., 2013; Reisenhofer y Taft, 2013). Este resultado sugiere que el aumento de emociones negativas como la ira puede ser instrumental en el movimiento de las mujeres más allá de la etapa de precontemplación. Este argumento está apoyado por las teorías sobre regulación emocional que explican que si el valor fijado a la emoción es suficientemente negativo activará la regulación y promoverá las conductas de acción (Larsen, 2009). Los análisis de correlaciones también avalan esta conclusión indicando que la alta afectividad negativa y la baja afectividad positiva se asocian con más acuerdo con la E2.

En la etapa de acción se hacen más evidentes las conductas de cambio. Los resultados confirman que las mujeres empiezan a enfrentar la situación mediante el uso de las acciones directas. Es una etapa caracterizada por la decisión y el compromiso (Overstreet et al., 2016). Algunos testimonios de las víctimas explican que:

Caso 5. *[...] Al principio yo no lo contaba [...] El me vigilaba, me esperaba en el trabajo, era muy celoso. Se presentaba en mi casa. Le advertí varias veces y, al final, he tenido que denunciar.*

De acuerdo con otros estudios, durante la acción, la víctima se plantea modificar su conducta, realiza preparativos, toma decisiones, busca información, planifica e

idea alternativas (Shorey, McNulty, Moore y Stuart, 2015). Las mujeres, además, centran su atención en el problema, realizan esfuerzos e intentan controlar la situación (búsqueda de soluciones), evitando el abandono psicológico. De hecho, a diferencia de las etapas anteriores, en la E3 las víctimas buscan ayuda emocional e informacional para afrontar la situación. Los análisis de correlación también mostraron esta relación, indicando que la búsqueda de apoyo está asociada con más conductas de acción, menos abandono psicológico y más emociones positivas. En esta línea, un estudio reciente comprobó que la búsqueda de apoyo social tiene efectos positivos en esta etapa y es un mediador entre la violencia y el riesgo de salud mental (Panaghi et al., 2013). Aunque los datos confirman que en la E3 las mujeres buscan ambos tipos de apoyo, en la E4 las mujeres recurrieron más a la búsqueda de apoyo informacional. Esto puede explicarse porque la alta intensidad emocional sobre todo la de tipo negativo en la E3 puede hacer más urgente la búsqueda de apoyo social emocional que se hace menos relevante en la E4, donde las emociones no cobran tanta importancia y las mujeres necesitan más apoyo informacional. De hecho, se ha encontrado que sólo el apoyo social emocional muestra una asociación inversa con los afectos negativos. Algunos estudios consideran que el apoyo emocional facilita a las mujeres la separación, ya que reduce los niveles de tensión, motiva el uso de conductas de afrontamiento de tipo activo y reduce los riesgos de salud mental (Crowe y Murray, 2015; Panaghi et al., 2013). Esto es coherente con otros resultados que indican que el apoyo social emocional suele ser cubierto sobre todo a través de las redes informales de apoyo, con frecuencia

amigos o familia u otras víctimas, mientras que las formales están representadas por las instituciones y los órganos judiciales (El-Khoury et al., 2004). En esta línea, Simmons et al. (2011) comprueban que las mujeres que son apoyadas por fuentes formales como la ley son menos propensas a usar mecanismos pasivos de afrontamiento.

Por otro lado, los resultados indicaron que las mujeres hacen uso de la distracción, reevaluación positiva y buscan la auto-gratificación. El uso de estas estrategias supone que la víctima utilice el pensamiento positivo y la participación en actividades agradables para manejar los sentimientos negativos que le provoca la situación y motiva la acción. En esta línea, un estudio comprobó que la percepción de eficacia de los propios recursos o capacidades para afrontar la violencia (reevaluación sobre las propias capacidades) permite que las mujeres se sientan capaces de tomar decisiones, adquirir seguridad y predicen el éxito del cambio en esta etapa (Reisenhofer y Taft, 2013). La rumiación resultó ser disfuncional y su ausencia se asoció con la E3. Según Beck et al. (2011), las víctimas que dejan de sentirse responsables del abuso y pensar repetidamente en el problema tienden a mostrar conductas más activas de afrontamiento. También hay evidencia de que los afectos positivos, pero en mayor medida las emociones de tipo negativo predijeron el uso de conductas de acción. Además, en esta etapa las emociones se vuelven más intensas. Es decir, en comparación con la E2, las mujeres se sintieron con más fuerza y energía para afrontar la violencia en la E3 y pusieron en marcha estrategias activas de cambio.

En la etapa de mantenimiento se afianzan las ganancias logradas en las tres etapas anteriores. Pero, además, esta etapa se caracteriza porque la víctima tiene que afrontar las exigencias de una nueva vida (Catallo, Jack, Ciliska y MacMillan, 2012; Overstreet et al., 2016). Según el testimonio de una víctima:

Caso 5. [...] Ahora mi vida es mucho más tranquila, me siento mejor, ahora puedo dormir, él ya no me molesta. Ahora estoy buscando trabajo [...] Recuerdo que él me encerraba en casa y no me dejaba ir a comprar. No contaba nada a mi familia por no crear un ambiente tenso hacia él. Me quitaba también el teléfono [...]. Ahora soy libre, pero aún puedo mejorar.

Los resultados confirman la hipótesis 4 e indican que se requiere del uso de menos estrategias de afrontamiento instrumental o de modificación de la situación en esta etapa. De hecho, tan sólo la búsqueda de apoyo social informacional mostró un efecto en el nivel de acuerdo en la E4 (Beeble et al., 2009; Cluss et al., 2006; Panaghi et al., 2013). Una posible explicación es que las mujeres se vuelven más instrumentales en esta fase ya que necesitan más el apoyo de tipo informacional que el de tipo emocional para afrontar los problemas que aparecen. Aunque los esfuerzos de modificación de la situación son menores porque la relación ya se ha roto, las mujeres ponen en marcha más estrategias centradas en cambiar el foco de atención del problema y de pensamiento. Por ejemplo, el uso de estrategias de tipo espiritual (como la oración, la meditación, el mantenimiento de la relación con Dios) y de la comparación social favoreció el mantenimiento de los cambios realizados por las mujeres en las etapas anteriores. La búsqueda de lo espiritual puede ser una fuente

de apoyo y predice que las mujeres consoliden los cambios y evita el retorno a la situación de violencia. La oración y las creencias espirituales son consideradas formas privadas pero activas de afrontamiento, pueden ayudar a las mujeres a mantener una sensación de fuerza interior que se relaciona con la percepción de más orientación y apoyo por parte de los demás (Enkhtor, 2012; Watlington y Murphy, 2006). En esta línea, la literatura revisada indica que existe una fuerte asociación entre afrontamiento espiritual, la salud mental y un mayor bienestar psicológico. Por último, la comparación social positiva con otras personas que han resuelto el problema con éxito también puede resultar beneficiosa, ya que permite establecer metas y objetivos realistas y dibujan una ruta en cuanto a los próximos pasos a realizar. También, compararse con mujeres, que aún son víctimas, reafirma los logros conseguidos y aumenta los sentimientos de auto-eficacia (Reisenhofer y Taft, 2013). Eso es coherente con el resultado encontrado sobre un menor uso de la rumiación. Pero, además, las víctimas utilizaron menos la distracción, centrando su atención en la resolución concreta de problemas a través de la búsqueda de apoyo social informativo.

Las aplicaciones de este estudio son varias. Por un lado, conocer la prevalencia de los distintos tipos de violencia y, la relación entre las formas de afrontamiento y las etapas de cambio, podría ayudar a los profesionales y a las propias víctimas a identificar la violencia y el tipo de respuesta más adecuada para hacer frente a las agresiones. Como ya se ha señalado, los mecanismos de afrontamiento constituyen un factor significativo en la salud mental, y son útiles en la prevención, el

diagnóstico y la moderación del problema (Fleming y Resick, 2016). Por tanto, conocer cuáles de estas estrategias pueden motivar el cambio y proteger a las mujeres ante nuevas agresiones puede ser útil en la intervención. Los investigadores han abogado porque las intervenciones con víctimas de violencia de género sean adaptadas específicamente a las necesidades de cada mujer en particular (Hamby y Gray-Little, 2007), y esto sería especialmente acertado si se tiene en cuenta la etapa de cambio para cada caso. Además, estos resultados plantean la necesidad de trabajar con ambos tipos de afectos, con el objetivo de conseguir una salida y recuperación más temprana a la violencia. El objetivo será que las mujeres adquieran capacidades y competencias para enfrentarse, sobreponerse y salir fortalecida de las experiencias adversas, como son las situaciones por las que pasan las mujeres que son víctimas de violencia de género.

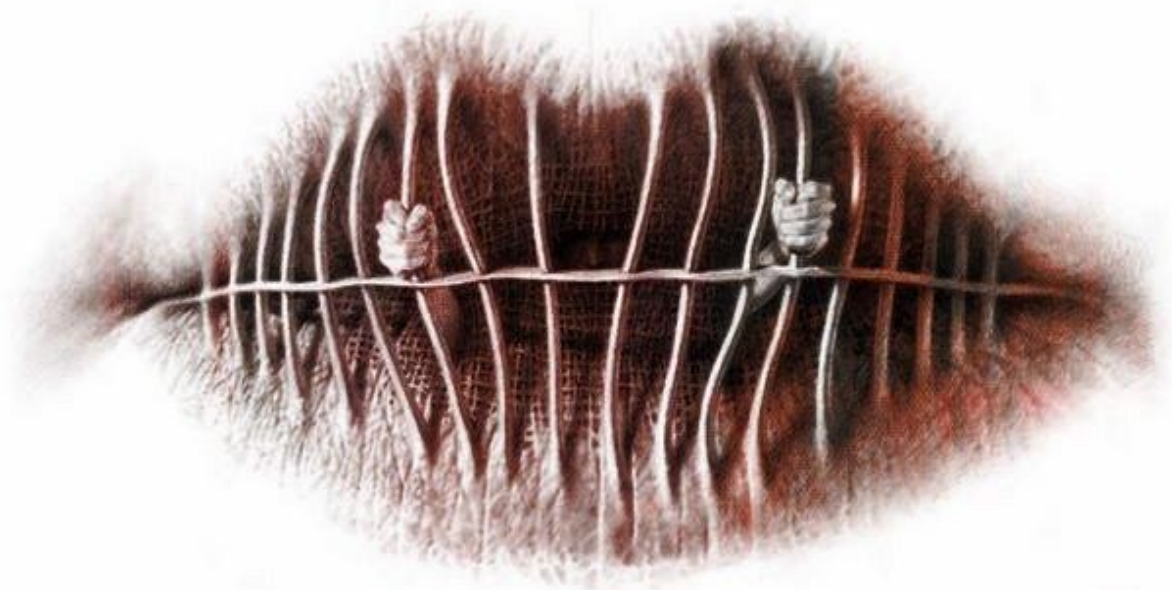
Los resultados obtenidos en este estudio también están sujetos a diferentes limitaciones. En primer lugar, al tratarse de un estudio transversal de tipo correlacional, resulta difícil hacer inferencias sobre la causalidad o el mecanismo de asociación entre los estados de cambio y las distintas variables estudiadas. Además, las metodologías transversales no permiten a los investigadores captar las dinámicas o evolución a través del tiempo. La necesidad de un trabajo longitudinal es clara. También es posible que existan variables contextuales que influyan en nuestros resultados, como las dificultades para implementar alguna táctica en particular en un momento determinado. Se deben realizar más investigaciones para probar empíricamente los mecanismos de retroalimentación entre el afrontamiento y el

contexto de la relación, para entender mejor cómo cambia el tipo de respuesta a lo largo de una relación. Por otro lado, hay que tener en consideración la naturaleza de la muestra. Debido a las dificultades de acceso a la muestra (muestra de conveniencia) existen limitaciones en cuanto a su validez externa, es decir, problemas de generalización de resultados. Esto se debe, por ejemplo, a que gran parte de las mujeres de esta muestra ya han participado en una estrategia de afrontamiento, buscando ayuda en un centro/asociación o llamando a la policía y presentando cargos contra el agresor (alrededor del 50% de la muestra se situó en la E3). Aunque nuestro estudio contó con una muestra de mujeres que habían experimentado violencia sin reconocerse como víctimas, una muestra más variada puede dar lugar a diferentes resultados, sobre todo para el grupo de mujeres clasificadas en la E1. Por último, el modelo de supervivencia basado en el de las etapas de cambio se describe utilizando un continuo; sin embargo, este estudio lo examinó utilizando grupos. Es posible que los análisis basados en el continuo descrito en el modelo proporcionaran resultados diferentes.

A pesar de estas limitaciones, este estudio representa uno de los primeros intentos por explicar la eficacia de las formas de afrontamiento para los casos de violencia de género en base a un modelo estructurado. Otro tipo de información debe tenerse en cuenta en futuras investigaciones. Por ejemplo, Carlson (1997) propuso un modelo de intervención centrado en abordar el bienestar de las víctimas utilizando un plan de seguridad centrado en la superación, la resolución de problemas y el apoyo social. Este modelo de intervención consiste en determinar y evaluar la

eficacia de las experiencias previas de afrontamiento de supervivencia, y analizar además cómo las mujeres amplían el repertorio de afrontamiento de una manera que mejora su seguridad. Muestras de tipo longitudinal podrían aportar esta información. Otros autores plantearon que la superación de la violencia de género requiere de varios tipos de afrontamiento, uno de tipo privado (indoor o dentro de las puertas) y otro de tipo público (outdoor o fuera de las puertas), que suceden al mismo tiempo y que pueden mostrar diferencias en cuanto a la eficacia de los comportamientos que ejecutan las víctimas. Por tanto, sería interesante analizar el peso atribuido por las mujeres a cada una de las estrategias para cada una de las condiciones (dentro y fuera), y analizar la relación entre ambos dominios.

Nuestros hallazgos, por tanto, apoyan de manera consistente la hipótesis de que las mujeres se involucran activamente en el proceso de cambio. Aunque la ruptura puede ser la respuesta más segura a los golpes, la mujer no necesariamente sale de la violencia de forma inmediata y el proceso exige de los esfuerzos de la mujer para afrontar múltiples problemas más allá de la separación. Por lo tanto, la planificación de la seguridad es un desafío y debe hacerse dentro del contexto de la relación. Discutir sobre las diferentes opciones y sus consecuencias, así como ayudar a identificar estrategias de afrontamiento, ya sean activas o pasivas, parece ser un primer paso para favorecer la seguridad de las mujeres víctimas de violencia de género.



**Emotion Regulation Effectiveness: the
mediation of response focused emotional
strategies in gender violence**

CHAPTER 5: EMOTION REGULATION EFFECTIVENESS: THE MEDIATION OF RESPONSE FOCUSED EMOTIONAL STRATEGIES IN GENDER VIOLENCE

Introduction

In spite of research has concluded that victims' experiences and decisions are complex and influenced by a series of contextual and situational factors (Baly, 2010), many different professionals and some informal-social-support networks, find it difficult to understand the reasons why women resist to change very frequently and especially when the risk of getting harm is high (Lin-Roark, Church & McCubbin, 2015).

Recent streams of studies highlight the affects and their importance in cognitive judgment psychology in the cases related to genre violence (Shurman & Rodriguez, 2006; Walker, Bowen, Brown, & Sleath, 2015). In other words, they try to answer how affect influence the decision making of women who suffer from violence. For example, a study found that victims with higher levels of

anxiety and sadness on the one side (Edwards, Gidycz, & Murphy, 2011), and guilt and shame on the other, exhibited more inhibition behaviours and were less prone to end the violent relationship (Murray, King, Crowe, & Flasch, 2015). However, some negative emotions can also motivate action; for instance, fear to a new aggression towards the victim or her children can lead to separation (Walker et al., 2015).

Even though previous studies show the importance of analysing the affective component within genre violence, there is no current research focused on the role emotions play in the process of separation from a violent relationship (Murray et al., 2015a). Consequently, neither previous studies have been designed to address variables which could explain how affects influence the separation from violence (Hofmann, Carpenter, & Curtiss, 2016; Shurman & Rodriguez 2006). In the research tradition of the study of affectivity, we find two plausible models which have generated a large discussion (Padrós Blázquez, Soria-Mas, & Navarro Contreras, 2012). The first one explains the affect through a one-dimensional and bipolar structure, and the other, as a two-dimensional and one-polar construct. The one-dimensional perspective considers that experiencing one kind of emotions implies not experiencing affects from a contrary nature (Costa & McCrae, 1980). In the case of genre violence, it would be difficult to find the prior, due to victims usually feel a strong attachment towards the aggressor while exhibiting a highly negative affectivity (Shurman & Rodriguez, 2006). The two-dimensional model

differentiates positive from negative affectivity as two independent dimensions, inversely related to each other though (Godoy-Izquierdo, Martínez, & Godoy, 2008). In the present study, positive and negative affectivity were treated independently and, therefore, it is based on the two-dimensional perspective.

Another reason for using the two-dimensional perspective was because its greater adjustment (Godoy-Izquierdo et al., 2008; Sandín et al., 1999), particularly, under certain circumstances. For instance, Padrós Blázquez et al. (2012) affirm that exist possible values of intensity and frequency which can simultaneously take place in a specific moment or during time. In other words, a person could experience high positive affect, high negative affect, or both at the same time. Other research stream indicates that two separate factors show better results when they are measured in longer time intervals (months), in contrast with one dimension, where it shows greater adjustment when a closer-in-time moment in use (Bryant & Veroff, 1982; Diener & Emmons, 1985). Also, it has been found that the data from a two-dimensional affect perspective is more robust when Likert type items are used so as to estimate the frequency of emotion appearance (Padrós Blázquez et al., 2012). Furthermore, clinical studies support the two-dimensionality indicating that both positive and negative affect are associated to different psychological variables and, thus, to different results as well (Vallejo, 2006).

Most of previous studies on genre violence, where affects are included, lack a time frame as a reference. The most up-to-date research recognizes that

affect levels can fluctuate throughout time, that is, victims' emotions can change as time goes by during the process of separation. Some studies, such as Jordan, Nietzel, Walker and Logan's (2004) discovered that women who had left an abusive relationship had greater levels of negative affect than those who remained in the relationship. On the other hand, other study confirmed that victims who had abandon their abusive partner, reported feeling angrier and more afraid, anxious or depressed during the last mistreatment episode than the ones who stay in the relationship (Walker, 1984).

These findings highlight the importance of evaluating the relation between affects and behaviours carried out by women in order to regulate their own emotions and overcome the violence, while taking into account the time frame. Therefore, in this article we centre our attention on the intersection point between affectivity and decision making, which is seen in the selection of the emotion regulation type, and defined as the automatic election between different regulation strategies available in a particular context (genre violence). This conceptual framework was established to explain the consequences that come along when women (i.e., who have experienced mistreatment) use certain regulation strategies and discard others (Sheppes & Gross, 2011, 2012). What is more, and based on the existing evidence, it was applied the model of behavioural change with mistreated women, with the aim of taking into account the fluctuation of affects throughout change stages (see chapter 4).

More concretely, emotional regulation would be the global process that allows women modify the components of the emotional experience (subjective experience, physiological response, verbal and nonverbal expression, and exhibited behaviours) according to their frequency, shape, length and intensity. This process explains how victims of gender violence have to deal with (or not) the imbalance or discrepancy between their adaptation/self-regulation abilities and the demands of their surroundings where high negative affectivity prevails (Gross, 2015; Larsen, 2000). The inability to regulate emotions or to have an influence on oneself emotional experiences is a defining characteristic that is related to more difficulties to end and separate from a violent partner (Clapp et al., 2014; Murray et al., 2015a).

Nevertheless, when facing an emotionally intense situation not every attempt of emotional regulation motivates an effective confrontation of violence, and not every emotion that take part in the decision making process is negative in valence (Anderson & Lo, 2011; McNulty & Hellmuth, 2008; Zaki & Williams, 2013). In the context of violence, both positive and negative emotions may have an adaptive and regulating function (Hofmann et al., 2016). A study showed that women victims of gender violence are subdued to abusive and kind manners intermittently, which generates certain ambivalence in the process of decision making (Shorey, McNulty, Moore, & Stuart, 2016). In fact, it has been proved that mistreated women can develop a strong affective attachment towards an abusive partner under continuing abusive conditions; further, and

paradoxically, she might even portrait him as her savior and show high positive affective. According to the review carried out by Lin-Roark et al. (2015), this goes in the same line as the evidence from classic theories about “traumatic union”, “relative costs and benefits”, “Stockholm syndrome” or the “theory of the psychological trap”.

Changes in positive affect also relate to distancing from the negative focus of attention and to a bigger capacity to live positive experiences (Fredrickson, 2001; Hofmann et al., 2016; Tamir, John, Srivastava, & Gross, 2007). In other words, the activation of positive emotional states is thought to be a means of confronting negative emotional experiences (able to undo the negative), but also as a way to improve satisfaction with life (Fredrickson, 2001; Livingstone & Srivastava, 2012). As a whole, research recognises that deficiencies in emotion regulation abilities are linked to a major negative affect, a decrease of positive affect and ineffective attempts of managing one's emotions and step away from violence (e.g., Berking, Orth, Wupperman, Meier, & Caspar, 2008). Nevertheless, besides subjective experience related changes, emotions imply the tendency to act in a certain manner (i.e., confrontation ways; for further information, see chapter 4). According to Fredrickson (2001), positive affects broaden thought and action repertoires, while negative affects entail benefits of direct immediate adaptation in life threatening situations.

Following Gross' (2015) proposal, confronting strategies have been classified as problem-centred (Keeling, Smith, & Fisher, 2016; Lin-Roark et al.

2015) and as response type (see figure 1, chapter 4). Emotion regulation strategies centred in the antecedents usually occur before the emotional response had been fully activated, and they include different tactics, such as situation modification, attentional display and cognitive reconsideration of a situation (see description in chapter 4). On the other hand, modulation's strategies are those focused in the response which involves any attempt of altering the expression or the way emotions are felt after their appearance. In fact, most of the studies separate the emotional experience (background) from its expression (response; e.g., Gross, & John 2003). This is partly because it has been confirmed that the expression of feelings can be suppressed or covered, without modifying the emotional experience (Gyurak, Gross, & Etkin, 2011). Therefore, the activation of particular emotions is expected to be a motivator of confronting strategies, with the aim of modulating the emotional response exhibited in violent settings. Furthermore, this classification has implications on the methodology that has to be employed to analyse the role confronting strategies have in overcoming violence throughout change stages. In the first case (i.e., problem centred), confronting strategies of selection and modification will be direct predictors of the change stage, however, in the case of the emotion response centred ones, the strategies are implemented once the emotion is activated and thus, they would serve as mediators between the affects and the change stage. In this study, from all the phases proposed by

Gross (2015), we will put the attention on the modulation of the emotional response.

The modulation of the emotional response includes active (i.e., *exercise or relaxation*) and passive (i.e., *eating, drinking or sleeping*) physiologic regulation, confrontation (i.e., *emotional expression to those who are responsible of the negative emotions, with the purpose of changing what has happened*), venting (i.e., *strong expression of nonverbal and behavioural emotions*), suppression (i.e., *suppressing the emotional expression of emotions*) and regulated expression (i.e., *socially sharing the emotional mood*) (Miracco et al., 2010).

Precedent investigators have found that active physiologic regulation correlates to less negative emotions and improves energy (Biddle & Ekkekakis, 2005), while passive physiological regulation is an evasive response of negative affect (Connor-Smith & Flachsbart, 2007). Confrontation is considered to have negative effects when victims do not have the situation under their control (Campos, Iraurgi, Páez, & Velasco, 2004; Penley, Tomaka, & Wiebe, 2002). Venting is also associated to an increase of negative affect (Larsen & Prizmic, 2008; Penley et al., 2002) and to a higher risk of violence. On the contrary, it also has positive a result due to it is able to reduce the emotional intensity and offers temporal relief to victims (Langer & Lawrence, 2010). Feeling suppression is a regulating form that is negatively related to positive affectivity, life satisfaction, and psychological wellbeing (Gross & John, 2003). In a study with women who live mistreatment, Clapp et al. (2014) concluded that voluntary

inhibition of the emotional expression is connected to anxiety disorders and a sense of threatening, mistrust and fear associated to the suffered violence. Also, another investigation revealed that the use of suppression is linked to a worse functioning level and a lack of acceptance and motivation in order to be in contact with one's emotional experiences, more vulnerability and the absence of responses (Kashdana, Barrios, Forsyth, & Steger, 2006). Finally, it has been shown that the expression of emotions is associated to positive affect (Rimé, 2009), provided that is carried out in a controlled manner (Stanton et al., 2000).

Due to all the evidence presented, we consider the following question: In which way do self-regulation processes interfere the perpetration of partner violence? Even though explicit research mainly explains the emotional response as an intrinsic or hedonic process, that is, centred in reducing one's own negative emotions and increasing the positive (Gross, 2015; Larsen, 2000), gender violence victims frequently try (by means of self-regulation) regulating the emotions of the violent partner (extrinsic) with an instrumental goal (interpersonal regulation; Hofmann et al., 2016; Kanagaratnam et al., 2012; Zaki & Williams, 2013). It is possible that a single action to have both regulating functions. A study conducted in the Spanish context confirmed that women tend to regulate their anger related feelings through the use of strategies such as inhibition, with the intention of avoiding a potential rise of violence in the relationship (Muñoz-Riva, Graña Gómez, O'Leary, & González Lozano, 2007).

From this perspective, other investigation showed that, in the context of violence, women modulate their emotional response so as to actively control the situation by themselves (Reviere et al., 2007). They defined these strategies as calming strategies, because by using them, they were able to survive and elude new violent episodes (extrinsic and instrumental), but also they helped them to reduce the discrepancy between their expectative (in emotional terms), and a change both in their relationship and in the couple reality they live (intrinsic and hedonic). This argument was supported by the flexibility theory (Bonanno, Papa, Lalande, Westphal, & Coifman, 2004; Bonanno & Burton, 2013; Gross, 2015). Different studies discovered that women deliberately used emotional regulation strategies that vary in their degree of adaptability when facing different situations, in order to control the aggressor's indirect responses to the emotional expression such as anger and anxiety (extrinsic and instrumental), and to maintain an emotional balance and a higher wellbeing in the relationship (intrinsic and hedonic) (Wong et al., 2016).

Based on the exposed, the present study is aimed to: (1) compare the emotional regulation strategies used by women in order to confront violence along different change phases, (2) analyse existing relationships between affect level and survival strategies used by mistreated women, based on the change stage model, and (3) examine the mediating role confronting strategies have in genre violence.

Firstly (Objective 1), there are no studies known that describe the process of emotional regulation based on a structured model. This study takes as a reference Gross' (2015) emotional regulation theory as a reference and the change stages model from Prochaska, DiClemente, & Norcross (1992). While the study of emotional regulation processes describes how emotions intervene in the decision making process among women, the change stage model shows how women manage to escape from a violent situation (see chapter 4). This model allows us to describe the affective components and the action tendencies based on a change continuum that develops in the context where women live. For this reason (Hypothesis 1) this study proposes that there are differences in the use of different strategies according to the change stage. In particular, victims will use more passive strategies such as inhibition and passive physiologic regulation in E1 compared to the rest of stages. This is possible because in E1, women continue justifying and minimizing the violence and tend to employ passive confronting behaviours. Also, these strategies can associate to negative emotions (fear), and control the aggressor's behaviour, avoid new violent episodes and favour a positive climate within the relationship. However, the use of active strategies such as venting, confrontation and active physiologic regulation will generally be more present in E2 and E3, due to women generally start asking for help in these phases. Furthermore, regulating efforts will be greater than in the previous stages of

the continuum compared to the last stage, where they face other problems which have no relation with the breakup.

Secondly (Objective 2), given that women from this study have to regulate their emotions in the context of a partner relationship and according to the violent situations they have to deal with, we propose that: (Hypothesis 2) both positive and negative emotions relate to change stages and hence influence women's decisions upon the moment of abandoning or maintaining the relationship. In the same way, due to theoretical approaches on emotional regulation assume that emotions can be regulated in several phases in the process of generation of the emotion and that modulating strategies of the emotional response are activated once the emotion had been generated, this study proposes that: (Hypothesis 3) the emotions are the ones that mobilise the use of confronting strategies and generate specific-behaviour tendencies.

Third (Objective 3), in order to verify how the use of confronting strategies intervenes in the motivation to change, this study suggests that strategies of the emotional response modulation mediate the relation between positive and negative affect and the stage of change (Hypothesis 4). In other words, the way women regulate their emotions is what describes the maintenance of each one of the stages. Considering that there are hardly any studies that analyse the objective of regulation processes, it will be discusses about the regulating function of different emotional response modulating strategies (intrinsic-hedonic and extrinsic-instrumental). This is in line of previous hypotheses that

suggest that women employ emotional response modulating strategies so as to intervene on their own emotional states and to reduce the discrepancies between their real and wanted state (decreasing the negative emotions associated to violence and increasing positive).

Method

Sample and procedure (see chapter 4).

Instruments

See chapter 4. MARS scale was applied with one change:

Brief emotional regulation scale (MARS; Larsen & Prizmic, 2004, Páez, Martínez, Sevillano, Mendiburo, & Campos, 2012): the selected dimensions were the ones referred to the emotional response regulation strategies, namely: Inhibition (7, 8, 9) (*Trying not to think on what happened, ignoring the emotions I felt*); Venting (28, 29) (*Letting my emotions appear, venting and expressing them*); Confrontation (30, 31) (*Showing my emotions to the people who provoked the situation, behaving differently to them*) and Regulated Expression (32, 33) (*Calmly asking for excuses for what has been said or done*). It uses a Likert scale which goes from 0 (*never*) to 6 (*almost always*). The mean frequency of use was calculated for each confrontation strategy, where higher scores indicate a greater use of these ways of confronting and emotional regulating in genre violence cases. The

reliability of the affective regulation dimension of the scale (for the extended MARS scale) was $\alpha = .73$.

Analysis

First, differences in the use of different confronting strategies through the change stages were calculated by performing ANOVA and post hoc test with Bonferroni adjustment, in order to know among which categories of the dependent variable (change stage) the differences were (Hypothesis 1). Regression analyses were also conducted so as to confirm the relationship among the strategies and the change stage.

Second, correlation and mediation analyses were done with the aim of testing the association among the change stages with the modulation of strategies of the emotional response (Hypothesis 1), also with the positive and negative emotions (Hypothesis 2), and the relation between the emotions and the confronting strategies (Hypothesis 3).

Third, lineal regression analyses were performed to check the predicting weight of confronting strategies on the change stages, controlling for affect; also, mediation analyses to examine the mediating effect confronting strategies had on affects and change stages (Hypothesis 4). Every analysis was performed using the statistical program SPSS 22. Significance level was of .05.

Results

Regarding confronting ways used by women so as to deal with violence, results support hypothesis 1, indicating that there are significant differences in the use of each and one of the confronting strategies through the different change stages. In general, we found a progressive decrease in the use of strategies such as inhibition and passive psychological regulation through the change continuum. Post-hoc analyses showed that women in the pre-contemplation phase use more the inhibition and passive physiological regulation compared to women in the rest of the stages (E2, E3, E4). At the same time, the use of inhibition was greater in the E2 and E3 stage compared to E4. On the contrary, the use of active physiological regulation, confrontation, venting and regulated expression progressively increased in a descriptive way as women go further in the change continuum. Specifically, the use of active physiological regulation was bigger in the E3 and E4 compared to E1, while its use in E3 also differentiated with E2. In the same way, women classified in the action stage made a greater use of confrontation compared to those situated in the contemplation stage. In the case of venting, post-hoc tests did not reach a significant level. Finally, women situated in the maintenance stage, used more regulated expression of emotions compared to those in E1, E2 and E3 (see table 1).

Table 1

Mean comparisons confronting forms based on change stages.

		Change stages									F(gl = 3)	p
		Total	E1(n = 18) ^a		E2 (n = 50) ^b		E3 (n = 97) ^c		E4 (n = 36) ^d			
Confronting forms												
Active Physiologic Regulation	(0-12)	2.84 (2.15)	1.33 ^{cd}	1.12	2.30 ^c	2.7	3.33	2.19	3.06	2.09	6.21	.0001
Confronting	(0-12)	3.17 (1.84)	2.42	1.56	2.52 ^c	1.94	3.57	1.78	3.39	1.69	5.04	.002
Venting	(0-12)	3.79 (1.94)	2.78	1.94	3.57	1.78	4.04	1.90	3.96	1.76	2.66	.05
Inhibition	(0-18)	3.39 (1.77)	5.33 ^{bcd}	.98	3.84 ^d	1.62	3.18 ^d	1.72	2.33	1.44	16.06	.0001
Passive Physiologic Regulation	(0-12)	2.15 (1.72)	4.78 ^{bcd}	2.22	2.19	1.75	1.73	1.51	1.88	1.24	21.15	.0001
Regulated Expression	(0-12)	2.98 (1.84)	2.08 ^d	1.27	2.90 ^d	1.88	2.79 ^d	1.78	4.04	1.78	6.28	.0001

N = 201.

E1: pre-contemplative stage; E2: contemplative; E3: action; E4: maintenance.

^{a, b, c, d.} Sub-indexes indicate differences among groups (Bonferroni's correction).

Correlations between variables: affects, change stages and emotional response strategies.

The correlations among variables are presented in Table 2. These data confirm the results derived from ANOVAS which in turn supported hypothesis 1. The stage of pre-contemplation related positively and significantly with the use of passive physiologic regulation and inhibition, and negatively with the use of venting, active physiologic regulation and regulated expression. The stage of contemplation negatively related to passive physiologic regulation. Action stage was negatively associated to the passive physiologic regulation and inhibition, while positively with the use of confrontation, emotional venting and active physiological regulation. Maintenance stage negatively correlated to passive physiologic regulation and inhibition, and positively with the use of the regulated expression of emotions. It can be seen that E1 and E3 associate with a higher number of confronting strategies than E2 and E4.

The results about the relation between affects and change stages, proposed in hypothesis 2, were also shown in table 2 (the description about these relationships is discussed in chapter 4).

Further, these data empirically support hypothesis 3 by demonstrating negative affect was positively and significantly related to passive physiologic regulation and inhibition, and negatively (and also significantly) to confrontation, active physiologic regulation and regulated expression. The relationship between venting and negative affect was not significant. Positive

affect in contrast, negatively associated to passive physiologic regulation and inhibition, and positively with confrontation, venting, active physiologic regulation and regulated expression.

Nevertheless, alternative analyses demonstrated that negative affect was positively associated with instrumental actions ($r = .17, p = .02$) and social support ($r = .15, p = .04$) (but not with other strategies), when we controlled the stage of change and positive emotions. Positive affect was related to wishful thinking ($r = -.19, p = .01$), social isolation ($r = .18, p = .01$), distraction ($r = .26, p = .0001$), reappraisal ($r = .15, p = .03$), PPR ($r = -.27, p = .001$), PPA ($r = .24, p = .001$), self reward ($r = .25, p = .001$), inhibition ($r = -.20, p = .004$), confrontation ($r = .19, p = .01$), and social support ($r = .25, p = .001$)

Table 2

Bivariate correlations among the variables.

	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17
1. Negative affect	-	-.59**	.20**	.32**	-.21**	-.10	-.20**	-.17*	.12	.33**	.11	.03	-.07	.02	.13 ^t	.01	-.12
2. Positive affect		-	-.34**	-.31**	.29**	.19**	.26**	.14*	-.21**	-.15*	.18*	.01	.11	-.04	-.08	.09	.21**
3. Passive physiologic regulation			-	.25**	-.11	-.14*	-.16*	-.09	.45**	-.19**	-.35**	-.23**	-.11	-.07	-.07	-.04	-.06
4. Inhibition				-	-.29**	-.39**	-.29**	-.18*	.39**	.13 ^t	-.16*	-.20**	-.09	-.02	.01	.09	-.05
5. Confronting					-	.47**	.14*	.07	-.10	-.06	.31**	.10	-.05	.07	-.18*	-.08	.05
6. Venting						-	.30**	.03	-.28**	.12	.24**	.06	-.09	.03	-.11	-.14*	-.01
7. Active physiologic regulation							-	.22**	-.29**	-.12	.18*	.07	-.09	-.14*	.01	-.02	.01
8. Regulated expression								-	-.18*	-.04	.07	.31**	.07	-.06	.01	.02	-.01
9. Pre-contemplation									-	-.25**	-.42**	-.27**	-.08	-.12	.01	-.02	.01
10. Contemplation										-	.64**	.22**	-.14	.15*	-.05	.02	-.13
11. Action											-	.28**	.18*	-.06	.14*	-.03	.02
12. Maintenance												-	.04	.20**	-.06	-.02	-.11
13. VF													-	.05	.56***	.45***	.39***
14. VPS														-	-.13 ^t	-.20	-.31***
15. VDA															-	.33***	.46***
16. VSEX																-	.27
17. VNEG																	-

Note: VF: Physical assault; VPS: Psychological aggression; VDA: Injury, VSEX: sexual coercion; VNEG: negotiation

 $p \leq .001^{***}$, $p \leq .01^{**}$, $p \leq .05^*$, ^t $p > .05$

Modulation of the emotional response as a predictor of the change stage

Regression analyses are shown in Table 3. Results indicate that passive physiological regulation had a positive and significant effect in E1, while active physiological regulation had a negative effect ($F_{(16,198)} = 8.30, p = .0001$). The model explained the 67% of the total variance.

Negative affect had a positive impact in E2. Once the emotional activation level was controlled, the passive physiological regulation showed a negative effect, while the produced by venting was positive in E2 ($F_{(16,200)} = 9.51, p = .0001$). This model explained the 69% of the variance.

Both negative and positive affects were significant related to E3. After controlling for emotional activation, passive physiological regulation and inhibition showed a negative effect on E3, while confrontation and active physiological regulation proved to be positive and significant ($F_{(16,200)} = 10.42, p = .0001$). The model explained the 71% of the variance.

Regarding E4, passive physiological regulation and inhibition have a negative and significant effect, however, the regulated expression was positive and significant ($F_{(16,168)} = 3.48, p = .0001$), once the emotional activation was controlled. For E4, the model explained the 50% of the variance.

An alternative analysis was performed to check if the change stages had also an effect on the victims' emotions and the results showed that E1 ($\beta = .19, p = .01$) and E2 ($\beta = .41, p = .0001$) had a positive effect on negative affect and a

negative effect on positive affect ($\beta = -.17, p = .01, \beta = -.44, p = .0001$). Also, action exhibited an effect on positive affect ($\beta = .41, p = .0001$), but not on the negative ($\beta = -.07, p = .41$). E4 did not have an influence on the emotions victims (the negative: $\beta = .01, p = .84$; the positive: $\beta = -.06, p = .37$). Both models were significant (the negative $F_{(4,200)} = 8.35, p = .001$; and the positive $F_{(4,200)} = 10.43, p = .0001$) and explained the 14% and 18% of the variance, respectively.

Table 3

Regression analyses: affects and confronting strategies used over the stage of change.

	Change Stages ^a																				
	E1					E2					E3					E4					
	B (SE)	β	t	p	95% CI	B	β	t	p	95% CI	B	β	t	p	95% CI	B	β	t	p	95% CI	
Affect																					
Negative	-.53(.64)	-.06	-.82	.42	-1.79,.75	2.70(.64)	.31	4.22	.000	1.43,3.97	3.27(.69)	.34	4.72	.000	1.90,4.64	1.16 (.86)	.11	1.35	.18	-.54,2.85	
Positive	.24(.84)	.02	.28	.78	-1.42,1.89	-.87(.83)	.09	-1.05	.29	-2.51,.76	1.76(.91)	.15	1.95	.05	.72,4.29	1.30(1.12)	-.11	-1.16	.24	-3.51,.91	
Emotional response modulation ^c																					
PPR	1.03(.23)	.30	4.55	.000	.58,.1.47	-.67(.22)	-.19	-3.04	.003	-1.11,-.23	-.80(.24)	-.21	-3.31	.001	-1.28,-.32	-.68(.30)	-.17	-2.25	.03	-1.27,-.08	
INHI	1.08(.35)	.33	4.56	.000	.61,1.55	.06(.23)	.02	.25	.81	-.40,.51	-.53(.26)	.14	-2.06	.04	-1.03,.02	-.66(.32)	-.17	-2.09	.04	-1.28,-.04	
CON	.35 (.22)	.11	1.58	.12	-.08,.79	-.33(.22)	-.10	-1.50	.13	-.77,.10	.94(.24)	.26	3.914	.000	.47,1.41	.40(.29)	.11	1.36	.18	-.18,.99	
VEN	-.35(.22)	-.11	-1.55	.12	-.79,.10	.76(.22)	.25	3.46	.001	.32, 1.19	.04(.24)	.01	.19	.85	-.43,.52	-.18(.29)	-.05	-.61	.54	-.77,.40	
APR	-.77(.19)	-.28	-3.88	.000	-1.16,-.38	.26 (.19)	.09	1.34	.18	-.12,.64	.95(.21)	.30	4.46	.000	.52, 1.367	.05(.26)	.02	.22	.83	-.46,.57	
REX	-.34(.19)	-.10	-1.71	.09	-.73,.05	.23(.19)	.07	1.18	.24	-.15,.61	.27(.21)	.07	1.27	.21	-.15,.68	1.22(.26)	.33	4.69	.000	.71,1.73	
N				198				200					200					200			
R ²				.67				.69					.71					.50			

Note: significance level: $p \leq .05$. IC 95%: Confidence interval at 95%.

^a E1: Pre-contemplative; E2: Contemplation; E3: Action; E4: Maintenance.

^b PPR: Passive physiologic regulation; INHI: Inhibition; CON: Confrontation; VEN: Venting; APR: Active physiologic regulation; REX: Regulated expression.

Mediational analysis: confronting strategies as mediators between affects and change stages

In the following section, different mediational analyses were carried out with the aim of confirming whether confronting strategies mediate or influence the relationship between affects and change stages. In these analyses, direct effect is the one of positive and negative affects on the change stage when the mediating variable (confronting strategies) is being controlled (c'); the indirect effect is the product of $a * b$ in the model, meaning the affect's effect in the confronting strategies (a) by the effect of the confronting strategies in the change stage (b). Finally, the total effect is the simple relationship between the predictor (X) and the dependent variable (Y) (c). In order to verify the mediating hypothesis about the confronting strategies between affects and the motivation for change of stage, PROCESS macro for SPSS 22.0 was used, which estimates the indirect effect, standard errors and the confident intervals based on the distribution obtained through the bootstrap method (Hayes, 2013). By means of re-sampling from the original one, different simulated samples are generated in order to calculate the standard error (5000 samples were extracted). This procedure is considered adequate to estimate indirect effect that does not usually have a normal distribution. The indirect effect is significant if the confidence interval does not consider the value zero. Additionally, it is proposed that the total effect does not necessarily have to be

significant so as mediation to occur, but the important is the absolute difference between the total and the direct effect (Preacher & Hayes, 2008).

As it was indicated in chapter 4, there were differences according assistance times, centre of reference and province in the change stages and therefore, these variables were introduced as covariables in every mediational analyses. The violence type was also considered as control variable, as different authors suggest (see Shorey, McNulty, Moore, & Stuart, 2016). In addition, due to the low number of women who are classified in certain change stages (i.e., pre-contemplation), each change stage was treated as a continuous variable in the mediation with the aim of enhancing statistical power (see Table 4).

Table 4a.

Mediational effects.

	a Effects		b Effects				Indirect effects (a-b)							
			E1	E2	E3	E4	E1		E2		E3		E4	
			Positive Affect											
			<i>F</i> = 7.39 ^{***} , R-sq=.40											
			R-sq=.25 R-sq=.14 R-sq=.05											
Model 1:	B(SE)	B (SE)	B (SE)	B (SE)	B (SE)	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	
M1: PPR	-1.20(.23) ^{***}	1.12(.23) ^{***}	-.81 (.24) ^{***}	-.96(.0)7 ^{**}	-.67(.29) [*]	-1.34(.44)	-2.34,-.61	.94(.35)	.38,1.75	1.14(.42)	.49,2.13	.79(.40)	.17.,1.75	
M2: INHI	-.97(.23) ^{***}	.91(.24) ^{***}	.39(.25)	-.13(.28)	-.62(.30) [*]	-.89(.37)	-1.73, -.31	-.37(.29)	-1.10,.11	.12(.30)	-.41,.81	.60(.35)	.06,1.48	
M3: CON	.80(.24) ^{**}	.23(.23)	-.17(.24)	1.08(.28) ^{***}	.37(.29)	.19(.20)	-.12, .70	-.13(.20)	-.58,.24	.86(.36)	.29,1.72	.29(.26)	-.12,.92	
M4: VEN	.64(.26) [*]	-.41(.23) [†]	.88(.24) ^{***}	.21(.27)	-.17(.29)	-.26 (.21)	-.86, .03	.52(.26)	.13,1.18	.13(.30)	-.15,.61	-.11(.22)	-.67,.23	
M5: APR	1.11(.27) ^{***}	-.57(.20) ^{***}	.08(.21)	.68(.23) ^{***}	.12(.26)	-.63 (.25)	-1.25,-.23	.09(.04)	-.47,.69	.76(.36)	.17,1.58	.14(.30)	-.45,.76	
M6: REX	.46(.26) [†]	-.25(.20)	.08(.21)	.09(.23)	1.21(.26) ^{***}	-.11(.11)	-.44,.04	.04(.12)	-.13,1.18	.04(.12)	-.13,.39	.55(.36)	-.06,1.37	
c(total effect)		-2.81(.81) ^{***}	-1.06(.75)	3.27(.11) ^{***}	.18 (.95)									
c' (direct effect)		.24 (.77)	-2.16(.79) ^{**}	.21 (.89)	-2.09(.99) [*]									

Table 4b.

Mediational effects.

	a Effects		b Effects				Indirect effects (a-b)							
		E1	E2	E3	E4	E1		E2		E3		E4		
Negative Affect		F = 7.39 ^{***} , R-sq=.40	6.37 ^{***} , R-sq=.25	3.25 ^{***} , R-sq=.14	.96, R-sq=.05									
	B(SE)	B (SE)	B (SE)	B (SE)	B(SE)	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	B (Boot SE)	IC 95%	
Model 2:		F = 7.49 ^{***} , R-sq=.40	8.84 ^{***} , R-sq=.32	8.19 ^{***} , R-sq=.42	.96 ^{***} , R-sq=.05									
M1: PPR	.51(.19)**	1.12(.22) ^{***}	-.73(.22)**	-1.07(.25) ^{***}	-.56(.28)*	.57(.25)	.15,1.13	-.35(.18)	-.81,-.09	-.53(.24)	-1.10,-.16	-.28(.18)	-.73,-.023	
M2: INH	.79(.19) ^{***}	.95(.24) ^{***}	.21(.24)	-.38(.27)*	-.67(.31)*	.75(.27)	.32,1.40	-.17(.22)	-.25,.64	-.30(.26)	-.90,.12	-.53(.28)	-1.23,-.10	
M3: CON	-.45(.20)*	.22(.23)	-.17(.22)	1.21(.25) ^{***}	.34(.29)	-.09(.12)	-.44,.05	.07(.11)	-.17,.42	-.54(.26)	-1.15,-.09	-.15(.16)	-.59,.06	
M4: VEN	-.27(.21)	-.40(.23)	.81(.23) ^{***}	.11(.25)	-.20(.29)	.11(.13)	-.04,.51	-.18(.19)	-.63,.16	-.02(.09)	-.34,.08	.05(.12)	-.07,.46	
M5: APR	-.64(.23)**	-.58(.20)**	.09(.20)	.79(.22) ^{***}	.09(.26)	.38(.19)	.08,.85	-.06(.15)	-.41,.21	-.51(.25)	-1.12,-.14	-.06(.18)	-.45,.29	
M6: REX	-.44(.21)*	-.26(.20)	.13(.19)	.16(.22)	1.23(.26) ^{***}	.12(.11)	-.02,.44	-.06(.08)	-.31,.05	-.07(.10)	-.37,.07	-.52(.30)	-1.24,-.02	
c (total effect)		1.24(.68)*	2.57(.59) ^{***}	.64(.76)	.14(.78)									
c' (direct effect)		-.58(.59)	2.97 (.59) ^{***}	2.62(.66) ^{***}	1.63(.76)*									

Note: N=201.

E1: Stage 1 of pre-contemplation; E2: Stage 2 contemplative; E3: Stage of action; E4: Maintenance stage. Dependant variable (Y): Positive affect (PA); Independent variable (X): Change stage (E1, E2, E3, E4); Mediators (M1-M6).

M1: Pasive psychological regulation; M2:Inhibition; M3: Confrontation; M4: Venting; M5: Active psychological regulation; M6. Regulated expression.

Total effects (c); Direct effects (c'); X-M= a, M-Y= b; Indirect effects: B= Ba-Bb; Confidence Intervals, CI (95%).

† p >.05, * p ≤ .05, ** p ≤ .01, *** p ≤ .001

Supporting hypothesis 3, analyses from model 1 (AP) about the total combination of the four change stages, indicated that positive affect reduced the use of PPR and inhibition, but also increased the use of confrontation, venting and APR. Conversely, negative affect increased the used of PPR and inhibition, and reduced the use of confrontation, APR and regulated expression (a effects).

Pre-contemplation [E1]: In both models (PA and NA), the analysis (see Table 4 and Figure 2) revealed that while PPR and inhibition were positively and significantly associated with E1, APR did it in a negative and significant way (b effects). When checking the indirect effects of positive and negative affect on E1, it is observed that PPR, inhibition and APR are significant mediators. Consequently, a low PA and a high NA increased the use of PPR and inhibition, and also decreased the use of APR, which in turn was associated to a higher acceptance of E1 (higher scores indicate higher justification, minimizing and less consciousness of being a genre violence victim). It was not found evidence so as to say that PA and NA had any influence on the E1, independently their effects on the confronting strategies (c' effect).

Contemplation [E2]: In both models, PPR related to E2 in a negative and significant way, while venting had a positive effect (b effects). Indirect effects indicate that PPR had a mediating role between PA and NA, and E2 in both models, while venting only does it in PA. As a result, a low PA and a high NA increase the use of PPR, which in turn associate to a smaller acceptance of the

E2. Furthermore, a higher PA also boots the use of venting, which also relates with a greater acceptance of E2 (higher scores indicate bigger awareness and evaluation of pros and cons in the relation). In these models, direct effects from a low PA and a high NA on E2 were statistically significant (c' effect).

Action [E3]: For the 1st and 2nd model, results indicated that confrontation and APR had a positive and significant effect on E3, while PPR's was negative. Unlike model 1, in model 2, inhibition related to E3 in a negative way (b effects). Congruent with indirect effect test, confrontation, APR and PPR explained the relationship between PA and NA with E3. In other words, a greater PA and a lower NA associated with a smaller use of PPR and a bigger use of confrontation and APR, which is linked to a greater acceptance of E3 (higher scores indicate more agreement to perform instrumental behaviours with the objective of escaping from violence). It was only found evidence about the influence of NA on E3, independently its effects on other mediators (c' effect).

Maintenance [E4]: In model 1 and 2, the use of less PPR and inhibition was related to a greater agreement with E4. What is more, regulated expression had a significant and positive effect on E4 (b effects). The analysis of indirect effects in both models indicated that these strategies were mediators between affects and E4, with the exception of regulated expression which was only significant in model 2. This means that a higher PA and a lower NA were associated to a smaller use of PPR and inhibition, which implied a greater acceptance of E4. Further, a low NA was more related to regulated expression which in turn

associated with a greater agreement with E4 (higher scores indicate a greater agreement with the need of maintaining the changes in the following stages and the search of new goals). Direct effects were significant both in the case of NA (negative) and PA (positive) (c' effect).

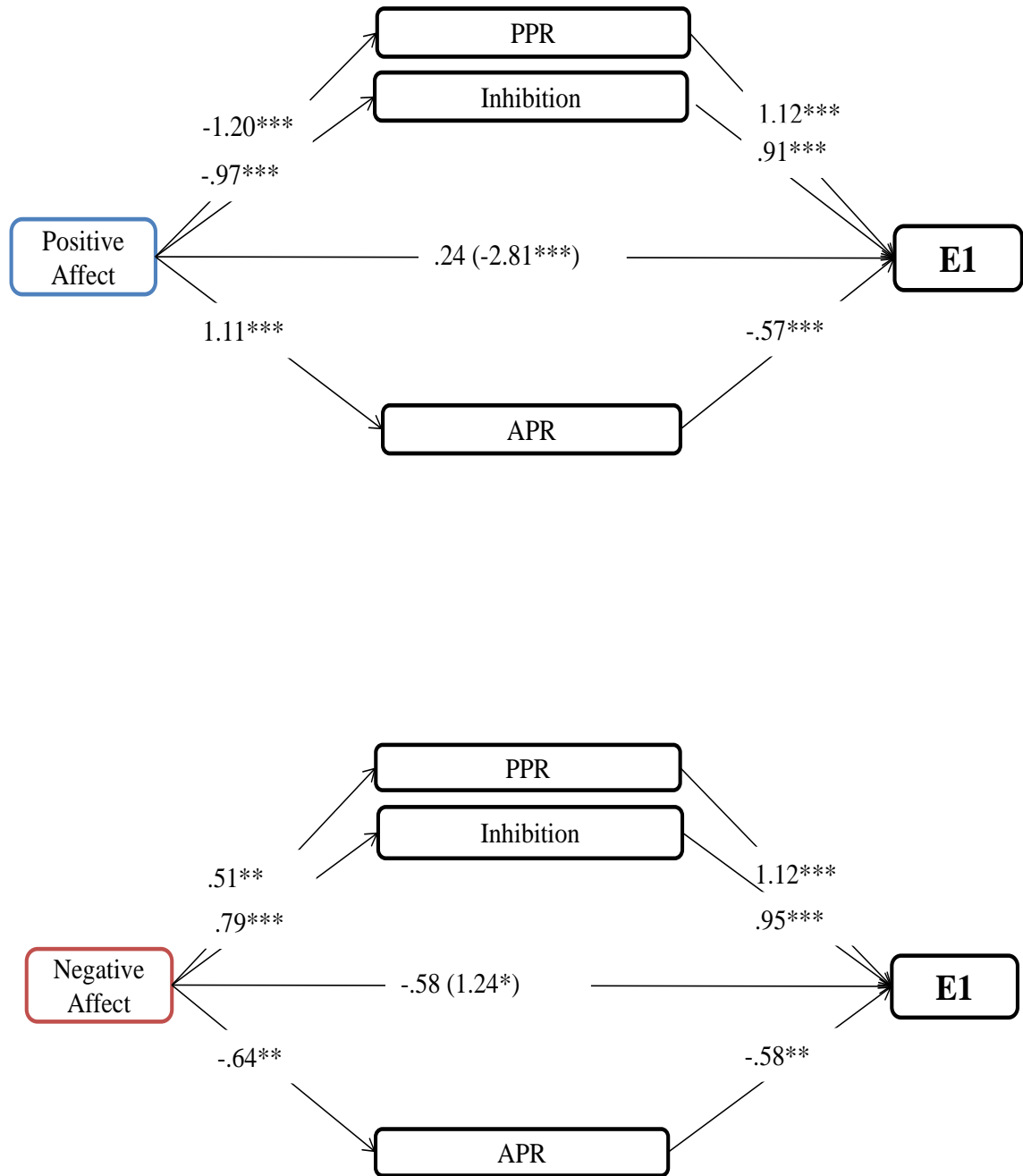


Figure 1. Coping strategies as mediators between affect and pre contemplation stage.

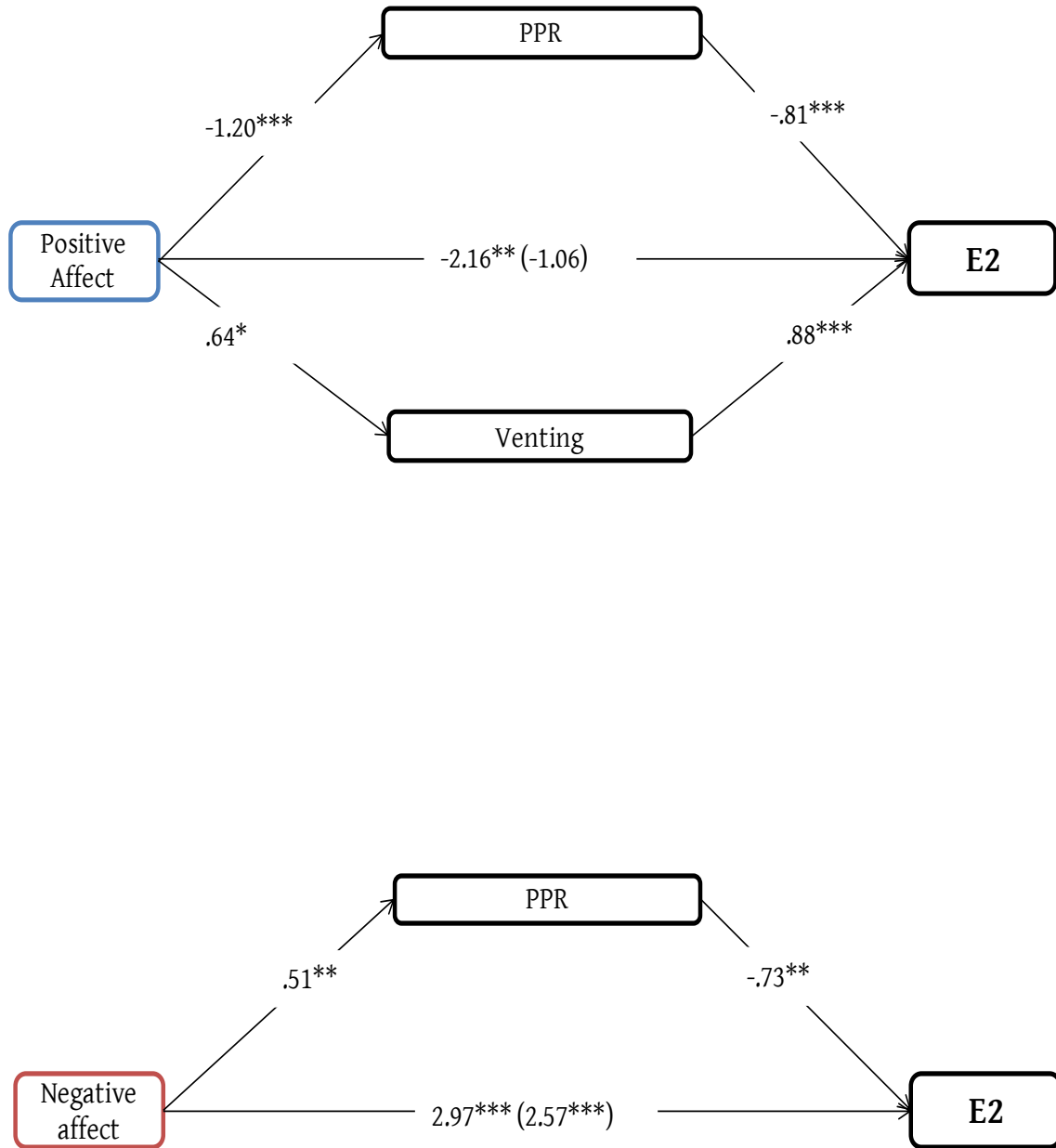


Figure 2. Coping strategies as mediators between affect and contemplation

stage.

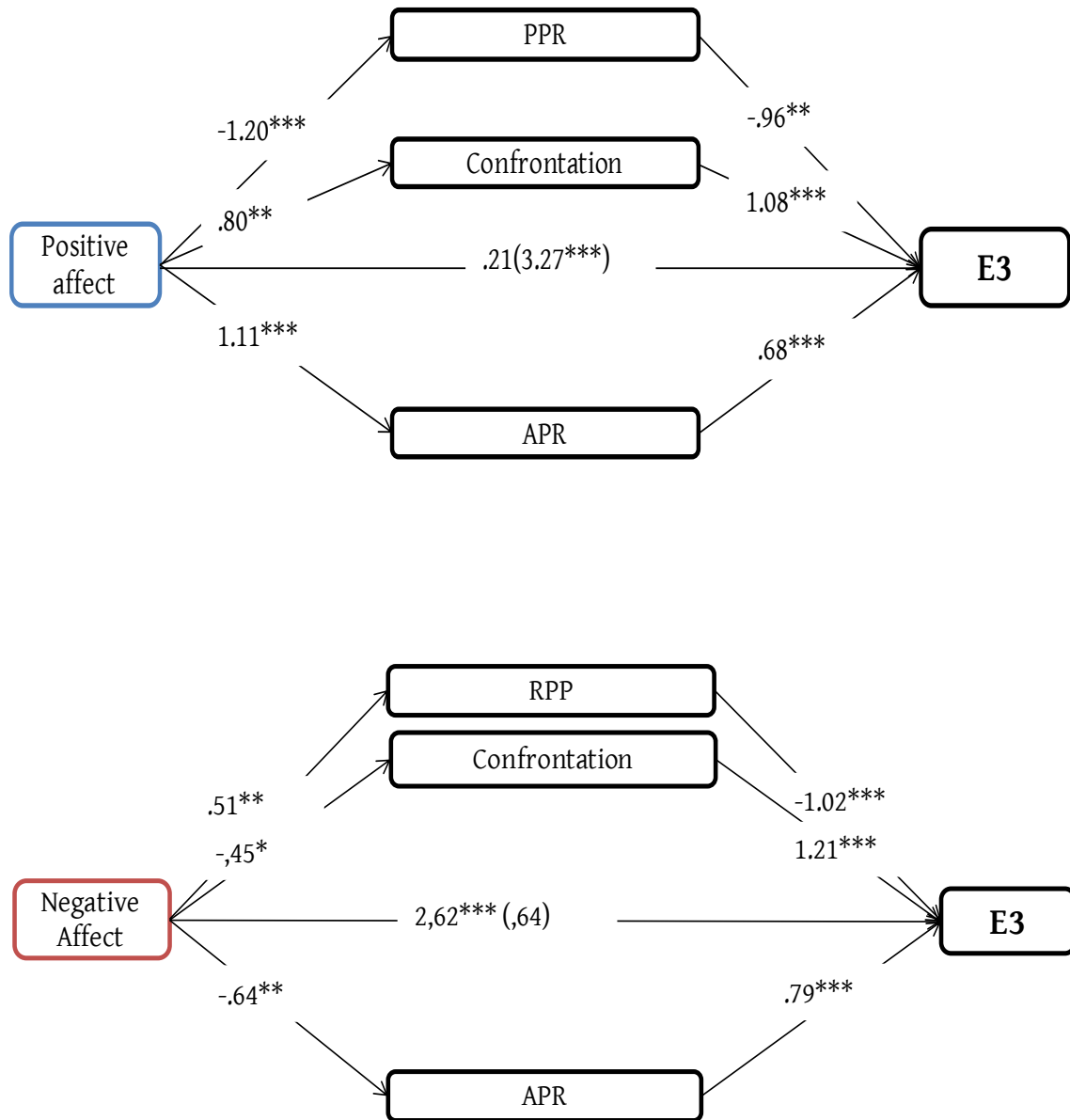
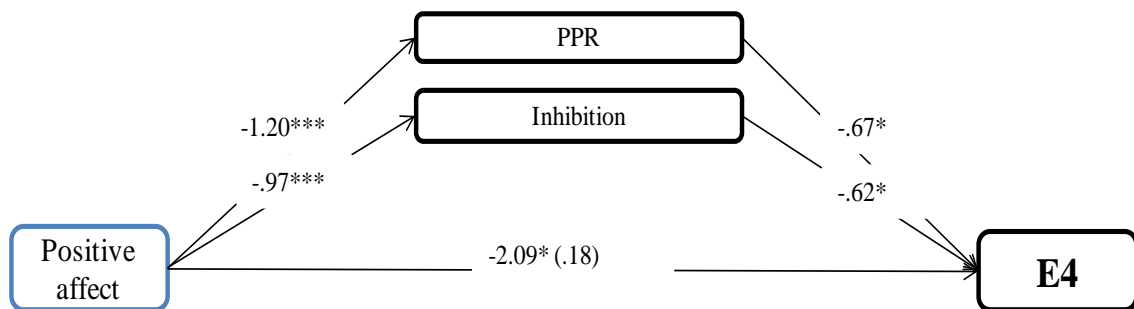


Figure 3. Coping strategies as mediators between affect and action stage.



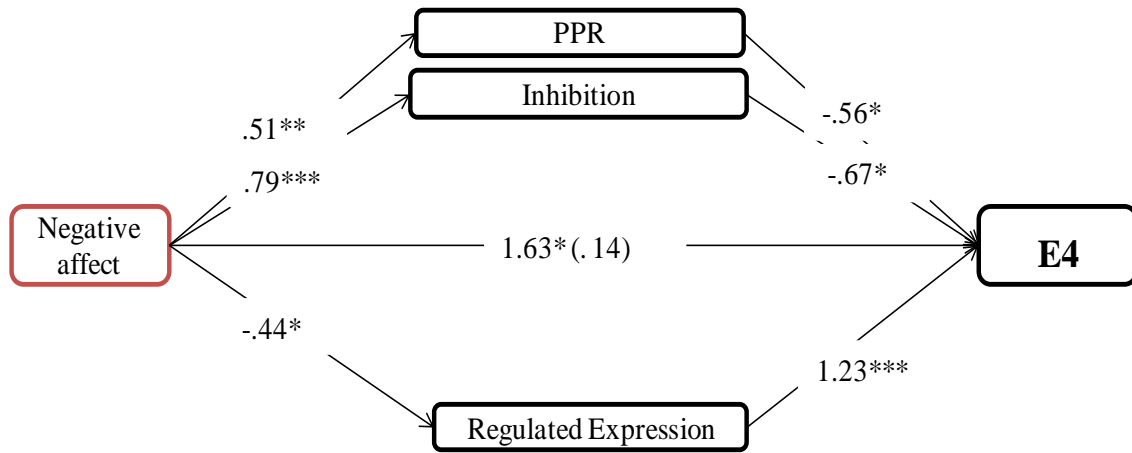


Figure 4. Coping strategies as mediators between affect and maintenance stage.

Discussion

Our study centred on the comprehension of confronting ways through which Spanish women face genre violence. According to theories on emotional regulating processes, we have expanded the mediating role of the strategies between affects and change stages. The strategies taken into account have been those oriented to the emotional response modulation. The results prove that mistreated women use different types of surviving strategies throughout the change process, and are in line with previous research, indicating that, in order to maintain a positive hedonic balance regarding the violence they experience, women carry out confronting strategies to reduce the highly negative burden and to adjust positive affect levels (Larsen, 2009). Therefore, this study found that some strategies (i.e., emotional response modulation) were mediators between affects and the motivation to change and thus, a clearer vision of how women (having been mistreated) achieve emotional regulation in violent relationships is provided.

Confirming Hypothesis 1, results show that women differ in the used strategy throughout the change stage. According to this, women classified in E1 show more negative emotions and tend to use more passive strategies- i.e. inhibition, when facing violence (compared to the rest of stages). Although there were not found differences in the use of inhibition between E2 and E3, it is observed a progressive decrease along different stages as a whole, which indicates that victims suppressed less their emotions as they went through the

change continuum. A similar outcome occurs with PPR, which was used more frequently in the first stage compared with rest, where its use decreased. However, women in E3 started to use more confrontation in comparison with E2. APR was also higher in E3 and E4 than in the first stage. Women classified in E4 used more the regulated expression of their emotions than in the rest of stages. These results suggest that victims from genre violence are flexible when choosing a strategy in each moment. Nevertheless, the election and the efficacy of some strategies or others might have determined by the victim's perception about its efficacy of implementation in the context of violence and also based on the hedonic goals they aim to (Gross, 2015).

Correlational analyses back these results indicating that E1 and E3 associated to the use of more confronting strategies (5 out of 6 strategies), while E2 and E4 related to a smaller tendency to respond to violence (in E2 uniquely associates to one strategy and in E4, to three). This can be reflecting that E1 and E3 are to critic and opposing moments in the change process, where women do important efforts aimed to different goals. In E1, regulating efforts may be directed towards keeping the relation, while in E3, towards ending the violence. Also, action is more linked to negative affect and this way, can be more demanding due to the goals they want to reach in this stage (bearing in mind that in chapter 4 , women in E3 present more negative emotions than in E4, and more positive emotions than E1 and E2). This goes in the same line as previous theories which postulate that the needs in the

moment of the rupture are considerable, and that women have to turn to the use of multiple confronting strategies to overcome them (Gross, 2015; Miracco et al., 2010). E2 appears to be a transition stage which does not include action, but the awareness about the violent situation and the escaping plans. According to the regression analysis, this stage also promotes less passive behaviours and a bigger necessity of venting. E4 reflects the maintenance and the return to normality after abuses. In this stage, victims use less confronting strategies than in E3, are less passive and do not hold back and have a bigger ability to express their emotions in a regulated manner.

Results also confirm the influence of affects on the decision making process in genre violence situations. In this study, both affect types are separately measured in order to obtain complete information about the complete affective spectrum, in line to what was proposed by Kim and Mueller (2001) or by Arthaud-Day, Rode, Mooney and Near (2005). Further, taking into account the response type (Likert type) and the evaluated period (one month), the two-dimensional structures is seemed more adequate (Bradburn, 1969; Bushman & Crowley, 2010). In the same way, though our data confirm a moderate-strong association between both affects ($r = -.59$), the common percentage of variance was of 34.8%, meaning that there were variations in the affect levels that could be explained by other variables.

Following this analysis procedure, results indicated that both positive and negative affect had an effect on the change stage (Hypothesis 2) and the confronting strategies (Hypothesis 3).

Hypothesis 2 is confirmed. The emotions are related to the reaction ability of the victims (i.e., they variate throughout the change process). On the one side, results indicate that a low positive affectivity related to E1. This reflects that the absence of positive-alike emotions associated to E1 may be keeping the woman in the mistreating situation. That is, victims showed lack of motivation and energy, but also their feelings of unsafety increased. Furthermore, fear and sadness generate confusion and freeze the victim in a defencelessness situation and can bring about learning and habituation to the threatening-and-violent situation and even strengthen the aggressor's new violent behaviours when perceiving that victim is highly vulnerable (Kashdana et al., 2006). In E2, correlational analyses confirmed that low positive affect, but also high negative affect associated to E2. This pattern suggests that is mainly the negative affectivity (and in with a smaller intensity, low positive affectivity associated to the partner and to the suffered violence) the one that relates to a higher evaluation of pro and con, and to the awareness about the abusive situation. Alternative analyses and other research support this result. Partial correlations demonstrated that direct action and searching social support correlated positively with negative affectivity when we controlled the stage of change and positive emotions. In other words, more negative emotions and the absence of

positive ones can facilitate that women question the relationship, make a balance about their situation, identify and recognise abuse, and start regulating strategies that favour a way out from violence. In line with this argument, negative affectivity could have a gain function (i.e., a positive effect on the victims' decisions), because allows women to acquire consciousness about mistreatment (Larsen, 2009). Other research supports this result. For example, a retrospective study in the U.S.A showed that high anger levels towards the violent partner are related with a more efficient response and more change possibilities (Overstreet, Willie, & Sullivan, 2016). In E3, correlational analyses indicate that positive emotions are the ones that are linked to action behaviours, implying that victims feel with more energy, motivated, and with more resources and abilities to make decisions in E3. According to this, previous hypotheses indicated that positive emotions enhanced the attentional focus, and increased the repertoire of responses toward violence (Fredrikson, 2001), but also associated with a greater necessity of enjoying positive aspects of life. Nevertheless, in the following stage, neither positive nor negative emotions related with a greater agreement with E4.

On the other hand, correlational and mediation analyses confirmed hypothesis 3. Positive and negative affect had an adaptive and regulating function in the change process (Hofmann et al., 2016). Both affect forms related to the use of confronting strategies and emotional regulation. Our data indicated that, in general, positive affects associated in a positive way to active

strategies, while the negative, to passive ones. This means that a lack of emotional regulating abilities is linked to a greater negative affect, a reduction of positive affect and ineffective attempts of controlling their emotions. Following this result, Aspinwall (2001) described how positive affects and beliefs serve as resources to people who cope with adversity, because they soften the negative effects. Other study proved that positive emotions increase the possibilities of finding a posterior positive meaning to the situation and improve the adjustment level and the long-term psychological adaptation (Livingstone y Srivastava, 2012). It has been also proved that positive emotions such as energy and motivation can facilitate the personal growth and social bonds, while the function of negative ones is to warn about dangers and limits, and therefore, favour our survival (Moriondo, De Palma, Medrano, & Murillo, 2012).

More concretely, mediation results indicate that positive affects associated with the use of more confrontation, emotional venting and APR, and less to the use of PPR and emotional inhibition. Negative affects showed contrary effects, with the exception of venting which was not significant. In consequence, confrontation, venting and APR activated in the presence of a more positive affectivity, while PPR and inhibition tended to start up when negative emotions were predominant. Coherently with this result, correlational analyses confirmed these relationships. Furthermore, a link to the emotional expression

of emotions was found (of a positive kind with positive affect, and of a negative kind with negative affects).

In the same way, hypothesis 4 about the mediating role confronting strategies has between affects and change stages were confirmed. Results from mediation analyses indicated that PPR, inhibition and APR are mediators between positive and negative affects and E1 (significant indirect effects). Low positive and high negative affectivity (e.g., the absence of joy and motivation, and the presence of fear and sadness) boosted the use of more PPR, inhibition and less APR, which were related to a lack of awareness, and a minimization and justification of violence. The relationship between strategies and the change stage was also verified with the regression analyses. For this reason, enhancing positive affect and reducing negative emotions promotes the use of confronting strategies, which in turn reduce the agreement with E1 and could be adequate to encourage the change among women who are classified in this phase. In this line, previous research indicates that in the first phases, victims tend to inhibit their emotions (not seeking for help) and star passive-alike behaviours aimed to pleasing the aggressor, maintaining emotional balance in the relationship and avoiding new conflicts (Keeling et al., 2016; Overstreet et al., 2016). According to other studies, the victim's ability to regulate negative emotions in this stage has the objective of promoting the recovery of normal functioning and survival strategies within the relationship (Gross, 2015). As other authors suggest, victims could try involving in the management of

conflicts with the goal of controlling the aggressor's behaviour and reducing the psychological anxiety violence produces (Reviere et al., 2007). In the same vein, negative emotions promoted the use of PPR and inhibition which can be used by victims in order to survive in the relationship. At the same time, positive emotions increase the use of APR which reduces the level of agreement with E1 and hence, facilitates the change. These results are also coherent with studies which suggest that victims assume the responsibility of abuse and normalise the situation of violence in E1, inhibit their emotions and try to solve the situation by themselves, modifying their behaviour so as to reduce abuses at the minimum (Burkitt & Larkin, 2008; Panchanadeswaran & Mccloskey, 2007).

Also, the disposition to inhibit hostility, anger and other negative emotions are associated to more psychological problems from remaining in E1 (Zaki & Williams, 2013). As other studies indicate, it is frequent that in this phase, victims try controlling the situation and achieving a change in the aggressor's behaviour (extrinsic and instrumental), which produces huge emotional costs (Gross, 2015; Larsen, 2009). For instance, Kocot and Goodman (2003) found that re-victimisation was positively related to an increase of vulnerability produced by suppression/inhibition of negative emotions, and the absence of personal resources. Other study found that inhibition and PPR were associated to higher levels of long-term psychological anxiety and a longer term in the relationship (Ullman, Peter-Hagene, & Relyea, 2014).

Following the change continuum, in E2 women start taking more active measures and being more aware to protect themselves and getting away from a situation of violence. Data indicate that PPR and venting partially explained the relationship between positive affects and E2. High positive affectivity regarding violence decreased the use of more PPR and enhanced the use of venting, associated to a greater agreement with E2. Regressions also confirmed this result. This is, in this stage, a rise of positive affectivity favoured the use of more active strategies such as emotional venting, which turned out to be beneficial to women because it related to a greater acknowledgement of mistreatment (E2). Other studies have confirmed that venting can be used as a way of modifying and manifesting negative emotions associated to violence and the relationship, and also benefits action (Baly, 2010). Conversely, even though venting has been considered the first step to the search of help (Bonanno et al., 2004), according to previous results a great deal of women continue hiding mistreatment in E2, because they do not feel with the enough resources to finding a way out of the situation (low positive affectivity associated to E2), getting carried away by their negative emotions. In this sense, our data found a positive and significant effect of negative emotions in E2. This aspect is especially relevant due to, depending on the pros-and-cons balance about continuing in the relationship or not, they can decide to participate in the change of behaviours or they can return to the pre-contemplative phase. Furthermore, it is important to bear in mind that it is the

relation's context and the women's ability to use one or more strategies what is going to determine moving to the next stage. Although, and even though investigators on emotional regulation have widely debated about this, many of them point that venting can be effective in this stage in order to motivate the awareness and the first change behaviours (Alexander, Morris, Tracy, & Frye, 2010; Bonanno et al., 2004; Larsen, 2009). On the other hand, other studies indicate that in this stage, regret-related attitudes that are exhibited by aggressors after a violent episode and the difficulties women have to accept the breakdown of the ideal of a family, also increase their chances of experiencing a setback in the change process. In other words, many women do not overcome this stage and return to the aggressor.

Also, results indicate that PPR was a mediator between negative affect and the agreement level with E2. Therefore, women tended to use less PPR when negative affect levels associated to E2 were reduced. This goes in line with studies which suggest that is possible that negative emotions such as fear to a more serious aggression or the perception that the mistreatment situation will continue, foster women paralyse in E2. This is way the use of PPR did not have a positive result in this stage. A possible explanation is that fear to a direct confrontation with the aggressor can expose women to a greater risk of aggression (Reisenhofer & Taft, 2013). Other authors have indicated that is the victim who becomes passive in front of abuse after long and uncontrollable experiences and continuing and ineffective efforts of controlling the

aggressor's behaviour (Keeling et al., 2016; Murray, Crowe, & Flasch, 2015). Supporting this idea, some studies about the attribution of causality have proved that long-term and uncontrollable exposure to violent situations weaken and consume the victims' energy and probably reduce actions probabilities (Miracco et al., 2010). It would be in a posterior phase (action stage E3) where the way out from a violent situation will be effective.

Results confirmed that in E3 women become aware of mistreatment and show enough resources to deal with the situation and are able to taking more active measures to escape the violent situations (E3). The action implies victims to modify their behaviour, do preparations, make decisions, seek information and plan alternatives (Alexander et al., 2010; Murray et al., 2015b). Further, according to theories about emotional regulation, the use of a bigger number of strategies can be explained because women in this stage perceive more discrepancies between the real situation where they live and the hedonic goals they pursue (i.e., what they wish) and therefore, make more attempts to regulate their emotions (Larsen, 2009). In this line, mediational analyses indicate that high positive affectivity and low negative affectivity start the use of confrontation and APR, which had a positive effect on E3, but also related to a smaller use of PPR, which in turn negatively associated with action. The same results were found in the regression analyses which indicate there is a positive effect of APR and confrontation, and negative from PPR on E3. Consequently, PPR turned out to be a non-adequate response in this stage because it was

related to more negative emotions and less negative, and a smaller tendency to action. Conversely, both positive emotions and the absence of negative ones promote both confrontation and APR, and motivate action responses among victims. Supporting the previous, correlational analyses confirm that the use of confrontation and APR favour the appearance of positive emotions when is used by victims in order to face and change the situation they live in, while PPR related to a decrease of positive emotions and an increase of negative ones.

In the maintenance stage (E4), mediational analyses confirmed that PPR and inhibition mediated the relationship between positive and negative affect and E4. This way, high positive affectivity and low negative affectivity promote a smaller use of both strategies, which is in turn associated to a greater agreement to E4. Also, the regulated expression of emotions was used by victims who felt less negative emotions and associated to a greater agreement to E4. The effect of strategies on the change stage was also confirmed through regression and correlational analyses. As a result, working on an improvement of positive affect can be adequate in this stage because victims will use less passive strategies as inhibition and PPR. Not doing it would imply that the person may act based on negative sensations or low positive affect.

The implications of this study include some practical recommendations and also have significant theoretical implications, research and the treatment towards victims. Professionals can use this material with the objective of designing and providing more effective services and attending the victims'

needs in every moment. Our results bring up the necessity of working with both types of affects in order to achieve a way out and an earlier recovery to women. On the other hand, they indicate that it is not the number of strategies, but their efficacy related to the time frame and the context that provokes an effective confrontation to violence. In a parallel way, our study indicates that every confronting form acts as a mediator between affects (positive and negative) and some change stage, and an adequate use of the strategy could result in the reduction of the probability of having a setback throughout the continuum and getting back with the partner. Furthermore, and due to the victims' election to maintain their relationship depends on their personal context and specifically on the perceived risks and personal resources, it is of great importance the evaluation of the woman's situation based on a model that defines affects and behaviours. Community and public resources have to be given to encourage mistreated women to seek help and move to the action stage. In consequence, professionals and victims who are more informed about how women regulate their emotions, will be better equipped to know how and what to do with the available resources in order to deal with violence.

In the same way, it is suggested that the election of certain strategies has repercussions on the victims. A future line of research should include the study of women's beliefs about the efficacy of behaviour and about the beliefs about their own ability to achieve behavioural change. Several studies indicate that self-efficacy beliefs are related to the increase of self-change and

empowerment (Cattaneo & Goodman, 2015). Recent investigations have already started to include the role beliefs have on help seeking, and preliminary evidence has been found indicating that a positive attitude towards treatment search is related to the feelings and efficacy perception they generate (Sylaska & Edwards, 2014). Also, it would be interesting to include more contextual information, such as the one related to rejecting and supporting attitudes before violence disclosure.

On the other hand, this study has implications within emotional regulation theories (Gyurak et al, 2011; Tamir et al., 2007). This research indicates that the emotional state of victims can have a direct effect on the change stages, but also, decisions made by women in each change stage can influence their own emotional experience and reaction ability in subsequent phases (loop effect). This means that their decisions may also alter the emotional experience and the way they express their emotions afterwards. Put it differently, each change of stage could imply the re-evaluation of the new situation regarding violence and could also have different emotional consequences. The results from alternative analyses proved that women in E1 and E2 increased negative affect level and decreased positive affect levels. Also, the action improved the emotional state (positive) of women who had suffered from violence. E4 was not significant, however, the percentage of explained variance was smaller for both models (positive and negative affect) when affects were taken as a dependent variable, indicating that even though emotions are the ones that

mainly lead decision making processes in the rupture (or the resistance to change), women also experience changes in their emotional state through change phases. Longitudinal studies would be necessary so as to confirm this relation and have a better understanding on how affects vary along time.

This study contributes with evidence about how women regulate their emotions based on change stages and it can be considered by professionals in their clinic practice. Results suggest that existing theories on emotional regulation can be applied to the context of genre violence. Mistreated women experience continuous changes in their emotional state along the change process. This implies that emotions are malleable and thus, women possess the ability of controlling/regulating their emotions in a relationship. At the same time, emotions generate confronting behaviours that could favour or hinder overcoming violence. Emotional regulation has been linked to good emotional and social results (e.g., Gross & John, 2003). Because of this, the importance of considering and explaining possible differences in emotional responses women have when facing violence in a time frame, can allow professionals to do a better description about the change process and the efficacy of behaviour. Women who seek for help usually place themselves in a more advanced level in the change continuum, but in E1 and E2 is still necessary to face direct violence. Our proposal allows to attend their demands when there are still caught in the relationship.



Mouth wide shut! Strategies of female sex workers for coping with intimate partner violence

CHAPTER 6. “MOUTH WIDE SHUT”: STRATEGIES OF FEMALE SEX WORKERS FOR COPING WITH INTIMATE PARTNER VIOLENCE

Puente, A., Ubillos, S., García-, M., & Páez, D. (2016). “Mouth Wide Shut”! Strategies of female sex workers for coping with intimate partner violence. *Journal of interpersonal violence*, 1-24. Doi: 10.1177/0886260516670180

Introduction

Sex trafficking and prostitution are a form of commercial sexual exploitation which involves the victimization of women and both of them are considered a public health hazard and a form of discrimination (Wilson & Butler, 2013). Sex trafficking requires that victims were recruited, transported, transferred, kept or receipted for the purpose of exploitation. Relative to prostitution, sexual exploitation is noted as the most commonly identified form of human trafficking (Wilson & Butler, 2013). Sex trafficking represents an attack on life and health and involve the control of the person's economy, as well as a threat to general social well-being (Betzer, Köhler, & Schlemm, 2015). Comparing to sex trafficking, prostitution is defined as a practice of engaging in sex acts in exchange for money (United State [U.S.], Department of State,

2013). In Spain, there is a lack of legislation to protect prostituted women whose human rights are violated, and to highlight the violence against women which is implicit in this form of violence. Prostitution itself is not directly addressed in the Criminal Code of Spain, but sexual exploitation such as pimping is illegal (through Article 318) (Ballester, Salmeron, Gil, Gómez, 2012). The only applicable law to protect sex workers who suffer violence from their partners is the Organic Law 1/2004 of integral protection measures against gender violence included protection and assistance to victims. This law protects them because of their gender and not because of being sex workers. This special jurisdiction was created with the aim of eradicating the inflicted violence towards women by the simple fact of being one, and that is a manifestation of discrimination, inequality and power of men over women in the context of relationships. Also, it makes reference to the importance of a social intolerance and legal condemnation of the people who benefit from the sexual exploitation of women (Gutierrez & Delgado, 2015).

Reports of the EMUME team of the Guardia Civil (a Spanish police corp) indicated that there were between 200,000 and 400,000 female sex workers in Spain, almost the 80% are foreign, in more than 3,000 establishments where prostitution is practiced. Approximately 90% of those involved in prostitution, work under the control of organized networks operating nationwide (sex trafficking) and 96,85 % were foreign (Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer, [IMIO], 2015). The rate of women who operate in the clubs is 80% to 20%

who work in the streets. However, the indices are variable and the ratio of sex workers who are operating in the streets is likely to be higher than the official reports (González & Tirado, 2006). Even though in Spain there is not any specific register of sex workers, 126,742 women have declared that they suffer violence from their partners in 2014 (IMIO, 2015).

Researchers in the field of social exclusion assert that there is a link between criminalization and the increased likelihood of suffering physical and sexual violence (Zeglin, 2014). Specifically, the death toll related to female prostitution is 40 times higher than the national average (in the USA), which suggests that it is not likely to find any other occupation or lifestyle that exposes women to violence in the way commercial sexual exploitation does (Wilson & Butler, 2013). The female sex workers who suffer violence from their clients are also frequently victims of intimate partner violence (IPV) (Shannon, Kerr, Strathdee, Shoeller, Montaner, & Tyndall, 2009). It is not unusual for the procurers who maintain or have maintained a relationship with the women to be their own relatives, neighbors, friends or acquaintances rather than strangers (Vindhya & Dev, 2011). Indeed, some authors believe that it is the creation of a pseudo-family structure by the procurers what increases the likelihood of women entering prostitution because it offers false assurances of employment, a better life or even the possibility of getting married (Katsulis, Durfee, Lopez, & Robillard, 2015). Seduction and promises of a stable relationship are used to gain sufficient control over many women, who are

then kept away from family support or professional help (Vindhya & Dev, 2011). For example, a study of 1,022 female sex workers found a higher frequency of violence perpetrated by stable intimate partners rather than by clients, and also a connection to more harmful effects on the health and well-being of the female sex workers (Hong, Zhang, Li, Liu, & Zhou, 2013).

Some studies showed that the control and violence to which many female sex workers are subjected to by their partners have serious emotional and affective consequences (Tsutsumi, Izutsu, Poudyal, Kato, & Marui, 2008). Emotions also determine the type of response and in many cases mean the loss of resources and strengths necessary to overcome abusive situations (Smith, Grov, Seal, & McCall, 2012). This might be related to what traditional models rely on, where coping strategies are considered to be a response to the emotions and affects with the purpose of reducing or activating tension (Stein, Leventhal, & Trabasso, 1990). Therefore, emotional states influence the strategies people adopt to deal with violent situations (Katsulis et al., 2015; Smith et al., 2012).

In this way, Fredrickson's Broaden-and-Build theory (2001) suggests that positive affectivity allows the expansion of an individual's repertoire of responses and helps to build lasting personal resources. Khosla & Hangal (2004) found that people who experienced more positive emotions used more adaptive coping strategies when facing stressful situations. Regarding negative emotions, researchers suggest that women victims of gender violence reach a

state of helplessness in their relationships (Reid & Piquero, 2013). When women realize that a situation is not under their control, they will feel fear, sadness, lack of motivation, and also, they will have several difficulties in believing that they will be able to control it in the future (Wilson & Butler, 2013). Additional research on hopelessness feelings in battered women has found a relationship between dysphoric symptoms, feelings of hopelessness, and poor problem-solving skills (Clements & Sawhney, 2000) and what is more, negative emotions interfere with decision-making processes (Amor, Bohorquez, & Echeburúa, 2006). Similarly, Fisher & Fisher (2000) suggests that negative emotions predict a lack of motivation or readiness to carry out adaptive behavior changes.

Under these conditions of partner violence, female sex workers attempt to survive by using different strategies. It has been proven that when dealing with gender violence, coping strategies can have a positive or negative influence on well-being (Puente, Ubillos, Mínguez, & Páez, 2014). Two meta-analyses found that confrontation has negative effects in cases where the individual did not have the situation under control (Campos, Iraurgi, Páez, & Velasco, 2004, Penley, Tomaka, & Wiebe, 2002). Emotional inhibition is also associated with distress (Aldao, Nolen-Hoeksema, & Schweizer, 2010) in the case of female sex workers who tend to emotionally distance themselves and inhibit their feelings. In contrast, although inhibition has been associated with some adaptive functions, such as reducing aggressive behavior (Gross & Levenson, 2002), many authors recognize that this type of coping can induce discomfort,

drain cognitive resources or reduce social support (Gross & John, 2003). Furthermore, affective venting also results in a reduction of well-being, probably because it destroys support networks and produces emotional contagion. All of these are considered to be non-adaptive coping strategies since they involve attempts to find solutions which have only limited chances of success. However, venting may be considered an ambivalent strategy and can produce functional results in negative situations, because it could increase the likelihood of active support for a change (Campos et al., 2004).

In contrast, the controlled expression of emotions is a strategy which has a slightly positive overall effect because it helps to comfort the user and improve their well-being (Páez, Basabe, Bosco, Campos, & Ubillos, 2011). Emotional self-control can help the individual concentrate on finding solutions, partly facilitating the search for instrumental and informational support. Since it prevents the verbal communication of emotions, it limits the search for emotional support, the development of intimate bonds, and can be linked to feelings of acceptance. In the case of female sex workers, self-control becomes adaptive when they are subjected to a high degree of control (survival conditions). One study found that women in captivity and subjected to violence use self-control as a way of avoiding conflicts (Tsutsumi et al., 2008). Some studies confirmed that other strategies, such as self-reward and gratitude are associated with well-being and produce personal and interpersonal benefits

(Larsen & Prizmic, 2004). In general, such results are in line with those found in other meta-analyses (Penley et al., 2002).

Consequently, coping strategies play a mediating role between emotional states and psychological well-being (Stein et al., 1990). In other words, in situations of positive affectivity, individuals may feel better psychologically when they use adaptive strategies in order to deal with stressful situations. Conversely, in situations of negative affectivity, distress may increase if the strategies adopted to tackle stressful situations are non-adaptive. Also, previous studies with female sex workers and their partners found that intimate relationships provided a sense of safety and well-being that counteracts stress and anxiety (Poortinga, 2006). Nevertheless, other studies showed that the exclusion context which sex workers are involved in may have an influence in their relationship and create more tension and difficulties, having a negative impact on well-being and women's emotional health (Jackson, Augusta-Scott, Burwash-Brennan, Karabanow, Robertson, & Sowinski, 2009).

Research shows that women who participate in the sex industry have historically been excluded from the society and also from the studies with IPV (Lutnick et al., 2015). Spain does not employ formal procedures for identifying victims of gender violence among vulnerable groups, such as women in prostitution (Ballester et al., 2012). In general there is a lack of literature about the prostitution and specifically, studies which link emotional components to

ways of coping with gender violence have not been found (Etxebarria & Apocada, 2008). Given the lack of international investigation, the data represented in this study could reflect the experiences of potential IPV in the sex work. Also, it could contribute to generate knowledge on the role of the emotions and the effectiveness of the coping strategies and their impact on well-being to foreign and native born sex workers when they try to solve violent situations with their partners.

Taking the above into account, this study proposes to: 1) analyze the link between indicators of IPV in sex workers and psychological variables (well-being, emotion, and coping styles); 2) examine the association between coping strategies of violence used by sex workers with affectivity and well-being; 3) test a hypothetical model to probe the effectiveness of coping strategies used by sex workers to cope with IPV. For this purpose, the hypothetical model aims to: 3.1. study the relationship between the potential indicators of IPV with emotional affect and how both of them predict well-being; 3.2. also, examine the reciprocal relationship between affect and well-being, and 3.3. investigate the influence of emotions on the ways in which female sex workers cope with IPV situations, and the impact these have on their well-being.

Related to those objectives, it is predicted that:

Hypothesis 1. Indicators of IPV (tension and difficulties) will be associated with high negative affectivity and low positive affectivity and less well-being,

as well as with more use of maladaptive coping strategies and less use of adaptive strategies.

Hypothesis 2. In conflictive situations with sex workers' partner, positive affectivity and well-being will be associated with the use of functional strategies (e.g., controlled expression of emotion, self-control, and self-reward and gratitude), while negative affectivity and discomfort will be related with the use of dysfunctional strategies (e.g., emotional inhibition, confrontation and venting);

Hypothesis 3.1. Indicators of IPV (tension and difficulties) will be negative predictors of affectivity and both will be associated with well-being. At the same time, well-being and affectivity will have a reciprocal relationship; Hypothesis 3.2. In violent situations, we expect that positive affectivity will be a predictor of the use of functional strategies and the negative affectivity will explain the variance of ambivalent or dysfunctional affect regulation strategies; Hypothesis 3.3. Adaptive coping strategies will have a positive impact on female sex workers' well-being and dysfunctional strategies will have a negative effect.

In brief, it is expected that indicators of IPV will impact negatively on the emotional states of female sex workers, and the ways of dealing with interpersonal violence will differ according the valence of emotions. Finally, emotions, coping strategies and violence will also be predictors of the well-being.

Method

Sample

The sample was made up of 137 female sex workers from Spain. The foreign female sex workers came from different Latin American countries ($N = 68$, 49.6%) (Argentina, Brazil, Colombia, Ecuador, Paraguay, Dominican Republic and Venezuela), Eastern Europe ($n=42$, 30.7%) (Slovakia, Romania, Russia and Serbia) and Africa ($n=7$, 5.1%) (Nigeria). The table 1 describes the main sample characteristics. In terms of time, the native sex workers spent more time working in prostitution than foreign sex workers. Also, sex workers who were working in the streets spent more time than the women who were in the flats. Finally, sex workers operating in the clubs were significantly older than those working in flats and on the streets.

Although every woman had had an intimate relationship in the previous year, fifty nine of them were currently in an intimate partner relationship. In 58.1% of these cases, the relationship was or had been tense, both with current and previous partners, and 56.2% had, or had had problems in resolving problems with their partners. Foreign sex workers showed more indices of tension and difficulties than native sex workers. Sex workers who used streets reported higher levels of tension in their intimate relationships in contrast to women who were located in the flats (see Table 1).

The coping strategies most commonly used by female sex workers in situations of interpersonal violence were self-reward ($M=4.29$; $SD=1.20$) and self-control ($M=3.70$; $SD=1.63$). Conversely, the least used were confrontation ($M=2.29$; $SD=1.56$) and controlled expression of emotion ($M=2.12$; $SD=1.26$). There were not significant differences in the use of different coping strategies between foreign and native born sex workers.

Table 1

Descriptive analysis.

	Origin			χ^2	Working Place ¹			χ^2
	N (%)	Spanish N (%)	Foreign N (%)		Street ^a N (%)	Club ^b N (%)	Flat ^c N (%)	
Origin								
Spanish	20(14.6)				2 (10.5)	10 (52.6)	7 (36.8)	4.64
Foreign	117(85.4)				27 (24.3)	65 (58.6)	19 (17.1)	
Legal status²								
Residence	80(58.4)		80(68.3)		18(22.2)	49(60.5)	14(17.3)	69.79***
Not residence	23(16.8)		23(19.7)		7(33.3)	11(52.4)	3(14.3)	
Nationalized	29(21.2)	20(100)	9(7.7)		2(8.7)	12(52.2)	9(39.1)	
Missing	5(3.6)		5(4.3)					
Education								
Without studies	15(10.9)	2(13.3)	13(86.7)		6(42.9)	8(57.1)	0	11.58
Primary	60(43.8)	7(11.7)	53(88.3)		13(22.8)	29(50.9)	15(26.3)	
Vocational training and secondary studies	53(38.7)	9(17)	44(83)	1.36	6(12)	34(68)	10(20)	
University	8(5.8)	2 (25)	6(75)		3(37.5)	4(50)	1(12.5)	
Missing	1(0.7)							
Age	34.09 (10.39) Range (19-67)	36.78 (10.80)	33.64 (10.30)	1.51	30.79 ^a (10.61)	36(10.80) ^{ac}	32(6.90) ^c	3.34*
Years in sex work (month)	59.52 (54.22) Range (2-240)	83.50 (83.62)	55.16 (46.28)	4.28*	70.29 (61.57) ^a	67.27 (56.69)	32.57 (31.84) ^a	4.01*
WAST indicators								
Tension	2.16 (.81)	1.80(.77)	2.22 (.80)	4.82*	2.52(.82) ^a	2.08 (.82)	2 (.82) ^a	3.76*
Difficulties	2.23 (.77)	1.75 (.79)	2.31 (.74)	9.85**	2.52(.69)	2.17 (.79)	2.27 (.72)	2.15

*** p<.0001

¹ 5.1% did not say where they worked

² Fisher's exact test was applied because 20% of observations were less than 5 in the cells.

^{a,b,c} Different sub-indices indicate significant differences between groups (Bonferroni correction).

Instruments

Woman Abuse Screening Tool (Brown, Lent, Brett, Sas, & Pederson, 1996, adapted by Brown, Lent, Schmidt, & Sas, 2000; Fogarty & Brown, 2002; Plazaola-Castaño, Ruiz-Pérez, & Hernández-Torres, 2008). This is a screening tool to detect probable cases of violence against women in their relationships during the previous year. It is made up of two items (e.g., In general, how would you describe your relationship? and Do you and your partner work out arguments with ...?). Responses vary on a scale from 1 = *a lot of tension- great difficulty*, to 3 = *no tension - no difficulty*. The first Spanish version with 7 items was validated by Fogarty and Brown (2002) with Spanish-speaking women from a community health center and a battered women's shelter, in the United States. The Spanish validation showed a 94% of specificity and a sensitivity of 89% with a Cronbach alpha of .91. Also, women evaluated each item in terms of convenience and pertinence in order to create the WAST short version scale. Then the Spanish short version of the WAST was validated by Plazaola-Castaño et al. (2008) with a Spanish sample of 390 women between 18 and 70 years old. The sensitivity of the short Spanish version was 91.4%, the specificity was 76.2%, the positive predictive value 40.2% and the negative predictive value was 98.1%. In both versions, the WAST scale showed good statistical properties. This instrument has been backed by World Health Organization in Spain (Wilson & Jungner, 1969) and the internal consistency of the scale in this study was .83. In addition, the WAST short version has been considered more appropriate in situations where women

may not want to directly talk about the abuse and could be concerned with confidentiality (Plazaola-Castaño et al., 2008).

Measure of Affect Regulation Styles (MARS) (Larsen & Prizmic, 2004). This measures the intensity of an emotional experience over the previous year and to what extent a series of strategies were used to deal with it. It focuses on the last intimate violent situation suffered by the woman with her partner. A reduced version was used with 13 items relating to coping and regulation of emotional response from the original scale (Páez, Martínez-Sánchez, Sevillano, Mendiburo, & Campos, 2012), with a range of responses from 0 (*not much*) to 6 (*a lot*). The included dimensions were: confrontation (2 items), controlled expression (2 items), inhibition (3 items), venting (2 items), self-control (2 items), and self-reward/gratitude (2 items). The reliability was between $\alpha = .56$ to $.83$. However, according to Pallant (2001), the coefficients under $.70$ but over $.50$ could be considered acceptable.

Pemberton Happiness Index (Adapted by Hervas & Vázquez, 2013). This is a quick measure of general well-being which refers to the previous year. In this study, the 11 items linked to subjective well-being were used. The range of responses was from 0= *totally disagree* to 10 = *totally agree*. The reliability of the scale was $\alpha = .74$.

Positive-negative affectivity (Bradburn, 1969, adapted by Echebarría & Páez, 1989). This instrument was used to measure the affective balance of the subjects over the previous year. It consists of 18 items distributed on a scale of 1 (*not much*

or never) to 4 (*almost always*). It is made up of two sub-scales: 9 items relating to positive affect ($\alpha = .80$) and 9 items to negative affect ($\alpha = .84$). It also provides global information about the balance of affect. The reliability of the scale was $\alpha = .80$.

In addition, data about age, nationality, educational level, place of residence, place of work and legal status were also collected.

Procedure

Structured personal interviews were carried out with female sex workers in three different places in Spain, using an intentional sample. For data collection, three experts (two psychologists and one social educator) were instructed in administering the questionnaires and worked in direct contact with the female sex workers in multidisciplinary IGENUS teams (an organization who works with women under social exclusion risk). The experts had established a work route during the week and they went to flats, clubs and streets where sex workers often were located. After the experts informed about the research, the participation was voluntary. The interviews took around 15 minutes. The ethical principles of the Declaration of Helsinki on research involving human subjects were respected. The interviews were anonymous and carried out under informed consent. The data were solely used for the research purposes.

The interview was applied while female sex workers were in the streets or clubs and due to this, the questionnaire had to be adapted to their functional setting. Although there are other instruments for the detection of violence

which are validated and applied internationally, in this case we selected questionnaires allowing a quick and easy application. This was due to the impossibility of applying long questionnaires in these situations.

Statistical analysis

The following analyses were carried out: a. ANOVA, to check for variation in the measurements obtained in psychological characteristics (well-being, affectivity, coping strategies) of the female sex workers regarding the existence or not of possible partner violence (Hypothesis 1); b. correlation analysis, to investigate the relationships of different psychological variables, such as well-being and affectivity with coping strategies (Hypothesis 2), and c. Three path analysis were tested, to study the predictive variable of well-being and affectivity, and their relationship to coping and suffered violence by female sex workers. Furthermore, we examined the indirect effects of possible violence on well-being through affects and adaptive and maladaptive coping strategies (Hypothesis 3.1, 3.2 y 3.3), following the criteria proposed by Hayes and Matthes (2009). Statistical analyses were conducted using SPSS 21 and MPLUS 7.11.

Results

The relationship of intimate partner violence and psychological variables

A contrast of means was carried out on the indicators of violence (tension and difficulty) for each of the psychological variables analyzed (affectivity, well-being and coping) (see Table 2). Female sex workers who claim to have been possible victims of violence presented more negative affectivity, and a tendential worse balance of affect, lower levels of general well-being and a less use of venting.

To establish the causes of these differences, each indicator was analyzed separately. It was discovered that the female sex workers who had reported lower levels of tension in the relationships with their partners had a better balance of affect and perceived better self-control. Moreover, women who had less difficulty in dealing with problems in their relationships used venting more often as a way of coping, displayed more positive affectivity, a better balance of affect and greater well-being. Additionally, female sex workers who reported greater tension and more difficulties in dealing with problems in their relationships tended to show more negative affectivity.

Table 2

Differences of means: positive and negative affectivity, well-being and emotional regulation strategies in relation to indicators of tension and difficulty: ANOVAs.

	Without Tension		With Tension ²		F	Without Difficulty		With Difficulty ²		F	Without Violence		Violence ¹		F
	M	SD	M	SD		M	SD	M	SD		M	SD	M	SD	
Affectivity															
Balance of affect	.25	1.01	-.13	1.02	4.75*	.32	.99	-.20	1	9.09**	.26	1.03	-.10	1	3.88^t
Positive Affectivity	2.5	.64	2.35	.63	1.91	2.57	.59	2.28	.65	7.20**	2.48	.59	2.37	.66	.95
Negative Affectivity	2.25	.70	2.48	.69	3.66^t	2.25	.74	2.48	.65	3.67^t	2.22	.74	2.47	.66	3.97*
Well-being															
General Well-being	7.32	1.92	6.79	1.80	2.65	7.57	1.87	6.58	1.74	10.20**	7.41	1.92	6.81	1.80	3.20^t
Regulation															
Confrontation	2.39	1.57	2.23	1.56	.33	2.14	1.59	2.41	1.54	.95	2.24	1.63	2.31	1.53	.08
Expression	2.1	1.18	2.11	1.33	.01	2.08	1.23	2.14	1.30	.07	2.13	1.20	2.11	1.30	.01
Self-reward	4.46	1.40	4.15	1.22	1.80	4.39	1.42	4.20	1.19	.68	4.38	1.42	4.24	1.23	.37
Self-control	3.99	1.17	3.48	1.54	4.28*	3.83	1.26	3.60	1.52	.90	3.84	1.13	3.63	1.54	.66
Inhibition	2.74	1.66	2.94	1.62	.48	2.98	1.74	2.74	1.53	.70	2.75	1.76	2.90	1.56	.25
Discharge	3.49	1.54	3.17	1.64	1.27	3.65	1.66	3	1.51	5.56*	3.66	1.48	3.09	1.65	3.85^t

*** $p < .0001$; ** $p < .010$; * $p < .050$

¹Women classed as battered or not according to the first rating criterion of the short WAST validated in Spain.

²Indicates the number of women of the total sample who provided information about each of the variables.

Correlations between affectivity and well-being with different coping strategies

There was a positive and significant correlation between strategies such as confrontation ($r(132) = .28, p = .001$) and inhibition ($r(132) = .28, p = .001$) and negative affectivity. Controlled expression ($r(132) = .20, p = .020$) and the use of self-reward ($r(131) = .40, p = .0001$) also correlated positively and significantly with positive affectivity. The balance of affect correlated positively only with self-reward ($r(131) = .23, p = .008$).

Functional strategies such as self-control, controlled expression of emotion and the use of self-reward correlated positively and significantly with well-being ($r(132) = .24, p = .006, r(132) = .22, p = .012, r(131) = .37, p = .0001$, respectively). Confrontation ($r(132) = .28, p < .001$) and inhibition ($r(132) = .28, p < .001$) were shown to be dysfunctional, due to they were associated with more distress among these workers.

Path analysis: the relationship between violence and the affectivity, coping and well-being related variables

The Path Analysis results revealed a good fit for the model: $\chi^2(45, N = 137) = 208.074, p < .001$; CFI = 0.97; TLI = 0.92; RMSEA = 0.048 (90% CI [.00, .09]). Also, taking origin and location of work as control variables in the path analysis, the results also showed a good fit: $\chi^2(66, N = 137) = 235.38, p < .001$; CFI = 0.97; TLI = 0.90; RMSEA = 0.03 (90% CI [.00, .09]).

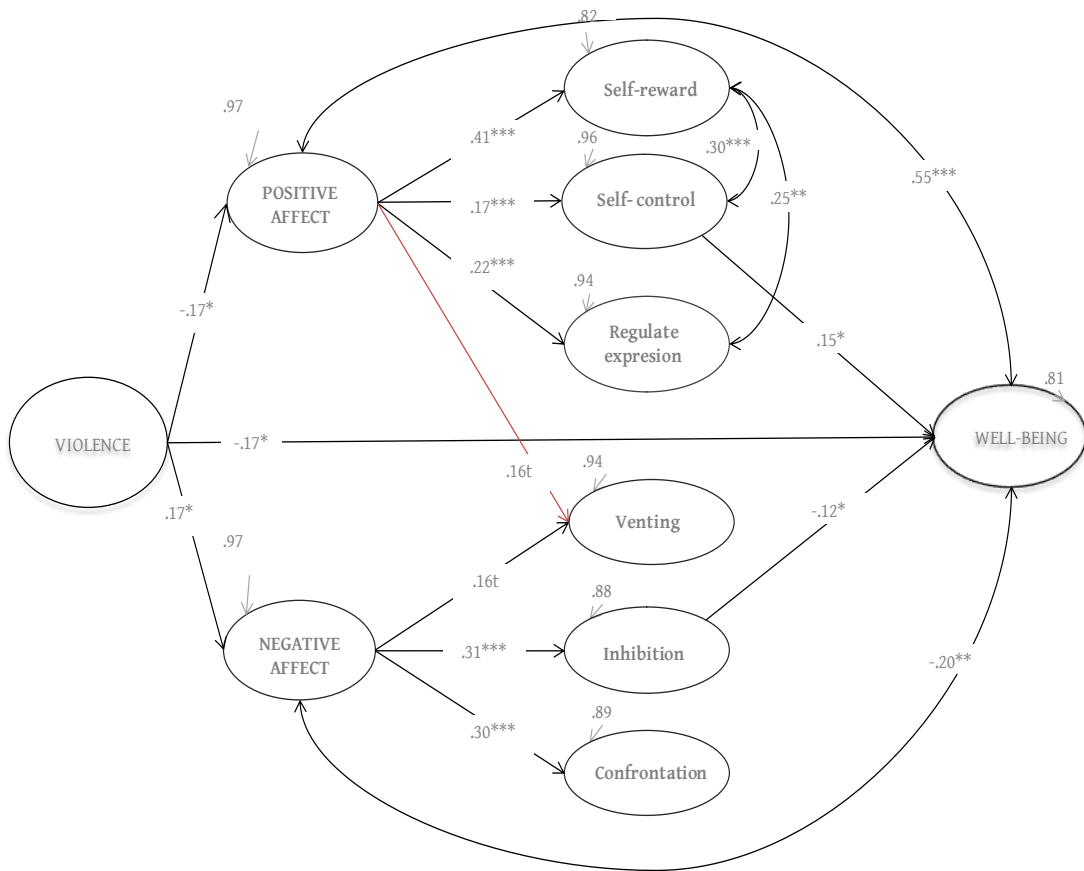


Figure 1. Path analysis of how WEPs cope with violence.

Note: N=137. The calculations regarding the estimation of standardized coefficients were carried out on all variables. Significant relationships are shown; The estimations for the parameters were made using the method of maximum likelihood. An index series was used to evaluate the fit of the model: a. the chi-square value (χ^2), a better fit with values around zero; b. CFI and TLI as indicators of goodness of fit, with values above 90 considered as acceptable; and c. the square root of the mean square error, or RMSEA, where .05 is seen as a good fit and values between .05 and .09 deemed reasonable (Hu & Bentler, 1999).

* $p < .05$; ** $p < .01$, *** $p < .0001$

High levels of tension and difficulties in intimate partner relationships predicted higher negative and lower positive affectivity. At the same time, in

this context of tension and difficulty it is affectivity which determined the use of coping strategies. Positive affectivity promoted the use of functional strategies while its negative counterpart led to more non-adaptive or dysfunctional strategies. Firstly, positive affectivity predicted the use of strategies such as the search for self-reward, controlled expression, and emotional self-control. Secondly, negative affectivity explained the variance in the use of dysfunctional or non-adaptive strategies, such as inhibition or confrontation. In addition, affectivity did not determine the use of coping strategies with different valence. Nevertheless, the use of venting was determined by both positive and negative affectivity (but only tendentially). Self-control was the only coping strategy capable of predicting greater well-being in interpersonal violence situations when sex workers perceived less positive affectivity. In such cases, neither self-reward nor controlled expression produced an increase in well-being. In contrast, the only strategy which predicted distress in intimate partner conflict situations under negative affectivity was inhibition. Venting and confrontation when facing violent situations did not predict an improvement in well-being for female sex workers. Finally, while positive affectivity was linked to a greater well-being, negative affectivity was connected with greater distress. At the same time, violence was linked with a negative impact on well-being.

Two alternative models were tested. The first, coping strategies were considered predictors of positive and negative affect. Although the model fit

was good: $\chi^2 (45, N = 137) = 209.562, p \leq .001$; CFI = 0.97; TLI = 0.89; RMSEA = 0.055 (90% CI [.00, .119]), the violence indicator did not have a direct effect on coping strategies. The alternative model included well-being as a predictor to coping and affect strategies, however the model fit was not adequate: $\chi^2 (66, N = 137) = 235.380, p \leq .001$; CFI = 0.76; TLI = 0.58; RMSEA = 0.09 (90% CI [.61, .117]). Sequential indirect effect confirmed the violence effect on well-being via positive affect and coping strategies (Total effect: $\beta = -.19, SE = .082, Est. / SE = -2.29, p = .022$). Specifically, positive affect and self-control were mediators between the indicators of violence and well-being (Total effect: $\beta = -.12, SE = .052, Est. / SE = -2.23, p = .026$).

Discussion

Possible cases of interpersonal violence in the lives of female sex workers have been studied in other contexts, but the research has not been exhaustive (Shannon et al., 2009). Our study represents one approximation of how sex workers frequently have to regulate their emotions, especially negative ones, to function in life.

The findings of this study have implications for emotional regulation. According to the dynamic model of emotions (Gross & John, 2002; Larsen & Prizmic, 2004), often, potential violence situations do not allow for free expression of negative emotions (Páez et al., 2011). How sex workers deal with them has implications for a wide range of domains, including their well-being

(Mauss et al., 2007). Like in other studies (Mauss, Cook, & Gross, 2007), the bivariate results showed that women who expressed their emotions in a controlled manner and seek self-rewards perceived a greater degree of positive affectivity. These strategies involve active attempts to influence one's feelings and express emotions at a suitable time and place (Paéz et al., 2011). Only self-rewarding was associated with affect balance. Even in moments of high stress or after suffering a particularly negative event, self-reward may help to cushion the negative impact (Larsen & Prizmic, 2004) because it could help the individual concentrate on finding solutions and it does not damage the social network.

On the other hand, women who used confrontation as a form of dealing with conflict and suppress their emotions presented greater negative affectivity and distress. According to this, direct or indirect verbal confrontation is not functional because it could be associated with greater intensity, displeasure and less control. In the same way, inhibition can have negative effects by hindering people seeking support and it exhausts their cognitive resources (Gross & John, 2003).

However, as it occurs in other contexts (Gross & Jhon, 2003) in prostitution framework, sex worker emotions tend to be matched to a given negative situation and they normally try to regulate their emotional responses so that they achieve their goals in a better way. In this context, emotional impulses, especially potentially destructive ones, regularly present us with the question

of how we ought to respond to them. Should we openly express them or attempt to control them?.

The path analysis allowed us to understand the relationship between these variables in the case of female sex workers who are possible victims of violence. In this study, indices of difficulty and tension predicted greater negative affectivity, reduced positive affectivity and poorer well-being. In other words, women who presented indicators of IPV felt fear, sadness, anger, lack of energy and of motivation to carry out day-to-day tasks. These results were supported by the bivariate analysis and in growing literature on the negative emotional impact of gender-based violence on sex workers and their capacity to effectively face difficulties and protect themselves (Shannon et al., 2009). In fact, it confirmed in general that while positive affectivity predicted the use of functional strategies, negative affectivity predicts dysfunctional ones. In line with this, there is ample evidence that information is often processed in a mood-congruent manner. Building upon congruency hypothesis and the Bowers network theory, by focusing on affects of certain valence, sex workers use the congruent strategies with their mood for facing violent situations because their judgements are congruent with their mood state (Bower, 1981; Voelkle, Ebner, Lindenberger, & Riediger, 2014). In this way, an incremental negative affect would probably be related to confrontation and inhibition with sex workers particularly if the context response is inactive and nonconstructive (Larsen & Prizmic, 2008), as often happen with sex workers

who suffer potential IPV. Previous studies concluded that with IPV, emotions such as fear may be imposed by a situation of generalized insecurity and exacerbate people's feeling of isolation, promoting inhibition and reducing opportunities for an individual's emotional response (Beristain, Páez & González, 2000). In contrast, when sex workers use positive emotions (promoted by favorable context and intimate high-quality relationships) for guidance their behavior in negative specific situations (last situation with IPV), they will be able to obtain a functional outcome, through the use of adaptive strategies, because a desired positive emotion is being intensified (Aldao et al., 2010).

However, venting turned out to be an ambivalent strategy, because it tended to relate to positive and negative emotions. In accord with this, in a context where sex workers reported tension and difficulties with their partners, venting could be perceived as dysfunctional for coping negative specific events, because it refreshes the negative event and escalates conflict rather than reinforcing conflict resolution (Puente et al., 2014). In contrast, positive affect could be related to more venting as a response to emotional stress provided that sex workers perceive to be in a favorable situation, where they are cared for, understood, and valued by their partners (Larsen & Prizmic, 2008). These results are supported by previous analysis where less difficulty with sex worker's partners was related to more use of venting.

A reasonable conclusion from these is that women make use of coping strategies through a transactional process with their environment, which works as a source of feedback (Moos & Holahan, 2003). In this process, emotions function as mediators between violence indicators and the use of coping strategies, hence, feelings generated within the partner relationship represent a source of information or a behavioral cue. They guide our actions, provide communicative resources, organize the way we deal with the world around us and harmonize our social interactions (Gross & John, 2002). Therefore, results suggest that the activation produced by certain emotions influences the type of response adopted by female sex workers confronting a violent situation with their partners, and these coping strategies in turn affect women's level of well-being. In addition, these results may help us to understand the association's direction between less levels of tension in intimate relationships with high self-control. The general context where sex workers perceive lower levels of tension with their partners could precede and have an influence in the strategy through which sex workers face the last IPV episode. This relation will be mediated by emerged emotions given that sex workers make use of affect regulation strategies with the purpose of control the already underway negative emotions and thereby avoiding new violent situations with their partners (Puente et al., 2014).

These results were supported by the alternative path analysis, which have demonstrated that potential indicators of IPV did not predict directly the use of

regulation strategies for facing the situation. However, affect regulation strategies were predicted by the emerged emotions. According to this model, sex workers used response-focused strategies and emotion regulation occurs after emotion response tendencies have been triggered by a favorable or unfavorable general context (Mauss et al., 2007). But also, this model would imply that sex workers could not be merely passive conduits of emotional responses to potential violence and specifically, outline processes by which they influence thought coping strategies, in the onset, offset, magnitude, duration, intensity, or quality of an emotional experience (Gross & Thompson, 2007) in order to mitigate the negative impact of violence. This is in line with studies of battered women which confirm that feelings predict and motivate behavioral change (Puente et al., 2014).

Furthermore, previous studies showed that self-control improves well-being in female sex workers and confirms its adaptive profile. This conceptualization is supported by emotional regulation theories and suggests that self-control had positive outcomes, because it facilitates their desired behavior tendencies (de Ridder, Lensvelt-Mulders, Finkenauer, Stok, & Baumeister, 2012). Also, the alternative path analysis was consistent with these predictions. This process would help to comprehend the survival behavior adopted by female sex workers and has important implications for their psychological well-being. In this regard, the study confirms that in order to solve an interpersonal conflict situation in which positive affectivity predominates, the

only strategy capable of predicting a rise in the level of well-being of female sex workers was self-control (adaptive). Self-control should be effective in decreasing the behavioral expression of emotion related to IPV (Oselin & Blasyak, 2013), but also might have unintended side effects because it is not helpful in reducing the negative emotional experience (Gross & Thompson, 2007). In addition, sex workers required to effectively manage emotion response continually, and these efforts may consume cognitive resources that could otherwise be used for optimal performance in the social contexts in which emotions arise. Additionally, previous research suggests that female sex workers may feel unprotected in a broader context of violence (isolation and being controlled) (Katsulis et al., 2015). In such situations, female sex workers are aware of the danger and in the absence of security they develop survival strategies based on their own control of the situation with the purpose of protecting themselves and improving their well-being (Tsutsumi et al., 2008; Oselin & Blasyak, 2013). In a similar vein, the use of self-control in front of other strategies are based on the evaluation which sex workers carry out about the risk (in terms of well-being) to express their emotions in the context of prostitution (they choose the best emotional regulatory option). On the other hand, where negative affectivity dominates, inhibition was not adaptive due to the decrease it caused in levels of well-being. Other studies with sex workers have shown that inhibition is used as a strategy of emotional distancing which in the long term generates distress in women (Katsulis et al., 2015).

The main socio-demographic characteristics in this study were similar to official data and with other research that used convenience sex workers samples (Ballester, 2012; González & Tirado, 2006). A large percentage of sex workers were from foreign countries, and it is likely that they could be victims of additional methods of control by an intimate partner. In fact, the foreign sex workers declared more levels of tension and difficulties in their relationships than the native sex workers. In this sense, aggressors may be able to reinforce their control of the women's physical world and promote the women's captivity and isolation (Wilson & Butler, 2013). These experiences are intensified by the lack of family support, language, norms, and laws of the new country. Also, involvement in the sex trade and/or migration to another country without proper documents can make victims fear incarceration, punishment, and deportation. These fears can be used of taking advantage of as a means to increase compliance and they can also impede victims from identifying themselves as maltreated and seeking help (Wilson & Butler, 2013). In addition, this data might be related with sex trafficking. Nations reported that two thirds of the trafficking victims detected globally are women, and seventy-nine percent of the victims are trafficked for the purpose of sexual exploitation (Gutierrez & Delgado, 2015). Spain is a destination, source, and transit country for women, and children subjected to sex trafficking. In fact, main findings about region of origin of sex workers in this study coincide with the international official data about sex trafficking and sexual exploitation in Spain, mostly from Central and South

America (i.e. Paraguay, Brazil, Colombia, and Ecuador), East of Europe (i.e. Romania and Russia) and Sub-Saharan Africa (Nigeria) (U.S. Department of State, 2013).

In terms of the limitations of the research, the cross-sectional nature of this study provides weak evidence of causal association between variables. In fact, this study measured the difficulties experienced by sex workers for a specific period; it did not examine their long-term circumstances. It must be stated that the data obtained should be treated with caution, given the difficulties of reaching female sex workers to obtain their collaboration (Weitzer, 2009). Due to, interviews were completed in the places when they are practicing prostitution, they are reluctant to give information about their lives (i.e. age, legal status). Also, we do not have information about the influence of external factors and women's experiences in a prostitution context. The sex industry is variable, not constant, and the information of context could be interesting to understand the causes of violence as well as the use of regulation strategies with female sex workers. Although the women's abuse screening tool is extensively used and shows good psychometric properties, it only detects possible cases of violence against women. A further limitation is linked to the generalization of results, since the samples are not random due to the fact that the parameters of the sex workers population are not known (Shannon et al., 2009).

Referring to future research collecting data over multiple times will help answer whether sex workers who habitually use a particular strategy are any

more likely to use it during a single emotional episode, or whether someone who can use emotional regulation very successfully at one point in time is more likely to use it successfully in general. Often, women could be adopting self-control strategies for protecting themselves from violent situations with their partners and to generate well-being. This strategy could be effective in context associated with the stigma, control, isolation, and invisibility as a survival resource, but in a long term it may generate distress and discomfort because it may have a cognitive and emotional cost (Mauss et al., 2007). In this sense, it would be interesting if the interventions were designed to provide positive affects with additional tools and resources so that they are better prepared to manage potentially violent situations and actively protect themselves from violence. Finally, inhibition and self-control strategies do not imply the expression of emotions to others. Training sex workers in the use of effective coping strategies would allow the recovering of their ability to express emotions and necessities and they will possibly feel able to explore the alternatives available to them.

Despite these limitations, our data underline the urgent need to reduce the prevalence of IPV. Other relevant result is related with the emotion regulatory processes and the effectiveness of coping strategies in the prostitution context. Also, findings regard the relative efficacy of emotion regulation strategies such as suppression and self-control, on well-being. Both strategies inhibit potential emotional responses, involving the no-manifestation of emotions and have an

impact in the sex workers well-being. Finally, this work also highlights the percentage of foreign sex workers and their possible association with the violation of human rights and sex trafficking. Prostitution, well-being, basic health and human rights deserve to be the subject of concerted attention at local, national and international levels.



DISCUSIÓN

DISCUSIÓN

SECCIÓN 1: FACTORES DE RIESGO ASOCIADOS A LA VIOLENCIA SUFRIDA POR LA PAREJA ÍNTIMA

La primera pregunta de investigación de nuestro trabajo ha sido dilucidar cuáles son los factores de riesgo más comúnmente asociados a ser víctima de violencia de género. También nos planteamos si el marco de análisis ecológico integraría satisfactoriamente los estudios empíricos sobre factores de riesgo asociados a la violencia contra las mujeres (ver capítulo 1, preguntas de investigación e hipótesis). Partimos de la clasificación realizada por Stith, Smith, Penn, Ward y Tritt (2004), basada en el modelo ecológico, que fue aplicado por primera vez a situaciones de violencia en las relaciones íntimas por Dutton (1995). Siguiendo este marco de estudio, los factores de riesgo se organizaron en diferentes niveles de análisis: macro sistema, exosistema, microsistema y el nivel ontogenético. Estos niveles permitieron integrar de forma satisfactoria los diversos antecedentes de la violencia íntima de pareja o VPI. Comentaremos aquí los factores asociados a la violencia que emergen del último meta-análisis disponible y de nuestra revisión sobre los estudios

primarios a partir de 2004 (cuando se realiza la última revisión sistemática utilizando este modelo), dando prioridad a los resultados consistentes y a las estimaciones de tamaño del efecto. Además, esbozaremos las explicaciones más razonables de por qué los factores facilitan la VPI.

Con respecto a los factores de tipo cultural y estructural que se integran dentro de la macro y exo-estructura, se distingue entre el nivel de empoderamiento de las mujeres, los factores contextuales y la globalización. Este nivel supone considerar la violencia contra la mujer desde una perspectiva social y comunitaria. La capacidad de empoderamiento **asocia la violencia sufrida por las mujeres a otros factores como son el bajo nivel educativo y un menor desarrollo económico del país**. Análisis colectivos mostraron que, principalmente, el bajo nivel educativo de la nación, la menor riqueza y, en menor medida, el bajo nivel de desarrollo del país, están relacionados con mayores tasas de VPI (Kaya y Cook, 2010). Igualmente, otro grupo de estudios demostró que **mayores derechos sociales y políticos para las mujeres** se asocian con más abandono de la situación de violencia (Kaya y Cook; 2010). Los resultados sugieren que, a medida que una sociedad se desarrolla económicamente y las mujeres adquieren los derechos sociales y políticos, y acceden al trabajo y la educación, van incrementado su autonomía y existe una mayor posibilidad de escapar de la situación de violencia (Villareal, 2007).

Entre los factores contextuales, encontramos que **las culturas que enfatizan las actitudes favorables hacia la violencia física hacia la esposa,**

así como las diferencias de género y los estereotipos sexistas sobre las mujeres también facilitan la VPI (Archer, 2006). Estas actitudes sexistas están más presentes, especialmente, cuando el desarrollo de un país se mide no sólo con indicadores económicos, sino junto a otros, como el índice de desarrollo humano (longevidad, educación y nivel de vida). En esta línea, se sugiere que la posibilidad de utilizar la cultura como justificación de las acciones del abusador tiene el riesgo de promover la generalización de este tipo de comportamientos. De hecho, algunos de los estudios incluidos en la revisión concluyen que las sociedades con una mayor distancia jerárquica, también, son más favorables a las creencias estereotipadas sobre ambos sexos, debido a que esta dimensión está relacionada con el reparto de poder entre los sexos, apoyando la idea que el sexismo es una creencia acerca de la desigualdad entre hombres y mujeres (Glick y Fiske, 2001). Estos resultados están en la línea de lo encontrado por Haj-Yahia y Uysal (2008) en un estudio, realizado en Turquía, sobre las actitudes de los estudiantes hacia las mujeres que eran víctimas de violencia. Estos autores encontraron que, a pesar de que la mayoría de los hombres estaban dispuestos a ayudar a las mujeres, sólo alrededor de la mitad pensó que el marido fue responsable de su comportamiento abusivo. El divorcio no fue considerado como una solución para la violencia y, en su mayoría, no se defendió el castigo al agresor. Estos resultados fueron en parte atribuidos por los autores a la asimilación de la ideología colectivista, que favorece la cohesión familiar y el dominio del hombre.

Otro factor de riesgo importante en este estudio fue la existencia de conflictos y guerras que se asocia con un mayor uso de la violencia contra las mujeres. La evidencia sugiere que la comisión de violencia infligida por la pareja podría aumentar en contextos de inseguridad sostenida generados por la violencia colectiva y política. Destacan que las experiencias de guerra pueden exacerbar las desigualdades de género, y sostienen la violencia hacia las mujeres al interactuar con otros factores como la pobreza, la falta de recursos y su distribución dentro de la familia y la corrupción (Annan y Brier, 2010).

Nuestro estudio también encontró que las políticas más democráticas y el papel activo de las agencias disminuyen las tasas de violencia. Las dificultades para acceder a los recursos sociales, junto con otros factores de riesgo como la marginación económica, aumentan el riesgo continuo de violencia de la mujer. Sin embargo, la subcultura organizacional de algunas instituciones también puede ser causa importante del fracaso al abordar las necesidades de las víctimas de abuso cuando apoyan actitudes más masculinas, tradicionales y conservadoras. Estos resultados, probablemente, reflejarán las prescripciones culturales previamente discutidas, pero también el importante papel de las agencias que responden a las necesidades de las víctimas y su cultura (Barrett y Pierre, 2011).

También se encontró una relación entre el nivel de fragmentación religiosa y la VPI. La explicación más extendida sobre la influencia de la religión en la VPI es que las mujeres más religiosas son más vulnerables a los abusos porque

tienden a mantener durante más tiempo la relación, son reticentes a buscar ayuda profesional y suelen experimentar más culpa (Nason-Clark, 2004). Estudios recientes plantean que es el nivel de adherencia religiosa por parte de los hombres el que puede estar asociado a mayor riesgo de victimización en las mujeres. Además, se conoce que los líderes religiosos son influyentes en la determinación de los códigos de conducta social tradicionales de las mujeres en nombre de la religión y la cultura.

La globalización también se relacionó con menores tasas de violencia, aunque estos resultados no han sido concluyentes. En este caso, un solo estudio fue incluido en la revisión. Algunas explicaciones a esta relación fueron que una mayor cobertura mediática favorece la lucha contra la violencia y es empleada en tareas de sensibilización. La globalización de los discursos sobre derechos de las mujeres ha ayudado a visibilizar el problema de la violencia contra la mujer y, cada vez, las mujeres toleran menos la violencia y están denunciando más estos crímenes. Sin embargo, también ha traído consigo una distribución desigual de los recursos y ha incrementado el riesgo de violencia hacia las mujeres más pobres, marcando las desigualdades de género en las zonas más vulnerables. Los matrimonios impuestos o forzosos también se han asociado con más riesgo de violencia.

Con respecto al exosistema, varios factores se asociaron a la VPI: ser **menor de edad, tener ingresos bajos**, y estar desempleado – aunque la evidencia no apoya sistemáticamente esto último –, indicando que es posible que los

agresores puedan percibir menos control sobre la pareja cuando es más autónoma e independiente (Stith et al., 2004). Todos estos factores se asocian a tener menores recursos y estatus, facilita las relaciones asimétricas, incrementa el riesgo de ser víctima de abusos y dificulta la salida de las relaciones abusivas. Otros factores como ser testigo **de agresión en la infancia se asoció al riesgo de ser víctima de violencia en la edad adulta** (Stith et al., 2004). Dos de los meta-análisis previos también encuentran esta relación. Se concluye que hay una relación entre la violencia doméstica y presenciar o experimentar violencia familiar en la infancia (Riggs, Culfield y Street, 2000; Stith, Rosen, Middleton, Busch, Lundeberg y Carlton, 2000). Sin embargo, este factor parece estar más asociado a través de la literatura a la agresión que a la victimización (Stith et al., 2004).

Con respecto a los factores del micro sistema o que tienen que ver con el patrón de interacción y la estructura del sistema familiar, se encontró evidencia consistente que **el mayor número de hijos** (Stith et al., 2004), el estatus marital (**separada/divorciada frente a soltera**), **la duración de la relación, la insatisfacción con la pareja, las actitudes de perdón y y la ejecución de actos violentos** eran factores de riesgo - existe un correlación positiva y significativa entre la violencia ejercida y recibida en el estudio de Moral, Rosales, Loving y Martínez (2011) -. Con respecto al primer factor, se ha comprobado que tener grandes cargas familiares incrementa el estrés familiar, el conflicto y, por ende, el riesgo de las mujeres de sufrir

violencia por parte del compañero. La evidencia sugiere que el conflicto vinculado a la separación también facilita el uso de la violencia. La duración de la relación se asocia a disminución de la armonía y de la satisfacción marital, lo que redundaría en mayores posibilidades de conflicto y potencialmente de violencia. La insatisfacción marital y de pareja se asocia con y nutre el conflicto, aunque evidentemente la VPI produce insatisfacción. También, actitudes de perdón como una interpretación benevolente de la conducta del otro se asociaron con más tasas de VPI en víctimas de violencia (Gordon, Burton y Porter, 2004), pero también con menos conflicto en parejas (Fincham, Beach y Davila, 2007). Finalmente, un ciclo de acción-reacción y una espiral de conflicto alimentan la VPI – aunque la evidencia es limitada.

Con respecto a los factores ontogenéticos o con la historia de desarrollo y aprendizaje del individuo se encontraron como factores individuales asociados a ser víctima de violencia: **las actitudes a favor de la violencia, el miedo y la depresión, el embarazo y el abuso de alcohol y drogas**. Las creencias y actitudes a favor de la violencia justifican las conductas agresivas, e incrementan el nivel de tolerancia por parte de la víctima, refuerzan la sensación de hacer lo correcto y disminuye la empatía del agresor ante la víctima, lo que redundaría en un mayor riesgo de sufrir violencia. Por otro lado, que la VPI induzca miedo es comprensible, aunque, al igual que en el caso de la insatisfacción marital, sea probablemente un efecto de la violencia o un correlato, más que una causa de ella. El miedo se asocia a la huida y aleja a las

mujeres de la situación de violencia, sin embargo, en situaciones de violencia crónica hace que la mujer se mantenga en la relación, no se defiende y favorece el ejercicio de nuevas conductas violentas. Estados de ánimo deprimidos pueden ser considerados parte de la respuesta de la víctima a la falta de refuerzos, presencia de castigos y pérdida de estima, autonomía y auto-eficacia provocada por la violencia. Como expresión psicopatológica de la tristeza, la depresión se asocia fuertemente a la violencia. La depresión sitúa a la víctima en una posición de indefensión y vulnerabilidad que puede ser fuente de irritación y frustración para el agresor (Niedenthal, Krauth-Gruber y Ric, 2006). El embarazo también se ha asociado a mayor riesgo de VPI, probablemente, porque agrega estrés a la relación de pareja y pone a la mujer en una situación de mayor dependencia. Por último, respecto al abuso de sustancias, el consumo de alcohol (Sith et al, 2004) y otras drogas (Hazen y Soriano, 2007) actúan como factores de riesgo en la violencia de género - en ambos miembros de la pareja. El consumo de alcohol es fuente de estrés, facilita la irritación y la desinhibición de conductas agresivas.

En suma, podemos concluir que las diferentes formas de violencia simbólica, estructural e interpersonal no son excluyentes, sino que se relacionan entre sí, tal y como se manifiestan en la vida de las mujeres. Una serie de características macro sociales o contextuales se asocian a la VPI como son el bajo nivel educativo, el menor desarrollo económico del país y culturas que aprueban la violencia y las diferencias de género. Esto muestra la

importancia de tomar medidas legislativas y de desarrollo social que empoderen a las mujeres, así como que mejoren la calidad de vida en general. También estos datos revelan la necesidad de más investigación que evalúe la eficacia de las intervenciones y políticas socio-estructurales que abordan la violencia hacia las mujeres. Aunque se han hecho intentos de prestar más atención al género como un determinante de la violencia interpersonal (por ejemplo, la incorporación del género en la política o la transversalidad de la perspectiva de género en programas relacionados con las mujeres), hay un análisis limitado destinado a comprender los factores sistémicos que causan y mantienen a las mujeres en mayor riesgo de violencia o abuso. Análisis multinivel serían necesarios para comprobar estos efectos. Los actos violentos por parte de los hombres deben ser examinados dentro del contexto de las desigualdades estructurales que causan y mantienen la desigualdad de género (Shoham, Knepper y Kett, 2010).

Debemos destacar que, si bien muchos de los factores macro sociales y micro sociales se pueden considerar aspectos contextuales que causan la VPI, otros como la insatisfacción de la pareja, la ejecución de acciones de violencia, las actitudes favorables hacia la violencia, el miedo, la depresión y el consumo de alcohol se pueden valorar como efectos de la violencia o procesos de habituación y justificación de ella. Señalemos, además, que la investigación sobre procesos psicológicos más específicos, como las reacciones de culpa y vergüenza, actitudes de perdón, el optimismo y la percepción benevolente de

los actos de la pareja (que juega un rol ambivalente, ya que se asocia a la satisfacción marital, pero también ayuda a instalarse en situaciones de violencia crónica), es limitada y no se pueden extraer conclusiones consistentes. A pesar de la evidencia, algunos de los estudios no dejan clara cuál es la direccionalidad de los datos. Es importante tener en cuenta que las relaciones son complejas y no siempre son de carácter lineal ni unidireccional. Estudios a gran escala con un tamaño de muestra suficiente para hacer análisis de la ruta, permitirían examinar con mayor claridad estas relaciones (Shoham et al., 2010).

SECCIÓN 2. THE VICTIM-OFFENDER OVERLAP

El gran debate sobre la definición de VPI pone de relieve la importancia de conseguir una comprensión más clara de este tópico para avanzar en su investigación. Otra pregunta de investigación que guió nuestro estudio era si la violencia de pareja situacional era bidireccional y simétrica (ver capítulo 2, preguntas e hipótesis). En la revisión sistemática realizada en el estudio uno se encontró una correlación positiva y significativa entre la violencia ejercida y recibida de $r = .59$ (Moral et al., 2011), lo que apoya en parte una respuesta afirmativa, la cual fue refrendada en nuestro segundo estudio.

El análisis de la simetría de género dentro de la VPI sigue siendo un tema controvertido entre las perspectivas feministas y de conflicto familiar (por ejemplo, Dutton 2012; Straus 2011). Siguiendo la perspectiva integradora de Johnson (2011), se propone que hay distintos tipos de violencia dentro de las relaciones íntimas. En este estudio se analiza en una muestra comunitaria el patrón de simetría de género en las relaciones íntimas violentas.

A través de un estudio de tipo transversal con una muestra estratificada de tipo probabilístico de 2006 participantes del País Vasco (España) se contrasta la hipótesis sobre la bidireccionalidad de la violencia en las relaciones de pareja íntima. Los resultados confirman que **existe una asociación entre la victimización y la agresión, y que no existen diferencias en los niveles de violencia perpetrada y sufrida en función del género en la violencia**

situacional, como habíamos hipotetizado. Por tanto, se corroboró que, en la violencia situacional de pareja, la agresión es bidireccional y simétrica entre géneros. Destaquemos que el 65 y 63% de hombres y mujeres respectivamente han sido simultáneamente víctimas y agresores de violencia. Correlaciones y regresiones confirmaron que la victimización predice la agresión, así como la agresión la victimización, explicando el 52% de la varianza para ambos grupos. Estos resultados apoyan la hipótesis de Jonhson (1995, 2014) sobre la existencia de distintas tipologías de violencia dentro de la pareja: violencia situacional, terrorismo íntimo, control coercitivo y violencia defensiva. La violencia situacional es lo que haría referencia a la violencia común de tipo bidireccional ya que implica pérdidas de control ocasionales por parte de ambos miembros de la pareja, diferenciándose de otros tipos de violencia como la violencia de género o el terrorismo patriarcal, basada en el uso del control coercitivo y la dominación sistemática sobre la mujer – como nuestro estudio confirma.

Nuestros resultados también sugieren que la violencia situacional es la forma más común de violencia dentro de la pareja, generalmente de carácter leve lo que explicaría que las víctimas y los autores de la agresión y victimización no son necesariamente grupos distintos (Jonhson, 2014). Los resultados encontrados en este estudio son congruentes con otros basados en muestras comunitarias, en los que el tipo de violencia utilizada por las parejas tiende a ser mutua, no observándose diferencias significativas entre hombres y mujeres (Reingle, Jennings y Maldonado-Molina, 2011; Straus, Gelles y

Steinmetz, 1980; Straus y Gozjolko, 2014). Según nuestra propuesta estos datos deberían diferir significativamente en cuanto a los datos de prevalencia, cronicidad y gravedad de la violencia cuando se trabaja con muestras de mujeres víctimas de violencia de género.

Además, en este estudio nos interrogábamos si existía un **patrón que explique el efecto de solapamiento entre la victimización y la perpetración en la violencia situacional de pareja**. La investigación que examina el concepto de superposición víctima-agresor dentro de la pareja íntima es relativamente reciente (Jennings, Piquero, y Reingle, 2014). Hay una serie de explicaciones de por qué podemos esperar ver un efecto de superposición entre la victimización y la agresión cuando se estudia la violencia situacional. Primero, la violencia misma puede aumentar la probabilidad de una violencia adicional, como se ha comprobado a través de la hipótesis de la bidireccionalidad. Segundo, es que pueden existir rasgos comunes entre los delincuentes y las víctimas lo que aumenta la probabilidad de que los delincuentes sean victimizados. Por ello, en este estudio, también se buscó examinar **qué factores fueron predictores o incrementaban el riesgo de violencia situacional, pero también analizar cuáles son sus efectos principales a distintos niveles** (personal, social y comunitario). Dos análisis de ecuaciones estructurales demostraron que hay **un patrón general o efecto de solapamiento entre los antecedentes y consecuentes de la violencia de pareja situacional**. Esta superposición se observó para ambos sexos a través de

varias medidas antecedentes y consecuentes. **Los comportamientos violentos y la victimización se asociaron con experiencias de abuso durante la infancia, actitudes más favorables hacia el uso de la violencia y con la pérdida de control.** Por tanto, los resultados sugieren que existen factores de riesgo comunes entre el grupo de víctimas y agresores. **Además, la violencia infligida y sufrida está relacionada con una peor salud percibida, pero también con una baja integración social y un clima emocional menos positivo.** Estos resultados plantean que hay una generalización y proyección de la violencia interpersonal a la percepción del medio social tanto para víctimas como para agresores.

Existen limitaciones de datos que justifican una mayor discusión y sugieren direcciones para futuras investigaciones. Este estudio contó con medidas individuales y no pudimos examinar la superposición entre víctima y delincuente en muestras de parejas. En segundo lugar, es importante reconocer que se trata de un estudio correlacional y no podemos confirmar las relaciones causales con certeza. De hecho, podrían existir relaciones recíprocas entre algunas de las variables independientes y la VPI. En tercer lugar, no somos capaces de determinar el contexto inmediato que facilita o previene la VPI. Es probable que algunos de los encuestados que se hayan identificado como perpetradores fueran en realidad víctimas que utilizaron la violencia en forma defensiva en vez de como una ofensa o agresión. Finalmente, es posible que examinar la frecuencia y/o gravedad de la violencia, en lugar de la prevalencia

pueda dar lugar resultados diferentes con respecto a la superposición víctima-agresor. Si bien, los datos indican que la violencia situacional es simétrica, la mayor parte de las víctimas de violencia de género son mujeres. Es posible encontrar una sub-representación de las tasas de violencia sufrida por las mujeres en este estudio, mientras que los hombres muestran una tendencia a sobrestimar las agresiones que han recibido (Heise 2012; Reeves y Orpinas, 2012).

SECCIÓN 3. AFRONTAMIENTO Y REGULACIÓN EMOCIONAL EN VÍCTIMAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO

Como comentamos en la introducción, y a lo largo de la sección 3, el estudio de los procesos psicológicos específicos en la VPI no está muy desarrollado en España. En nuestro trabajo nos centramos en analizar cómo **las formas de regulación del estado de ánimo y emociones o regulación afectiva se presenta y qué efectos tiene en el marco de la violencia de género.**

Un primer estudio buscó responder si la escala de medidas de regulación emocional MARS es adecuada (válida y fiable) para medir las formas de afrontamiento ante eventos emocionalmente negativos (ver capítulo 3, preguntas e hipótesis). Este estudio examinó la fiabilidad y validez estructural de esta escala en relación al modelo de fases de regulación de afectos propuesto por Gross (2015). Un total de 264 estudiantes ($n = 187$ mujeres, 65 hombres y 12 missing) ($M = 24$ años, $SD = 9,32$) participaron en este estudio. **Los resultados muestran un buen índice de ajuste para un modelo de tres fases:** a) modificación de la situación que integra las familias de regulación de acción dirigida al problema, búsqueda de apoyo social emocional e instrumental, abandono psicológico y aislamiento social; b) El despliegue atencional y el cambio cognitivo, en los que se integran las familias de rumiación, distracción, reevaluación, espiritualidad, comparación social, auto-recompensa y gratitud, autocontrol y aceptación; y c) modificación de la respuesta emocional, que integra la supresión, respuesta fisiológica activa y pasiva, humor y calidez,

ventilación, confrontación y expresión emocional regulada. La validez de la escala se confirmó a través de correlaciones entre las puntuaciones de las dimensiones ampliadas de la escala de regulación del estado de ánimo con la reevaluación y supresión de rasgo o disposicional, y el bienestar hedónico y psicológico.

En éste y otros estudios previos (Lin-Roark, Church y McCubbin, 2015; Overstreet, Willie y Sullivan, 2016; Páez y Da Costa, 2014; Panaghi, Ahmadabadi, Ghahari, y Mohammadi, 2013) se ha confirmado que las estrategias de regulación emocional adaptativas son el afrontamiento instrumental, la búsqueda de apoyo, la distracción, la aceptación y el autocontrol, auto-reconfortarse, la reevaluación, la activación fisiológica activa y la expresión regulada; mientras que las disfuncionales son el abandono psicológico y el aislamiento social, así como la supresión de la expresión y la inhibición.

Como mencionamos en la introducción, y de acuerdo con las teorías sobre la flexibilidad (Bonanno y Burton, 2013; Cheng, 2001; Gross 2015), este carácter adaptativo debe examinarse y enmarcarse en el contexto de la violencia de género– un afrontamiento directo activo es difícil cuando se tienen pocos recursos para hacer frente a agresiones directas (Keeling, Smith, y Fisher, 2016; Murray, 2015). A pesar de esto varios estudios previos sugerían, congruentemente con la revisión sobre regulación afectiva, que las estrategias de afrontamiento activas o centradas en el problema mejoraban la seguridad de las mujeres y estaban asociadas con la salud mental positiva (Kanagaratnam,

2012), sin embargo, estos datos podrían no ser concluyentes en este estudio. Siguiendo este argumento se ha comprobado que los resultados positivos del uso de algunas estrategias no garantizan el afrontamiento eficaz de la violencia, sino que pueden incluso resultar desadaptativos para las mujeres que sufren violencia de género. Es decir, estrategias que pueden parecer inicialmente disfuncionales pueden resultar ser opciones óptimas frente a determinadas circunstancias. Por tanto, en este contexto es necesario tener en cuenta que los esfuerzos activos de afrontamiento de las mujeres víctimas no siempre garantizan la salida de la violencia.

En el capítulo 4 examinamos **las formas de afrontamiento como factores que utilizan las supervivientes para amortiguar o protegerse ante la violencia de género**. Como se ha definido a lo largo de este capítulo, la forma en la que las víctimas regulan sus emociones y afrontan la violencia puede ayudar a mitigar sus consecuencias negativas y, por tanto, pueden ser considerados factores protectores ante la violencia (ver capítulo, preguntas de investigación e hipótesis 4). Se realizaron entrevistas semi-estructuradas de 1.30 h. aproximadamente en zonas rurales y urbanas, utilizando instrumentos estandarizados sobre una muestra intencional formada por 201 víctimas de violencia de género de entre 18 y 66 años que han recibido asistencia a través de la red de Asistencia a Víctimas de Violencia de Género en Castilla y León y la Comunidad Autónoma Vasca durante los años 2012-2014. Los datos mostraron que el último episodio de violencia había ocurrido en promedio hacía más de 6

meses, aunque cerca de un 30% lo habían sufrido en los últimos tres meses. La mayoría de las mujeres había denunciado la situación de maltrato y casi las dos terceras partes de las participantes tenían vigente algún tipo de protección.

La violencia tiende a instalarse poco a poco y suele comenzar con la manipulación emocional, descalificación, control, desvalorización, entre otros, y prosigue en escalada (Hirigoyen, 2005). Esta tesis muestra que, en general, las víctimas de violencia de género no son pasivas ante los abusos y que, por tanto, se implican en el proceso de superación de la violencia mediante el uso de las distintas estrategias de afrontamiento y regulación emocional. Este es el motivo por el que la literatura acomoda el concepto de superviviente para referirnos a las víctimas.

En primer lugar, queríamos responder a la pregunta sobre cuál es **la relación entre las características socio-demográficas de las víctimas con la prevalencia de la violencia**- ya parcialmente contestada en el capítulo 1- y sobre todo **qué relación tienen con las formas de afrontamiento**. Los resultados confirmaron que alrededor de un tercio de las mujeres habían sido poli-victimizadas a lo largo de la relación, es decir habían sufrido todo tipo de abusos (32.3%, $n = 65$). Además, nuestros datos indicaron que la violencia de tipo leve prevaleció por encima de las formas de tipo severo. Se confirma que la violencia hacia las mujeres no fue un hecho puntual, incrementándose los niveles de severidad de la violencia a medida que transcurre el tiempo de relación, siendo las formas leves, sobre todo la violencia psicológica la que

tiende a prevalecer tras finalizar la relación. Otro dato importante es que, a pesar de que cerca de las dos terceras partes de las víctimas actuales (65%) detectaron las primeras señales del maltrato en el noviazgo, la media de tiempo de relación en este estudio fue de 11 años. Podemos concluir que, aunque, en general, **la prevalencia de la violencia no se diferenció en base a las características socio-demográficas de las víctimas**, encontramos algunas excepciones en relación a la violencia sexual – que fue menos frecuente -. La declaración de violencia sexual leve y severa se asoció con haber recibido más tiempo de asistencia y se dio en mayor medida entre las mujeres divorciadas. Este resultado apoya la idea de que es posible que la violencia sexual tenga consecuencias diferentes para las mujeres y existan más dificultades para verbalizar la ocurrencia de abusos frente a los otros tipos de violencia.

En segundo lugar, se pregunta sobre **qué estrategias de afrontamiento usan las víctimas para hacer frente a la violencia sufrida**. Según lo que conocemos, nunca antes se había analizado la eficacia de los esfuerzos de las mujeres en un modelo estructurado de cambio. Este planteamiento resuelve así algunas de las limitaciones que los autores previos (Murray, 2015) han señalado como son, la ausencia de un marco de referencia o la inclusión de los componentes emocionales en el estudio del afrontamiento de la violencia. Se analizó cómo las mujeres pasaban por distintas fases para superar la situación de maltrato y protegerse de la violencia. Para esto se aplicó el modelo TMM de Prochaska, que plantea **4 estadios referidos a la pre-contemplación**,

preparación, acción y mantenimiento (Prochaska y DiClemente, 1982). A partir de este modelo planeamos un mapa que define para cada momento de cambio un estilo de afrontamiento (de modificación, atención y cambio cognitivo) y el componente emocional prevalente. Junto con las teorías sobre regulación emocional, además, distinguimos entre el afrontamiento centrado en los antecedentes y el tipo de respuesta emocional.

En cuanto a las formas de afrontamiento, los resultados indicaron que las víctimas en general **utilizan el apoyo social emocional y el instrumental directo, pero también el aislamiento social como formas de modificación de la situación. El uso de la distracción, la auto-recompensa, aceptación, rumiación y reevaluación también fueron frecuentes como formas de reorientación de la atención y modificación cognitiva.** Congruentemente con los estudios previos (Keeling et al. 2016; Murray, 2015), las estrategias disfuncionales, como el abandono psicológico, el aislamiento social y la rumiación, se relacionaron con más afectos negativos y menos positivos, mientras que más emociones positivas y menos negativas se relacionaron con más apoyo social emocional, distracción y autorecompensa. El afecto positivo además se asoció con el uso de estrategias de tipo instrumental directo, la búsqueda de apoyo de tipo informacional y con más reevaluación.

En nuestro estudio, basándonos en la puntuación más alta actual de las mujeres, se encontró que el **9% de las víctimas entrevistadas estaba en la fase de pre-contemplación, 24.9% en contemplación, 48.2% en acción, y en**

mantenimiento un 17.9%. Estos datos son congruentes con la idea de que la mayor parte de las mujeres que fueron entrevistadas ya habían comenzado un proceso de afrontamiento público de la violencia y, en la menor parte de los casos, fueron clasificadas en la etapa 1 o pre-contemplativa. Además, analizamos la relación entre las distintas etapas. Nuestros datos confirman que las supervivientes hacen un reconocimiento progresivo de la situación de maltrato en la que viven, que comienza en la E2. La E1 se confirma como una etapa opuesta al resto -con la que mantiene una relación negativa-, especialmente con la E3 y se caracteriza por la ausencia de respuesta, minimización y negación de la violencia. La E2 es una fase de transición donde se realizan preparativos, se evalúa la situación y toma de conciencia asociada a la E3 o acción. Sin embargo, la E4 se relacionó de forma positiva pero más débil con la E2 y E3, lo que confirma que se trata de una fase de vuelta a la normalidad, donde se afianzan los cambios logrados a partir de la E2.

Afrontamiento centrado en los antecedentes

Según lo anterior, buscamos indagar como las formas de afrontamiento basadas en la modificación, atención y cambio cognitivo se vinculaban a las etapas de cambio, respondiendo a la pregunta sobre **¿cómo regulan sus emociones las víctimas en base al modelo de etapas de cambio?**. Se comprobó empíricamente que, en general, existe un perfil diferenciado de regulación afectiva según las fases.

Con respecto a las familias de regulación de cambio de la situación y de los vínculos sociales, se confirmó que formas de **afrontamiento de evitación**, así como el aislamiento social eran **más usado en la pre-contemplación** que en la fase final de mantenimiento y, sobre todo, que el abandono psicológico se utilizó con más frecuencia en la pre contemplación en comparación con el resto de etapas. Ambas estrategias disminuyeron de forma gradual a medida que las víctimas avanzaban a través de las etapas de cambio. Una posible explicación es que estas estrategias funcionan como una forma de resistencia activa, es decir, pueden haber sido utilizadas con el objetivo de sobrevivir y minimizar los daños dentro de la relación violenta. Sin embargo, son consideradas disfuncionales y de tipo pasivo ya que se asocian a más consecuencias negativas posiblemente ocasionadas por la propia violencia y mantienen a la mujer atrapada dentro de la relación (teoría de la trampa psicológica) (Amor, Bohórquez y Echeburúa, 2006). En cambio, las estrategias de tipo **instrumental y de búsqueda de apoyo** emocional e informacional aparecieron con **menor frecuencia en las fases de pre contemplación y contemplación que en la fase tres de acción**. En esta etapa 3, **el uso de conductas de tipo instrumental directo y de búsqueda de apoyo emocional fue mayor que en la etapa cuatro o de mantenimiento**. Esto sugiere que se pasa del predominio de formas inadaptativas de evitación psicológica y social a **formas más adaptativas directas de modificación de la situación y búsqueda de apoyo**

en la fase de acción, momento en el que llegan a un clímax, disminuyendo posteriormente en la fase de mantenimiento.

Con respecto a la reorientación de la atención y modificación cognitiva, el uso de **la rumiación prevaleció en mayor medida en la etapa de precontemplación** y resultó ser significativamente más usada por las víctimas con respecto a las etapas de acción y mantenimiento. Esta forma de afrontamiento fue utilizada con la misma frecuencia en la etapa de contemplación. El uso de la **reevaluación aumentó significativamente a través de las distintas etapas hasta la acción**. Esto sugiere que un trabajo cognitivo repetitivo no adaptativo predomina en las fases de precontemplación y contemplación, mientras que formas reflexivas de pensamiento que ayudan a distanciarse de la situación y buscar salidas positivas van aumentando hasta la etapa de acción. Por otro lado, el uso de la distracción y la auto-recompensa fue menor en la etapa de precontemplación en comparación con el resto de etapas. Al mismo tiempo, estas estrategias fueron elegidas por las víctimas con más frecuencia en la etapa de acción en comparación con la etapa final de mantenimiento.

La auto-recompensa y distracción, formas internalizadas adaptativas de regulación, se **usan más en la etapa de acción que en las anteriores (precontemplación y contemplación)**, llegando a un clímax y luego muestran **un declive** – similar a lo que ocurre con la modificación de la situación y búsqueda de apoyo -. También, se encontraron diferencias estadísticamente significativas en los niveles de afecto negativo entre las distintas etapas, siendo

significativamente mayor en las 3 primeras fases en comparación con la fase de mantenimiento. Para los afectos positivos se encontraron efectos contrarios, siendo en las etapas de acción y mantenimiento donde las mujeres mostraron más afectos de tipo positivo que en las dos etapas anteriores. Es decir, en general las mujeres van disminuyendo el nivel de afectos negativos que se mantienen altos hasta la fase de acción y aumentando los de tipo positivo según van avanzando a través del continuo de cambio.

En cuanto a las estrategias que predicen un cambio de etapa, los análisis de correlaciones y las regresiones mostraron que puntuaciones **altas en la primera etapa se asocian o eran predichas por el abandono psicológico, menor búsqueda de apoyo emocional y menor uso de las estrategias de tipo instrumental directo. La rumiación, la baja distracción y bajo afrontamiento religioso** también se asocian a la E1. Todos estos predictores explican entre un 38% y 40% de la varianza. Estos datos se explican porque la minimización y normalización de los niveles de violencia se relacionan con el menor uso de estrategias de tipo instrumental directo. La falta de conciencia sobre el maltrato también confirma un menor uso de la búsqueda de apoyo social y la distracción. Además, el abandono psicológico también puede ser considerado una forma de negación de la violencia por parte de la mujer y se asocia con la fantasía de cambio por parte del agresor (Krause, Kaltman, Goodman y Dutton, 2008). La rumiación también se presenta como una estrategia cognitiva de tipo pasivo que mantiene a las víctimas en un

pensamiento positivo sobre la posibilidad de cambio del agresor, pese a las evidencias de la violencia que están sufriendo. El bajo afrontamiento religioso, también se relaciona con la E1, indicando que las mujeres en esta etapa pueden no encontrar un sentido sobre la vida ufera de la relación, lo que afecta a su capacidad de respuesta. En consecuencia, las mujeres tienden a utilizar más estrategias de tipo disfuncional que favorecen que continúe dentro de la relación abusiva.

Puntuaciones altas en la etapa de **contemplación se asociaron al afrontamiento de tipo instrumental, a menor abandono psicológico y mayor afectividad negativa. La distracción, la reevaluación, la auto-recompensa y la baja aceptación** se relacionan con esta etapa. Los predictores explicaban alrededor del 41-46% de la varianza en estas dos fases. Estos datos confirman el uso de la reevaluación como una forma de evaluar la situación de violencia. El uso de estrategias activas como son las de tipo instrumental directo confirma un incremento sobre el nivel de conciencia de la situación de maltrato y la planificación de vías de escape. La ausencia de aceptación también justifica que las víctimas dejen de sentirse responsables sobre la violencia y las decisiones que planean tomar (Zanville y Cattaneo, 2012). La distracción asociada positivamente a la búsqueda de auto-recompensas se relaciona a resultados positivos en esta etapa. Comienza el uso de acciones directas, aunque en menor medida que en la E3. De hecho, este resultado argumenta que la E2 puede relacionarse con formas más indirectas de afrontamiento asociadas

a la planificación de la ruptura y con menos abandono psicológico, aunque la ruptura no se hace evidente hasta la E3.

Siguiendo el continuo de cambio, puntuaciones altas en la etapa de **acción se asociaron a las estrategias de afrontamiento de tipo instrumental directo, a la búsqueda de apoyo social, a bajo abandono psicológico y al alto afecto negativo y positivo. La distracción, la reevaluación, la auto-recompensa y la baja rumiación** se asociaron a puntuaciones altas en la acción. Los predictores explicaban cerca del 50% de la varianza. Es decir, las víctimas realizaron estrategias de tipo instrumental dirigidas a cambiar la situación y evitaron las formas de afrontamiento pasivas como es el abandono psicológico.

En nuestro estudio, la búsqueda de ayuda se ha identificado como el primer paso para poner fin a la relación y acabar con la violencia. Además, la búsqueda de apoyo se relaciona con menos abandono psicológico y más emociones positivas. Estos resultados sugieren que el déficit en el sistema de apoyo social tiene consecuencias negativas, por lo que cualquier mejora en la provisión de apoyo social se relaciona con más acción y con una disminución de los efectos negativos de la violencia (Panaghi, 2013; Sylaska, y Edwards, 2014). Estos resultados, por tanto, avalan la hipótesis de que el apoyo social facilita la acción y cumple una función de “buffering” o amortiguadora sobre los efectos emocionales de la violencia. Al considerar una visión multidimensional del apoyo social los resultados revelan diferencias según su naturaleza: emocional

e informativo (Simmons, Farrar, Frazer y Thompson, 2011). La mayor parte de las mujeres clasificadas en la E3 prefirieron buscar el apoyo emocional que se realiza a través de su red más cercana (amigos, familiares), frente a la de tipo informacional o formal que provee las instituciones o recursos de ayuda a las víctimas. Aunque el apoyo social emocional predijo las conductas de acción no resultó tener un efecto en la etapa de mantenimiento donde sólo el apoyo social informativo resultó ser eficaz. Por tanto, aunque la mayor parte de las víctimas utilizaron la búsqueda de ayuda o consejo a través de profesionales en la E3, este tipo de estrategia fue percibida sobre todo necesaria durante el mantenimiento.

Una posible explicación sugiere que las mujeres tienden a realizar múltiples intentos privados o esfuerzos para afrontar la violencia antes de pedir ayuda formal, lo que justificaría la ausencia de búsqueda de ayuda hasta la E3. Pero, además, es posible que las víctimas percibieran más dificultades para acceder a la ayuda formal y externa que ofrecen las instituciones (rutas de acceso para acceder a la ayuda especializada) como señalan investigaciones previas (Fleming y Resick, 2016). Experiencias previas positivas con las instituciones también pueden facilitar la búsqueda de ayuda.

Sin embargo, otras dos explicaciones podrían derivar de estos resultados. Por un lado, cabe discutir si emociones negativas como son la culpa o la vergüenza pueden estar influyendo y dificultando la búsqueda de ayuda especializada. Conocemos que existe un estigma asociado a la divulgación de la

violencia que podría estar asociado con menores tasas de búsqueda de ayuda (formal e informal) en víctimas de violencia de género (Overstreet et al., 2016). En parte nuestros datos concluyen que las mujeres que sintieron más emociones positivas y menos emociones negativas, hicieron más búsqueda de apoyo social emocional. Como señala Panaghi et al. (2013), es posible que las mujeres tiendan a sentirse juzgadas por los otros cuando dan a conocer la violencia. Sin embargo, no tenemos suficiente evidencia empírica que nos permita comprobar este resultado. También se plantea que el proceso de ruptura con la pareja violenta no acaba con la fase de acción. De hecho, se concluye que las mujeres buscan apoyo social informacional en mayor medida tras la ruptura, indicando que las exigencias tras el proceso de separación están presentes durante el mantenimiento, posiblemente ligadas a los procesos judiciales, pero también a la necesidad de encontrar ayuda especializada para tratar las consecuencias negativas que ha producido la violencia.

También la reevaluación positiva de la situación y de las propias capacidades de las víctimas podría explicar una mayor tendencia a la acción. Las emociones positivas relacionadas con la ausencia de rumiación, estarían asociados con pensamientos positivos y mayores sentimientos de auto-eficacia y con la creencia de que es posible cambiar la situación (Goodman et al. 2015). El uso de un afrontamiento instrumental directo y la ausencia de abandono psicológico hacen evidentes las conductas de cambio y el afrontamiento directo

del problema por parte de las víctimas. Por otro lado, los resultados confirman el uso de distracción y, en mayor medida, la búsqueda de la auto-gratificación.

Finalmente, altas puntuaciones en la fase **de mantenimiento también se asociaron, además de con la búsqueda de apoyo social informal, con la baja rumiación y baja distracción, la regulación religiosa y la comparación social**. La fase de mantenimiento mostraba poca varianza explicada entre el 14% y 23%. Por un lado, desciende el uso de estrategias evitativas como la rumiación, pero también de la distracción, ya que el foco de atención se centra en la búsqueda de soluciones. Por otro lado, la religión, junto con la comparación social, sirvieron como recurso a las mujeres para mantener los cambios logrados desde la E2. Esto se confirma porque el uso de las estrategias de tipo espiritual se asocia con una mayor sensación de fuerza interior, pero también con la participación en la comunidad religiosa y un mayor sentimiento de conexión con los otros (Mitchel 2006). De hecho, nuestros datos mostraron una relación positiva entre el uso de la religión y el apoyo social - informacional-. De acuerdo con este argumento, otros autores ya han concluido que el afrontamiento religioso media la asociación entre la espiritualidad y los resultados de salud mental en víctimas de violencia de género (Wallington y Murphy, 2006) y, además, puede suponer una forma de integración social (Sánchez, 1998).

También hay que recordar que la ruptura no sólo supone el fin de la relación de pareja, sino que también está relacionado con el fin de un proyecto

de vida y familia sobre el que las mujeres han invertido gran cantidad de esfuerzos de regulación - como ya se ha descrito previamente en esta etapa -. Se podría hipotetizar que, en la fase de mantenimiento, las mujeres podrían estar utilizando la religión como un soporte que les permita plantearse nuevas expectativas y metas. La comparación social podría funcionar como una forma de evaluación sobre la propia situación con respecto a los otros y las metas alcanzadas.

Afrontamiento centrado en el tipo de respuesta emocional

También queríamos saber **si las emociones de las mujeres guían el proceso de cambio y favorecen un afrontamiento eficaz de la violencia**. Finalmente buscábamos examinar si **las estrategias de modulación de respuesta emocional son mediadoras entre la experiencia emocional de las víctimas y la superación de la violencia (etapa de cambio)**. Siguiendo la teoría propuesta por Gross (2015), estas estrategias aparecen una vez que la respuesta emocional se ha generado y, por tanto, se presentan como mediadoras entre los estados afectivos y la etapa de cambio. Un estudio complementario al anterior, basado en la misma muestra buscó dilucidar estas preguntas de investigación (ver capítulo cinco, preguntas e hipótesis).

Se confirma que las víctimas **difieren en cuanto al tipo de estrategia utilizada a través del proceso de cambio**. La supresión aparece en mayor medida en la E1 y su uso disminuye progresivamente durante la E2 y E3. Este patrón de resultados es muy similar al encontrado en relación a la RFP. La

confrontación de la violencia fue utilizada a partir de la acción en comparación con la etapa anterior y el uso de la RFA es mayor en la acción y el mantenimiento con respecto a la E1. Además, la expresión regulada de emociones aparece en la E4. Los resultados también confirmaron que las **familias de regulación como la fisiológica pasiva, y la inhibición/supresión se asociaban a una balanza de afectos negativos** en general. También que la **regulación fisiológica activa y la expresión regulada** se relacionaban con **una balanza de afectos positivos** – congruentemente con estudios y meta-análisis anteriores (Da Costa, y Páez, 2014). Sin embargo, dos formas de regulación activas, de aproximación extrema, como **la confrontación y la descarga se asociaban en el caso de las mujeres maltratadas a la alta afectividad positiva y baja negativa (la descarga fue no significativa)**. Por tanto, se concluye que la supresión parece ser utilizada por las mujeres más en la primera etapa junto con la RFP asociada a una alta afectividad negativa, sin embargo, en la acción empieza a prevalecer la descarga y la confrontación relacionadas con un incremento de la afectividad positiva y disminución de los afectos negativos. En la E4, las mujeres abandonan la inhibición y la RFP para involucrarse en formas reguladas de expresión de las emociones.

También se puede concluir que el número de estrategias empleadas por las mujeres para hacer frente a la violencia fue mayor en la E1 y E3, en comparación con las otras etapas. Es decir, los esfuerzos de regulación fueron mayores en E1 y E3 donde el 83,3% de las estrategias fueron activadas, mientras

que sólo el 16,7% se activa en la E2 y el 50% en la E4. De acuerdo con la E1, el uso de las estrategias estaría asociado a una mayor justificación y minimización de la violencia, mientras que en la E3 la finalidad es poner fin a los abusos – procesos críticos y opuestos. Esto podría reflejar que, a pesar de que las estrategias utilizadas por las mujeres en la E1 son varias, no ponen fin a la violencia, pero, al igual que en la E3, involucran grandes esfuerzos de autorregulación por parte de las víctimas.

Análisis similares a los anteriores del capítulo 4 sobre el efecto de las estrategias de afrontamiento sobre la etapa de cambio, mostraron que la **baja regulación fisiológica activa, la alta regulación fisiológica pasiva e inhibición predijeron puntuaciones altas en la fase de pre-contemplación**. Puntuaciones elevadas en **contemplación fueron predichas por los afectos negativos, la alta descarga y la baja regulación fisiológica pasiva**. La **alta afectividad negativa y positiva, la baja regulación fisiológica pasiva e inhibición, la alta confrontación y regulación fisiológica activa predijeron la fase de acción**. En todas las etapas, los predictores explicaban alrededor del 70% de la varianza. Finalmente, puntuaciones altas en la fase de **mantenimiento eran predichas por la baja regulación fisiológica pasiva y la inhibición y la alta expresión regulada** – explicando el 50% de la varianza.

Confirmando las hipótesis, los resultados muestran que tanto los afectos positivos como negativos variaron y tuvieron un efecto sobre las distintas fases del continuo, aunque con matices. La baja afectividad positiva se asoció a la

etapa de pre-contemplación (sólo en las correlaciones), mientras que sólo la afectividad negativa predecía la fase dos de contemplación y la alta afectividad positiva y negativa la fase tres de acción. Estos resultados sugieren que tanto las emociones positivas como las negativas tienen una función adaptativa y reguladora dentro del proceso de superación de la violencia e intervienen en el proceso de toma de decisiones de las víctimas (Hofmann, Carpenter y Curtiss, 2016). Pero, además, pueden indicar que las emociones negativas en la E2 pueden estar relacionadas con una mayor evaluación de la situación y reacción por parte de las víctimas y, por tanto, se asocia con resultados positivos - función de ganancia - (Larsen, 2009).

Globalmente, los datos confirman la hipótesis que el afrontamiento de tipo obsesivo, evitativo o pasivo estará más presente en la primera etapa del continuo (mayor abandono psicológico, rumiación, supresión y regulación fisiológica pasiva), donde las mujeres aun no son conscientes del maltrato, mientras que la etapa de contemplación emerge como una etapa de alejamiento del afrontamiento pasivo, con un aumento del afrontamiento directo, un mayor uso de la distracción, la reevaluación, la auto-recompensa y la descarga emocional. Las estrategias de tipo activo aparecerán con más intensidad en la fase de acción, cuando las mujeres se identifican como víctimas y los esfuerzos por cambiar la situación en la que viven son mayores. Esta etapa se caracteriza por mayor regulación directa y búsqueda de apoyo más distracción,

reevaluación, auto-recompensa, regulación fisiológica activa y mayor confrontación.

También se confirmó que el uso de las estrategias centradas en la modificación de la situación es menor en la fase de mantenimiento que en la de acción, ya que sus esfuerzos en la última fase están dirigidos a mantener los cambios realizados en las etapas anteriores. Agreguemos que la búsqueda de apoyo, la reevaluación, la distracción y la recompensa también muestran esta evolución curvilínea, sugiriendo que en la etapa de acción todas las formas adaptativas, tanto externas como internas, se utilizan más – el tablero siguiente sintetiza los resultados anteriores mostrando gráficamente la fuerza con que cada familia de regulación caracteriza a cada etapa.

Modelo Integral de fases de liberación y recuperación de las mujeres en situación de violencia machista

Fases	URICA (Prochaska y DiClemente 1982; adaptado por Tejero y Trujols, 1994) Descripción etapa de cambio	Nombre	MARS (Larsen y Prizmic, 2004)	Afecto, PNA (Bradburn, 1989)
Fase I	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Deseo de una relación de pareja. Centrada en la relación ✓ No reconocimiento comportamientos indeseables ✓ Minimización, justificación y ocultamiento de la violencia ✓ La víctima se responsabiliza y culpabiliza por la violencia ✓ Esfuerzos por la relación y esperanza de cambio ✓ Disminución del impacto del abuso 	PRECONTEMPLATIVA	<p>Modificación y selección de la situación: instrumental directo (-), abandono psicológico (+), apoyo social emocional (-)</p> <p>Atención y Cambio cognitivo: rumiación (+), distracción (-), religión (-)</p> <p>Modulación de la respuesta emocional: regulación fisiológica pasiva (+), inhibición (+), regulación fisiológica activa (-)</p>	n.s
Fase II	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Expresa una necesidad de cambio- evalúa la situación ✓ Crea alternativas internas y ajustes internos para frenar la violencia ✓ Asociación del malestar general psicofísico a la agresión continuada ✓ Identificación interna y cuestionamiento de la violencia ✓ Proyecto de separación 	CONTEMPLATIVA	<p>Modificación y selección de la situación: instrumental directo (+), abandono psicológico (-).</p> <p>Atención y Cambio cognitivo:distracción (+), reevaluación (+), auto-recompensa (+), aceptación (-).</p> <p>Modulación de la respuesta emocional: regulación fisiológica pasiva (-), descarga (+).</p>	-
Fase III	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Identificación externa de la violencia con escucha ✓ Confrontación del abuso y del abusador ✓ Revalorización de la relación ✓ Busca separarse: pide ayuda ✓ Se prepara para la supervivencia y los asuntos legales 	ACCIÓN	<p>Modificación y selección de la situación: instrumental directo (+), abandono psicológico (-), apoyo social emocional e informativo (+)</p> <p>Atención y Cambio cognitivo: rumiación (-), distracción (+), reevaluación (+), autorecompensa (+).</p> <p>Modulación de la respuesta emocional: regulación fisiológica pasiva (-), inhibición (-), confrontación (+), regulación fisiológica activa (+)</p>	+/-
Fase IV	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Lucha por la supervivencia, seguridad y mantenerse libre ✓ Revalorización de la relación: reafirmación de los cambios ✓ Cuida de sus relaciones sociales y de su salud ✓ Cuida su salud y las relaciones con sus hijos/as y con el resto de la familia ✓ Nuevos proyectos de vida y de futuro ✓ Nuevas creencias sobre la violencia, la pareja y familia 	MANTENIMIENTO	<p>Modificación y selección de la situación: apoyo social informativo (+)</p> <p>Atención y Cambio cognitivo:rumiación (-), distracción (-), religión (+), comparación social (+).</p> <p>Modulación de la respuesta emocional: regulación fisiológica pasiva (-), inhibición (-), expresión regulada (+)</p>	n.s

Nota: (+) regulación adaptativa en este estudio, (-) inadaptable en este estudio.

Por otra parte, los análisis de correlación y mediación permiten concluir que los afectos positivos como los negativos se relacionaron con el uso de las estrategias de afrontamiento – reforzando tendencias de acción congruentes. En general, los afectos positivos se relacionaron de forma positiva con las estrategias de tipo activo como la regulación fisiológica activa, mientras que los negativos se relacionaron con las de carácter pasivo, como la regulación fisiológica pasiva y la inhibición/supresión. Es decir, los déficits en las capacidades de regulación emocional están vinculados a un mayor afecto negativo, disminución del afecto positivo e intentos ineficaces en el manejo de las emociones. Ahora bien, formas activas pero supuestamente inadaptativas, como la confrontación y descarga, se activaron ante la presencia de más afectividad positiva – siendo adaptativas en este contexto.

Se confirmó con matices la hipótesis sobre **el papel mediador de las estrategias de afrontamiento entre los afectos y las etapas de cambio**. La baja afectividad positiva y la alta afectividad negativa promovieron el uso de más regulación fisiológica pasiva, inhibición y menos regulación fisiológica activa e, indirectamente, mediante éstas reforzaban una actitud de pre-contemplación ante la violencia. La inhibición y la RFP se consideran estrategias pasivas en esta etapa, posiblemente dirigidas a reducir los niveles de tensión y a mantener un equilibrio emocional dentro de la pareja, evitando nuevos conflictos.

La alta afectividad positiva disminuyó el uso de regulación fisiológica pasiva y fomentó el uso de la descarga, asociados con un mayor acuerdo con la etapa de contemplación. Además, la regulación fisiológica pasiva también fue un mediador entre los afectos negativos y el nivel de acuerdo con la contemplación. La alta afectividad positiva y la baja afectividad negativa ponen en marcha el uso de la confrontación y la regulación fisiológica activa, pero también se relacionan con un menor uso de la regulación fisiológica pasiva, formas de regulación que se asocian a la acción y que median entre la afectividad y el acuerdo con una actitud de acción. La alta afectividad positiva y la baja afectividad negativa promueven un menor uso de la regulación fisiológica pasiva y de la inhibición supresión, lo que está asociado con un mayor acuerdo con el mantenimiento. Además, la expresión regulada de las emociones fue utilizada por las víctimas que sintieron menos emociones negativas y se asoció a un mayor acuerdo con el mantenimiento.

Señalemos como limitación que los resultados no son el producto de un estudio longitudinal en el que se constata como el paso de una fase a otra se vincula a cambios en el perfil de regulación. La necesidad de un trabajo longitudinal es clara, y no se puede establecer firmemente en este punto la dirección de las relaciones entre variables. Se deben realizar más investigaciones para probar empíricamente los mecanismos de retroalimentación propuestos sobre el afrontamiento de la violencia (por ejemplo, Aspinwall y Taylor, 1997, Mitchell y Hodson, 1986, Moos, 1995). Al

examinar a las mujeres en diversas etapas de relaciones abusivas, podemos empezar a entender cómo puede cambiar el afrontamiento a lo largo de una relación. Los modelos secuenciales propuestos se basan en la teoría más que en mediciones separadas temporalmente y no podemos asegurar que las emociones causan las respuestas de modulación y éstas, a su vez, alimentan una visión pre-contemplativa, contemplativa, de acción y de mantenimiento. La inversa puede ser cierta – el marco de definición de la situación actúa como evaluación que provoca la emoción u orienta la regulación

En la actualidad contamos con una medida de tipo longitudinal tras pasado un año desde la primera medición para resolver esta cuestión. Se ha conseguido entrevistar al 50% de la muestra inicial ($n=100$ mujeres), sin embargo, los resultados no han sido incluidos en este trabajo a la espera de comprobar algunas de estas hipótesis.

La regulación emocional en trabajadoras sexuales

En este último estudio nos preguntamos cuáles son las estrategias de regulación afectiva que utilizan las trabajadoras del sexo para afrontar la violencia íntima y cuáles son adaptativas.

Se realizaron entrevistas personales estructuradas con trabajadoras sexuales en tres entornos diferentes: calle, club y pisos. La muestra está compuesta por 137 trabajadoras del sexo en España (85,4% son extranjeras y 14,6% trabajadoras sexuales nacidas en España). Los potenciales niveles de

tensión y los problemas con la pareja íntima en trabajadoras sexuales estaban vinculados a una balanza de afectos negativos y un bajo bienestar. La afectividad positiva se asoció al uso de estrategias adaptativas mientras que la afectividad negativa predijo estrategias disfuncionales. La **confrontación y la inhibición se asociaron a la afectividad negativa**. La **expresión regulada, el autocontrol y auto-recompensa se asociaron a su vez con la positiva**-. Tres diferentes path análisis mostraron que la violencia potencial en la pareja tuvo un efecto emocional negativo, a la vez que son las emociones las que predicen las estrategias de afrontamiento en una situación agresiva. Esto tiene implicaciones para las teorías de la regulación emocional, mostrando que las emociones generan tendencias específicas de conducta que intervienen en el bienestar. **El autocontrol fue la única estrategia relacionada con un mayor bienestar** en las trabajadoras sexuales, que reportaron menores niveles de tensión y dificultad en sus relaciones íntimas. Por el contrario, **la inhibición se asoció con un aumento en los niveles de malestar** cuando la afectividad negativa predominaba y las trabajadoras sexuales reportaban sufrir más tensión y dificultad con sus parejas.

Se trata de un estudio transversal, por lo que no podemos inferir la causalidad o la dirección de las asociaciones observadas. Aun así, estos resultados confirman el carácter disfuncional de la inhibición/supresión, el funcional de la expresión regulada, la auto-recompensa y, sobre todo, del autocontrol, coherentemente con los estudios y meta-análisis previos (Páez y

Da Costa, 2014; Peña-Sarrionandia, Mikolajczak y Gross, 2015). Además, matizan los efectos positivos de la confrontación. En un contexto de pocos recursos y de gran tensión, como en el que viven las trabajadoras sexuales, esta estrategia provoca probablemente una escalada de conflictos y respuestas punitivas que afectan negativamente a las mujeres.

A pesar de esta limitación, el estudio representa uno de los primeros esfuerzos para investigar la violencia ejercida contra las PEPs por sus parejas, sus efectos emocionales y las estrategias que resultan efectivas y mejoran su bienestar.

Una posible línea futura de investigación sería la comparación entre las estrategias que han utilizado las víctimas de violencia de género y las mujeres que ejercen la prostitución. Esto nos permitiría comprobar si en un contexto de alta vulnerabilidad el tipo de afrontamiento sería diferente.

IMPLICACIONES PRÁCTICAS

Como **implicaciones prácticas** cabe señalar algunos resultados que pueden ser útiles en la intervención. La aplicación del modelo de etapas de cambio puede ser beneficiosa en casos de violencia de género, ya que tiene en cuenta las emociones de las mujeres, y señala la eficacia del uso de unas estrategias frente a otras según cada etapa de cambio. Los análisis de mediación indicaron que potenciar los afectos positivos y reducir las emociones de tipo negativo erosionan el uso de estrategias de afrontamiento que mantienen el nivel de acuerdo con la pre-contemplación (regulación fisiológica pasiva y la inhibición/supresión), lo que podría ser adecuado para fomentar el cambio en las mujeres clasificadas en esta etapa. Señalemos que, en la etapa de contemplación, motivar emociones negativas parece tener un efecto directo en la capacidad de reacción de las mujeres.

La baja afectividad positiva y alta negativa se relacionan con un mayor reconocimiento de la situación de violencia y una mayor evaluación de la situación de violencia en los análisis de mediación. La RFP fue mediadora entre el estado afectivo y las respuestas de las víctimas en la E2. El uso de la RFP, por tanto, es disfuncional en esta etapa. De acuerdo con esto, algunos estudios ya han identificado que emociones como la ira o el miedo pueden motivar la evaluación de la situación de violencia y la toma de conciencia. Los análisis de mediación también mostraron que los afectos positivos pero, en mayor medida,

los de tipo negativo promueven la acción. La confrontación y la regulación fisiológica activa se activaron cuando las mujeres sintieron más emociones positivas y se relacionaron positivamente con la capacidad de acción de la mujer. Sin embargo, la inhibición-supresión y la RFP se redujo en la E4 ante la presencia de emociones positivas y se incrementó cuando las mujeres sintieron emociones negativas. El uso de la expresión regulada resultó funcional y se relacionó con menos afectos negativos e impactó positivamente en el mantenimiento.

Resultados comunes con las mujeres que sufren violencia del capítulo 4, 5 y 6 (prostitución) revelan que la supresión/inhibición se relaciona con la ausencia de respuesta. Además, esta forma de afrontamiento prevalece en mayor medida en la E1 y se relaciona con alta afectividad negativa y con consecuencias negativas en la salud psicológica. El silencio de las víctimas puede ser usado como una forma de mantener la seguridad en las primeras etapas dentro de un contexto de violencia de pareja, sin embargo, se ha comprobado que sus efectos son perjudiciales a largo plazo. Este factor, aunque no ha sido analizado en el estudio 2 sobre violencia común, también podría explicar las tasas de sub-representación de la violencia que otros autores ya han documentado (Murray, 2015).

La expresión regulada se activará en situaciones de baja violencia y cuando la mujer ha salido de la situación de violencia (principalmente en la E4), cuando predominan las emociones positivas y no tiene consecuencias sobre el

bienestar de las mujeres. La confrontación, también, se activa en situaciones de baja violencia cuando las mujeres están en el proceso de salir de la situación de violencia o fase de acción, cuando predominan las emociones positivas y no tiene consecuencia sobre la salud mental, aunque si aumenta su seguridad.

Por otro lado, la descarga en el caso de las trabajadoras sexuales que sufren VPI se asoció tanto a la afectividad negativa como positiva. Pero también esta estrategia predijo el cambio en la E2 en la muestra clínica de mujeres víctimas de violencia de género. Por tanto la descarga puede ser considerada una estrategia ambivalente, que favorece la toma de conciencia sobre la violencia pero que sin embargo depende del contexto de violencia o momento de cambio. La autorecompensa también está presente en las mujeres que ejercen la prostitución aunque sin consecuencias para su salud mientras que en la muestra clínica de víctimas predice la E2 y E3. Esto podría indicar que la autorecompensa cuando se perciben bajos niveles de tensión y dificultad por parte de las mujeres así como una mayor motivación para romper con la pareja violenta se asocia con más acción y más emociones positivas.

Además, esta tesis pone de relieve la urgencia de detectar y reducir la prevalencia de la violencia contra las PEPS por parte de sus parejas. Con frecuencia las mujeres que ejercen la prostitución son invisibilizadas. Además, en muchas ocasiones, en el contexto de la prostitución se normaliza y legitima la violencia, lo que hace que los datos de prevalencia sean, en muchas ocasiones, desconocidos y difíciles de conseguir. A pesar de esto, la

investigación confirma los datos alarmantes sobre la prevalencia de violencia por parte de la pareja íntima en contextos de prostitución. De hecho, muchas veces ni el propio sistema reconoce a las prostitutas como víctimas de violencia de género, cuando es agredida por una ex-pareja o pareja (no es contabilizada dentro de estadísticas oficiales).

La implementación de medidas se hace especialmente relevante cuando las mujeres son atraídas a la prostitución y una vez sometidas a un alto control y aislamiento, la sensación de falta de oportunidades, la dificultad para el acceso a los recursos y el perjuicio asociado a sus testimonios, las convierte en víctimas potenciales de violencia. Además, a menudo carecen de una red social de apoyo en el país de destino y no comparten el idioma, lo que incrementa su vulnerabilidad y su sensación de indefensión. En este proceso, la red relacional y las instituciones del entorno, juegan un papel fundamental. Por este motivo se hace necesaria no sólo la implementación de medidas de evaluación para la detección de la violencia, sino también programas de intervención con personal técnico especializado en su tratamiento.

También se hace visible la necesidad de programas específicos dedicados a la sensibilización y la persecución del delito de violencia de género hacia las mujeres que ejercen la prostitución, pero también que potencien la comprensión y una mirada libre de prejuicios sobre estas mujeres. Es necesario introducir en el discurso las diversas formas de violencia sobre las mujeres e incluir a los agentes sociales que directamente están en contacto con las PEPs

(como son policiales, sociales o sanitarios), con el objetivo de transmitir que las mujeres que ejercen la prostitución son sujetos de derecho y que la violencia de género dentro de este contexto también existe y es un delito.

También se presenta la necesidad de incluir medidas para la atención y detección de la violencia, y el establecimiento de un sistema de acogida sobre todo en el ámbito de la prostitución que atienda, informe y dé apoyo especializado a las mujeres (con protocolos de evaluación y espacios para la intervención basados en la confianza, para construir relaciones empáticas y de proximidad que contribuyen a mitigar el dolor y romper el silencio). Además, estas medidas orientadas a la prevención deberían ser especialmente incentivadas por la Ley.

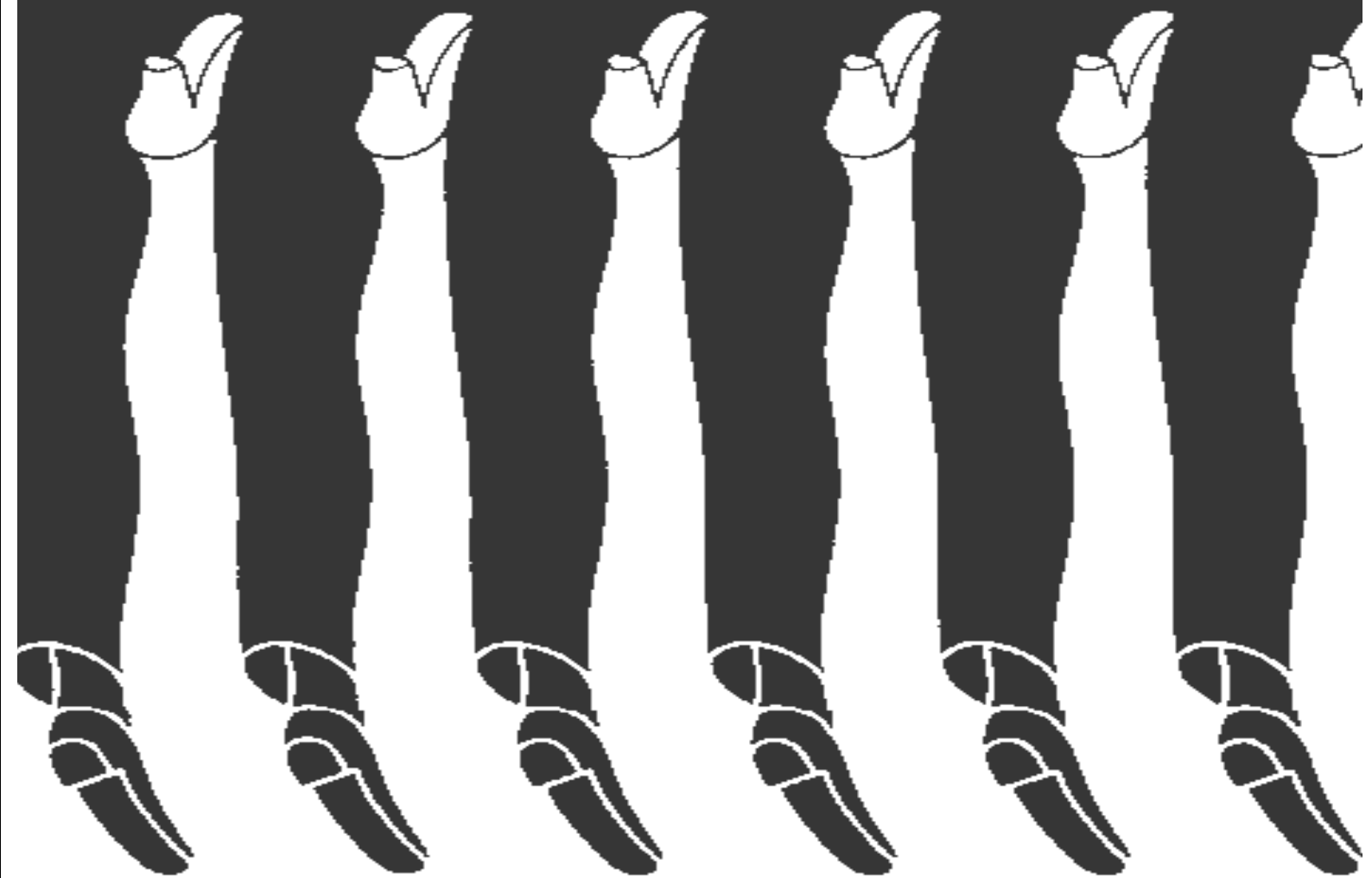
Esta tesis ha confirmado que la violencia por parte de sus parejas tiene un impacto negativo en su estado afectivo. El aislamiento social en el que viven las mujeres es un factor de riesgo para el aumento en la severidad del abuso por parte de la pareja. También el estado de vulnerabilidad y pérdida de control de las mujeres que sufren violencia de género debilita la capacidad para solucionar problemas eficazmente y la motivación para afrontarlos. Generalmente, no basta con la decisión para poner fin a la violencia. El apoyo de profesionales a través de la intervención parece importante en el desarrollo emocional y afectivo de las víctimas, a fin de recomponer aquellas fracturas psicológicas que pueden estar afectando al resto de dimensiones de la persona y su capacidad de acción (reelaboración emocional y cognitiva eficaz de sus problemas). Dentro

del espectro emocional una medida aplicable podría ser trabajar para liberar a la mujer del padecimiento de la culpa y la responsabilidad, y ofrecer ayudas encaminadas a mitigar el miedo y la ansiedad (Goodman, Dutton, Vankos y Weinfurt, 2005; Salazar, Wingood, Diclemente, Lang y Harrington, 2004). Este estudio también plantea la necesidad de realizar intervenciones basadas en la mejora de la afectividad positiva, asociada al uso de estrategias de tipo adaptativo y afrontamiento eficaz de la violencia con el fin de terminar con la ocultación de situaciones de violencia, así como la vulneración de derechos de las mujeres.

“DANDO VOZ A LAS VÍCTIMAS”

Por otro lado, cabe mencionar algunas críticas que las propias víctimas han expresado en las entrevistas y cuyo contenido tiene una implicación práctica para las mujeres y los profesionales. La primera, se dirige al uso de su propia imagen como objeto político y publicitario, que no siempre se traduce en un beneficio o aporte directo para las mujeres. Las decisiones que, inicialmente, toman las víctimas repercuten en su vida a todos los niveles (laboral, judicial, sanitario, económico). La violencia no acaba con la ruptura, y las supervivientes no encuentran recursos suficientes de apoyo a través de los sistemas especializados. El proceso judicial no acompaña en tiempo a los procesos psicológicos y suelen existir muchos referentes a lo largo del proceso. Los procesos se alargan (hasta 11 años involucradas en procesos judiciales) y, en su transcurso, las mujeres se ven sometidas a situaciones en las que deben de recordar sus experiencias de violencia continuamente, frente a agentes del sistema muy diferentes. Por otro lado, aún existe un gran estigma asociado a la divulgación de ser víctima de violencia de género. En el intento por conseguir salvar su relación de pareja, las mujeres destruyen gran parte de sus recursos personales y redes sociales. Pero, también, las mujeres suelen sentirse juzgadas y alejadas de la vida social. Ellas mismas refieren sentirse rechazadas y excluidas, en parte porque su entorno teme verse involucrado dentro del proceso. Las mujeres refieren que este factor también puede contribuir a la no divulgación de la situación de violencia.

Es notable mencionar que una de las víctimas que participó en este estudio murió asesinada a manos de su ex pareja. Este trabajo visibiliza que, a pesar de los esfuerzos que las mujeres realizan para sobrevivir, no todas lo consiguen. Es un desafío para todos/as continuar trabajando en pro de acabar con este problema social.



REFERENCIAS

REFERENCIAS

- Abramsky, T., Watts, C. H., Garcia-Moreno, C., Devries, K., Kiss, L., Ellsberg, M., Ellsberg, M., Jasen, H. y Heise, L. (2011). What factors are associated with recent intimate partner violence? findings from the WHO multi-country study on women's health and domestic violence. *BMC Public Health*, 11, 1471-2458. Doi: 10.1186/1471-2458-11-109
- Adelman, M. (2003). The military, militarism, and the militarization of domestic violence. *Violence against Women*, 9, 1118-1152. Doi: 10.1177/1077801203255292.
- Alexander, P. C., Morris, E., Tracy, A. y Frye, A. (2010). Stages of Change and the Group Treatment of Batterers: A Randomized Clinical Trial. *Violence and Victims*, 25, 571-587. Doi: <http://doi.org/10.1891/0886-6708.25.5.571>
- Aldao, A., Nolen-Hoeksema, S. y Schweizer, D. (2010). Emotion-regulation strategies across psychopathology: A meta-analytic review. *Clinical Psychology Review*, 30, 217-227. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.cpr.2009.11.004>

- Ali, T. S., Asad, N., Mogren, I. y Krantz, G. (2011). Intimate partner violence in urban Pakistan: prevalence, frequency, and risk factors. *International Journal of Women's Health*, 3, 105-115. Doi: [10.2147/IJWH.S17016](https://doi.org/10.2147/IJWH.S17016)
- Alonso, M. B., Manso, J. M. M. y Sánchez, M. E. G. B. (2010). Revisión teórica del maltrato psicológico en la violencia conyugal. *Psicología y salud*, 20 (1), 65-75.
- Álvarez-Dardet, S. M., Pérez Padilla, J. y Lorence Lara, B. (2013). La violencia de pareja contra la mujer en España: Cuantificación y caracterización del problema, las víctimas, los agresores y el contexto social y profesional. *Psychosocial Intervention*, 22, 41-53. Doi: <http://dx.doi.org/10.5093/in2013a6>
- Amor, P. J., Bohórquez, I. A. y Echeburúa, E. (2006). ¿Por qué y a qué coste físico y psicológico permanece la mujer junto a su pareja maltratada? [What physical and psychological price must women pay when staying beside their abusing partner?]. *Acción psicológica*, 4(2), 129-154.
- Annan, J. y Brier, M. (2010). The risk of return: Intimate partner violence in Northern Uganda's armed conflict. *Social science & medicine*, 70, 152-159. Doi: [10.1016/j.socscimed.2009.09.027](https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2009.09.027)
- Anderson, A. S. y Lo, C. C. (2011). Intimate partner violence within law enforcement families. *Journal of Interpersonal Violence*, 26, 1176-1193. Doi: <http://doi.org/10.1177/0886260510368156>

- Andersson, N., Cockcroft, A., Ansari, N., Omer, K., Chaudhry, U. U., Khan, A. y Pearson, L. (2009). Collecting Reliable Information About Violence Against Women Safely in Household Interviews Experience From a Large-Scale National Survey in South Asia. *Violence Against Women*, 15, 482-496. Doi: 10.1177/1077801208331063
- Archer, J. (2000). Sex differences in aggression between heterosexual partners: a meta-analytic review. *Psychological bulletin*, 126, 651-680. Doi: 10.1037//0033-2909.126.5.651
- Archer, J. (2006). Cross-cultural differences in physical aggression between partners: A social-role analysis. *Personality and Social Psychology Review*, 10, 113-133. Doi: 10.1207/s15327957pspr1002_3.
- Armitage, P., Berry, G. y Matthews, J. N. S. (2008). *Statistical methods in medical research*. John Wiley & Sons.
- Arthaud-Day, M.L., Rode, J.C., Mooney, C.H. y Near, J.P. (2005). The subjective wellbeingn construct: A test of its convergent, discriminant, and factorial validity. *Social Indicators Research*, 74, 445-476. Doi: 10.1007/s11205-004-8209-6
- Arzu R. y Pinky S. R. (2001). A study on the psycho-social impacts of violence against women and girls with special focus on rape, incest and polygamy. Nepal: Saathi and SNV.
- Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer*. (2017). *Ohchr.org*. Recuperado 24 Marzo 2017, de

<http://www.ohchr.org/SP/ProfessionalInterest/Pages/ViolenceAgainstWomen.aspx>

Aspinwall, L. G. y Taylor, S. E. (1997). A stitch in time: self-regulation and proactive coping. *Psychological bulletin*, 121, 417-436. Doi: [10.1037/0033-2909.121.3.417](https://doi.org/10.1037/0033-2909.121.3.417)

Aspinwall LG. (2001). Dealing with adversity: Self-regulation, coping, adaptation, and health. In: Tesser A, Schwarz N, editors. *The Blackwell handbook of social psychology* (pp. 159-614).: Intrapersonal processes. MA: Blackwell; Maiden

Augustine, A. A. y Hemenover, S. H. (2008). On the relative effectiveness of affect regulation strategies: A meta-analysis. *Cognition and Emotion*, 23, 1181-1220. Doi: [10.1080/02699930802396556](https://doi.org/10.1080/02699930802396556)

Baly, A. R. (2010). Leaving Abusive Relationships: Constructions of Self and Situation by Abused Women. *Journal of Interpersonal Violence*, 25, 2297-2315. Doi: <http://doi.org/10.1177/0886260509354885>

Banyard, V. L., Eckstein, R. P. y Moynihan, M. M. (2010). Sexual Violence Prevention The Role of Stages of Change. *Journal of Interpersonal Violence*, 25, 111-135. Doi: [10.1177/0886260508329123](https://doi.org/10.1177/0886260508329123)

Barber, L. L. K., Bagnall, P. G. y Munz, D. C. (2010). Affect regulation strategies for promoting (or preventing) flourishing emotional health. *Personality and Individual Differences*, 49, 663-666. Doi: [10.1016 / j.paid.2010.06.002](https://doi.org/10.1016/j.paid.2010.06.002)

- Barsade, S. G. y Gibson, D. E. (2007). Why does affect matter in organizations?. *The Academy of Management Perspectives*, 21(1), 36-59.
- Barrett, B. J., y Pierre, M. S. (2011). Variations in women's help seeking in response to intimate partner violence: Findings from a Canadian population-based study. *Violence against women*, 17, 47-70. Doi: [10.1177/1077801210394273](https://doi.org/10.1177/1077801210394273)
- Basabe, N. (2004). Salud, factores psicosociales y cultura. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos y E. Zubieta, (eds.), *Psicología social, cultura y educación* (pp. 891-913). Madrid: Pearson.
- Battaglia, T. A., Finley, E. y Liebschutz, J. M. (2003). Survivors of intimate partner violence speak out. *Journal of General Internal Medicine*, 18, 617-623. Doi: 10.1046/j.1525-1497.2003.21013.x
- Beck, J. G., McNiff, J., Clapp, J. D., Olsen, S. A., Avery, M. L. y Hagedwood, J. H. (2011). Exploring negative emotion in women experiencing intimate partner violence: Shame, guilt, and PTSD. *Behavior therapy*, 42 (4), 740-750.
- Beeble, M. L., Bybee, D., Sullivan, C. M. y Adams, A. E. (2009). Main, mediating, and moderating effects of social support on the well-being of survivors of intimate partner violence across 2 years. *Journal of consulting and clinical psychology*, 77, 718-729. Doi: 10.1037/a0016140
- Berking, M., Orth, U., Wupperman, P., Meier, L. L. y Caspar, F. (2008). Prospective effects of emotion-regulation skills on emotional

- adjustment. *Journal of Counseling Psychology*, 55, 485- 494. Doi: 10.1037/a0013589
- Betzer, F., Köhler, S. y Schlemm, L. (2015) Sex Work among Students of Higher Education: A Survey-Based, Cross-Sectional Study. *Archives of Sexual Behavior*, 44, 1-4. Doi: 10.1007/s10508-014-0476-y.
- Beydoun, H. A., Beydoun, M. A., Kaufman, J. S., Lo, B. y Zonderman, A. B. (2012). Intimate partner violence against adult women and its association with major depressive disorder, depressive symptoms and postpartum depression: a systematic review and meta-analysis. *Social Science & Medicine*, 75(6), 959-975.
- Biddle, S. y Ekkekakis, P. (2005) "Physically active lifestyle and well-being". In Huppert, F., Baylis, N. and Keverne, B. *The Science of Well-Being* (pp. 141-170). Oxford: Oxford University Press
- Bjorkqvist, K., Osterman, K. y Lagerspetz, K. M. (1994). Sex differences in covert aggression among adults. *Aggressive behavior*, 20 (1), 27-33.
- Blalock, H., JR. (1982). *Conceptualization and measurement in the social sciences*. Beverly Hills, CA: Sage
- Bloch, L., Haase, C. M. y Levenson, R. W. (2014). Emotion regulation predicts marital satisfaction: More than a wives' tale. *Emotion*, 14, 130-144. Doi: 10.1037/a0034272.

- Bonanno, G. A. y Burton, C. L. (2013). Regulatory flexibility: An individual differences perspective on coping and emotion regulation. *Perspectives on Psychological Science*, 8, 591-612. Doi: 10.1177/1745691613504116
- Bonanno, G. A., Papa, A., Lalande, K., Westphal, M. y Coifman, K. (2004). The importance of being flexible the ability to both enhance and suppress emotional expression predicts long-term adjustment. *Psychological Science*, 15, 482-487. Doi: <https://doi.org/10.1111/j.0956-7976.2004.00705.x>
- Bower, G. H. (1981). Mood and memory. *American psychologist*, 36, 129. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.36.2.129>
- Bradburn, N. M. (1969). *The structure of psychological well-being*. Chicago: Aldine.
- Browning, C. R. (2002). The span of collective efficacy: Extending social disorganization theory to partner violence. *Journal of Marriage and Family*, 64, 833-850. Doi: 10.1111/j.1741-3737.2002.00833.x
- Bryant, F.B. y Veroff, J. (1982). The structure of psychological well-being: A sociohistorical analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 43, 653-673. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.43.4.653>
- Bryant, F. B. y Veroff, J. (2007). *Savoring: A new model of positive experience*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Brockner, J. y Rubin, J. Z. (1985). *The social psychology of conflict escalation and entrapment*. New Yourk: Springer

- Brown, J. (1997). Working toward freedom from violence. *Journal of Violence Against Women*, 3, 5–26. Doi: <https://doi.org/10.1177/1077801297003001002>
- Brown, J. B., Lent, B., Brett, P.J., Sas, G. y Pederson, L.L. (1996). Development of the Woman Abuse Screening Tool for Use in family Practice. *Family Medicine*, 28, 422-428. Doi: 10.1089/jwh.2008.0944
- Brown, J. B., Lent, B., Schmidt, G. y Sas, G. (2000). Application of the Woman Abuse Screening Tool (WAST) and WAST-short in the family practice setting. *Journal of Family Practice*, 49, 896-903. Doi: 10.1177/0886260514539844
- Burkitt, K. H. y Larkin, G. L. (2008). The Transtheoretical Model in Intimate Partner Violence Victimization: Stage Changes Over Time. *Violence and Victims*, 23, 411–431. Doi: <http://doi.org/10.1891/0886-6708.23.4.411>
- Bushman, B. B. y Crowley, S. L. (2010). Is the structure of affect similar for younger and older children? Cross-sectional differences in negative and positive affectivity. *Journal of Psychoeducational Assessment*, 28, 31-39. Doi: 10.1177/0734282909337584
- Cáceres, J. (2004). Violencia Física, Psicológica y sexual en el Ámbito de la pareja: Papel del Contexto. *Clínica y salud*, 15 (1), 33-34.
- Cáceres, A. y Cáceres, J. (2006). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *Intenational Journal of Clinical and Health Psychology*, 6 (2), 271-284.

- Calvete, E., Estévez, A. y Corral, S. (2007). Trastorno por estrés postraumático y su relación con esquemas cognitivos disfuncionales en mujeres maltratadas. *Psicothema*, 19 (3), 446-451.
- Campbell J., Garcia-Moreno, C. y Sharps, P. (2004). Abuse during pregnancy in industrialized and developing countries. *Violence Against Women*, 10, 770-789. Doi: 10.1177/1524838005277441.
- Campos J. J., Frankel C. B. y Camras L. (2004). On the nature of emotion regulation. *Child Dev*, 75, 377-394. Doi: 10.1111/j.1467-8624.2004.00681.x
- Campos, M., Iraurgi, J., Páez, D. y Velasco, C. (2004). Afrontamiento y regulación emocional de hechos estresantes. Un meta-análisis de 13 estudios. *Boletín de Psicología*, 82, 25-44.
- Capaldi, D. M., Shortt, J. W. y Kim, H. K. (2005). A life span developmental system perspective on aggression toward a partner. En W. M. Pinsof y J. Lebow (Eds.), *Family Psychology: the Art of the Science* (pp. 141-167). Oxford, United Kingdom: Oxford Press. ISBN: 0195135571.
- Capaldi, D. M., Knoble, N. B., Shortt, J. W. y Kim, H. K. (2012). A Systematic Review of Risk Factors for Intimate Partner. *Violence. Partner Abuse*, 3, 231-280. Doi: <http://doi.org/10.1891/1946-6560.3.2.231.A>
- Carboné-López, K. y Kruttschnitt, C. (2010). Risky relationships? Assortative mating and women's experiences of intimate partner violence. *Crime & Delinquency*, 56, 358-384. Doi: 10.1177/0011128709333727.

- Carlson, B. E. (1997). A stress and coping approach to intervention with abused women. *Family Relations*, 46 (3), 291-298.
- Catallo, C., Jack, S. M., Ciliska, D. y MacMillan, H. L. (2012). Identifying the turning point: using the transtheoretical model of change to map intimate partner violence disclosure in emergency department settings. *ISRN nursing*, 2012, 1-10. Doi: 10.5402/2012/239468 ·
- Catani, C., Schauer, E. y Neuner, F. (2008). Beyond individual war trauma: Domestic violence against children in Afghanistan and Sri Lanka. *Journal of Marital and Family Therapy*, 34, 165-176. Doi: [10.1111/j.1752-0606.2008.00062.x](https://doi.org/10.1111/j.1752-0606.2008.00062.x)
- Cattaneo, L. B. y Goodman, L. A. (2015). What is empowerment anyway? A model for domestic violence practice, research, and evaluation. *Psychology of Violence*, 5, 84-94. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.cpr.2002.07.001>
- Chan, K. L., Tiwari, A., Fong, D. Y., Leung, W. C., Brownridge, D. A. y Ho, P. C. (2011). Correlates of in-law conflict and intimate partner violence against Chinese pregnant women in Hong Kong. *Journal of interpersonal violence*, 24, 97-110. Doi:10.1177/0886260508315780.
- Chen, P. H. y White, H. R. (2004). Gender Differences in Adolescent and Young Adult Predictors of Later Intimate Partner Violence A Prospective Study. *Violence Against Women*, 10, 1283-1301. Doi: 10.1177/1077801204269000

- Clapp, J. D., McNiff, J., Jaconis, M., Olsen, S. A., Woodward, M. y Beck, J. G. (2014). Expressive inhibition following interpersonal trauma: An analysis of reported function. *Journal of Anxiety Disorders*, 28, 230-236. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.janxdis.2013.11.007>
- Clark, C. J., Everson-Rose, S. A., Suglia, S. F., Btoush, R., Alonso, A. y Haj-Yahia, M. M. (2010). Association between exposure to political violence and intimate-partner violence in the occupied Palestinian territory: a cross-sectional study. *The Lancet*, 375 (9711), 310-316.
- Clements, C. M. y Sawhney, D. K. (2000). Coping with domestic violence: Control attributions, dysphoria, and hopelessness. *Journal of Traumatic Stress*, 13, 219- 240. Doi: <http://dx.doi.org/10.1023/A:1007702626960>
- Cluss, P. A., Chang, J. C., Hawker, L., Scholle, S. H., Dado, D., Buranosky, R. y Goldstrohm, S. (2006). The process of change for victims of intimate partner violence: support for a psychosocial readiness model. *Women's Health Issues*, 16, 262-274. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.whi.2006.06.006>
- Costa, P.T.J. y McCrae, R.R. (1980). Influence of extraversion and neuroticism on subjective well-being: Happy and unhappy people. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 688-678. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.38.4.668>
- Connor-Smith, J. K. y Flachsbart, C. (2007). Relations between personality and coping: a meta-analysis. *Journal of personality and social psychology*, 93,

1080–1107. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.93.6.1080>

Cramer, D. (2004). Satisfaction with a romantic relationship, depression, support and conflict. *Psychology and Psychotherapy: Theory, Research and Practice*, 77, 449-461. Doi: 10.1348/1476083042555389

Crowe, A. y Murray, C. E. (2015). Stigma from professional helpers toward survivors of intimate partner violence. *Partner abuse*, 6, 157-179. Doi: <https://doi.org/10.1891/1946-6560.6.2.157>

Cummings, A. M., Gonzalez-Guarda, R. M. y Sandoval, M. F. (2013). Intimate partner violence among Hispanics: A review of the literature. *Journal of family violence*, 28, 153-171. Doi: 10.1007/s10896-012-9478-5.

D'Astous, A. y Levesque, M. (2003). A scale for measuring store personality. *Psychology & Marketing*, 20, 455-469. Doi: 10.1002/mar.10081

De Alencar-Rodrigues, R. y Cantera, L. M. (2013). Del laberinto hasta el camino hacia la recuperación de la violencia. *Interamerican Journal of Psychology*, 47 (1), 61-69.

da Costa, S., Páez, D., Oriol, X. y Unzueta, C. (2014). Affect regulation in the workplace: the validity of EROS and EIM hetero-regulation scales. *Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones*, 30, 13-22. Doi: 10.5093/tr2014a2

da Costa, S., Páez, D., Sánchez, F., Gondim, S. y Rodríguez, M. (2014). Factors favoring innovation in organizations: An integration of meta-analyses.

- Revista de Psicología del Trabajo y de las Organizaciones*, 30, 67-74. Doi: [10.1016/j.rpto.2014.06.006](https://doi.org/10.1016/j.rpto.2014.06.006)
- De Leersnyder, J., Boiger, M. y Mesquita, B. (2013). Cultural regulation of emotion: individual, relational, and structural sources. *Frontiers in Psychology*, 4, 55. Doi: 10.3389/fpsyg.2013.00055
- de Ridder, D. T., Lensvelt-Mulders, G., Finkenauer, C., Stok, F. M. y Baumeister, R. F. (2012). Taking stock of self-control a meta-analysis of how trait self-control relates to a wide range of behaviors. *Personality and Social Psychology Review*, 16, 76-99. Doi: 10.1177/1088868311418749
- De Rivera, J. (1992). Emotional climate: social structure and emotional dynamics. In K.T. Strongman, *International Review of Studies on Emotion*, (vol. II., pp. 197-218). New York: John Wiley.
- Devries, K. M., Mak, J. Y., García-Moreno, C., Petzold, M., Child, J. C., Falder, G., Lim, L. J., Bacchus, R., Engell, R. E., Rosenfeld, L., Pallitto, C., Vos, T., Abrahams, N. y Watts, C. H. (2013). The global prevalence of intimate partner violence against women. *Science*, 340, 1527-1528. Doi: 10.1126/science.1240937.
- Díaz, D., Rodríguez-Carvajal, R., Blanco, A. Moreno-Jiménez, B., Gallardo, I., Valle, C., y van Dierendonck, D. (2006). Adaptación española de las escalas de bienestar psicológico [Spanish adaptation of the Psychological Well-Being Scales]. *Psicothema*, 18, 572-577. Doi: 10.5944/ap.10.1.7040

- Diener, E. y Emmons, R. (1985). The independence of positive and negative affect. *Journal of Personality and Social Psychology*, 47 (5), 1105-1117.
- Dijk, W. W., Dillen, L. F., Seip, E. C. y Rotteveel, M. (2012). Emotional time travel: Emotion regulation and the overestimation of future anger and sadness. *European Journal of Social Psychology*, 42, 308-313. Doi: 10.1002/ejsp.1853
- Dobash, R. E. y Dobash, R. (1979). *Violence against wives: A case against the patriarchy* (pp. 179-206). New York: Free Press.
- Dollard, J., Doob, L., Miller, N., Mowrer, O. y Sears, R. (1939). *Frustration and Aggression*. New Haven, CN: Yale University Press.
- Douglas, E. M. y Hines, D. A. (2011). The Reported Availability of U.S. Domestic Violence Services to Victims Who Vary by Immigration Status, Primary Language, and Disability. *Partner Abuse*, 2, 427-451. Doi: <http://doi.org/10.1891/1946>
- Dugan L, Castro JL. (2006). Predictors of violent victimization: National Crime Victimization Survey women and jailed women. In: Heimer K, Kruttschnitt K (eds) *Gender and crime: patterns in victimization and offending*. New York University Press, New York
- Dutton, D. G. (1995). *The domestic assault of women: Psychological and criminal justice perspectives*. Vancouver, BC: UBC Press.

- Dutton, D. G. (1995). Male abusiveness in intimate relationships. *Clinical Psychology Review*, 15, 567-581. Doi: [http://dx.doi.org/10.1016/0272-7358\(95\)00028-N](http://dx.doi.org/10.1016/0272-7358(95)00028-N)
- Dutton, D. (2006). *Rethinking domestic violence*. Vancouver, BC, Canada: UBC Press. ISBN: 978-0-7748-1304-4.
- Dutton, D. G. (2006). *The abusive personality: Violence and control in intimate relationships*. Guilford Press.
- Dutton, D. G., Hamel, J. y Aaronson, J. (2010). The gender paradigm in family court processes: Re-balancing the scales of justice from biased social science. *Journal of Child Custody*, 7, 1-31. Doi: <http://dx.doi.org/10.1080/15379410903554816>
- Dutton, D. G. (2012). The case against the role of gender in intimate partner violence. *Aggression and Violent Behavior*, 17, 99-104. Doi: [10.1016/j.avb.2011.09.002](http://dx.doi.org/10.1016/j.avb.2011.09.002)
- Echebarría, I. y Páez, D. (Eds) (1989). *Emociones: Perspectivas Psicosociales*. Madrid: Fundamentos.
- Echeburúa, E., Amor, P.J. y Corral (2002). Mujeres maltratadas en convivencia prolongada con el agresor: variables relevantes. *Acción Psicológica*, 1(2), 135-150.
- Echeburúa, E., Sarasua, B., Zubizarreta, I., Amor, P. J. y Corral, P. (2010). Variables predictoras del rechazo, abandono y fracaso terapéutico en hombres violentos contra su pareja tratados psicológicamente en un

marco comunitario. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 10 (3), 403-420.

Eckhardt, C. I., Murphy, C. M., Whitaker, D. J., Sprunger, J., Dykstra, R. y Woodard, K. (2013). *Partner Abuse*, 4, 6-75. Doi: <http://doi.org/10.1016/j.avb.2011.09.003>

Eckstein, J. J. (2016). IPV Stigma and its Social Management: The Roles of Relationship-Type, Abuse-Type, and Victims' Sex. *Journal of Family Violence*, 31, 215-225. Doi: <http://doi.org/10.1007/s10896-015-9752-4>

Edwards, K. M., Gidycz, C. A. y Murphy, M. J. (2011). College women's stay/ leave decisions in abusive dating relationships: A prospective analysis of an expanded investment model. *Journal of Interpersonal Violence*, 26, 1446-1462. Doi:10.1177/0886260510369131

Edwards, K. M., Greaney, K. y Palmer, K. M. (2015). Participants' Reactions to and Suggestions for Conducting Intimate Partner Violence Research: A Study of Rural Young Adults. *The Journal of Rural Health : Official Journal of the American Rural Health Association and the National Rural Health Care Association*, 32, 3-12. Doi: <http://doi.org/10.1111/jrh.12126>

Eckhardt, C. I., Murphy, C. M., Whitaker, D. J., Sprunger, J., Dykstra, R. y Woodard, K. (2013). The effectiveness of intervention programs for perpetrators and victims of intimate partner violence. *Partner abuse*, 4, 196-231. Doi: <https://doi.org/10.1891/1946-6560.4.2.196>.

- El-Bassel, N., Gilbert, L., Wu, E., Go, H. y Hill, J. (2005). Relationship between drug abuse and intimate partner violence: a longitudinal study among women receiving methadone. *American Journal of Public Health*, 95(3), 465-470.
- El-Khoury, M. Y., Dutton, M. A., Goodman, L. A., Engel, L., Belamaric, R. J. y Murphy, M. (2004). Ethnic differences in battered women's formal help-seeking strategies: a focus on health, mental health, and spirituality. *Cultural diversity and ethnic minority psychology*, 10, 383. Doi: 10.1037/1099-9809.10.4.383
- Ellsberg, M., Jansen, H. A., Heise, L., Watts, C. H. y Garcia-Moreno, C. (2008). Intimate partner violence and women's physical and mental health in the WHO multi-country study on women's health and domestic violence: an observational study. *The Lancet*, 371, 1165-1172. Doi: [http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736\(08\)60522-X](http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736(08)60522-X)
- Enkhtor, D. (2012). *Intimate Partner Violence And Depressive Symptoms: A Moderated Mediation Model Of Religious Coping And Spiritual Well-Being In African American Women*. Recuperado de: http://scholarworks.gsu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1105&context=psych_diss
- Erber, R. y Erber, M. W. (1994). Beyond mood and social judgment: Mood incongruent recall and mood regulation. *European Journal of Social Psychology*, 24, 79-88. Doi: 10.1002/ejsp.2420240106

- Esquivel-Santoveña, E. E., Lambert, T. L. y Hamel, J. (2013). Partner abuse worldwide. *Partner Abuse*, 4, 6-75.
- Etxebarria, I. y Apodaca, P. (2008). Both Freud and Hoffman are right: Anxious aggressive and empathic dimensions of guilt. *The Spanish Journal of Psychology*, 11, 159-171. Doi: 10.1017/S1138741600004200.
- Etxebarria, I., Ortiz, M. J., Conejero, S. y Pascual, A. (2009). Intensity of habitual guilt in men and women: Differences in interpersonal sensitivity and the tendency towards anxious-aggressive guilt. *The Spanish Journal of Psychology*, 12 (2), 540-554.
- Expósito F. y Moya M. (1993). Validación de la UCLA, Loneliness Scale en una muestra española. In F. Loscertales y M. Marín (eds.), *Dimensiones psicosociales de la educación y de la comunicación* (pp. 355-64). Sevilla: Eudema
- Expósito, F., Herrera, M. C., Moya, M. y Glick, P. (2010). Don't Rock the Boat: Women's Benevolent Sexism Predicts Fears of Marital Violence. *Psychology of Women Quarterly*, 34 (1), 36-42.
- Feinberg, M., Willer, R., Antonenko, O. y John, O. P. (2012). Liberating reason from the passions overriding intuitionist moral judgments through emotion reappraisal. *Psychological science*, 23, 788-795. Doi: 10.1177/0956797611434747
- Femat, M.L. (2008). La función del miedo en la violencia de pareja. *Tramas*, 30, 191-212.

- Ferreira, C. y Matos, M. (2013). Post-relationship stalking: The experience of victims with and without history of partner abuse. *Journal of family violence*, 28, 393-402. Doi: 10.1007/s10896-013-9501-5
- Fiebert, M. S. (2004). References examining assaults by women on their spouses or male partners: An annotated bibliography. *Sexuality and Culture*, 8, 140-176. Doi: 10.1007/s12119-004-1001-6
- Field, C. A. y Caetano, R. (2005). Intimate partner violence in the U.S. general population: Progress and future directions. *J Interpers Violence*, 20, 463-469. Doi: <http://doi.org/10.1177/0886260504267757>
- Fincham, F. D., Beach, S. R. H. y Davila, J. (2007). Longitudinal relations between forgiveness and conflict resolution in marriage. *Journal of Family Psychology*, 21, 542-545. Doi:10.1037/0893-3200.21.3.542.
- Fisher, J. D. y Fisher, W. A. (2000). Theoretical approaches to individual-level change in HIV risk behavior. In *Handbook of HIV prevention* (pp. 3-55). Springer US.
- Fleming, C. J. y Resick, P. A. (2016). Professional versus personal resource utilization in survivors of intimate partner violence. *Psychological trauma: theory, research, practice, and policy*, 8, 319-324. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/tra0000074>
- Fletcher, G., Simpson, J. A., Campbell, L. y Overall, N. (2012). *The science of intimate relationships* (John Wiley). United States.

- Fogarty, C. T. y Brown, J. B. (2002). Screening for Abuse in Spanish-speaking Women. *Journal of the American Board of Family Practice*, 15, 101-111. Doi: 10.1089/jwh.2007.0394
- Folkman, S. (ed.). (2010). *The Oxford handbook of stress, health, and coping*. Oxford University Press. ISBN 978-94-007-4275-8
- Fournier, M., de los Ríos, R., Orpinas, P. y Piquet-Carneiro, L. (1999). Estudio multicéntrico sobre actitudes y normas culturales frente a la violencia (proyecto ACTIVA): metodología. *Revista Panamericana de Salud Pública*, 5, 222-231. Doi: <http://doi.org/10.1590/S1020-49891999000400006>
- Fredrickson, B.L. (2001) The role of positive emotions in positive psychology: The broaden-and-build theory of positive emotions. *American Psychologist*, 56, 218-226. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0003-066X.56.3.218>
- Fredrickson, B. L. (2009). *Positivity: Groundbreaking research reveals how to embrace the hidden strength of positive emotions, overcome negativity, and thrive*. New York: Crown.
- Fujita, F. (2008). The Frequency of Social Comparison and Its Relation to Subjective Well-Being. In M. Eidt y R. Larsen (Eds.), *The Science of Well-Being*. (pp 239-257). New York: Guilford Press
- Frye, V., Manganello, J., Campbell, J. C., Walton-Moss, B., y Wilt, S. (2006). The distribution of and factors associated with intimate terrorism and situational couple violence among a population-based sample of urban

- women in the United States. *Journal of interpersonal violence*, 21, 1286-1313. Doi: [10.1177/0886260506291658](https://doi.org/10.1177/0886260506291658)
- Galabuzi, G. y Labonte, R. (2002). *Social inclusion as a determinant of health*. Paper presented at the “Social determinants of health across the life-span conference”. Toronto, Canada, November.
- García-Moreno, C., Jansen, H., Ellsberg, M., Heise, L. y Watts, C. H. (2006). Prevalence of intimate partner violence: findings from the WHO multi-country study on women’s health and domestic violence. *The Lancet*, 368, 1260- 1269. Doi:10.1016/S0140- 6736(06)69782-1
- Gavranidou, M. y Rosner, R. (2003). The weaker sex? Gender and post- traumatic stress disorder. *Depression and anxiety*, 17, 130-139. Doi: 10.1002/da.10103
- Glick, P. y Fiske, S.T (2001). Ambivalent sexism (pp. 115-188) Doi: [10.1016/S0065-2601\(01\)80005-8](https://doi.org/10.1016/S0065-2601(01)80005-8)
- Godoy-Izquierdo, D., Martínez, A. y Godoy, J. F. (2008). La «Escala de Balance Afectivo»: Propiedades psicométricas de un instrumento para la medida del afecto positivo y negativo en población española. *Clínica y Salud*, 19(2), 157-189.
- González, B. y Tirado, S., (2006). *Estudio sobre la explotación sexual de las mujeres, con referencia al tráfico ilegal*. Madrid: Instituto de la mujer.

- Goodman, L., Dutton, M., Vankos, N. y Weinfurt, K. (2005). Women's resources and use of strategies as risk and protective factors for abuse over time *Violence Against Women*, 11, 311-336. Doi: 10.1177/1077801204273297
- Goodman, L. A., Bennett Cattaneo, L., Thomas, K., Woulfe, J., Chong, S. K. y Fels Smyth, K. (2015). Advancing domestic violence program evaluation: Development and validation of the Measure of Victim Empowerment Related to Safety (MOVERS). *Psychology of Violence*, 5, 355-366. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/a0038318>
- Gordon, K. C., Burton, S. y Porter, L. (2004). Predicting the intentions of women in domestic violence shelters to return to partners: Does forgiveness play a role? *Journal of Family Psychology*, 18, 331-338. Doi: 10.1037/0893-3200.18.2.331
- Gottfredson, M. R. y Hirschi, T. (1990). *A general theory of crime*. Stanford University Press.
- Graña, J. L., Rodríguez, M. J. y Peña, M. E. (2009). Agresión hacia la pareja en una muestra de la Comunidad de Madrid: Análisis por género. *Psicopatología clínica, legal y forense*, 9, 7-28.
- Gross, J. J. (1998). Antecedent-and response-focused emotion regulation: divergent consequences for experience, expression, and physiology. *Journal of personality and social psychology*, 74, 224-237. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/0022-3514.74.1.224>
- Gross, J. J. y John, O. P. (2003). Individual differences in two emotion regulation

- processes: implications for affect, relationships, and well-being. *Journal of personality and social psychology*, 85, 348-362. Doi: 10.1037/0022-3514.85.2.348
- Gross, J. (2005). Emotion Regulation: Past, Present, Future. *Cognition and emotion*, 13, 551-573. Doi: 10.1080/026999399379186
- Gross, J. J. y John, O. P. (2002). Wise emotion regulation. In L. Feldman Barrett y P. Salovey (Eds.), *The wisdom in feelings* (pp 297-318). New York: Guilford.
- Gross, J. J. y Thompson, R. A. (2007). Emotion regulation: Conceptual foundations. In Gross, James J. (Ed), (2007). *Handbook of emotion regulation*. (pp. 3-26). New York, NY, US: Guilford Press,
- Gross, J. J., Richards, J. M. y John, O. P. (2006). Emotion Regulation in Everyday Life. In D.K. Snyder, J.A, Simpson y J.N. Hughes (Eds.). *Emotion regulation in Families: Pathways to dysfunction and health* (pp. 13-35). Washington, DC: American Psychological Association.
- Gross, J. J., Sheppes, G. y Urry, H. L. (2011). Emotion generation and emotion regulation: A distinction we should make (carefully). *Cognition and emotion*, 25(5), 765-781.
- Gross, J. J. (2015). Emotion Regulation: Current Status and Future Prospects. *Psychological Inquiry*, 26, 1-26. Doi: <http://doi.org/10.1080/1047840X.2014.940781>

- Gutierrez, A. y Delgado, C. (2015). Psychological Vulnerability on Prostituted Women: Legal Protection Measures, *Oñati Socio-legal Series*, 5 (2), 568-593.
- Gyurak, A., Gross, J. J. y Etkin, A. (2011). Explicit and implicit emotion regulation: a dual-process framework. *Cognition and Emotion*, 25, 400-412. Doi: <http://dx.doi.org/10.1080/02699931.2010.544160>
- Haj-Yahia, M.M. y Uysal, A. (2008). Beliefs about Wife Beating among Medical Students from Turkey. *Journal of Family Violence*, 23, 119-133. Doi: [10.1007/s10896-007-9134-7](https://doi.org/10.1007/s10896-007-9134-7)
- Hamby, S. L. y Gray-Little, B. (2007). Can battered women cope? A critical analysis of research of women's responses to violence. In K. Kendall Tackett y S. Giacomoni (Eds.), *Intimate partner violence* (pp. 28-1-28-15). Kingston, NJ: Civic Research Institute.
- Hayes, A. F. (2013). *Introduction to mediation, moderation, and conditional process analyses. A regression-based approach*. New York, NY: The Guilford Press.
- Hayes, A. F. y Matthes, J. (2009). Computational procedures for probing interactions in OLS and logistic regression: SPSS and SAS implementations. *Behavior Research Methods*, 41, 924-936. Doi: [10.3758/BRM.41.3.924](https://doi.org/10.3758/BRM.41.3.924). Macro MODPROBE available on: <http://afhayes.com/>

- Hazen, A. L. y Soriano, F. I. (2007). Experiences with intimate partner violence among Latina women. *Violence against Women*, 13, 562-582. Doi: 10.1177/1077801207301558
- Hedin, L. W. (2000). Postpartum, also a risk period for domestic violence. *European Journal of Obstetrics, Gynecology, and Reproductive Biology*, 89, 41-45. Doi: 10.1016/S0301-2115(99)00164-5
- Heise, Lori L; (2012). *Determinants of partner violence in low and middle-income countries : exploring variation in individual and population-level risk*. PhD thesis, London School of Hygiene y Tropical Medicine. Doi: [10.17037/PUBS.00682451](https://doi.org/10.17037/PUBS.00682451)
- Hemenover, S. H., Augustine, A. A., Shulman, T., Tran, T. Q. y Barlett, C. P. (2008). Individual differences in negative affect repair. *Emotion*, 8, 468-478. Doi: 10.1037/1528-3542.8.4.468
- Hervás, G. y Vázquez, C., (2013). Construction and Validation of a Measure of Integrative Well-Being in Seven Languages: The Pemberton Happiness Index. *Health and Quality of Life Outcomes*, 22, 11-66. Doi: 10.1186/1477-7525-11-66.
- Hirigoyen, M.F (2005) *Mujeres Maltratadas. Los Mecanismos de Violencia en la Pareja*. Buenos Aires. Paidós Contextos.
- Hodges, T. A. y Cabanilla, A. S. (2011). Factors that Impact Help-Seeking Among Battered Black Women: Application of Critical and Survivor Theories. *Journal of Cultural Diversity*, 18(4), 120-125.

- Hofmann, S. G., Carpenter, J. K. y Curtiss, J. (2016). Interpersonal Emotion Regulation Questionnaire (IERQ): Scale Development and Psychometric Characteristics. *Cognitive Therapy and Research*, 40, 1–16. Doi: <http://doi.org/10.1007/s10608-016-9756-2>
- Homans, G. C. (1967). Fundamental social processes. In N. Smelser (Ed.), *Sociology* (pp. 549-593). New York: John Wiley
- Hong, Y., Zhang, C., Li, X., Liu, W. y Zhou, Y. (2013). Partner violence and psychosocial distress among female sex workers in China. *PloS one*, 8, 62-290. Doi: 10.1371/journal.pone.0062290.
- Hotaling, G. T. y Sugarman, D. B. (1986). An analysis of risk markers in husband to wife violence: The current state of knowledge. *Violence and victims*, 1 (2), 101-124.
- Hoyeck, P., Madden, K., Freeman, C., Scott, T. y Bhandari, M. (2014). Predictors of change in mental health and distress among women attending a women's shelter. *European journal of psychotraumatology*, 5, 1-7. Doi: <http://dx.doi.org/10.3402/ejpt.v5.24809>
- Hu, L. y Bentler, P. (1999). Cutoff criteria for fit indexes in covariance structure analysis: Conventional criteria versus new alternatives. *Structural Equation Modeling: A Multidisciplinary Journal*, 6, 1-55. Doi: 10.1080 / 10705519909540118
- Instituto de la Mujer (2007). Denuncias por malos tratos producidos por la pareja o expareja según grupos de edad. Año 2002-2007. Instituto de la

Mujer. Recuperado de:
http://www.mtas.es/mujer/mujeres/cifras/violencia/denuncias_tablas.htm

Instituto de la mujer [INE](2016). *Víctimas mortales por violencia de género*.
 Recuperado de:
<http://www.inmujer.gob.es/MujerCifras/Violencia/VictimasMortalesVG.htm>

Jackson, L. A., Augusta-Scott, T., Burwash-Brennan, M., Karabanow, J., Robertson, K., y Sowinski, B. (2009). Intimate relationships and women involved in the sex trade: perceptions and experiences of inclusion and exclusion. *Health, 13*, 25-46. Doi: 10.1177/1363459308097359.

Jamieson, J. P., Mendes, W. B. y Nock, M. K. (2013). Improving acute stress responses: The power of reappraisal. *Current Directions in Psychological Science, 22*, 51-56. Doi: 10.1177/0963721412461500

Jasinski, J., Blumenstein, L. y Morgan, R. (2014). Testing Johnson's Typology: Is There Gender Symmetry in Intimate Terrorism?. *Violence and Victims, 29*, 73-88. Doi: <https://doi.org/10.1891/0886-6708.VV-D-12-00146>

Jennings, W. G., Higgins, G. E., Tewksbury, R., Gover, A. R. y Piquero, A. R. (2010). A longitudinal assessment of the victim-offender overlap. *Journal of Interpersonal Violence, 25*, 2147-2174. Doi: [10.1177/0886260509354888](https://doi.org/10.1177/0886260509354888)

Jennings, W. G., Park, M., Tomsich, E. A., Gover, A. R. y Akers, R. L. (2011). Assessing the Overlap in Dating Violence Perpetration and

- Victimization among South Korean College Students: The Influence of Social Learning and Self-Control. *American Journal of Criminal Justice*, 36, 188–206. Doi: <http://doi.org/10.1007/s12103-011-9110-x>
- Jennings, W. G., Piquero, A. R. y Reingle, J. M. (2012). On the overlap between victimization and offending: A review of the literature. *Aggression and Violent Behavior*, 17, 16-26. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.avb.2011.09.003>
- Jewkes, R. (2002). Intimate partner violence: causes and prevention. *Lancet*, 359, 1423-1429. Doi: 10.1016/S0140-6736(02)08357-5
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283 – 294. doi:10.1891/vivi.20.3.319
- Johnson, M. P. (2006). Conflict and control: Gender symmetry and asymmetry in domestic violence. *Violence Against Women*, 12, 1003–1018. Doi: <http://doi.org/10.1177/1077801206293328>
- Johnson, M. P. y Ferraro, K. J. (2000). Research on domestic violence in the 1990s: Making distinctions. *Journal of Marriage and Family*, 62, 948-963. Doi: 10.1111/j.1741-3737.2000.00948.x
- Johnson, M. P. y Leone, J. M. (2005). The differential effects of intimate terrorism and situational couple violence findings from the national

- violence against women survey. *Journal of family issues*, 26, 322-349. Doi: 10.1177/0192513X04270345
- Johnson, MP (2011). Género y tipos de violencia en la pareja: Una respuesta a una revisión de la literatura anti-feminista. *La agresión y comportamiento violento*, 16, 289-296. Doi: [10.1016/j.avb.2011.04.006](https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.006)
- Johnson, M. P., Leone, J. M. y Xu, Y. (2014). Intimate terrorism and situational couple violence in general surveys: ex-spouses required. *Violence against Women*, 20, 186-207. Doi: <http://doi.org/10.1177/1077801214521324>
- Johnson, M. P. (1995). Patriarchal terrorism and common couple violence: two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family*, 57, 283-294. Doi: 10.1891/vivi.20.3.319
- Jordan, C. E., Nietzel, M., Walker, R. y Logan, T.K. (2004). *Intimate partner violence: A clinical training guide for mental health professionals*. New York: Springer
- Kanagaratnam, P., Mason, R., Hyman, I., Manuel, L., Berman, H. y Toner, B. (2012). Burden of Womanhood: Tamil Women's Perceptions of Coping with Intimate Partner Violence. *Journal of Family Violence*, 27, 647-658. Doi: <http://doi.org/10.1007/s10896-012-9461-1>
- Kappes, A. y Schikowski, A. (2013). Implicit theories of emotion shape regulation of negative affect. *Cognition & Emotion*, 27, 952-960. Doi: 10.1080/02699931.2012.753415

- Kar y O'Leary (2010). Gender Symmetry or Asymmetry in Intimate Partner Victimization? Not an Either/Or Answer. *Partner Abuse*, 1-2, 152-168. Doi: 10.1891/1946-6560.1.2.152
- Karney, B. R. y Bradbury, T. N. (2000). Attributions in marriage: State or trait? A growth curve analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 78, 295-309. Doi: 10.1037/0022-3514.78.2.295
- Kashdana, T., Barrios, V., Forsyth, J. P. y Steger, M. F. (2006). Experiential avoidance as a generalized psychological vulnerability: Comparisons with coping and emotion regulation strategies. *Behaviour Research and Therapy*, 44, 1301-1320. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.brat.2005.10.003>
- Kaslow, N. J., Thompson, M. P., Okun, A., Price, A., Young, S., Bender, M., Wyckoff, S., Twomey, H, Golding, J., y Parker, R. (2002). Risk and protective factors for suicidal behavior in abused African American women. *Journal of consulting and clinical psychology*, 70, 311-319. Doi: 10.1037//0022-006X.70.2.311
- Katerndahl, D. A., Burge, S. K., Ferrer, R. L., Becho, J. y Wood, R. C. (2012). Understanding intimate partner violence dynamics using mixed methods. *Families, Systems, & Health*, 30, 141-153. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/a0028603>
- Katsulis, Y., Durfee, A., Lopez, V. y Robillard, A. (2015). Predictors of workplace violence among female sex workers in Tijuana, Mexico. *Violence against women*, 21, 571-597. Doi: 10.1177 / 1077801214545283

- Katzir, M. y Eyal, T. (2013). When stepping outside the self is not enough: A self-distanced perspective reduces the experience of basic but not of self-conscious emotions. *Journal of Experimental Social Psychology*, 49, 1089-1092. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.jesp.2013.07.006>
- Kaya, Y. y Cook, K. J. (2010). A cross-national analysis of physical intimate partner violence against women. *International Journal of Comparative Sociology*, 51, 423-444. Doi. 10.1177/0020715210386155.
- Keeling, J., Smith, D. y Fisher, C. (2016). A qualitative study exploring midlife women's stages of change from domestic violence towards freedom. *BMC women's health*, 16, 1-8. Doi: 10.1186/s12905-016-0291-9
- Kelly, J. B. y Johnson, M. P. (2008). Differentiation Among Types of Intimate Partner Violence: Research Update and Implications for Interventions. *Family Court Review*, 46, 476-499. Doi: <http://doi.org/10.1111/j.1744-1617.2008.00215.x>
- Kemp, A., Green, B. L., Hovanitz, C. y Rawlings, E. I. (1995). Incidence and correlates of posttraumatic stress disorder in battered women shelter and community samples. *Journal of Interpersonal Violence*, 10(1), 43-55.
- Kennedy-Moore, E. y Watson, J. C. (1999). *Expressing Emotion*. New York: Guilford Press.
- Kerlinger, F N (1986) *Foundations of Behavioral Research*, 3rd ed. New York. Holt, Rinehart & Winston, Inc

- Keyes, C., Ryff, C., y Shmotkin, D. (2002). Optimizing well-being: the empirical encounter of two traditions. *Journal of Personality and Social Psychology*, 82, 1007-1022. Doi: 10.1037 / 0022-3514.82.6.1007
- Khosla, M. y Hangal, E. (2004). Role of optimism and pessimism in coping with stress. *Journal of Personality and Clinical studies*, 20 (3), 71-78.
- Kim, K.A. y Mueller, D.J. (2001). To balance or not to balance: Confirmatory factor análisis of the Affect-Balance Scale. *Journal of Happiness Studies*, 2, 289-306. Doi: 10.1023/A:1013519931082
- Kim, J., Talbot, N. L. y Cicchetti, D. (2009). Childhood abuse and current interpersonal conflict: The role of shame. *Child Abuse & Neglect*, 33, 362-371. Doi: 10.1016/j.chiabu.2008.10.003
- Kishor, S. y Johnson, K. (2004). *Profiling domestic violence—a multi-country study*. Calverton, Maryland: ORC Macro.
- Kliewer, W. y Zaharakis, N. (2013). Community violence exposure, coping, and problematic alcohol and drug use among urban, female caregivers: A prospective study. *Personality and Individual Differences*. 55, 361–366. Doi:10.1016/j.paid.2013.03.020
- Kline, P. (1993). *Handbook of Psychological Testing*. London: Routledge.
- Kline, R. B. (2010). *Principles and practice of structural equation modeling (3rd ed.)*. New York: Guilford Press.
- Kocot, T. y Goodman, L. (2003). The roles of coping and social support in battered women's mental health. *Violence against women*, 9, 323-346. Doi:

10.1177/1077801202250075

Koval, P., Butler, E. A., Hollenstein, T., Lanteigne, D. y Kuppens, P. (2014).

Emotion regulation and the temporal dynamics of emotions: Effects of cognitive reappraisal and expressive suppression on emotional inertia. *Cognition and Emotion*, 29, 1-21. Doi:

10.1080/02699931.2014.948388

Koole, S. L. (2009). The psychology of emotion regulation: An integrative

review. *Cognition and Emotion*, 23, 4-41. Doi 10.1080/02699930802619031

Krause, E. D., Kaltman, S., Goodman, L. A. y Dutton, M. A. (2008). Avoidant

coping and PTSD symptoms related to domestic violence exposure: A longitudinal study. *Journal of traumatic stress*, 21, 83-90. Doi:

10.1002/jts.20288

Krug, E. G., Mercy, J. A., Dahlberg, L. L. y Zwi, A. B. (2002). The world report on

violence and health. *The lancet*, 360, 1083-1088. Doi:

[http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736\(02\)11133-0](http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736(02)11133-0)

Kuijpers, K. F., van der Knaap, L. M. y Lodewijks, I. A. (2011). Victims' influence

on intimate partner violence revictimization: A systematic review of prospective evidence. *Trauma, Violence, & Abuse*, 12, 198-219. Doi:

10.1177/1524838011416378

Kumar, S., Jeyaseelan, L., Suresh, S. y Ahuja, R. C. (2005). Domestic violence and

its mental health correlates in Indian women. *The British journal of psychiatry*, 187, 62-67. Doi: 10.1192/bjp.187.1.62

- Langer, A. y Lawrence, E. (2010). Emotion regulation and experiential avoidance in intimate partner violence. In F. Columbus (Ed.). *Advances in psychology research* (vol.70), NY: Nova Science Publishers Inc.
- Larizgoitia, I., Fernandez, I., Markez, I., Izarzugaza, I., Larizgoitia, A., Moreno, F., ... Beristain, C. M. (2011). Secuelas de la violencia colectiva: hablan las víctimas del estudio ISAVIC. *Gaceta Sanitaria*, 25, 115–121. Doi: <http://doi.org/10.1016/j.gaceta.2010.11.005>
- Larsen, R. J. (2000). Toward a science of mood regulation. *Psychological Inquiry*, 11, 129-141. Doi: 10.1207/S15327965PLI1103_01.
- Larsen, R. (2009). The Contributions of Positive and Negative Affect to Emotional Well-Being. *Psychological Topics*, 18(2), 247–266.
- Larsen, R. J., Augustine, A. A. y Prizmic, Z. (2009). A process approach to emotion and personality: Using time as a facet of data. *Cognition and Emotion*, 23, 1407-1426. Doi: <http://dx.doi.org/10.1080/02699930902851302>
- Larsen, R. J. y Prizmic, Z. (2004). Affect regulation. In R. Baumeister y K. Vohs (Eds.), *Handbook of self-regulation research* (pp. 40-60). New York: Guilford press.
- Larsen, R.J. y Prizmic, Z. (2008). The regulation of emotional well-being: Overcoming the hedonic treadmill. In M. Eid y R.J. Larsen (Eds.), *The science of subjective wellbeing* (pp. 258-289). New York: Guilford

- Lawoko, S., Dalal, K., Jiayou, L. y Jansson, B. (2007) Social inequalities in intimate partner violence: A study of women in Kenya. *Violence and Victims*, 22, 773–784. Doi: [10.1891/088667007782793101](https://doi.org/10.1891/088667007782793101)
- Lazarus, R. S. y Folkman, S. (1984). *Stress, appraisal, and coping*. New York: Springer publishing company.
- Lewis, C. S., Griffing, S., Chu, M., Jospitre, T., Sage, R. E., Madry, L. y Primm, B. J. (2006). Coping and violence exposure as predictors of psychological functioning in domestic violence survivors. *Violence against women*, 12, 340-354. Doi: [10.1177/1077801206287285](https://doi.org/10.1177/1077801206287285)
- Liebschutz, J., Battaglia, T., Finley, E. y Averbuch, T. (2008). Disclosing intimate partner violence to health care clinicians-what a difference the setting makes: a qualitative study. *BMC public health*, 8, 221-229. Doi: [10.1186/1471-2458-8-229](https://doi.org/10.1186/1471-2458-8-229)
- Lilly, M. M. y Graham-Bermann, S. A. (2010). Intimate partner violence and PTSD: The moderating role of emotion-focused coping. *Violence and victims*, 25, 604-616. Doi: <https://doi.org/10.1891/0886-6708.25.5.604>
- Lin-Roark, I. H., Church, A. T. y McCubbin, L. D. (2015). Battered Women's Evaluations of Their Intimate Partners as a Possible Mediator Between Abuse and Self-Esteem. *Journal of Family Violence*. 30, 201–214. Doi: <http://doi.org/10.1007/s10896-014-9661-y>
- Livingstone, K. M. y Srivastava, S. (2012). Up-regulating positive emotions in everyday life: Strategies, individual differences, and associations with

- positive emotion and well-being. *Journal of Research in Personality*, 46, 504-516. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.jrp.2012.05.009>
- Loinaz, I., Echeburúa, E., Ortiz-Tallo, M. y Amor, P. J. (2012). Propiedades psicométricas de la Conflict Tactics Scales (CTS-2) en una muestra española de agresores de pareja. *Psicothema*, 24(1), 142-148.
- López-Zafra, E. y Rodríguez, N. R. (2008). Relación entre cultura del honor, celos y Satisfacción en la pareja. *Boletín de Psicología*, 94, 7-22.
- Lucas, T., Parkhill, M. R., Wendorf, C. A., Imamoglu, E. O., Weisfeld, C. C., Weisfeld, G. E. y Shen, J. (2008). Cultural and Evolutionary Components of Marital Satisfaction A Multidimensional Assessment of Measurement Invariance. *Journal of cross-cultural psychology*, 39, 109-123. Doi: 10.1177/0022022107311969.
- Lutnick, A., Harris, J., Lorvick, J., Cheng, H., Wenger, L. D., Bourgois, P. y Kral, A. H. (2015). Examining the associations between sex trade involvement, rape, and symptomatology of sexual abuse trauma. *Journal of interpersonal violence*, 30, 1847-1863. Doi: 10.1177/0886260514549051
- Lysova, A. (2016). Victims but Also Perpetrators: Women's Experiences of Partner Violence. In *Women and Children as Victims and Offenders: Background, Prevention, Reintegration* (pp. 505-537). Springer International Publishing.
- MacKinnon, D. P., Lockwood, C. M., Hoffman, J. M., West, S. G. y Sheets, V. (2002). A comparison of methods to test mediation and other

- intervening variable effects. *Psychological methods*, 7, 83-104. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/1082-989X.7.1.83>
- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad - Por una sociedad libre de violencia de género - Macroencuesta de Violencia contra la Mujer. (2017). *Violenciagenero.msssi.gob.es*. Retrieved 24 March 2017, from <http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/violenciaEnCifras/macroencuesta2015/home.htm>
- Madsen, C. a., Stith, S. M., Thomsen, C. J. y McCollum, E. E. (2012). Violent Couples Seeking Therapy: Bilateral and Unilateral Violence. *Partner Abuse*, 3, 43-58. Doi: <http://doi.org/10.1891/1946-6560.3.1.43>
- Mahoney, M. R. (1991). Legal images of battered women: Redefining the issue of separation. *Michigan Law Review*, 90(1), 1-94. Doi: 10.2307/1289533
- Maldonado-Molina, M., Jennings, W. G., Tobler, A., Piquero, A. R. y Canino, G. (2010). Assessing the victim-offender overlap among Hispanic youth. *Journal of Criminal Justice*, 38, 1191-120. Doi: 10.1016/j.jcrimjus.2010.09.008
- Martín, F. M. (1999). La violencia en la pareja. *Pan American Journal Of Public Health*, 5, (4-5), 245-258.
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores.
- Martin, R. (2007). *The Psychology of humor: an integrative approach*. Burlington: Elsevier Academic Press.

- Mauss, I. B., Cook, C. L. y Gross, J. J. (2007). Automatic emotion regulation during anger provocation. *Journal of Experimental Social Psychology*, 43, 698-711. Doi: 10.1016/j.jesp.2006.07.003
- McCollum, E. E. y Stith, S. M. (2008). Couples treatment for interpersonal violence: a review of outcome research literature and current clinical practices. *Violence and Victims*, 23, 187-201. Doi:10.1891/0886-6708.23.2.187
- McLean, C., Campbell, C. y Cornish, F. (2003). African-Caribbean interactions with mental health services in the UK: Experiences and expectations of exclusion and (re)productive of health inequalities. *Social Science and Medicine*, 56, 657-69. Doi: 10.1016/S0277-9536(02)00063-1
- McNulty, J. K. y Fincham, F. D. (2012). Beyond positive psychology? Toward a contextual view of psychological processes and well-being. *American Psychologist*, 67, 101. Doi: [10.1037/a0024572](https://doi.org/10.1037/a0024572)
- McNulty, J. K. y Russell, V. M. (2010). When “negative” behaviors are positive: A contextual analysis of the long-term effects of problemsolving behaviors on changes in relationship satisfaction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 98, 587-604. Doi:10.1037/a0017479.
- McNulty, J. K., O’Mara, E. M. y Karney, B. R. (2008). Benevolent cognitions as a strategy of relationship maintenance: “Don’t sweat the small stuff” but it’s not all small stuff. *Journal of Personality and Social Psychology*, 94, 631-646. Doi:10.1037/0022-3514.94.4.631.

- McNulty, J. K. y Hellmuth, J. C. (2008). Emotion regulation and intimate partner violence in newlyweds. *Journal of family psychology*, 22, 794-797. Doi:10.1007/s10896-014-9661-y
- Melander, L. a, Noel, H. y Tyler, K. a. (2010). Bidirectional, unidirectional, and nonviolence: a comparison of the predictors among partnered young adults. *Violence and Victims*, 25, 617-630. Doi: <http://doi.org/10.1891/0886-6708.25.5.617>
- Meyer, A., Wagner, B. y Dutton, M. A. (2010). The relationship between battered women's causal attributions for violence and coping efforts. *Journal of interpersonal violence*, 25(5), 900-918.
- Miller, J. (2013). Individual offending, routine activities, and activity settings: Revisiting the routine activity theory of general deviance. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 50, 390-416. Doi: 10.1177/0022427811432641
- Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad - Por una sociedad libre de violencia de género - Mujeres. (2017). *Violenciagenero.msssi.gob.es*. Retrieved 24 March 2017, from <http://www.violenciagenero.msssi.gob.es/violenciaEnCifras/victimasMortales/fichaMujeres/home.htm>
- Miracco, M. C., Rutzstein, G., Lievendag, L., Arana, F. G., Scappatura, M. L., Elizathe, L. y Keegan, E. (2010). Estrategias de afrontamiento en mujeres

maltratadas: la percepción del proceso por parte de las mujeres. *Anu. investig.-Fac. Psicol., Univ. B. Aires*, 17, 59-67.

Mitchell, M. D., Hargrove, G. L., Collins, M. H., Thompson, M. P., Reddick, T. L. y Kaslow, N. J. (2006). Coping variables that mediate the relation between intimate partner violence and mental health outcomes among low-income, African American women. *Journal of clinical psychology*, 62, 1503-1520. Doi: 10.1002/jclp.20305

Mitchell, R. E. y Hodson, C. A. (1986). Coping and social support among battered women: An ecological perspective. *Stress, social support, and women*, 153-169. Washington, DC, US: Hemisphere Publishing Corp.

Moral, J., Rosales, F. L., Loving, R. D. y Martínez, Y. I. C. (2011). Diferencias de género en afrontamiento y violencia en la pareja. *Revista CES Psicología*, 4 (2), 29-46.

Moreno, F., 1999. La violencia en la pareja. *Revista Panamericana de Salud Publica = PanAmerican Journal of Public Health*, 5(4/5), 245-258.

Retrieved from:
http://www.scielosp.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1020-49891999000400008&lng=en&nrm=iso&tlng=es

Moriondo, M., Palma, P., Medrano, L. y Murillo, P. (2012). Adaptación de la Escala de Afectividad Positiva y Negativa (PANAS) a la población de adultos de la ciudad de Córdoba: análisis psicométricos preliminares. *Universitas Psychologica*, 11(1), 187-196.

- Mookerjee, S., Cerulli, C., Fernandez, I. D. y Chin, N. P. (2015). Do Hispanic and non-Hispanic women survivors of intimate partner violence differ in regards to their help-seeking? A qualitative study. *Journal of family violence*, 30, 839-851. Doi: 10.1007/s10896-015-9734-6
- Moos, R. H. (1995). Development and applications of new measures of life stressors, social resources, and coping responses. *European Journal of Psychological Assessment*, 11, 1. Doi: [10.1027/1015-5759.11.1.1](https://doi.org/10.1027/1015-5759.11.1.1)
- Moos, R. H. y Holahan, C. J. (2003). Dispositional and contextual perspectives on coping: Toward an integrative framework. *Journal of Clinical Psychology*, 59, 1387-1403. Doi: 10.1002/jclp.10229.
- Moya, M., Páez, D., Glick, P., Fernández, I. y Poeschl, G. (2002). Masculinidad-feminidad y factores culturales. *Revista Española de y Motivación y Emoción*, 3, 127-142.
- Muftić, L. R., Finn, M. A. y Marsh, E. A. (2015). The Victim-Offender Overlap, Intimate Partner Violence, and Sex Assessing Differences Among Victims, Offenders, and Victim-Offenders. *Crime & Delinquency*, 61, 899-926. Doi: 10.1177/0011128712453677
- Muftić, L. R., y Deljkić, I. (2012). Exploring the overlap between offending and victimization within intimate partner violence in Bosnia and Herzegovina. *International Criminal Justice Review*, 22, 192-211. Doi: 10.1177/1057567712448476

Muñoz Rivas, M. J., Graña Gómez, J. L., O’Leary, K. D. y Gómez Lozano, P. (2007).

Agresión física y psicológica en las relaciones de noviazgo en universitarios españoles. *Psicothema*, 19, 102–107. Doi: <http://doi.org/10.1002/nur.21588>

Murray, C. E., Crowe, A. y Flasch, P. (2015a). Turning Points: Critical Incidents

Prompting Survivors to Begin the Process of Terminating Abusive Relationships. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, 23, 228–238. Doi: <http://doi.org/10.1177/1066480715573705>

Murray, C. E., King, K., Crowe, A. y Flasch, P. (2015b). Survivors of Intimate

Partner Violence as Advocates for Social Change. *Journal for Social Action in Counseling and Psychology*, 7(1), 84–100.

Murray, C., Crowe, A. y Akers, W. (2016). How can we end the stigma

surrounding domestic and sexual violence? A modified Delphi study with national advocacy leaders. *Journal of family violence*, 31, 271–287. Doi: 10.1007/s10896-015-9768-9

Muthen, L. K. y Muthen, B. O. (1998 e2012). *Mplus user's guide (7th ed.)*. Los

Angeles, CA: Muthen & Muthen.

Nasir, K. y Hyder, A. A. (2003). Violence against pregnant women in developing

countries: Review of evidence. *European Journal of Public Health*, 13 (2), 105–107.

Nason Clark, N. (2004). When terror strikes at home: The interface between

religion and domestic violence. *Journal for the scientific study of*

- religion*, 43(3), 303-310.doi: 10.1093/eurpub/13.2.105.
Doi: 10.1111/j.1468-5906.2004.00236.x
- Naved, R. T., Azim, S., Bhuiya, A. y Persson, L. Å. (2006). Physical violence by husbands: magnitude, disclosure and help-seeking behavior of women in Bangladesh. *Social Science & Medicine*, 62, 2917-2929.
Doi:10.1016/j.socscimed.2005.12.001
- Nayak, M. B., Byrne, C. A., Martin, M. K. y Abraham, A. G. (2003). Attitudes toward violence against women: A cross-nation study. *Sex Roles*, 49(7-8), 333-342.
- Nezlek, J. y Kuppens, P. (2008). Regulating Positive and Negative Emotions in Daily Life. *Journal of Personality*, 76, 561-579. Doi: 10.1111/j.1467-6494.2008.00496.x.
- Niedenthal, P. M., Krauth-Gruber, S. y Ric, F. (2006). *Psychology of emotion: Interpersonal, experiential, and cognitive approaches*. Psychology Press New York.
- Nils, F. y Rimé, B. (2012). Beyond the myth of venting: social sharing modes determine the benefits of emotional disclosure. *European Journal of Social Psychology*, 42, 672-681. Doi: 10.1002/ejsp.1880
- Nocentini, A., Menesini, E. y Pastorelli, C. (2010). Physical Dating Aggression growth during adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 38, 353-365. Doi: 10.1007/s10802-009-9371-8

Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer (2011). Informe sobre la Trata de Personas [Report on Trafficking in Persons]. Recuperado de <https://www.msssi.gob.es/ssi/violenciaGenero/ObservatorioEstatal/home.htm>.

Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer [IMIO] (2015). *Informe sobre la Trata de Personas* [Report on Trafficking in Persons]. Retrieved from: <https://www.msssi.gob.es/ssi/violenciaGenero/ObservatorioEstatal/home.htm>.

Ochsner, K. N. y Gross, J. J. (2005). The cognitive control of emotion. *Trends in cognitive sciences*, 9, 242-249. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.tics.2005.03.010>

O'Leary, K. D. (1999). Developmental and affective issues in assessing and treating partner aggression. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 6, (4), 400-414.

Organización Mundial de la Salud [OMS] (2016). Datos sobre víctimas de violencia de género. Recuperado de: http://www.who.int/topics/gender_based_violence/en/

Organización Mundial de la Salud (2005). *Estudio multipaís de la OMS sobre salud de la mujer y violencia doméstica*. Suiza: OMS.

Violencia contra la mujer. (2017). Organización Mundial de la Salud. Retrieved 24 March 2017, from <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs239/es/>

- Oselin, S. S. y Blasyak, A. (2013). Contending with violence: female prostitutes' strategic responses on the streets. *Deviant Behavior*, 34, 274-290. Doi: 10.1080/01639625.2012.735896.
- Osterlind, S. J. (1989). *Constructing Test Items*. Boston: Kluwer.
- Overstreet, N. M., Willie, T. C. y Sullivan, T. P. (2016). Stigmatizing reactions versus general negative reactions to partner violence disclosure as predictors of avoidance coping and depression. *Journal of interpersonal violence*, 12, 1-19. Doi: 10.1177/0886260516653753.
- Padrós Blázquez, F., Soria-Mas, C. y Navarro Contreras, G. (2012). Afecto positivo y negativo: ¿ Una dimensión bipolar o dos dimensiones unipolares independientes?. *Interdisciplinaria*, 29(1), 151-164.
- Páez, D., Basabe, N., Bosco, S., Campos M. y Ubillos, S. (2011). Afrontamiento y violencia colectiva. En D. Páez, C. Martín, J.L. González-Castro, N. Basabe y J. de Ribera (eds.), *Superando la violencia colectiva y construyendo cultura de paz* (pp. 279-310). Madrid: Editorial Fundamentos.
- Páez, D., Espinosa, A. y Bobowik, M. (2012). How is It Shaped, Fostered, and Changed?. In D. Hermans, B. Rimé y B. Mesquita (Eds.), *Changing Emotions* (pp. 113-119). London: Psychology Press. Doi: <http://doi.org/10.4324/9780203075630>
- Páez, D., Martínez-Sánchez, V., Sevillano, V., Mendiburo, A. y Campos, M (2012). Medida de los Estilos de Regulación Afectiva (MARS) ampliada en las emociones de ira y tristeza. *Psicothema*, 24(2), 249-254

- Páez, D., Martínez-Sánchez, F., Mendiburo-Seguel, A., Bobowik, M. y Sevillano-Triguero, V. (2013). Affect Regulation Strategies and Perceived Emotional Adjustment for Negative and Positive Affect: A Study on Anger, Sadness and Joy. *Journal of Positive Psychology*, 8, 249-262. Doi: 10.1080/17439760.2013.786751
- Páez, D. P., Sánchez, F. M., Triguero, V. S., Seguel, A. M. y Campos, M. (2012). Medida de estilos de regulación afectiva (MARS) ampliada en ira y tristeza. 24 (2), 249-254
- Páez, D., Seguel, A. M. y Martínez-Sánchez, F. (2013). Incremental validity of alexithymia, emotional coping and humor style on happiness and psychological well-being. *Journal of Happiness Studies*, 14, 1621-1637. Doi: 10.1007/s10902-012-9400-0
- Páez, D. y Ubillos, S. (2004). Agresión. En D. Páez, I. Fernández, S. Ubillos y E. Zubieta (Coords), *Psicología social, cultura y educación* (pp. 553-604). Madrid: Pearson/Prentice Hall.
- Palermo, T., Bleck, J. y Peterman, A. (2014). Tip of the iceberg: reporting and gender-based violence in developing countries. *American journal of epidemiology*, 179, 602-612. Doi: 10.1093/aje/kwt295
- Pallant, J. (2001). *SPSS Survival Manual*. Sydney: Allen & Unwin.
- Panaghi, L., Ahmadabadi, Z., Ghahari, S. y Mohammadi, S. (2013). The Role of Social Support and Coping Mechanisms on Mental Health of Women Suffering Spouse Abuse. *Iranian Journal of Clinical Psychology*, 1(1), 9-15.

- Panchanadeswaran, S. y McCloskey, L. A. (2007). Predicting the timing of women's departure from abusive relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 50-65. Doi: 10.1177/0886260506294996
- Panno, A., Lauriola, M. y Figner, B. (2013). Emotion regulation and risk taking: Predicting risky choice in deliberative decision making. *Cognition & emotion*, 27, 326-334. Doi: <http://dx.doi.org/10.1080/02699931.2012.707642>
- Parkinson, B. y Totterdell, P. (1999). Classifying affect-regulation strategies. *Cognition And Emotion*, 13(3), 277-303.
- Penley, J.A., Tomaka, J. y Wiebe, J.S. (2002) The Association of Coping to Physical and Psychological Health Outcomes: A Meta-Analytic Review. *Journal of Behavioral Medicine*, 25, 551-603. Doi: <http://dx.doi.org/10.1023/A:1020641400589>
- Peña-Sarrionandia, A., Mikolajczak, M. y Gross, J. J. (2015). Integrating emotion regulation and emotional intelligence traditions: a meta-analysis. *Frontiers in psychology*, 6, 1-27. Doi: <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2015.00160>
- Pérez, V. A., Bosch, E., Navarro, C. y Ramis, C. (2006). Las creencias y actitudes sobre la violencia contra las mujeres en la pareja: Determinantes sociodemográficos, familiares y formativos. *Anales de Psicología*, 22 (2), 251-259.

- Pérez, J. A., Páez, D, Navarro, E. y Arias, A. (2001).Conflicto de mentalidades: cultura del honor frente a liberación de la mujer. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*, 4 (8-9), 1-23.
- Perpiñá, C. (2014). *Manual de la entrevista psicológica*. Madrid: Ediciones Pirámide.
- Plazaola-Castaño, J., Ruiz-Pérez, I. y Hernández-Torres, E. (2008). Validación de la versión corta del Woman Abuse Screening Tool para su uso en atención primaria en España [Validation of the short version of the Woman Abuse Screening Tool for use in primary care in Spain]. *Gaceta Sanitaria*, 22, 415-420. Doi: 10.1590/S0213-91112008000500005
- Poortinga, W. (2006). Social relations or social capital? Individual and community health effects of bonding social capital. *Social Science and Medicine*, 63, 255-70. Doi: 10.1016 / j.socscimed.2005.11.039
- Preacher, K. J. y Hayes, A. F. (2008). Asymptotic and resampling strategies for assessing and comparing indirect effects in multiple mediator models. *Behavior research methods*, 40, 879-891. Doi: 10.3758/BRM.40.3.879
- Prizmic, Z., Augustine, A. y Larsen, R. (2011) [Structure of MARS]. Unpublished raw data. Washington University in St. Louis
- Prochaska, J. O. y DiClemente, C. C. (1982). Transtheoretical therapy: Toward a more integrative model of change. *Psychotherapy: Theory, research & practice*, 19(3), 276-288.

- Prochaska, J. O., DiClemente, C. C. y Norcross, J. C. (1992). In search of how people change: applications to addictive behaviors. *American psychologist*, 47 (9), 1102-114.
- Prochaska, J., Velicer, W. F., Rossi, J. S., Goldstein, M. G., Marcus, B. H., Rakowski, W., Foire, C, Harlow, L., Redding, C.A., Rosenbloom, D. y Rossi, S. R. (1994). Stages of change and decisional balance for 12 problem behaviors. *Health Psychology*, 13 (1), 39-46.
- Puente, A., Ubillos, S. y Páez, D. (2013). *Validity structure of MARS in Spanish population*. Unpublished raw data. Universidad del País Vasco.
- Puente, A., Ubillos, S., Echeburúa, E. y Páez, D. (2016). Factores de riesgo asociados a la violencia sufrida por la mujer en la pareja: una revisión de meta-análisis y estudios recientes. *Anales de psicología*, 32, 295-306. Doi: <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.32.1.189161>
- Puente, A. Ubillos, S. Mínguez, I. y Páez, D. (2014). Los afectos como predictores del cambio de etapa en víctimas de Violencia de Género. In *I Congreso SCEPS*, Sevilla, España, Noviembre.
- Pueyo, A., y Redondo, S. (2007). Predicción de la violencia: entre la peligrosidad y la valoración del riesgo de violencia. *Papeles del Psicólogo*, 28 (3), 157-173.
- Quoidbach, J., Berry, E. V., Hansenne, M. y Mikolajczak, M. (2010). Positive emotion regulation and well-being: Comparing the impact of eight

savouring and dampening strategies. *Personality and Individual Differences*, 49, 368-373. Doi: 10.1016/j.paid.2010.03.048

Radford, L. y Tsutsumi K (2004). Globalization and violence against women: Inequalities in risks, responsibilities and blame in the UK and Japan. *Women's Studies International Forum*, 27, 1-12. Doi:10.1016/j.wsif.2003.12.008

Raya, L., Ruiz, I., Plazaola, J., Brun, S., Rueda, D. y García, L. (2004). La violencia contra la mujer en la pareja como factor asociado a una mala salud física y psíquica. *Atención Primaria*, 34, 117-127. Doi:10.1016/S0212-6567(04)79480-9

Raymond, J. G. (2004). Prostitution on demand legalizing the buyers as sexual consumers. *Violence against women*, 10, 1156-1186. Doi:10.1177/1077801204268609.

Reid, J. A. y Piquero, A. R. (2013). Age-graded risks for commercial sexual exploitation of male and female youth. *Journal of interpersonal violence*, 29, 1747-1777. Doi: 10.1177/0886260513511535

Reingle, J. M., Jennings, W. G. y Maldonado-Molina, M. M. (2011). Generational Differences in Serious Physical Violence Among Hispanic Adolescents Results From a Nationally Representative, Longitudinal Study. *Race and Justice*, 1, 277-291. Doi: [10.1177/2153368711409061](https://doi.org/10.1177/2153368711409061)

Reingle, J. M., Jennings, W. G., Piquero, A. R. y Maldonado-Molina, M. M. (2014). Is violence bad for your health? An assessment of chronic disease

- outcomes in a nationally representative sample. *Justice Quarterly*, 31, 524-538. Doi: [10.1080/07418825.2012.689315](https://doi.org/10.1080/07418825.2012.689315)
- Reisenhofer, S. y Taft, A. (2013). Women's journey to safety–The Transtheoretical model in clinical practice when working with women experiencing Intimate Partner Violence: A scientific review and clinical guidance. *Patient education and counseling*, 93, 536-548. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.pec.2013.08.004>
- Reviere, S. L., Farber, E. W., Twomey, H., Okun, A., Jackson, E., Zanville, H. y Kaslow, N. J. (2007). Intimate Partner Violence and Suicidality in Low-Income African American Women A Multimethod Assessment of Coping Factors. *Violence against women*, 13(11), 1113-1129.
- Reeves, P. M. y Orpinas, P. (2012). Dating norms and dating violence among ninth graders in Northeast Georgia: Reports from student surveys and focus groups. *Journal of interpersonal violence*, 27, 1677-1698. Doi: [10.1177/0886260511430386](https://doi.org/10.1177/0886260511430386)
- Rhatigan, D. L. y Street, A. E. (2005). The Impact of Intimate Partner Violence on Decisions to Leave Dating Relationships A Test of the Investment Model. *Journal of Interpersonal Violence*, 20, 1580-1597. Doi: [10.1177/0886260505280344](https://doi.org/10.1177/0886260505280344)
- Rhatigan, D. L. y Axsom, D. K. (2006). Using the investment model to understand battered women's commitment to abusive relationships. *Journal of Family Violence*, 21(2), 153-162.

- Richards, T. N., Tomsich, E., Gover, A. R. y Jennings, W. G. (2016). The cycle of violence revisited: distinguishing intimate partner violence offenders only, victims only, and victim-offenders. *Violence and victims*, 31(4), 573-590.
- Riggs, D. S., Caulfield, M. B y Street, A. E. (2000). Risk for domestic violence: factors associated with perpetration and victimization. *Journal of Clinical Psychology*, 56, 1289-1316. Doi:10.1002/1097-4679
- Rimé, B. (2009). Emotion elicits the social sharing of emotion: theory and empirical review. *Emotion Review*, 1(1), 60-85.
- Rimé, B., Páez, D., Basabe, N. y Martínez, F. (2010). Social sharing of emotion, post-traumatic growth, and emotional climate: Follow-up of Spanish citizen's response to the collective trauma of March 11th terrorist attacks in Madrid. *European Journal of Social Psychology*, 40, 1029-1045. Doi: 10.1002/ejsp.700
- Roca, N. (2015). *Recuperación de las mujeres en situación de violencia machista de pareja: descripción e instrumentación*. F. S. y Comunidad (Ed.). Universidad de Barcelona.
- Rodríguez, F. (2015). *Violence against women: Sex, power, abuse*. Recuperado de: <http://www.rappler.com/move-ph/issues/gender-issues/85640-women-girls-violence-ph>

- Rollnick, S., Miller, W. R. y Butler, C. C. (2009). *Entrevista motivacional no cuidado da saúde: ajudando pacientes a mudar o comportamento*. Porto Alegre: Artmed Editora.
- Rosales, F. L., Rubia, J. M. de la, Loving, R. D. y Martínez, Y. I. C. (2013). Violencia en la pareja. Un análisis desde una perspectiva ecológica. *Ciencia Ergo Sum*, 20, 6–16. Retrieved from <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10425466009>
- Ruiz-Pérez, I., Mata-Pariente, N. y Plazaola-Castaño, J. (2006). Women's response to intimate partner violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1156-1168. Doi: 10.1177/0886260506290421
- Ryff, C. (1989). Happiness is everything, or is it? Explorations on the meaning of psychological well-being. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57, 1069-1081. Doi: 10.1037/0022-3514.57.6.1069
- Saile, R., Neuner, F., Ertl, V. y Catani, C. (2013). Prevalence and predictors of partner violence against women in the aftermath of war: A survey among couples in Northern Uganda. *Social Science & Medicine*, 86, 17–25. Doi: [10.1016/j.socscimed.2013.02.046](https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2013.02.046)
- Sánchez, E. (1998). Apoyo social, integración social y salud mental. *Revista de Psicología Social*, 13(3), 537-544. Doi: [10.1174/021347498760349797](https://doi.org/10.1174/021347498760349797)
- Sanders, T (2007). Becoming an Ex-Sex Worker: Making Transitions Out of Deviant Career. *Feminist Criminology*, 2, 74–95. Doi: 10.1177/1557085106294845.

- Sandín, B., Chorot, P., Lostao, L., Joiner, T. E., Santed, M. A. y Valiente, R. M. (1999). Escalas PANAS de afecto positivo y negativo: validación factorial y convergencia transcultural. *Psicothema*, 11(1), 37-51.
- Satorra, A. y Bentler, P. M. (2001). A scaled difference chi-square test statistic for moment structure analysis. *Psychometrika*, 66(4), 507-514.
- Schimmack, U. (2008). The structure of subjective well-being. In M. Eid y R.J. Larsen (Eds.). *The science of subjective well-being*, (pp.97-123). New York: Guilford Press.
- Shoham, S. G., Knepper, P., y Kett, M. (Eds.). (2010). *International handbook of victimology*. CRC Press.
- Schumacher, J. A., Feldbau-Kohn, S., Smith Slep, A. M. y Heyman, R. E. (2001). Risk factors for male-to-female partner physical abuse. *Aggression and Violent Behavior*, 6, 281-352. Doi: 10.1016/S1359-1789(00)00027-6.
- Schuler, S. R., Hashemi, S. M., Riley, A. P. y Akhter, S. (1996). Credit programs, patriarchy and men's violence against women in rural Bangladesh. *Social Science & Medicine*, 43(12), 1729-1742.
- Shannon, K., Kerr, T., Strathdee, S. A., Shoveller, J., Montaner, J. S. y Tyndall, M. W. (2009). Prevalence and structural correlates of gender based violence among a prospective cohort of female sex workers. *BMJ: British Medical Journal*, 339, 442-455. Doi: 10.1136/bmj.b2939.
- Sheikh, S. y Janoff-Bulman, R. (2010). Tracing the self-regulatory bases of moral emotions. *Emotion Review*, 2, 386-396. Doi: 10.1177/1754073910374660

- Sheppes, G. y Gross, J.J. (2011). Is Timing Everything? Temporal Considerations in Emotion Regulation. *Personality and Social Psychology Review*, 15, 319-331. Doi: 10.1177/1088868310395778
- Sheppes, G. y Gross, J.J. (2012). Emotion Regulation Effectiveness: What Works When. In H.A. Tennen and J.M. Suls (Eds.), *Handbook of Psychology* (2nd ed., pp. 391-406). Indianapolis, IN: Wiley-Blackwell Press.
- Shorey, R. C., McNulty, J. K., Moore, T. M. y Stuart, G. L. (2015). Emotion regulation moderates the association between proximal negative affect and intimate partner violence perpetration. *Prevention Science*, 16, 873-880. Doi: 10.1007/s11121-015-0568-5
- Shorey R. C., Tirone V., Nathanson A. M., Handsel V. A. y Rhatigan D. L. (2013). A preliminary investigation of the influence of subjective norms and relationship commitment on stages of change in female intimate partner violence victims. *Journal of Interpersonal Violence*, 28, 621-642. Doi:10.1177/0886260512455520
- Shurman, L. A. y Rodriguez, C. M. (2006). Cognitive-affective predictors of women's readiness to end domestic violence relationships. *Journal of Interpersonal Violence*, 21, 1417-1439. Doi: 10.1177/0886260506292993
- Simmons, C. A., Farrar, M., Frazer, K. y Thompson, M. J. (2011). From the voices of women: Facilitating survivor access to IPV services. *Violence against women*, 8, 1226-43. Doi: 10.1177/1077801211424476.

- Skinner, E. A., Edge, K., Altman, J. y Sherwood, H. (2003). Searching for the structure of coping: a review and critique of category systems for classifying ways of coping. *Psychological bulletin*, 129, 216-269. Doi: 10.1037/0033-2909.129.2.216.
- Smith, M. E. (2003). Recovery from intimate partner violence: A difficult journey. *Issues in mental health nursing*, 24(5), 543-573.
- Smith, M. D., Grov, C., Seal, D. W. y McCall, P. (2012). A social cognitive analysis of how young men become involved in male escorting. *Journal of Sex Research*, 50, 1-10. Doi: 10.1080/00224499.2012.681402.
- Stanton, A. L., Danoff-Burg, S., Cameron, C. L., Bishop, M., Collins, C. A., Kirk, S. B., Sworowski, L. y Twillman, R. (2000). Emotionally expressive coping predicts psychological and physical adjustment to breast cancer. *Journal of consulting and clinical psychology*, 68, 875. Doi: 10.1037//0022-006X.68.5.875
- Stanton, A. L, Kirk, S. B., Cameron, C. L y Danoff-Burg, S. (2000). Regulation through emotional approach: scale construction and validation. *Journal of Personality and Social Psychology*, 74, 350-362. Doi:10.1037/0022-3514.78.6.1150
- Stein, N.L., Leventhal, B. y Trabasso, T. (1990). *Psychological and Biological Approaches to Emotion*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates, Inc.

- Stewart, F. y Brown, G. (2010). *Fragile states*. Oxford, UK: University of Oxford, Center for Research on Inequality, Human Security and Ethnicity (CRISE).
- Stith, S. M., Green, N. M., Smith, D. B. y Ward, D. B. (2008). Marital satisfaction and marital discord as risk markers for intimate partner violence: A meta-analytic review. *Journal of Family Violence*, 23, 149-160. Doi: 10.1007/s10896-007-9137-4
- Stith, S. M., Rosen, K. H., Middleton, K. A., Busch, A. L., Lundeberg, K. y Carlton, R. P. (2000). The intergenerational transmission of spouse abuse: A meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 640-654. Doi: 10.1111/j.1741-3737.2000.00640.x
- Stith, S. M., Smith, D. B., Penn, C. E., Ward, D. B. y Tritt, D. (2004). Intimate partner physical abuse perpetration and victimization risk factors: A meta-analytic review. *Aggression and violent behavior*, 10, 65-98. Doi:10.1016/j.avb.2003.09.001.
- Straus, M. A. (2009). Why the overwhelming evidence on partner physical violence by women has not been perceived and is often denied. *Journal of Aggression, Maltreatment & Trauma*, 18(6), 552-571
- Straus, M. M. A., Gelles, R. J. y Steinmetz, S. K. (Eds.). (1980). *Behind closed doors: Violence in the American family*. Transaction Publishers.

- Straus, M. A. y Gozjolko, K. L. (2014). "Intimate terrorism" and gender differences in injury of dating partners by male and female university students. *Journal of Family Violence*, 29(1), 51-65.
- Strauss, M. A., Hamby, S. L., Finkelhor, D., y Runyan, D. (1996). The Parent-Child Conflict Tactic Scales (PCCTS): Development and psychometric data for a national sample of parents. *Journal of Family Issues*, 17(3), 283-316
- Straus, M. A. (2011). Gender symmetry and mutuality in perpetration of clinical-level partner violence: Empirical evidence and implications for prevention and treatment. *Aggression and Violent Behavior*, 16, 279-288.
Doi: [org/10.1016/j.avb.2011.04.010](https://doi.org/10.1016/j.avb.2011.04.010)
- Suárez, E. y Gadalla, T. M. (2010). Stop blaming the victim: A meta-analysis on rape myths. *Journal of Interpersonal Violence*, 25(11), 2010-2035.
- Sugarman, D. B. y Hotaling, G. T. (1997). Intimate Violence and Social Desirability A Meta-Analytic Review. *Journal of Interpersonal Violence*, 12, 275-290. Doi: 10.1177/088626097012002008
- Sugarman, D. B. y Frankel, S. L. (1996). Patriarchal ideology and wife-assault: A meta-analytic review. *Journal of Family Violence*, 11(1), 13-40.
- Sullivan, C. M. (2010). Victim services for domestic violence. In M. P. Koss, J. W. White y A. E. Kazdin (Eds.), *Violence against women and children: Navigating solutions* (pp. 183-197). Washington, DC: American Psychological Association.

- Suri, G., Whittaker, K. y Gross, J. J. (2015). Launching reappraisal: It's less common than you might think. *Emotion*, 15, 73-77. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/emo0000011>
- Sylaska, K. M. y Edwards, K. M. (2014). Disclosure of Intimate Partner Violence to Informal Social Support Network Members A Review of the Literature. *Trauma, Violence, & Abuse*, 15, 3-21. Doi: [10.1177/1524838013496335](https://doi.org/10.1177/1524838013496335)
- Tamir, M., John, O. P., Srivastava, S. y Gross, J. J. (2007). Implicit theories of emotion: affective and social outcomes across a major life transition. *Journal of personality and social psychology*, 92, 731. Doi: [10.1080/02699931.2012.753415](https://doi.org/10.1080/02699931.2012.753415)
- Tejero, A. y Trujols, J. (1994). El modelo transteórico de Prochaska y DiClemente: Un modelo dinámico de cambio en el ámbito de las conductas adictivas. En J.L. Graña (Ed.), *Conductas adictivas. Teoría, evaluación y tratamiento* (pp. 1-43). Madrid: Debate.
- Tillyer, M. S. y Wright, E. M. (2014). Intimate partner violence and the victim-offender overlap. *Journal of Research in Crime and Delinquency*, 51(1), 29-55.
- Timmons, P. A. y O'Leary, K. D. (2004). Physical and Psychological Partner Aggression Across a Decade: A Growth Curve Analysis. *Violence and Victims*, 19, 3-16. . Doi:[10.1891/vivi.19.1.3.33236](https://doi.org/10.1891/vivi.19.1.3.33236)

- Tiwari, A., Chan, K. L., Cheung, D. S. T., Fong, D. Y. T., Yan, E. C. W. y Tang, D. H. M. (2015). The differential effects of intimate terrorism and situational couple violence on mental health outcomes among abused Chinese women: a mixed-method study. *BMC Public Health*, 15, 314. Doi: <http://doi.org/10.1186/s12889-015-1649-x>
- Tobergte, D. R. y Curtis, S. (2013). No title no title. *Journal of Chemical Information and Modeling*, 53(9), 1689-1699.
- Tokuç, B., Ekuklu, G. y Avcioğlu, S. (2010). Domestic Violence against married women in Edirne. *Journal of Interpersonal Violence*, 25, 832-847. Doi: 10.1177/0886260509336960
- Tsutsumi, A., Izutsu, T., Poudyal, A. K., Kato, S. y Marui, E. (2008). Mental health of female survivors of human trafficking in Nepal. *Social Science & Medicine*, 66, 1841-1847. Doi: 10.1016/j.socscimed.2007.12.025.
- Ubillos, S., Martín-Beristain, M., Garaigordobil, M. y Halperín, E. (2011). Agresión, odio, conflictos intergrupales y violencia colectiva. En D. Páez, C. Martín-Beristain, J.L. González, N. Basabe y J. de Rivera (Eds.), *Superando la violencia colectiva y construyendo cultura de paz* (pp. 15-37). Madrid: Fundamentos. Colección Ciencia. ISBN: 978-84-245-1236-1.
- Ullman, S. E., Peter-Hagene, L. C. y Relyea, M. (2014). Coping, emotion regulation, and self-blame as mediators of sexual abuse and psychological symptoms in adult sexual assault. *Journal of child sexual abuse*, 23, 74-93. Doi: <http://dx.doi.org/10.1080/10538712.2014.864747>

- United States, Department of State (2013), Trafficking in Persons Report 2013, Country Narratives. Retrieved from: <http://www.state.gov/j/tip/rls/tiprpt/2013/index.htm>
- Ünlü, H., Bedük, T. y Öztuna, D. (2011). Evaluation of Nature and Impact of Violence Exposure among Registered Female Sex Workers. *Turkiye Klinikleri. J Med Sci*, 31, 1167-78. Doi: 10.5336/medsci.2010-21228.
- Uthman, O. A., Lawoko, S. y Moradi, T. (2010). Sex disparities in attitudes towards intimate partner violence against women in sub-Saharan Africa: a socio-ecological analysis. *BMC Public Health*, 10(1), 223.
- Vallejo, J. (2006). *Introducción a la Psicopatología y la Psiquiatría* [Introduction to Psychopathology and Psychiatry] (6ª ed). Barcelona: Editorial Masson & Elsevier.
- Valor-Segura, I., Expósito, F. y Moya, M. (2010). Emociones poderosas y no poderosas ante conflictos de pareja: diferencias de género. *Intervención Psicosocial*, 19, 129-134. Doi: 10.5093/in2010v19n2a4
- Vaux A, Phillips J y Holly C. (1986). The social support appraisals (SSA) scale: studies of reliability and validity. *American Journal of Community Psychology*, 14(2), 195-219.
- Vázquez-Barquero, J. L., Vázquez, E., Herrera, S., Saiz, J., Uriarte, M., Morales, F., Gaité, L., Herrán, A. y Üstün, T.B. (2000). Versión en lengua española de un nuevo cuestionario de evaluación de discapacidades de la OMS (WHO-DAS-II): fase inicial de desarrollo y estudio piloto [Spanish

- versión of the new WORLD Health Organization Disablement Assessment Schedule II, WHO-DASSII: Initial phase of development and pilot study]. *Actas Españolas de Psiquiatría*, 28 (2), 77-87
- Velasco, C. y Páez, D. (1996). Alexitimia, comunicación emocional y problemas psicosomáticos. *Boletín de Psicología*, 52, 25-46.
- Vergara, A. Yárnoz, S. y Páez, D. (1989). Escala de afectividad positiva y negativa (PNA) de Bradburn. En A. Echevarría y D. Páez (dirs.), *Emociones: perspectivas psicosociales* (pp. 477-479). Madrid: Fundamentos
- Villarreal, A. (2007). Women's employment status, coercive control, and intimate partner violence in Mexico. *Journal of Marriage and Family* 69, 418-434. Doi: 10.1111/j.1741-3737.2007.00374.x
- Vindhya, U. y Dev, V. S. (2011). Survivors of Sex Trafficking in Andhra Pradesh Evidence and Testimony. *Indian Journal of Gender Studies*, 18, 129-165. Doi: 10.1177/097152151101800201.
- Vives-Cases, C., Álvarez-Dardet, C., Gil-González, D., Torrubiano-Domínguez, J., Rohlf, I. y Escribà-Agüir, V. (2009). Perfil sociodemográfico de las mujeres afectadas por violencia del compañero íntimo en España. *Gaceta Sanitaria*, 23, 410-414. Doi: 10.1590/S0213-91112009000500009
- Voelkle, M. C., Ebner, N. C., Lindenberger, U. y Riediger, M. (2014). A note on age differences in mood-congruent vs. mood-incongruent emotion processing in faces, 5, 1-13. Doi: <http://dx.doi.org/10.3389/fpsyg.2014.00635>.

- Vohs, K. D. y Baumeister, R. F. (2016). *Handbook of self-regulation: Research, theory, and applications*. Guilford Publications.
- Waldrop, A. E. y Resick, P. A. (2004). Coping among adult female victims of domestic violence. *Journal of family violence*, 19(5), 291-302.
- Walker, K., Bowen, E., Brown, S. y Sleath, E. (2015). Desistance From Intimate Partner Violence: A Conceptual Model and Framework for Practitioners for Managing the Process of Change. *Journal of Interpersonal Violence*, 30, 2726-50. Doi: <http://doi.org/10.1177/0886260514553634>
- Walker LEA. (1984). *The battered woman syndrome*. New York: Springer.
- Watlington, C. G. y Murphy, C. M. (2006). The roles of religion and spirituality among African American survivors of domestic violence. *Journal of clinical psychology*, 62, 837-858. Doi: 10.1002/jclp.20268
- Watson, D. (2000). Basic problems in positive mood regulation. *Psychological Inquiry*, 11(3), 205-209.
- Watson, D. (2000). *Mood and temperament*. New York: Guilford Press.
- Watson, D., Clark, L. A. y Tellegen, A. (1988). Development and validation of brief measures of positive and negative affect: the PANAS scales. *Journal of personality and social psychology*, 54, 1063-1070. Doi: 10.1037/0022-3514.54.6.1063
- Weldon, S.L. (2002). *Protest, Policy, and the Problem of Violence Against Women: A Cross-national Comparison*. Pittsburgh, PA: University of Pittsburgh Press.
ISSN: 0020-7152

- Wendt, S. (2008). Christianity and domestic violence: Feminist poststructuralist perspectives. *Journal of Women and Social Work*, 23, 144–155. Doi: 10.1177/0886109908314326
- Weitzer, R. (2009). Sociology of Sex Work. *Annual Review of Sociology*, 35, 213–34. Doi: 10.1146/annurev-soc-070308-120025.
- West, T. (1999). *Wounds of the Spirit: Black Women, Violence, and Resistance Ethics*. New York: New York University Press
- Widaman, K. F., Little, T. D., Preacher, K. J. y Sawalani, G. M. (2011). On creating and using short forms of scales in secondary research. In K. H. Trzesniewski, M. B. Donnellan y R. E. Lucas (Eds.), *Secondary data analysis: An introduction for psychologists* (pp. 39–62). Washington, DC: American Psychological Association.
- Wilson, B. y Butler, L. D. (2013). Running a Gauntlet: A Review of Victimization and Violence in the Pre-Entry, Post-Entry, and Peri-/Post-Exit Periods of Commercial Sexual Exploitation. *Psychological Trauma: Theory, Research, Practice, and Policy*, 6, 494–504. Doi: 10.1037/a0032977.
- Wilson, J. M. G. y Jungner, G. (1969). *Principios y métodos del examen colectivo para identificar enfermedades*. Organización Mundial de la Salud: Ginebra.
- Wong, J. Y. H., Fong, D. Y. T., Choi, A. W. M., Tiwari, A., Chan, K. L. y Logan, T. K. (2016). Problem-focused coping mediates the impact of intimate partner violence on mental health among Chinese women. *Psychology of Violence*, 6, 313–322. Doi: <http://dx.doi.org/10.1037/a0039496>

World Health Organization (1999). *The world health report 1999: making a difference*. World Health Organization

World Health Organization/London School of Hygiene and Tropical Medicine (2010). *Preventing intimate partner and sexual violence against women: Taking action and generating evidence*. Geneva: World Health Organization.

Zaki, J. y Williams, W. C. (2013). *Interpersonal emotion regulation*. *Emotion* (Washington, D.C.), 13, 803–810. Doi: <http://doi.org/10.1037/a0033839>

Zamora, R., Muñoz-Cobos, F., Burgos, V. M., Carrasco, R. A., Martín, C. M., Ortega, F. I. y Villalobos, B. M. (2012). Modelo de estadios de cambio: compatibilidad con relatos biográficos de mujeres que sufren violencia doméstica. *Anales de psicología*, 28, 805-822. Doi: <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.28.3.156081>.

Zanville, H. A. y Cattaneo, L. B. (2012). The nature of risk and its relationship to coping among survivors of intimate partner violence. *Psychology of Violence*, 2, 355-367. Doi: 10.1037/a0028198.

Zeglin, R. J. (2014). Participation in Prostitution: Associated Outcomes Within Familial Relationships. *Sexuality Research and Social Policy*, 11, 50-62. Doi: 10.1007/s13178-013-0143-4.

Zweig, J. M., Yahner, J., Dank, M. y Lachman, P. (2014). Can Johnson's Typology of Adult Partner Violence Apply to Teen Dating Violence? *Journal of Marriage and Family*, 76, 808–825. Doi: <http://doi.org/10.1111/jomf.12121>

El objetivo es analizar los factores de riesgo y formas de regulación emocional que utilizan las mujeres para afrontar la violencia por parte de la pareja íntima (VPI). Consta de 3 secciones y 6 capítulos empíricos. Primero, se realiza una revisión de los factores de riesgo asociados a la VPI. En la sección 2, se analiza el patrón de simetría de género en la violencia situacional en una muestra general y aleatoria de la población ($N=2006$) de la Comunidad Autónoma Vasca. Se estudia el efecto de superposición entre los patrones de comportamiento víctima-agresor según la tipología de Jonhson y Ferraro (2000). En el capítulo 3, se valida una escala sobre medidas de regulación afectiva en episodios emocionales negativos (Larsen y Prizmic, 2004). En el capítulo 4 y 5, se analizan los procesos de superación y regulación emocional en la violencia de género, su eficacia y su influencia en la toma de decisiones de las víctimas. La muestra son 201 mujeres víctimas que han sido atendidas a través de los servicios especializados de atención a las mujeres que sufren violencia. Se realizaron entrevistas semi estructuradas de 1.30h. En el capítulo 6, se estudian las formas de regulación del afecto en situaciones de VPI en